UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01098157 9

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/laleyendadelcide00zorr

LA

LEYENDA DEL CID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA

LA

LEYENDA DEL CID

ESCRITA EN VERSO POR

DON JOSE ZORRILLA

É ILUSTRADA POR

D. J. LUIS PELLICER

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 30 Y 31

1882

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

MAR 29 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

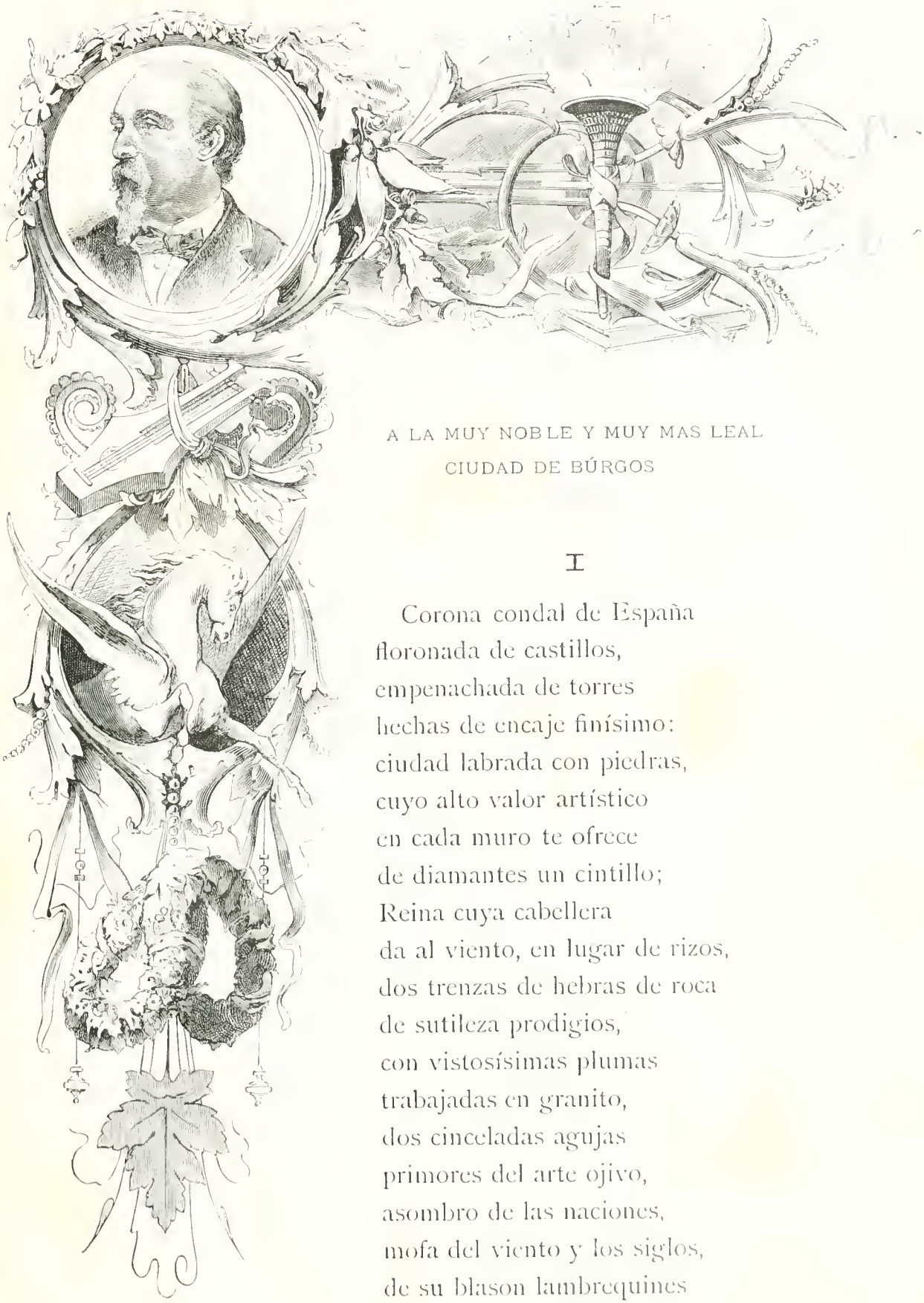
A los Excelentísimos
Ayuntamiento y Diputación Provincial
de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad
de Burgos.

Los poetas no tenemos más que nuestros versos para pagar nuestras deudas; y con los de este libro intento yo pagar la de gratitud que con la Ciudad de Burgos tengo contraída, por los obsequios que fué la primera en prodigarme á mi vuelta de América.

Holgárame yo deseando como Cervantes que mi obra fuera la mejor y la más perfecta concebida por humano entendimiento: pero tal cual es, me contentaré con que el Ilmo Ayuntamiento y la Diputación Provincial de Burgos la acepten, y se la presenten al pueblo Burgalés como ofrenda del agradecimiento y prenda del amor filial de

José Zorrilla

Barcelona 2 de Agosto de 1881.



A LA MUY NOBLE Y MUY MAS LEAL
CIUDAD DE BÚRGOS

I

Corona condal de España
floronada de castillos,
empenachada de torres
hechas de encaje finísimo:
ciudad labrada con piedras,
cuyo alto valor artístico
en cada muro te ofrece
de diamantes un cintillo;
Reina cuya cabellera
da al viento, en lugar de rizos,
dos trenzas de hebras de roca
de sutileza prodigios,
con vistosísimas plumas
trabajadas en granito,
dos cinceladas agujas
primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blason lambrequines
y de su gloria obeliscos;

ciudad madre de los reyes
y los hidalgos invictos
que dieron en tus solares
al reino español principio:
muy noble ciudad de Burgos,
sultana de los castillos,
oye lo que con el alma
en estas hojas te digo;
y haz cuenta que respetuoso
ante tus puertas me hinco,
para ofrecerte de hinojos
un ejemplar de éste libro.
Nobilísima ciudad,
aunque no nací tu hijo,
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño.
De los campos que á tu asiento
sirven de alfombra en un pico,
del viejo Muñó á la falda
y á la sombra de un sotillo,
hay un rincon de tu tierra
que fué de mi madre y mio,
donde ésta con su memoria
me ha dejado un paraíso.
Ya ves que son burgaleses,
aunque tu hijo no he nacido,
la sangre que en mí circula
y el aire con que suspiro.
Por eso te he amado siempre,
y mientras ciego y perdido
erré por mar y por tierra
del mundo en el laberinto,
en medio de sus escollos,
á través de sus peligros,
por encima de sus glorias
y á despecho de su olvido,

tu recuerdo siempre fresco,
como laurel inmarchito,
arraigado en mi memoria
sombreando mi alma ha ido.
Fotografiado he llevado
en mis pupilas el sitio
donde á orillas del Arlanza
elevas tus edificios;
y el susurro de tus olmos,
y el murmullo de tu rio,
y el timbre de tus campanas
he llevado en mis oidos.
De tí jamás un recuerdo
me dió al corazon martirio,
de tí jamás una espina
se me enconó en el espíritu.
Tus memorias, juguetonas
cual tus corderos merinos,
sabrosas como tu leche,
doradas como tus trigos,
por do quier para mí fueron
de mis penas lenitivo,
de mis esperanzas faro,
de mis dolores alivio.
Tu espolon entre dos puentes,
el torreado frontispicio
del arco imagineriado
que restauró Cárlos quinto,
tus desmantelados cubos,
tus arabescos postigos,
tus agudos campanarios,
tus cruceros cupulinos,
tus filigranadas torres,
tus nobles templos tan ricos
en cresterías y mármoles,
en verjerías y vidrios,

en sus naves prodigados,
en sepulturas y nichos,
bóvedas, y botareles,
ajimeces, balconcillos,
pórticos, escalinatas,
pasamanos, fustes, plintos,
por camarines y claustros
de detalles tán prolijos,
de labor tán minuciosa,
de tán diferente estilo
crestonado, alicatado,
losanjeado, laberíntico,
fenicio, celta, romano,
godo, árabe, bizantino.....
esas mil partes, en fin,
que forman el nunca visto
conjunto del noble todo,
que hace del Burgos antiguo
por el nuevo abigarrado
un cuadro característico,
original, pintoresco,
sin par, y palpable y vivo,
se conservó en mi memoria
perennemente esculpido.
Por eso te he amado, Burgos,
y al volver de un ostracismo,
que nó por ser voluntario
menos amargo me ha sido,
corrí anheloso á tu seno
como á su oásis nativo
vuelve á través del desierto
el árabe peregrino.
Tú, ciudad leal y noble,
con espontáneo cariño
reconociste al poeta
vagabundo y fugitivo;

abrazaste al hijo pródigo,
le diste en tu hogar asilo,
le diste asiento en tu mesa,
convocaste á los amigos,
y celebraste su vuelta
cual la de tu hijo legítimo,
con saraos, serenatas,
convites y regocijos.
Por eso te adoro, Burgos:
porque la primera has sido
que de mi niñez quisiste
volver á escuchar los himnos;
y aunque echaste en ellos menos
cuando volvistes á oirlos
los juveniles arranques
de su vigor primitivo,
no me los desestimaste;
pues sabes que si es preciso
morir ó llegar á viejo,
envejecer no es delito.
Por eso he determinado,
mas que audaz, agradecido,
dedicarte este volúmen,
tan sin valor por ser mio.
Porque ¡ay de mí! noble Burgos,
no tengo para ello títulos:
pues nada soy en el mundo,
ni nada jamás he sido.
Yo que marché por la tierra
solo, independiente, altivo,
dejando entre sus zarzales
fuí pedazos de mí mismo.
Yo no he creido jamás
en la fe de los políticos,
y nunca viento á mis versos
ha dado ningun partido.

Yo que luz, ni poesía,
ni fe en mis tiempos he visto,
poeta ignaro y excéntrico
extraño á los tiempos mios,
evocando los recuerdos
de las centurias que han sido
he vivido entre las ruinas
cual solitario pelícano;
razas y revoluciones
han girado en torno mio
sin poder arrebatarme
ni un solo instante en su giro.
Y á fuerza de ocupar siempre
el centro del remolino
social, que todo lo mueve
arrastrándolo consigo,
he llegado á estacionarme:
y anonadado y perdido,
á fuerza de no ser nada
no doy razon de mí mismo.
Así que no me preguntes,
Burgos, quién soy ni qué he sido,
do voy, ni de dónde vengo,
porque no sabré decírtelo.
Soy un átomo amante,
que voy sonoro
por la atmósfera errante,
do canto y lloro:
pero mi canto
no se sabe si es nunca
cantar ó llanto.

Yo mismo tal vez ignoro
quién soy y de dónde vengo,
dónde voy y por qué tengo
triste ó gayo el corazon.

Tal vez de alegría lloro,
tal vez de tristeza canto,
mas de mi himno y de mi llanto
no sé acaso la razon.

Burgos, siento que es mi alma
de tinieblas un abismo,
y yo dentro de mí mismo
no osé nunca penetrar.
¿Quién soy, dó voy, de dó vengo,
por qué canto, por qué lloro?
Pregunta al viento sonoro
dónde va sobre la mar.
Pregunta á sus verdes ondas
de dónde vienen: pregunta
al agua por qué se junta
para hacer un nubarron;
pregunta quién es al astro
que radia en el firmamento,
pregúntale al sentimiento
por qué hiere al corazon.
Mál quién soy, quien me pregunte,
su curiosidad emplea;
¿qué os importa quién yo sea,
de dó vengo y dónde voy?
Yo soy un ave de paso
á quien Dios dió una voz suave:
¿os gusta el canto del ave?
oidme, cantando estoy.
Mas ¿quién es, os dice el ave
á quien teneis enjaulada?
No; pero si preguntada
os pudiera responder,
os diria, ¿qué os importa
mi plumaje ni mi acento?

yo soy una hija del viento,
dejadme al viento volver.
Ave de paso, quién sea
que no me pregunte nadie:
dejad al astro que radie,
dejad al viento vagar,
dejad que el mar en la playa
rompiendo sus ondas siga,
sin que sus ondas os diga
de dónde vienen el mar.
Dejad cuajarse á la niebla
que por la atmósfera sube,
sin preguntar á la nube
por qué revienta en turbion;
y dejad libres que canten
el pájaro y el poeta;
¿quién mide ni quién sujeta
su vuelo y su inspiracion?
Dejadme: ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido,
por el aire del mundo
solo y perdido!

II

¿Quién soy?—No sé.—Voz suelta sin pecho que la exhale,
voz que ella misma ignora su gérmen productor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;
mas eco procedente de mal sondado abismo,
que vive por sí mismo, de sí germinador,
yo soy la voz perdida que va todos los ecos
buscando que del mundo se esconden en los huecos,
para corear con ellos un himno al Criador.

Yo soy la voz que agita perdida en las tinieblas
la gasa trasparente del aire sin color,
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,
que del dormido lago se mece en el vapor.
Voz de hálito amoroso que con afan aspira
los cálidos efluvios de inextinguible amor:
y cuando entre las nieblas y los vapores gira
los himnos exhalando con que de amor delira,
se embriagan con el ámbar de amor con que respira,
suspiran con el hálito de amor con que suspira
el pájaro, el insecto, y el árbol, y la flor.

Tal vez soy ese incógnito
vago lamento
que en los vacíos ámbitos
se oye del viento.
Su són perdido
¿quién sondará si es nunca
canto ó gemido?

¿Quién soy?—Lo ignoro.—Tengo en mi sér
tinieblas tales, tal confusion,
que á un tiempo siente pena y placer,
ánsia y hastío mi corazon.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condicion,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento ó una cancion.
Misterios deben del alma ser:
pero yo de ellos en conclusion
sólo averiguo que por do quier
pedazos dejo del corazon.
Yo soy como el arroyo;
desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota:

que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

III

¿Quién soy?—¡Quién sabe!—Mi sér ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro:
y siendo armónica mi condicion,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un són.
Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya de una ermita del esquilon,
ya del aullido de un muezzin moro,
ya de las turbas en rebelion,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe.....
ya del bramido del aquilon
que el roble añoso crujiendo abata,
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata,
ó los cimientos de un torreon,
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica
encuentra unísona repeticion;
y el són más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una cancion.
Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,

en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripcion;
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo há mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó explicacion.

Con una brisa que el aire plega
de una neblina que el aura azula,
hago un relato que se desplega
de todo un libro por la extension,
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera
hasta que, escaso de agua y de són,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorcion.

Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nímia suposicion,
campo y escena de cuentos hago
do mis delirios pongo en accion.

Yo soy como la hormiga:
do quier recoge
el granillo y la espiga
para su troje:

y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?
¿Quién sabe? Peregrino
que gira sin camino
del mundo en rededor,
lo mismo en los sillares
do apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pié de los lentiscos
de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.
Yo hago una historia de una patraña,
que oigo á la ciega supersticion
contar al fuego de una cabaña
de un aguacero de invierno al són.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relacion,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luégo su narracion.
Mas por do quiera voy anudando
con almas tiernas honda afeccion;
y por do quiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazon.
Yo soy como la abeja;
que en los rosales

toma la miel que deja
luégo en panales:
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

V

¿Quién soy?—¿Quién lo sabe?—Yo mismo lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fio,
á él solo me humillo, y á él solo le imploro,
do quier le he hallado velando en bien mio;
do quier le bendigo, le canto y le adoro:
do quier sus creencias evoco con brío;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro:
no tengo del pobre vergüenza ó desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me da nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su oscura mansion.
Los más escondidos rincones exploro,
y en todos á todos mi fe les confío,
contando á los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oracion.
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares
do quier que me lleva mi fe por el mundo,
y allí donde un dia mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura
con bálsamo suave de amor y ternura:
yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia;
y á mí me confian su afan y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas
á eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.

Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afan y pesares,
yo parto con ellas su oculta afliccion:
y cuando abandono por fin sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares
y mi alma las mando bajo una cancion.
Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

VI

¿Quién soy?—Tú no lo ignoras, ¡oh patria á quien adoro!
tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya aficion y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el gérmen de mi cantar sonoro,
que para tí acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar,
y voy, de mi fe mártir, mas fiel á mi destino,
á España por do quiera cantando sin cesar;
y por do quiera francos encuentro en mi camino
amigos que me esperan y hospitalario hogar.
Como una ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,

yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.
Pero ave como el águila
de noble vuelo,
la voz para mis cánticos
busco en el cielo:
y donde alcanza
mi voz va derramando
fe y esperanza.

VII

¿Comprendes, noble Burgos, de crónicas archivo,
de tradicion venero, de inspiracion tesoro,
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,
por qué como á la madre que me engendró te adoro?
¿Comprendes por qué el estro que en mí atesoro
no puede decir nunca si canto ó lloro,
y que por eso incierto siempre mi canto
unas veces es himno y otras es llanto?
¿Comprendes que al poeta libre y amante
da Dios la voz y el alma para que cante,
y que por eso en hojas doy á los vientos,
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?
Ya de la mia, Burgos, tienes las llaves:
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué tengo,
dónde voy, ni de dónde cantando vengo.

Vengo del Occidente
do muere el dia,
á volver al Oriente
mi poesía,
y en tus hogares
á volver á mis cuentos
y á mis cantares.

VIII

Y como de el primer dia
en que pude oir y hablar,
mi madre me entretenia,
con los cuentos que sabia
de Ruy Diaz de Vivar,
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del burgalés solar,
de Ruy Diaz la memoria
voy la primera á evocar.
Mas no esperes que con pompa
de homérica entonacion
emboque la épica trompa,
y al romper mi canto, rompa
en épica invocacion.
No: va á acompañar mi acento
un viejo y tosco rabel;
con él canto: y me contento
con que oiga mi pueblo atento
lo que le cante al són de él.
A que mi patria me entienda,
no aspira á más mi ambicion:
otro prez y honras pretenda:
mi atmósfera es la leyenda,
mi campo la tradicion.
Si en tal aire cojo viento
y en tal campo hacino miés.....
Burgos, no llevo otro intento
sino que en tu hogar asiento
entre tus hijos me dés.

Despuntaba una mañana
de abril, el mes de las flores;
de sus vírgenes olores
impregnada el áura sana,
esparcia sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.
No suele en comarcas tales
el mes de abril tan temprano
dar con tan pródiga mano
capullos primaverales:
mas el año en que esto pasa,
temprano en flores y mieses,
á los pueblos Burgaleses
cosechas rindió sin tasa;
y vieron los africanos
de la Castilla fronteros,
apuntalar sus graneros
á los pueblos castellanos.

Era que ya comenzaban
sus pueblos á rehacerse,
y por tierras á extenderse
que á los árabes ganaban.
Era que ya amanecia
el albor de aquella aurora
que de la fortuna mora
la estrella apagar debia.
Era, en fin, que ya la mano
del Dios que humilla y levanta,
comenzaba la fe santa
á levantar del cristiano.
En la edad pues en que empieza
mi cuento, con el risueño
albor de un dia abrileño
(segun la historia lo reza)
asumia en su persona
la autoridad real suprema
don Fernando, en real diadema
vuelta la condal corona.
Sancho el Mayor, rey navarro
su padre, le dió esta herencia
porque gozara existencia
par con su aliento bizarro.
El hijo, con la osadía
y el valor de él heredados,
fué ensanchando sus estados
palmo á palmo cada dia;
y al burgo ruin dando creces,
en donde los fundadores
fueron los legisladores
de Castilla á un tiempo y jueces,
fué extendiendo los cimientos
de una capital cristiana,
que á amparo de su ley gana
cada año acrecentamientos.

Y es que está ya ardiendo el rayo
con que ha de apagar Castilla
la luna mora, que áun brilla
desde Calpe hasta el Moncayo:
y que se traba y prolonga
ya aquella lucha bizarra,
que concluyó en la Alpujarra
comenzando en Covadonga.
Era, en fin, que ya los soles
de siete siglos corrian,
que hacer señores debian
del mundo á los españoles;
y aquella fe castellana
audaz, ignara y grosera,
tal vez salvó á Europa entera
de ser hoy mahometana.
Por aquel valor salvaje
y aquella fe intransigente,
que á la ilustracion de Oriente
jamás rindió vasallaje,
volvió á pasar el Estrecho
la raza de Agar vencida,
y hoy de la Europa es la vida
y la ilustracion un hecho.
Bendita, pues, la ignorancia
de aquel nuestro fanatismo,
que dió á nuestro patriotismo
tanta fe, tanta constancia:
y bendito nuestro atraso,
que hizo culta y floreciente
á Europa, á la árabe gente
cerrando de Europa el paso.
Siete siglos nos batimos:
siete centurias de glorias,
que han llenado las historias
con las hazañas que hicimos.

Y de una de estas centurias,
gloria de España, á hablar voy,
miéntras á la España de hoy
desgarran sueltas las furias.
Del poeta es la mision:
su voz al pueblo dirige
cuando al pueblo más aflige
alguna desolacion.
Hoy, en vez de ser profetas
del porvenir desastrado,
consuelan con lo pasado
á sus pueblos los poetas.
Cual las golondrinas son,
que no echan nunca en olvido
el muro en que hicieron nido
en la pasada estacion;
porque siendo hija del cielo
la poesía divina,
cuando el presente declina
tiende ella al pasado el vuelo;
y mirado este á través
del tiempo y de la distancia,
cobra vida é importancia
y más poético es.
Depurado y desprendido
de las mortales miserias,
por las sociales lacérias
no le vemos ya roido.
Sólo los recuerdos son
veneros de poesía:
siempre crée de más valía
lo perdido el corazon.
Aun imberbe, á mi nacion
se lo dije; y hoy en dia
que es cana la barba mia,
no he cambiado de opinion.

Política..... ni la tengo
ni me podrán convencer
de que una es fuerza tener,
ni con ninguna me avengo.
Tal vez lo entiendo yo mal:
pero mi opinion sería
que hiciera la patria mia
política nacional.
Mas política de bando
ni me place ni la entiendo,
y sólo un poeta siendo
no tengo ambicion de mando.
Basta, pues, de digresiones;
yo no sé si es la política
quien tiene España raquítica
y á cola de las naciones:
mas yo que, sin ambicion,
versos tan sólo sé hacer,
útil tan sólo he de ser
con versos á mi nacion.
Hice versos á destajo;
y fundo mi patriotismo
en hacer siempre lo mismo
y en vivir de mi trabajo.
Yo sé que los versos son
ocupacion harto fútil
y trabajo casi inútil
para el bien de la nacion:
mas no supe otro jamás:
y á creer no me acomodo
que soy apto para todo
como piensan hoy los más.
Versos hice y los haré
miéntras dure mi existencia;
me dan pan é independencia,
y no sé quién más me dé.

Que solo quien no progresa
soy, dirán, y quien no avanza;
mas voy con fe y esperanza
caminando así á mi huesa;
y al cabo de la jornada,
para morir me es igual
cama de encajes colgada
que paja en el hospital.
Mi patria, cuando en la lid
de existencia tal sucumba,
me hará justicia en la tumba.....
Vuelvo á los tiempos del Cid.

II

Volvamos á la mañana
de abril, el mes de las flores,
en la cual de sus olores
impregnada el áura sana,
esparcia sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.
Burgos, corte de Castilla,
pobre aún de caserío,
se contemplaba en el rio
del cual se tiende á la orilla,
como moza labradora
que de despertarse acaba,
y en el arroyo se lava
ante la casa en que mora.
Burgos, aunque reina no era
de toda España Castilla,
de un rey en ella la silla
veia por vez primera;
porque bajando de Asturias
van ya los reyes cristianos

cuenta á pedir en los llanos
al moro de sus injurias;
y aunque por las viejas leyes
de sus jueces áun se rige,
Burgos ya jueces no elige,
ni condes: corona reyes.
Ciudad guardada por muros
y con puentes defendida,
Burgos, al crecer, olvida
sus orígenes oscuros:
y aquella humilde aldeana
que se cunó en una choza,
aunque áun no rica y áun moza,
ya aspira á ser soberana.
Torres son ya sus zarcillos,
y fosos sus ceñidores;
ya no se toca con flores
sinó con recios castillos.
En torno suyo, en lugar
de campesinos hogares,
se levantan ya solares
de porvenir secular.
Y entre los cien lugarejos
que salpican sus campiñas,
como sus jóvenes viñas
agazapados conejos,
Arlanza por ambos lados
de su cultivada vega,
lame, espeja, arrulla y riega
cien castillos blasonados.
Y en aquellos torreones
y solares de Castilla,
germinaba la semilla
de los bravos infanzones
que debian engendrar
la nobleza castellana,

que llevó la cruz cristiana
triunfante de mar á mar.
Nobles de Asturias, Galicia,
de Navarra y de Leon,
alzan ya en ellos pendon
y sustentan ya milicia.
Y Burgos, la albergadora
de labradores sencillos,
del reino de los castillos
comienza á ser la señora.
En uno de ellos, sentado
en la cúspide de un cerro,
de puntas de piedra y hierro
como un jabalí erizado,
vive un asturiano conde
que con el rey mucho priva:
con cuya prez positiva
su orgullo audaz corresponde.
Rico en valor, pobre en vicios
y sobrado de riquezas,
al rey con grandes proezas
tiene hechos grandes servicios.
Robusto y sano, aunque viejo,
al rey Fernando acompaña,
tan bizarro en la campaña
cuan útil en el consejo.
Mucho el rey en él se fia
y él mucho en verdad merece:
mas toda su prez empece
su insufrible altanería.
Ni crée que puede á él igual
estar hombre á su nivel,
ni que haya quien, par con él,
sea en nada su rival.
Sirve al rey como á Señor;
mas no piensa que del rey

le puede alcanzar la ley,
no siendo el rey que él mejor.
Tiene al rey por el primero;
mas del rey como segundo
no crée que va por el mundo,
sinó como compañero;

El conde Lozano

y aunque fiel á su señor
le asiste y le satisface,
crée que es él quien al rey hace
con sus servicios favor.
Tal es el conde asturiano
que en aquel castillo habita,
y á quien la crónica escrita
titula el conde Lozano.
Si Gomez, Gormaz ú Orgaz
ántes de éste usó ó se puso,
no sé; por Lozano es uso
tomarle: séalo en paz.

De averiguaciones largas
sobre nombres no me ocupo;
bien este nunca se supo;
con qué averígüelo Vargas.
Lozano ó no, el en cuestion,
conde ó no conde, en mi escrito
lo es, y ni pongo ni quito:
me atengo á la tradicion.
Del cerro, en que su castillo
está sentado, la falda
cubre un tapiz de esmeralda
hecho de trébol, tomillo,
césped y musgo muy grueso,
que se pierde en la llanura
bajo la ondosa espesura
de un robledal muy espeso.
Desde la verde colina
que aquel castillo corona,
de tierra una extensa zona
defiende en torno y domina;
siendo aquella posesion
un productivo solar,
y un buen puesto militar
de muy fuerte posicion.
Del castillo dependiente
y por él bien protegido,
de palomas como nido,
de abundancia como fuente,
comenzábase á formar
un caserío de exótico
aspecto, entre árabe y gótico,
que empieza á pueblo á aspirar.
Hoy no es más que una alquería;
y entre el bosque que la esconde,
rompe extensa y labra el conde
tierra no há mucho baldía.

Cuida esta granja un colono,
y labriegos y soldados
la dan con lanza y arados
labor, y tal vez abono
tambien con su sangre misma;
pues no há mucho que hizo osada
por su coto una algarada
la ribereña morisma.
Mas desde entónces acá
tanto Castilla creció,
que á lo que entónces osó
jamás á osar volverá.
El moro está tan lejano,
que puede ya sin recelo
dejar sin guarda en el suelo
su miés el conde Lozano.
Tiene una hija el conde aquel
que entra en su quinceno abril,
como una garza gentil,
lozana como un clavel;
blanca como una azucena,
casera como una hormiga
y rubia como una espiga,
la cual se llama Jimena.
Nunca en el suelo español
desde el tiempo de Tubál
belleza á la suya igual
alumbró la luz del sol.
Sus cabellos son un rayo
de luz en hebras partido:
de su piel está el tejido
hecho con nardos de mayo:
su sonrisa es una aurora
que á su faz da un albor suave;
su voz es cántico de ave
que á quien le escucha enamora.

Su boca es una granada;
sus ojos un cielo doble
son: y la da su aire noble
el de una reina ó una hada.
Del viejo conde hija sola,
único y postrer capullo
de su raza, á quien su orgullo
pospone todo y lo inmola,
tiene en su casa sin tasa
la libertad y el poder,
y es en forma de mujer
el buen ángel de su casa.
De gracia y virtud tesoro,
del débil amparadora,
de casa gobernadora
y sostén de su decoro,
cuantos en su casa moran
ó de su casa dependen,
como á su honor la defienden,
y como á su ángel la adoran.
Su nodriza, montañesa
que desde que la dió el pecho,
la ha aderezado su lecho
y la ha servido á la mesa,
logró para su marido
la guarda de la alquería,
por vivir en compañía
de la de quien madre ha sido:
pues muriendo la condesa
al dar á Jimena aliento,
vió desde su nacimiento
su madre en la montañesa.
Así que una y otra ya
como hija y madre se ven;
y á que se avengan tan bien
avenido el conde está.

La alquería y el castillo
son, pues, morada igualmente
de ambas, á estilo corriente
en aquel tiempo sencillo,
en que el siervo y el señor
solian á un tiempo dar,
al calor de un mismo hogar,
á su intimidad calor:
y ante el siervo y el colono
en su castillo ó su aldea,
servia la chimenea
al castellano de trono.
El viejo conde Lozano,
cuyo genio altivo y fosco
le hacia con todos hosco
y á quien nadie iba á la mano,
mas que á Jimena queria
como á la luz de sus ojos,
y de la cual los antojos
más mínimos prevenia,
con su nodriza no más
era manso y halagüeño;
y nunca la puso ceño,
ni la contrarió jamás.
Y como creia que era
el solo amor de la niña,
que con ella se encariña
como una hija verdadera;
y comprendiendo que al par
ella á Jimena adoraba,
á su capricho y sin traba,
dejólas á ambas obrar.
Y hacia bien: la asturiana
era de lealtad modelo
ó no la habia en el suelo
de la tierra castellana.

Bibiana (que este era el nombre
de la asturiana nodriza)
no descuidó olvidadiza
nunca el honor del rico-hombre;
y cual madre verdadera
de la hija de su señor,
guardó en sus manos la flor
de la honra de ambos entera.
Franca, empero, y complaciente
la asturiana con Jimena,
de tacto mujeril llena,
de su genio la corriente
sabe llevar con tal tino
que la muchacha no avanza,
si en ella no se afianza,
un paso de su camino.
Jamás Bibiana atajó
su voluntad frente á frente,
ni sola por la pendiente
nunca expuesta la dejó.
Tenia, pues, en Bibiana
la venturosa Jimena
esclava de adhesion llena,
amiga, madre y hermana:
y el viejo conde Lozano
fiado en tan buen guardian
no tuvo el menor afan
de irlas jamás á la mano.
Él, tranquilo, á sus negocios
del castillo se ausentaba,
y ausente ó nó, no turbaba
sus quehaceres ni sus ocios.
Iban y venian juntas
de la alquería al castillo,
y sentábanse en un trillo,
y aguijonaban las yuntas,

y trepábanse en los carros,
y trampas en las montañas
iban á las alimañas
á poner tras los chaparros:
y de nardos y amapolas
coronadas, se las vía
con infantil alegría
correr tranquilas y solas
del castillo á la alquería,
de la alquería al castillo;
que en aquel tiempo sencillo
tales costumbres habia.
Así hoy y de esta mañana
con la luz tibia y serena,
entraba tras de Jimena
en la alquería, Bibiana;
y miéntras que su marido
iba al campo con sus yuntas,
en su hogar soplaban juntas
el fuego mal encendido:
y cuando á solas quedaron,
ido el marido, en su hogar,
de este modo á platicar
ambas á dos comenzaron.
Y aquí, para que marchemos
bien de su diálogo en pós,
á lo dicho por las dos
su nombre al márgen pondremos.
Dirá algun crítico acaso
que esto es de comedia á modo,
y que es barajarlo todo
por salir mejor del paso:
pero esta es la gran ventaja
que tienen nuestras leyendas;
de modas son como tiendas,
que todo en ellas se encaja.

III

JIMENA ¿Estamos solas, Bibiana?
BIBIANA No hay hombre en casa, Jimena.
JIMENA Hablemos.
BIBIANA Enhorabuena:
ya de hablar tenia gana.
Poco hace que silenciosa
andabas y distraida.
JIMENA Claro-oscuro de la vida:
ahora estoy de hablar ganosa.
BIBIANA De enamorados costumbre
dicen que es.
JIMENA Eso es: entabla
tú ahora un sermon.
BIBIANA Vaya, habla
miéntras yo avivo la lumbre.
JIMENA Digo, pues, que me escribió.
BIBIANA ¿Quién?
JIMENA Rodrigo.
BIBIANA ¿Cuándo?
JIMENA Ayer.
BIBIANA ¿Y has contestado?
JIMENA ¡Mujer!
¿estás loca?
BIBIANA Creí.
JIMENA No.
Vendrá él mismo esta mañana
á recibir de mi boca
la respuesta.
BIBIANA ¡Tú estás loca,
Jimena!
JIMENA ¿Por qué, Bibiana?
BIBIANA ¡Dar cita á un mozo!
JIMENA ¿No es noble?
¿no estarás tú aquí conmigo?
¿no oirás lo que le digo?

BIBIANA Y será la falta doble,
pues yo contribuiré
á hacer tu culpa más grave:
y si tu padre lo sabe.....
JIMENA ¡Pues si yo se lo diré!
BIBIANA ¿Tú se lo dirás?
JIMENA Hoy mismo.
BIBIANA Y á las dos por la ventana
nos echa el conde.
JIMENA ¡Bibiana!
BIBIANA Si no le da un paroxismo
de cólera y se desmaya.
JIMENA ¿Pues no he de acudir á él
si me propone el doncel
pedirle hoy mi mano?
BIBIANA ¡Vaya!
¡No pica poco alto el mozo!
JIMENA Nieto es de Diego Porcelos.
BIBIANA Harto hará con sus abuelos
sin dineros y sin bozo.
JIMENA Tál como es, es tán valiente,
que por su gran corazon
ya en Castilla y en Leon
anda en bocas de la gente.
BIBIANA Sé que en una montería
de un jabalí al rey libró.
JIMENA Muerto á sus piés le dejó
cuando al rey acometia.
BIBIANA Nadie lo vió.
JIMENA Estaba solo
y extraviado el rey.
BIBIANA Se inventa
mucho de lo que se cuenta
en la corte.
JIMENA El rey contólo.
BIBIANA Y el rey lo inventa tal vez

al padre para premiar
en él: son los de Vivar
gente en verdad de honra y prez.
Mas diz que ha venido á ménos.

JIMENA Podrá haber sido en hacienda,
mas no hay nadie que pretenda
rebajarles en lo buenos.

BIBIANA De ajar al mozo no trato;
mas diz que al rey sin respeto
dejó tirado en un seto
á la par con el jabato:
y pues ni cortés le alzó,
ni sacó de su accion fruto,
paréceme que es tan bruto
como el bruto que mató.

Sintió, Jimena, la injuria
de tal frase, y sintió el fuego
pronto á estallar de una furia
justa, con ímpetu ciego.

El genio feroz del conde
se reveló un punto en ella:
mas su ímpetu corresponde
resistir á una doncella.

Bajó los ojos, calló,
y dejó la ira pasar.
Pasó, sonrió y tornó
conversacion á trabar.

Y una mirada tan pura
como el sol de la mañana
posando sobre Bibiana,
la preguntó con dulzura:

JIMENA ¿Por qué le quieres tan mal?

BIBIANA No le tengo antipatía,
pero tengo la manía
de que ha de sernos fatal.

JIMENA ¿Por qué?

BIBIANA Con él he soñado
dos veces ya, y en las dos
corria de ambas en pos
furioso y ensangrentado.

JIMENA Dos veces tambien con él
soñé y sangre le teñia,
pues de la guerra volvia
con el sangriento laurel:
con que el doble sueño augura
que va á ser un gran guerrero.
BIBIANA Es que áun no te he dicho entero
mi sueño: en él su figura
era la de un asesino:
la sangre que le manchaba
era tuya: te acababa
de matar.
JIMENA ¡Qué desatino!

BIBIANA Yo soy muy supersticiosa:
soñarlo ambas, es preciso
que sea del cielo aviso.

JIMENA ¡Delirio!

BIBIANA Siempre me acosa
desde que tal he soñado:
y el mozo, por quien sentia
al principio simpatía,
por darme miedo ha acabado.
Rompe con él.
Tornó el fuego
de la ira á arder en Jimena;
pero, más que altiva, buena,
dijo, templándose luego:

JIMENA Bien: si debo..... romperé,
y si despues que le veas
y le hables hoy, tal deseas
que haga.....

BIBIANA ¿Le amas?

JIMENA Sí á fe.
Siento que en mi corazon
se acrecienta cada dia
su cariño.

BIBIANA Niñería
sin consecuencia.

JIMENA Pasion
profunda, segun la siento
mi corazon asaltar,
y ocuparme sin cesar
voluntad y pensamiento.
Interrumpió su quehacer
Bibiana, y muy tristemente
dándola un beso en la frente
dijo á la doncella.....

BIBIANA A ser
lo que me dices verdad,

y tal á ser tu pasion,
va á ser..... ¡es mi conviccion!
una gran fatalidad.

JIMENA ¿Por qué lo ha de ser?

BIBIANA Escucha;
Tú eres niña y áun no ves
la sociedad tal cual es;
yo, sin perspicacia mucha,
tengo tacto y reflexion;
y en mí la falta de ciencia
suplen la grande experiencia
del tiempo y la observacion.
Tu padre con el rey priva
años hace, y se me alcanza
que nunca la real privanza
partirá con alma viva.
Don Diego Laínez, padre
del doncel que te enamora,
sea porque al rey ahora
mostrar gratitud le cuadre
á la estirpe del mancebo
que la vida le salvó,
ó por razones que yo
ni alcanzo ni alcanzar debo,
del rey á obtener empieza,
segun se dice, un favor,
que tiene ya ojo avizor
á toda nuestra nobleza.
La ambicion es mala amiga
y con la envidia se aloja,
y al conde tu padre enoja
que se piense y que se diga
que puede hombre alguno haber
que le pueda hacer mal tercio:
en política y comercio
todo el mundo es mercader;

y el favor es mercancía
que todos quieren pujar,
aunque tengan que empeñar
toda su hacienda en un dia.
Si en otra ocasion pudiera
dar tu mano á don Rodrigo,
lo que es hoy, ya te lo digo,
es imposible que quiera.
El conde, si otro en Castilla
favor gana y es don Diego,
ha de odiarle desde luego,
y ha de ser su pesadilla.
La demanda de tu mano
por su hijo tomará á injuria:
que la ambicion y la furia
turban el juicio mas sano.
Nunca el amor querrá ver
en demanda semejante
sino afan de irle delante
en la privanza y poder.

Calló Bibiana: Jimena
quedó muda y pensativa,
de nueva tan aflictiva
devorando mal la pena;
y la nodriza creyendo
corroborar motivándola
su razon, acariciándola
siguió á Jimena diciendo:

BIBIANA Jimena del alma mia;
si fuera sólo un capricho
todo esto que aquí te he dicho,
jamás dicho te lo habria.
Tengo á tu padre respeto,
gratitud, veneracion;
pero de tal posicion
te he revelado el secreto

á riesgo de entristecerte,
porque como á hija te quiero,
y á tu desdicha prefiero
mi desventura y mi muerte.
Muchos nobles le han pedido
para sus hijos tu mano,
y por el conde Lozano
desairados han salido.
El conde á tu inclinacion
atenderá, no lo niego;
pero el hijo de don Diego
viene en muy mala ocasion.—
Convencida imaginaba
ya á la muchacha tener
y peroraba á placer;
mas con su amor no contaba.
No sé qué vago rumor
de Jimena hirió el oído,
por Bibiana no sentido
de su charla en el calor,
que atajándola, sin tiento
se lanzó á la celosía
de un ajimez, que se abria
en el contiguo aposento.
Siguióla inquieta Bibiana:
y empinada en la tarima
del alféizar, por encima
de su hombro, por la ventana
miró, pero ambas en vano
gastaron vista y oído:
ni nada vieron, ni el ruido
se percibió más lejano.
—¿Qué fué?—preguntó Bibiana.
—No sé,—respondió Jimena:
Creí oir..... mas nada suena.
BIBIANA No vendrá tan de mañana.

JIMENA Pero al fin ha de venir
hoy ó mañana; ¿qué hacer?
¿con él sin razon romper?
¡No! Ni yo le he de decir
lo que él acaso no sabe
y en lo que parte no tiene;
ni á mí este amor me conviene
que sin razon por mí acabe.

BIBIANA Déjamelo á mí pulsar.
Veremos despues de oir
lo que te viene á decir,
cómo lo hemos de arreglar.
¿No sabe él ya que yo sé
que te ha visto y que te ha hablado?

JIMENA Sabe que hay siempre á mi lado
quien nos oye y quien nos ve:
y que de no ser así
ni me viera ni me hablara;
que más que mi amor me es cara
la honra limpia en que nací!

BIBIANA Bien, Jimena; y pues que todo
como ha debido ha pasado,
despues que él se haya explicado,
yo me explicaré á mi modo.
Y con lo mal que el tiempo anda
y con vuestra poca edad,
yo haré sin dificultad
que él suspenda su demanda.
Y si os quereis bien los dos
y Dios el tiempo mejora,
lo que no atemos ahora
más tarde lo atará Dios.

Y así diciendo Bibiana
y dando un beso á Jimena,
tornó aquella á su faena
y esta tornó á la ventana.

IV

Levantóse el caserío
de aquella granja del conde
de un castillo de los moros
con los viejos paredones.
Sobre unas ruinas romanas
por los moros fabricóse;
quemáronle los cristianos:
y, abandonado en el bosque,
creció sobre la maleza,
sus ruinas guardando el monte
ocultas desde su pérdida
por los moros hasta entónces;
y cuando el conde Lozano
con el rey vino á la corte
de Castilla y fincó en ella,
las descubrió en el desmonte.
Era el castillo condal
de piedra una inmensa mole,
que campeaba sobre un cerro
sin que las vistas le estorbe
nada en torno: dominando
sus macizos torreones
llano y valle, cual vigía
de aquellos alrededores.
En tiempo de Cárlo-Magno
unos ricos borgoñones
con el rey mal avenidos
fueron de él los fundadores.
Rico en agua, esbelto y sólido,
sobrado de habitaciones,
abundante en caza y aguas
su comarca, superiores
sus terrenos, su aire sano,
buenos y bravos sus hombres,

de palacio y fortaleza
tiene á un tiempo planta y dotes.
Así que al hallar en ruinas
el moruno, despreciólc
el conde, y á sus colonos
pudiendo útil ser, cediósele
al marido de Bibiana,
de cachicanes, pastores
y motriles para albergue.
El colono, más que pobre
ruín, aprovechó los muros
y los bajos de las torres:
y escombros vendiendo y piedras
á ricachos hidalgotes
de lugar, para él se hizo
en ellas habitaciones:
y en torno de ellas y á vista
de sus mismos miradores,
dejó el recinto en que tiene
cuadras, rediles y trojes,
y las demás dependencias
de su tráfico y labores.
Pero por fuera y por dentro,
todo ello fué hecho conforme
del viejo castillo moro
permitieron trecho y corte;
de modo que la alquería
era un conjunto deforme
de partes heterogéneas,
en el más gayo desórden.
Aquí de un arco cargado
de cúficas inscripciones
cerraba el hueco un tabique
hecho de toscos adobes.
Más allá, y entre dos tapias
de escombros y de cascote,

se abre un pórtico arabesco
festonado de agallones,
frisado de alicatados
y cargado de labores
laberínticas, miniadas
con minuciosos primores.
Allá en la esquina en que corta
el viento de oriente al norte,
junto á un ajimez esbelto
gira un balconaje enorme,
del cual formó el buen labriego
un corredor sobre postes,
y sobre el cual dan las luces
del aposento en que come.
Este ajimez pintoresco
y este corredor que corre
á Oriente con escalera
á un jardinillo sin flores,
están sombreados y orlados
por los verdes pabellones
de las hojas de una parra
que bajo de ellas les coge:
y trás de la celosía
de aquel ajimez, fué donde
se apostó muda Jimena,
y allí permanece inmóvil.
Por cuanto alcanza la vista
su vista el campo recorre
y escucha atenta, mas nada
alcanza á ver, nada oye.
Jimena á quien ama espera,
y en su tardanza supone
falta de amor ó palabra,
ó empeños que desconoce.
El corazon amoroso
vagas sospechas la roen,

y hacen tal vez que las lágrimas
á sus pupilas se agolpen,
¡Ella espera..... y él no viene!
y el sol en el horizonte
corrió ya un cuarto del cielo:
ya envió á los trabajadores
de su primera comida
Bibiana las provisiones:
y su marido muy pronto
es fuerza que á casa torne.
Las dos veces que ha venido
el enamorado jóven,
para acercarse ha tomado
minuciosas precauciones.
Una apénas era dia,
otra empezaba á ser noche:
y ambas para no ser visto
amparábase del bosque;
y obró en ambas el mancebo
como caballero noble,
que evita cáuto apariencias
que la calumnia provoquen:
que el español que es hidalgo,
jamás á su dama expone
en lenguas y ojos del vulgo
por cartas, ni por balcones.
Hoy, si viene, no ser visto
es imposible que logre:
todo el campo está ya lleno
de sol y trabajadores.
Ya no vendrá: tal vez tenga
para ausencia tal razones,
para falta tal excusas
que en tal conducta le abonen;
mas como no las alcanza
Jimena, que en vano absorbe

todos los ruidos del aire,
que, apoyos engañadores
de sus esperanzas frágiles,
al alzarse en él se rompen,
desesperanzada al cabo
del ajimez retiróse.

V

Pero no bien apartó
la faz de la celosía,
pasos de alguno sintió
que al huerto saltado habia;
y al ajimez se volvió.
Jimena, con alborozo
y sobresalto á la par,
vió al enamorado mozo
que procuraba el embozo
sobre la faz conservar:
y en la amante imprevision
de tal gozo y sobresalto,
corrió á la otra habitacion
y echóse, abriendo el balcon,
en el corredor de un salto.
Bibiana al par, que tal ve,
corrió al ajimez de junto
al balcon: y á punto fué,
porque ya el mozo en tal punto
del balcon llegaba al pié.
Jimena intentó ordenar
del huerto al mozo salir:
pero no pudo llegar
tal órden á pronunciar
porque él la empezó á decir:
«Jimena del alma mia,
si cual yo os amo me amais,
hoy ha amanecido el dia
en que el alma á la alegría

y á mí el corazon me abrais.
»Yo en decir como en obrar
soy breve, recto y sencillo:
mi padre acaba de entrar
vuestra mano á demandar
al conde, en vuestro castillo.
»Mi padre lo ha consultado
con don Fernando primero,
y el Rey su vénia ha otorgado;
que salga el Rey desairado
por vuestro padre no infiero.
»Yo al mio hoy acompañé
hasta el castillo, y corrí
á deciros el por qué
tanto á la cita tardé;
mirad si el tiempo perdí.
»Debo á mi padre aguardar
del robledal á la vera;
no me quisiera arriesgar
á que un instante tuviera
por su hijo allí que esperar.
»Con que pues sabeis desde hoy
el favor que con el Rey
tiene mi padre, y yo estoy
en que á su demanda es ley
que acceda el conde..... me voy.
»Jimena del alma mia,
si vuestra mano me dan,
dijo el Rey que al otro dia
del casamiento, me haria
de una hueste capitan.
»Si tál mano y tál bandera
llego en un dia á lograr,
Jimena, en España entera
no ha de haber rey ni bandera
que abata la de Vivar.»

Y así el mancebo diciendo,
y el balcon tan bajo viendo,
de la retorcida parra
el pié en un nudo poniendo,
trepa y del balcon se agarra:

y con esfuerzo pujante
que la baranda estremece,
ízase de ella delante;
la da un beso..... y de un gigante
salto..... cáe..... y desaparece.
Por rápida que acudió
Bibiana al balcon y á ella,
ni el beso de él atajó,
ni vió si se le volvió
aturdida la doncella.

Jimena en su confusion
y en su duda la asturiana,
quedaron en conclusion
como quien ve una vision
al abrir una ventana.
Ninguna osando abordar
la delicada cuestion
de lo que se pudo dar
ni tomar en el balcon,
mirábanse sin chistar.
Colocándose por fin
Bibiana en la situacion,
dijo: «Quien pudo al balcon
saltar, bien pudo al jardin:
mas no es esta la cuestion.
»Ya no hay remedio: tu mano
dió ya ó le negó á don Diego
tu padre el conde Lozano.»

JIMENA Y á la boda el soberano
ha accedido desde luégo.

BIBIANA Que eso no te dé esperanza.

JIMENA ¿Por qué?

BIBIANA Porque ni con Dios
parte el conde la privanza;
y aquí está la malandanza
del negocio entre los dos.

JIMENA ¿Crées que mi padre quizás
resistir osará al Rey?

BIBIANA Tu padre es hombre que atrás
nunca se hará, ni jamás
sufrirá de nadie ley.

JIMENA ¡Dios sea entónces mi escudo!
Ya he dado á Ruy el corazon
para siempre.

BIBIANA No lo dudo:
sólo teniéndole pudo

llegar hasta tu..... balcon.
Dios quiera que ese mancebo
fatal á ambas no nos sea.

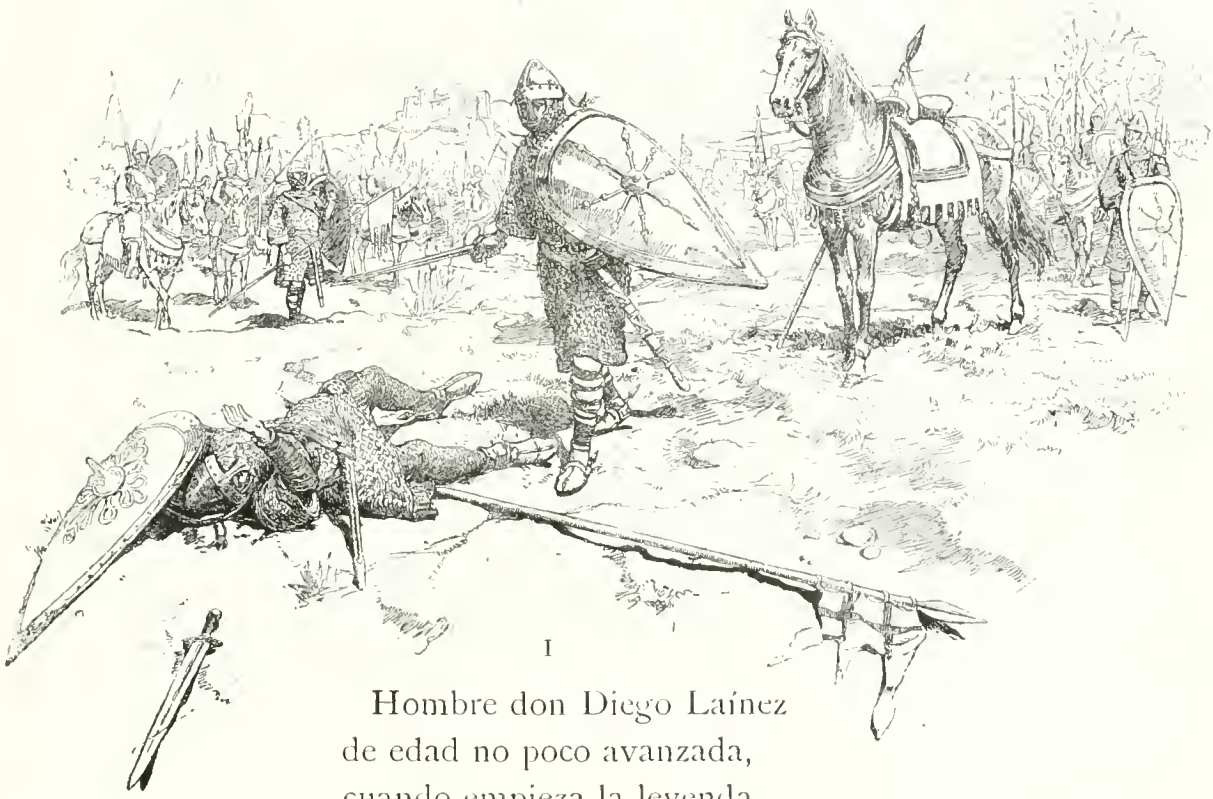
JIMENA ¿Ya vuelves á eso de nuevo?

BIBIANA Créer en sueños no debo,
lo sé: ¡mas tengo esa idea!
De silencio trás buen trecho,
Bibiana, oyendo arrancar
á Jimena un ¡ay! del pecho,
dijo: «Ya el mal está hecho:
á lo hecho pecho..... y andar.»

VI

Cuando al fin de su carrera
Rodrigo Diaz llegó
del robledal á la vera,
á un paje no más halló
que le habló de esta manera:
«Tu padre, á escape al tornar
á Burgos torvo y mohino,
te envia por mí á ordenar
que deshagas el camino
y le esperes en Vivar.»
El mancebo, aunque azorado
por lo que el paje le dijo,
obedeció á lo mandado
en la sumision criado
y el respeto de un buen hijo;
y vueltas dándose á dar
á lo que á entender no acierta,
no dejó de caminar
cavilando hasta la puerta
de su casa de Vivar.

Cuando á más del medio dia
repecharon del castillo
Jimena y su ama la via,
dijo á aquella en el rastrillo
el paje que se la abria:
«El conde á Burgos no há un hora
al partir á rienda suelta,
dejó ordenado, señora,
que no volvais desde ahora
á salir hasta su vuelta.»
Jimena, aunque no avezada
á que nadie la dirija
órden así formulada,
la así por su padre dada
acató cual buena hija.
Y, aunque azorada, á no dar
su brazo á torcer resuelta,
se fué en silencio á encerrar
en su aposento, la vuelta
del conde en él á esperar.



I

Hombre don Diego Laínez
de edad no poco avanzada,
cuando empieza la leyenda
mal zurcida en estas páginas,
era muy bien quisto en Burgos,
y cabeza de una casa
hidalga, rica y antigua
ántes ya de Iñigo Abarca.
Habíase envejecido
peleando en cien batallas
en pró del rey don Fernando
con numerosa mesnada:
y asistido habia á aquella
lid fratricida é infáusta
en que fué muerto su hermano
don García de Navarra.
Conquistó á Ubierna y á Orbel;
y supo tan bien guardarlas
contra navarros y moros,
que el rey le ofreció donárselas.

Don Diego, cuya progénie
cual la del rey es preclara,
juzgó que aceptarlas era
servir al rey por la paga;
mas viendo que al mismo tiempo
con el tiempo se mellaban
en el servicio del rey
su salud, hacienda y armas,
fué poco á poco esquivándose
de la corte, siempre ingrata
con el que no adula al príncipe
y ante el poder no se arrastra.
Léjos, pues, de las intrigas
palaciegas, se ocupaba
de sus negocios domésticos
y de su hijo en la crianza.
Don Rodrigo era el postrero
de tres; pero dos, por causa
de una de esas mil dolencias
que se dicen profilácticas,
eran mozos de altos cuerpos,
pero de fuerzas escasas;
por traer en los pulmones
grande flaqueza heredada.
Por uno de esos misterios
que tan solamente alcanza
Dios, que hizo del cuerpo humano
la maravillosa máquina,
al tercer parto su madre,
del mal desembarazada
que por tísis de la suya
á su estirpe inoculaba,
dió á luz en su tercer hijo
una muestra inesperada
de robustez y de fuerza,
y en proporciones sin tacha.

Don Diego que en aquel hijo
funda toda su esperanza
de perpetuar su familia
de extincion amenazada,
dió desde niño á Rodrigo
una educacion gimnástica,
que al completo desarrollo
de su vigor ayudara.
Crecer le hizo en ejercicio
continuo; y dado á la caza,
á la lucha y al manejo
del caballo y de la lanza,
logró á los diez y nueve años
ser una muestra acabada
de un noble de la Edad media,
tiempo de fe y de batallas.
Rodrigo, hidalgo de entónces,
tenia sólo en el alma
la fe de Cristo y la idea
de echar al moro de España:
y en estas dos cualidades,
fuerza hercúlea y fe cristiana,
del noble de aquellos tiempos
el porvenir estribaba.
Tal es Rodrigo, que hoy tiene
amistad y favor gana
con el infante don Sancho,
á quien en edad iguala;
porque desde que la vida
salvó al rey de una alimaña,
don Sancho con fe de mozo
mucho del mozo se paga;
y si á reinar llega un dia,
claro es que con él se labra
un gran porvenir por poco
que por sí el mancebo haga;

y por eso es ya Rodrigo
en la edad corta que alcanza
el orgullo de sus padres
y el adalid de su raza.

Con esta puede una hueste
sacar si quiere á campaña,
porque tal es en Castilla
su parentela de larga.

Por su virtud á don Diego
todos sus deudos acatan:
cuantos tienen sangre suya
todos su padre le llaman;
y no hay en sus tierras hombre
á quien apunte la barba,
que no dé su sangre toda
por él, si se la demanda:
ni hay uno de los que forman
de su pendon la mesnada,
que cuando al campo le saque
tras de Rodrigo no salga.

Porque ya tiene el mancebo
la simpatía ganada
de sus gentes, y en él cifran
el porvenir de su raza.
Doña Teresa Rodriguez,
de alto linaje entroncada
en la nobleza de Asturias
que es la más vieja de España,
es la venturosa madre
de este doncel cuya fama
ha de ensordecer la tierra
con el són de sus hazañas.
Don Diego ha tenido en ella
durante vida tan larga
un aliento en la fortuna
y un consuelo en la desgracia.
De sus secretos domésticos
y su honor depositaria,
la honra de su casa en ella
tuvo siempre buena guarda:
y desde el sillon de cuero
donde envuelta en tocas blancas
se sienta á su puerta, su honra
como el sol luz pura rádia.
Don Diego y doña Teresa
ven al rey veces muy raras,
en ocasiones extremas
ó imprevistas circunstancias.
Rara vez van á palacio:
pero cuando van les trata
el rey como se merecen
tan buen viejo y tan gran dama.
Sus riquezas han tenido
por las guerras grandes bajas:
pero gozan en Castilla
consideracion muy alta

Este rico-hombre de Burgos,
esta rica-hembra asturiana
y este mozo, en quien se fundan
tan risueñas esperanzas,
tienen su casa en Vivar;
lugar muy pobre de casas,
mas rico de hombres valientes
y de generosas almas.
Para seguir esta historia
comenzada esta mañana,
de esta casa solariega
entremos en una cámara.

La última luz del crepúsculo
ya el occidente se traga,
haciéndola por momentos
más trémula y más escasa.
En un aposento vasto,
en cuyas paredes blancas
cuelgan cabezas de fieras
entre panoplias y armas,
Rodrigo, su noble madre
y sus hermanos aguardan
la vuelta de su buen padre
con impaciencia y con ansia.
Inquietud desconocida,
zozobra insólita y vaga
les roe los corazones
y les atribula el alma.
Mil veces ha ido don Diego
á la ciudad del Arlanza
desde Vivar, pero nunca
les dió zozobra su marcha.
Mucho ha tardado mil veces:
tardó dias y semanas
en volver de allá; mas nunca
les extrañó su tardanza.

Hoy, ansia sin precedentes,
impaciencia inmotivada
el alma les atribula
y el corazon les escarba;
á cada ruido que sienten,
á cada sombra que avanza
por el camino, se asoman
con afan á las ventanas:
mas sobre el camino espira
el ruido, la sombra pasa,
y no es él quien la proyecta,
ni su caballo el que le alza.
Saben los cuatro que ha ido
don Diego por la mañana
á ver al conde Lozano:
mas nadie sabe la causa
que le obligó por la tarde
á emprender nueva jornada
á ver al rey, sin que el rey
á la corte le llamara.
Siendo cual es el asunto,
siendo él quien es, y el monarca
siendo un rey que con él usa
de benevolencia tánta,
¿qué hay de extraño si su vuelta
Diego Laínez retrasa,
siendo el negocio una boda
y dos leguas la distancia?
Probabilidades, cálculos
y razones hay sobradas
para tal viaje, tal prisa
y semejante tardanza;
mas sobre todos los cálculos
que en las razones se basan,
sobre todas las medidas
y las cuentas más exactas,

está el corazon que siente,
y la intuicion del alma
que prevé lo incalculable
y presiente la hora aciaga.
Y hé aquí por qué su familia
espera al viejo con ansia:
porque el corazon alberga
lo que la razon rechaza.
Así esperan: y aunque á veces
alguno de ellos arranca
del pecho un suspiro ahogado.....
suspiran, pero no hablan:
la madre por no afligirles,
los hijos por no faltarla
al respeto que la deben,
sin que les pregunte, hablándola:
porque en aquel siglo bárbaro
todavía era, á Dios gracias,
el padre para los hijos
la imágen de Dios en casa.
Así esperan..... y se cierra
la noche, y en torno ataja
la vista de las tinieblas
la densa, insondable masa,
en cuyo lóbrego fondo
nada pueden las miradas
ver ya, aunque en él mil quimeras
la imaginacion levanta.
La lobreguez en silencio
tiempo hacia que miraban
la rica-fembra y sus hijos
inmóviles en la estancia,
cuando Rodrigo á sí mismo
formulándose en palabras
su idea fija, dijo alto:
«¡Válgame Dios! ¡cuánto tarda!»

Cual si un fantasma evocase,
á su voz inesperada,
todos sintieron tornárseles
la faz invisible pálida;
mas como si Dios hubiera
escuchado su plegaria,
al ¡válgame Dios! se oyeron
sobre el camino pisadas.
El relincho de un caballo
rasgó la atmósfera, y rápida
sintieron del de su padre
la bien conocida marcha.
«¡Él es! ¡Luz!»—gritó Rodrigo:
y á su voz que avisa y manda
los siervos atropellándose
sacaron candiles y hachas:
mas cuando llegaron todos
al zaguan, ya se apeaba
de su caballo don Diego
con presteza desusada.
Dióles la faz, y por cima
del embozo de la capa
pudieron ver que traia
descolorida la cara,
enmarañado el cabello
de la cabeza y la barba,
el entrecejo fruncido
y las pupilas con lágrimas.
Efecto acaso del cierzo,
que con sus ásperas rachas
en la rapidez del paso
el semblante le azotaba.
La capa á tomarle un mozo
fué: pero él le dijo:—«Aparta;»
y umbral adentro metióse
de los hombros arrastrándola

«¿Qué tienes, padre?»—le dijo
Rodrigo: y respondió: «Nada:»
y emprendió escalera arriba
desciñéndose la espada.
Salió al descanso á abrazarle
su mujer; pero él negándola
su abrazo, la dijo: «Quita,
que quien me toca se mancha.»
Siguió adelante: siguióle
su familia acongojada,
triste y silencioso séquito
formándole hasta su cámara;
mas él, volviéndose á ellos
en el umbral de su estancia,
les dijo con gesto trémulo
y voz descompuesta y áspera:
«Nadie conmigo.—No quiero
ni necesito ya nada.
Cada uno á su cuarto.—Dios
nos alumbrará mañana.»
Cerró la puerta de golpe:
dió á la llave en la cerraja
vuelta por dentro, y afuera
dejó á su gente asombrada.
«A obedecer todo el mundo,»
dijo Rodrigo en voz alta.
«Dios manda en el universo
y nuestro padre en su casa.»
Criada en principios tales
la familia castellana,
cada cual se fué á su lecho
oidas tales palabras;
mas desde él oyeron todos
toda la noche en su estancia
ir y venir á don Diego
como á un leon en la jaula.

II

Y al tiempo que sucedia
esto en Vivar, al rastrillo
llegaba de su castillo
el conde que á él se volvia.
Echó pié á tierra, y llegó
Jimena á abrazarle; pero
él con semblante severo
su abrazo la rechazó.
«¿Qué traes, padre?»—le pregunta
la niña atemorizada:
respondióla el conde—«¡Nada!»
y la cara cejijunta
volviendo á su servidumbre
dijo:—«Mañana volvemos
á Asturias, donde tendremos
mejor sol que nos alumbre.»
Dijo, y á su cuarto fuése:
Jimena al suyo tornóse,
y sin que chistar nadie ose
aunque tal órden le pese,
buscaron todos sus lechos,
como á siervos corresponde,
que las órdenes del conde
á obedecer están hechos.
Mas desde el suyo Jimena
oyendo á su padre estuvo
que en vela en su cuarto anduvo
como en su jaula una hiena.

III

A la mañana siguiente,
rayando apénas el alba,
estaban en pié ya todos
de Laínez en la casa.

Cuantos de él, bajo su techo
reciben pan ó soldada,
á que se despierte y llame
esperan en la antesala.
Les dijo ayer que debia
Dios alumbrarles mañana,
y con la luz que amanece
á Dios y á don Diego aguardan.
Adheridos á su jefe
como á su tronco las ramas,
esperan en Dios y creen
de don Diego en la palabra;
y no habiendo comprendido
la escena anoche pasada,
á que se la explique esperan
cuando se despierte y salga.
Abrió por fin las dos hojas
de la puerta de su estancia
don Diego, y pudieron todos
ver que estaba hecha su cama.
Un noble su cama no hace
cuando de ella se levanta;
conque no ha entrado en la suya
puesto que la tiene intacta.
Don Diego tiene los ojos
hinchados, la cara pálida,
la calva testa sin toca
y la cintura sin daga.
Todo muestra en su persona
negligencia desusada,
que está revelando un duelo
que el corazon le ataraza.
Con casi invisible seña
mandó á sus hijos que entraran,
y cuando puertas adentro
les tuvo, volvió á cerrarlas.

En cuanto á solas con ellos
quedó su padre en su cámara,
fuése al mayor, y cogióle
la diestra entre sus dos palmas.
No para estudiar en ella
sus quirománticas rayas,
que áun este abuso hechicero
no habia entrado en España;
sino para hacer con ella
una experiencia extremada,
con la cual piensa que su honra
de allí en buena mano salga.
Asió, pues, del primer hijo
la diestra; y de su avanzada
edad y senil flaqueza
á pesar, con fuerza tanta
se la apretó, que el mancebo
no pudiendo retirarla
exhaló un ¡ay! y los ojos
se le arrasaron en lágrimas.
Soltóle el viejo, y ante él
poniendo la puerta franca,
le dijo: «Véte: el que llora
no es digno más que de lástima!»
Tomó al segundo la diestra;
y con ira al estrujársela,
al rostro que palidece
de hito en hito le miraba.
Cayendo el mozo de hinojos
gritó: «¡Padre, que me matas!»
y el viejo dijo soltándole:
«¡Véte, se muere y no se habla!»
Fuése en seguida á Rodrigo,
que viendo en silencio estaba
lo que hacia con los otros,
sin comprender de qué trata:

Tomóle tambien la diestra;
y en medio de sus dos palmas
los cuatro dedos cruzando
por debajo, asegurándola,
enclavijó los pulgares
por encima, y apretándosela
cada vez más, parecia
que intentaba triturársela.
Subió el dolor hasta el codo,
y Rodrigo, que empezaba
á ponerse rojo de ira,
exclamó al fin con gran saña:
«Padre, al tenerme esa mano,
si quien eres no mirara,
con la que me dejas suelta
por Dios que te acogotaba.»
Siguió apretándole el viejo
sin curar de la amenaza,
y del dolor en el colmo
gritó el mozo ebrio de rabia:
«Suéltame esa mano, padre,
que la suelta se me escapa!»
y levantando la zurda.....
sintió la derecha salva.
«Suéltalas, le dijo el viejo,
suéltalas, hijo de mi alma:
que sueltas las necesitas
para lavar mi honor ambas.»

RODRIGO ¿Qué dices, padre? ¿Estás loco?
¿Quién en tu honor puso mancha?

LAÍNEZ ¡Quien puso en mi faz su mano!

RODRIGO ¿Su mano un hombre en tu cara?

LAÍNEZ Sí.

RODRIGO ¡Tú mientes ó deliras!
Padre, ¿á tí una bofetada?
¿y vives..... y vivo..... y vive

un solo hombre de tu raza?
¿Quién es él?

LAÍNEZ Oye.

RODRIGO Su nombre:
no pierdas tiempo en palabras;
porque las manchas del rostro
con el sol se tornan llagas,
y se gangrenan muy presto
si con sangre no se lavan.

LAÍNEZ Escúchame.

RODRIGO No: no quiero
más que su nombre y tu espada.

LAÍNEZ ¿Le buscarás?

RODRIGO Al instante.

LAÍNEZ ¿Le matarás?

RODRIGO En la cara
le heriré, si me hace frente,
y si huye, por las espaldas.

LAÍNEZ Tiene muy alta la frente.

RODRIGO Mi justicia irá más alta.

LAÍNEZ Es muy fuerte.

RODRIGO Mi razon
será más.

LAÍNEZ El rey le ampara.

RODRIGO Le mataré aunque le encuentre
del mismo rey en la cámara.

LAÍNEZ En ella me hizo el ultraje.

RODRIGO ¿Y el rey lo vió?

LAÍNEZ En ella estaba.

RODRIGO Morirá aunque se cobije
del mismo rey á las plantas.

LAÍNEZ ¿Aunque arriesgues?.....

RODRIGO Aunque arriesgue
la salvacion de mi alma.

LAÍNEZ ¿Lo juras?

RODRIGO Ante ese Cristo

que tienes junto á tu cama.

LAÍNEZ Pues arrodíllate y toma
mi bendicion y mi espada.
Arrodillóse Rodrigo,
puso don Diego sus palmas
sobre su cabeza y díjole:
«¡Dios ampare tu demanda!»
Y tomando un gran mandoble
que sobre su mesa estaba,
colgóselo al cinto; un beso
dióle y díjole: «Levanta.»
Levantóse el mozo y dijo:

RODRIGO Su nombre no más me falta.
¿Quién es?

LAÍNEZ El conde Lozano.

RODRIGO ¡Jesucristo!

LAÍNEZ ¿Qué te pasa?

RODRIGO Nada.

LAÍNEZ Entónces ¿por qué á Cristo
invocaste?

RODRIGO Porque á espaldas
con ese nombre he sentido
que el mundo entero me echabas.

LAÍNEZ ¿Y vacilas?

RODRIGO No es extraño
que un momento vacilara
tal carga al tomar en hombros,
dándome al mundo por carga.

LAÍNEZ Suéltala pues.

RODRIGO No me insultes.
Padre: con la cuchillada
con que le abra el pecho, voy
á abrirme yo mismo el alma:
mas para tu hijo, señor,
ántes que tu honor no hay nada.

LAÍNEZ Mas si ántes te lo dijera.....

RODRIGO Lo mismo te contestara.
Mi corazon es de carne,
mis pasiones son humanas;
pero de ahogarme á mí mismo
soy capaz si me lo mandas.

LAÍNEZ Quien manda así sus pasiones
será un héroe!

RODRIGO No es hazaña
cumplir mi deber contigo:
ser hijo tuyo me basta.
Tornóle á abrazar el viejo;
y cruzando la antecámara,
llevándole por su mano
abrió el balcon de la sala.
A la plaza de Vivar
daba aquel balcon, y estaba
ansiosa de saber algo,
llena de gente la plaza.
Laínez mostrando á su hijo
dijo al pueblo con voz clara:
«Desde hoy es mi hijo Rodrigo
la cabeza de mi casa:
él presidirá mi mesa
y se ceñirá mi espada.
Infanzones de Vivar,
desde hoy al ir á campaña
él montará mi caballo,
y guiará mi mesnada,
y él meterá por Castilla
mi pendon en las batallas.»
Dió á Rodrigo un viva unánime
la multitud exaltada,
y tornó al silencio viendo
que el noble mozo iba á hablarla.
Rodrigo con voz de trueno
que retumbó en la montaña

dijo, echando el medio cuerpo
por cima de la baranda:
«Hijosdalgos de Vivar,
nuestro honor tiene una mancha.
Hay un hombre que á mi padre
ponérsela osó en la cara.

¡A caballo! y con su sangre
miéntras no quede lavada,
que á Vivar no vuelva vivo
ni un solo hombre de mi raza!»
Dijo y cerrando el balcon
pidió el caballo y la lanza;
y á punto de medio dia
partia con su mesnada.

IV

Aquella mañana misma,
y en el punto mismo acaso

en que pedia Rodrigo
contra él armas y caballo,
en el cuarto de Jimena
entraba el conde Lozano;
y su hija, apénas entraba,
le echaba al cuello los brazos.
—«Padre, ¿qué tienes? le dijo:
¿no estás aún desenojado?
Bendíceme: ayer me hicistes
en el alma mucho daño;
y por tu enojo de anoche,
la noche habemos pasado
en vela; tú dando vueltas,
yo tus huellas escuchando.»
—«Tienes razon, hija mia,
respondió el sombrío anciano:
ayer volví con enojos
que durarán muchos años.
Siéntate y oye.»—Sentáronse
cada cual en un escaño;
y en guisa tal entablóse
entre padre é hija el diálogo.

CONDE Nada hay para mí en la tierra
que valga como tú tanto;
tú eres lo único á que atiendo,
y eres lo único que amo.
Por tí he procurado hasta ahora
ir al par del rey Fernando,
y para tí creí poco
áun al infante don Sancho.

JIMENA ¡Padre!.....

CONDE Escucha. Por la sobra
de libertad que has gozado,
los frutos de mi esperanza
en flor se me malograron;
todo mi afan se ha perdido

y en tierra con mi obra has dado,
dando tú esperanzas locas
á un mozuelo castellano,
que sin merecer atarte
de tus chapines los lazos,
ha osado enviar á su padre
á pedir al rey tu mano.
Jimena á su padre oyendo
hablar así de su amado,
enrojeció: mas templóse
y díjole balbuceando:

JIMENA Pues, padre; ¿los de Vivar
no son nobles hijosdalgos?

CONDE Los nobles reyes de Oviedo
son nuestros antepasados,
y no hay par nadie en Castilla
con los que de allí arrancamos:
las montañas crian águilas
y las llanuras milanos.
Has puesto además los ojos
do sólo te era vedado
ponerlos; los de esa raza
son para la nuestra infáustos.
Tiempo hace ya que esas gentes
voy en mi camino hallando:
siempre tropezar con ellos
me temí, y ya he tropezado.

JIMENA Padre, no comprendo bien
lo que me estais platicando,
porque lo estais dando vueltas
cual si temierais soltarlo.

CONDE No temo nada; don Diego
ante el rey se me ha igualado,
y yo le hice echarse atrás.

JIMENA ¿Cómo?

CONDE Con mi propia mano.

JIMENA Padre, tiemblo al comprender
lo que habeis hecho, hablad claro.
CONDE La mano en la faz le puse.
JIMENA ¡Y ante el Rey!
CONDE Sí.
JIMENA ¡Cielo santo!
CONDE En la presencia del Rey
subírseme osó tan alto,
que al salir á la antesala
le traté como á un villano.
JIMENA ¡Ay padre mio! ¿Qué hicísteis?
CONDE Tal vez hice demasiado:
mas ya está hecho, y yo nunca
de mis hechos me retracto.
JIMENA Dad satisfaccion al rey.
CONDE Yo ni áun al rey satisfago;
hoy partimos de Castilla;
de sus dominios me extraño.
JIMENA Pensadlo bien, padre mio.
CONDE Ya está todo preparado;
carros, gente y hacanea
ya te aguardan en el patio.
Tú partirás con Bibiana
delante, al rey don Fernando
miéntras yo escribo; y enviada
mi carta, saldré á alcanzaros.
JIMENA Miradlo, padre, dos veces.
CONDE Ya doscientas lo he mirado,
y tú estás ciega, y no miras
que tu pensamiento alcanzo.
JIMENA ¡Señor!.. ..
CONDE Lo que tú quisieras
volver á ver, y yo trato
de que no veas, es á él,
y más no has de verle: vamos.

Jimena que no vió nunca
con ella á su padre airado,
y vió que con él serian
ruego y razones en vano,
de miedo y angustia trémula
cogiendo sumisa el manto,
bajó al patio trás el conde
sus lágrimas enjugando.
El conde altivo, hecho á ver
ir juntos en sus mandatos
la ejecucion y la órden,
como el trueno y el relámpago,
no aguardó más que á ver puestas
á las hembras á caballo,
para dar de la partida
la señal: dióla y marcharon.
La cabalgata, compuesta
de cien jinetes mallados,
cien peones ballesteros,
cuarenta mulas, diez carros,
y el servicio de Jimena
de un deudo del conde al mando,
comenzó á bajar la cuesta
y á adelantar por el llano.
Salió el conde á los adarves
á ver del soto á lo largo
tenderse aquel cordon de hombres
que eran todos sus vasallos.
Jimena que iba en el centro
del viejo deudo al cuidado
y servida por Bibiana,
decia á esta por lo bajo:

JIMENA Bibiana, razon tenias.

BIBIANA Mas ¿qué pasa? ¿dónde vamos?

JIMENA Por haberme al rey pedido
del reino nos extrañamos.

BIBIANA ¿Y su privanza?
JIMENA Perdida.
BIBIANA ¿Y tu esperanza?
JIMENA Se ha ahogado.
BIBIANA ¿Dónde?
JIMENA En la faz de don Diego
do el conde puso la mano.
BIBIANA ¡Dios mio!—¿Y los de Vivar?
JIMENA Aunque sufran tál agravio,
ya es entre ellos y nosotros
imposible todo lazo.
BIBIANA ¡Ay Jimena y tú le amabas!
JIMENA —¡Ay Bibiana, le idolatro!
¡Su amor no sabré echar nunca
del alma en que está arraigado!

Llegaba el deudo solícito
por sí las servia en algo,
y ellas al verle acercárselas
la conversacion cortaron.
Continuó la cabalgata
en silencio caminando,
hasta dar en la espesura
en que remataba el páramo;
y allí á mirar el castillo
por movimiento simpático
todos sus húmedos ojos
por última vez tornaron.
Ya el conde viéndoles léjos,
habíase retirado
del adarve y escribia
su despedida á Fernando
Los que partian á entrarse
por la espesura empezaron,
hácia el castillo volviendo
los ojos á cada paso.

Y al darle su adios postrero
en lágrimas arrasados,
los de Jimena y Bibiana
no pudieron con el llanto
ver una nube de polvo
que, por el opuesto lado
saliendo al llano, elevaban
los piés de muchos caballos;
y miéntras entraban ellas
de los árboles por bajo,
como un huracan salian
los que llegaban al llano.

V

Era costumbre de entónces;
un noble, señor de estados,
no dependia del rey,
le prestaba voluntario
servicio con su mesnada;
mas si descontento, ó harto
de su servicio, con él
queria romper el pacto,
le decia ó le escribia:
«Señor, os beso las manos;
desde este momento dejo
de ser ya vuestro vasallo.»
Si los servicios del noble
rehusaba el soberano,
se lo intimaba, le daba
treinta y tres dias de plazo
para salir con su gente
de las tierras de su mando,
y rota entre ambos la liga,
quedaban libres entrambos.
De esta costumbre aceptada,
y de esta ley al amparo,

estábase despidiendo
del rey el conde Lozano,
en un pergamino, en donde
con legibles garrapatos,
habia escrito la frase
convenida en tales casos.
Y ya tenia sujeto
su pergamino enrollado
con un cordoncillo de oro
con el cual le estaba atando;
y ya habia puesto cera
del cordon en los dos cabos,
para dejar con dos sellos
lo escrito dentro cerrado;
cuando oyó un clarin que hacia
con són imperioso y alto
seña de abrir el rastrillo
á álguien que llega del campo.
Frunció el conde el entrecejo
al oir són tan osado,
que manda más que demanda
abrirle al castillo paso.
Y estaba de tal audacia
la explicacion esperando,
con impaciencia visible
y ceño áun encapotado,
cuando el noble que debia
ir á dar al rey Fernando
su pergamino, en la cámara
entró con otro en la mano.
«¿Qué hay?—dijo el viejo.—Señor,
respondió el recien llegado,
un paje de hoscos modales
este pergamino os trajo.
—¡Y cómo!—¿Cómo? en la punta
de la lanza: y en reparos

sin andarse, presentómele
diciendo: Al conde tu amo.
—¿De quién?—No quiso decirlo;
diómele desde el caballo,
tomésele, y volvió grupas
con no visto desenfado.»
Abrió tal misiva el conde;
y al leer con ojos ávidos
el nombre del que la firma,
se le tornó el rostro pálido.
Si de cólera ó de miedo
no es fácil adivinarlo,
porque dos voces á un tiempo
al corazon le han hablado
con aquel nombre su ira
y su conciencia; y los rayos
que en él la ira le enciende,
en él la conciencia apágalos.
Hé aquí lo que el pergamino
decia en sus garrapatos;
que escribir bien, no fué nunca
propiedad de fijosdalgos:
«Esto es lo que yo Ruy Diaz,
hombre libre é infanzon,
escribo al conde Lozano
ante Dios nuestro Señor.
Non fué de un home sesudo
ni de un infanzon de pró
facer denuesto á un fidalgo
que es tan noble y más que vos.
Mano en mi padre pusisteis
delante al rey con furor,
sin curar al denostarle
de que soy su fijo yo.
¿Y cómo vos atrevisteis
á un home á quien solo Dios,

siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
Mal fecho ficisteis, conde;
yo vos reto de traidor,
y en el campo vos atiendo
fasta la puesta del sol.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
porque lidiarán conmigo
la justicia y la razon.
Catad que salgades, conde;
que tan mozo como soy,
yo os reto de solo á solo
fiando mi causa á Dios.
Y ved que si non viniéredes
do atendiéndovos estoy,
pondré fuego á vuestros montes,
non vos dejaré un pastor
ni una oveja con pellejo,
ni una espiga en granazon,
ni una yerba con un tallo,
ni un árbol con una flor.
Si non viniéredes, conde,
ataré el vuestro blason
de mi caballo á la cola,
é arrastrando de mí en pos
le llevaré por las tierras
de Castilla y de Leon,
acusándovos por ellas
de cobarde y de traidor.
Y esto es lo que yo, Ruy Diaz
de Vivar, libre infanzon,
escribo al conde Lozano
á los piés del Redentor.»

No podia el conde ménos
de sentir la conviccion
de que él era en tal demanda
el desleal agresor;
pero al leer las palabras
del reto y la acusacion
del mancebo de Vivar,
su vanidad le cegó.
No vió que aquellas injurias
escritas en el dolor
de la afrenta hecha á su padre
por el jóven infanzon,
nunca equivaler podian
á la injuria que infirió
él á su padre sentándole
en la faz un bofeton;
y ofendido de aquel reto,
prueba noble de valor
y amor filial en el jóven,
de cólera se embriagó.
Resuelto de un modo ú otro,
cara á cara ó á traicion
á vengarse de Rodrigo,
por él herido en su honor,
caballo, broquel y lanza
á grandes voces pidió,
y salió á él del castillo
con toda la guarnicion.
Desde lo alto del cerro
tendiendo en su derredor
una mirada voraz
como la de hambriento halcon,
en medio de la llanura
al mozo á ver alcanzó,
que le esperaba á caballo
y apoyado en su lanzon.

El conde al verle allí solo,
con alegría feroz,
bajando á escape la cuesta,
dijo... «¡Ah rapaz, allá voy!»

VI

Cuando en confuso tropel
salió el viejo conde al llano,
yendo contra el castellano
treinta jinetes con él,
teniendo con ellos cuenta,
y saliendo del abrigo
del bosque, en pró de Rodrigo
destacáronse otros treinta.
No quieren los de Vivar
venganza mal obtenida;
mas es de honra la partida,
y la quieren igualar.
Por eso trás de sus treinta
los trescientos avanzaron,
y en círculo comenzaron
á envolver á los sesenta:
maniobra que en conclusion
por resultado iba á dar
la liz cerrada guardar
de ventaja ó de traicion.
Y así el bando castellano
guardador de su honra avanza,
y así ansioso de venganza
avanza el conde Lozano.
Sobre el mozo, ebrio de ira
corre, y de su sangre ávido
mirando que ante él impávido
ni tiembla ni se retira:
sin ver que, segun con él
la distancia ciego estrecha,
corre y encima se le echa
la treintena del doncel.

Al fin por ciega que fuese
su carrera y su ira brava,
el torbellino avanzaba
y era fuerza que le viese.
Percibió la polvareda
que alzaban al avanzar
los jinetes de Vivar
salidos de la arboleda:
y vió lo que á su salida
no calculó: que era el riesgo
en que le ponia el sesgo
que tomaba la partida.
El conde en su red cogido,
pero fiando á la par
de la gente de Vivar
en el honor conocido,
á los suyos de repente
gritando: «¡Alto! ¡no seguirme!»
paró su caballo en firme
y quedó inmóvil su gente.
A su vez los de Castilla
refrenando sus corceles,
quedaron, á su honra fieles,
inmóviles en la silla.
Si el conde fió en su astucia
para salir de la red
de los de Vivar, la sed
de venganza que le acucia
más tarde para saciar
en el mancebo inexperto
engañándole, es incierto
y arriesgado de afirmar:
mas con tal evolucion,
se encontró el conde Lozano
cara á cara y mano á mano
con el burgalés garzon.

El conde, con la carrera
tal vez escaso de aliento,
dejó en el primer momento
que el mozo así le dijera:
«Que no habeis leido creo
bién el pergamino mio;
yo os retaba á desafío
y vos venís á torneo.»
—«Rapaz, dijo el conde, vete
por donde has venido: y piensa
que para vengar tu ofensa
eres áun un mozalbete.»
Echó al Lozano el mancebo
una mirada arrogante
y con tranquilo semblante
volvió á decirle de nuevo:
«A quien por razon tán alta
se arriesga en tán buena obra,
en el corazon le sobra
lo que en los años le falta.
»A mi padre he prometido
la infame mano cortaros,
y en ser quien sois sin reparos
á cortárosla he venido.»
Esto al escuchar Lozano,
de cólera enrojeció;
mas intrépido siguió
diciéndole el castellano:
«Para daros el castigo
que vuestra injuria merece
traigo á lo que me parece
gente bastante conmigo;
»mas sólo me han de servir
siendo nobles de Vivar,
el campo para guardar
en que habemos de reñir.

»Reñid, pues, y compasion
de mis años no tengais;
porque os mato ó me matais;
traigo esa resolucion.»
Dijo el mozo; y en el acto,
tomando á caballo vuelto
campo, se vino resuelto
sobre el conde estupefacto.
Reinó un silencio leal
de los dos en rededor,
y el conde, ebrio de furor,
tomó su salida mal.
Hirió con el acicate
á su corcel con tal furia,
que cual se cegó en su injuria
Dios le cegó en el combate.
Descompúsose en la silla
con los botes del corcel,
y al primer bote con él
dió en el suelo el de Castilla.
Cayó el conde mal herido
en el ijar por la lanza,
de vida sin esperanza
quedando en tierra tendido.
Dió sobre él el castellano
con no vista ligereza;
guardó el conde la cabeza
por instinto con la mano;
y alzando el mozo la espada
cuando el brazo el conde alzó,
la mano le cercenó
de la primer cuchillada.
Mirando los del caido
el número superior
del bando del vencedor,
le dieron por bien vencido:

y las gentes de Vivar
cuyo ódio no les alcanza,
exentos de su venganza
les dejaron alejar.
Echó pié á tierra Rodrigo.
y fué con salvaje calma
á ver cómo daba el alma
al Criador su enemigo.
Su mano, al verle espirar,
tomó y guardó en la escarcela;
volvió á montar; metió espuela
y dió la vuelta á Vivar.
Entónces con la fiereza
de esta edad semi-salvaje,
al muerto se llegó un paje
y le cortó la cabeza.
Y aquel trofeo de horror
en los arzones colgando,
montó, y salió galopando
á alcanzar á su señor.

VII

Costumbres de aquella era
caballeresca y feroz,
en que degollando moros
se glorificaba á Dios,
y que no habia un exceso
que no obtuviera sancion,
como tuviera por móvil
honra, fe, patria ó amor.
Estaba Diego Laínez
recostado en un sillon,
acabado su yantar
en su oscuro comedor.
Entornados tiene aposta
ventana, puerta y balcon;

porque á quien sin honra vive
le ofende la luz del sol.
Su familia silenciosa
está de él en rededor,
esquivando sus miradas
por velarle su afliccion.
Ninguno hizo en aquel dia
á los manjares honor:
porque tampoco Laínez
bocado de ellos probó.
Laínez y su familia
y Vivar todo, están hoy
sufriendo de honda impaciencia
febril sobrexcitacion.
Partió Rodrigo, y en tanto
que no torne vencedor,
no saben si tienen honra
ni si él por ella murió.
Diego Laínez ha hecho
voto y juramento á Dios,
si es que no torna Rodrigo,
de no dormir en colchon,
ni comer pan á manteles,
ni oir de amigos la voz,
ni ceñirse más la espada,
ni montar más su bridon,
ni hacer ni admitir visitas,
ni ver á su confesor
más que á la hora de la muerte,
ni dejar su habitacion,
para no mostrar al mundo
la faz donde él recibió
y toda su raza en él
la afrenta de un bofeton!
Por eso Diego Laínez
de su mesa no tomó

más que agua y pan, sin llegar
á la mesa su sillon:
y por eso su familia
de su mesa en rededor
calla, y bocado no prueba
por no doblar su afliccion.
Y así se pasó la siesta,
y la tarde se pasó,
y la noche se venia
de su crepúsculo en pos:
y la sombra por la tierra
se iba extendiendo veloz,
y el cielo tornando negro
iba su azul pabellon;
y conforme iba muriendo
la luz que infunde valor,
muriendo iba la esperanza
del viejo en el corazon.
¡Si su hijo ha sido vencido!....
¡si su mañero ofensor
le ha hecho caer en un lazo!....
¡si la acendrada pasion
que tiene á Jimena le hace
posponer la honra al amor!....
si él abandonó su causa.....
si Dios á él abandonó.....
y el viejo al pensar en esto,
por no perder la razon,
cierra los ojos y reza
fervorosamente á Dios.
Entraba un paje las lámparas
á encender con un farol,
á tiempo que las campanas
tocaban á la oracion,
cuando tropel de caballos
á lo léjos se sintió,

y por la calle adelante
crecer y acercarse el són.
Púsose en pié el buen Laínez:
y al repentino rumor,
pasó su alma á sus oidos
y su pulso se paró.
Toda su familia en pié
viéndole, se levantó;
todos como el viejo atentos
y trémulos de emocion.
Llegó el tropel á la puerta
de la casa y se paró:
mas no osó nadie arriesgar
palabra ni exclamacion.
Sintieron subir á un hombre
la escalera, el corredor
atravesar..... y..... en la estancia
Rodrigo se presentó.

«¡Hijo mio!»—exclamó el viejo:
y atajándole la voz,
le dijo el mancebo:—«Padre,
ya podeis mañana al sol
mostrar vuestra faz ya limpia:
la mano que os ultrajó
podeis colgar á la puerta
en lugar del aldabon.»

Y asiéndola en su escarcela,
prenda de venganza atroz,
la mano que cortó al conde
sobre la mesa arrojó.
Lanzó el anciano un suspiro
de inmensa satisfaccion,
al ver la mano que lava
la mancilla hecha á su honor;

y su familia, que el aire
del aliento comprimió
para ver y oir, del pecho
soltó la respiracion.

Costumbres de aquella era
caballeresca y feroz,
en que acogotando moros
se glorificaba á Dios;
y en que no habia un exceso
ni un crímen sin galardon,
como tuviese por móvil
honra, fe, patria y amor.
Laínez con una seña
á su gente despidió,
y la familia en silencio
salió de la habitacion.

VIII

Quedáronse padre é hijo
con la cercenada mano,
y así el mancebo al anciano
con honda congoja dijo:
—Cumplí con mi obligacion;
mas esa mano cortada,
padre, la siento agarrada
con miedo á mi corazon.

LAÍNEZ ¡Tú miedo, Rodrigo mio!
¡Tú miedo á la infame mano
que ultrajó á tu padre anciano
y que cercenó tu brio!
¿Te arrepientes de ello?

RODRIGO No:
volveria á hacer lo hecho;
mas ved qué áspid en mi pecho
con hecho tál se albergó.
Jimena y yo pasion franca
nos teníamos, señor;
y hoy esa mano mi amor
de su corazon arranca.
Era mi esperanza toda:
la suya en mí ella fió.....
y esa es la mano que yo
la voy á dar en mi boda.

LAÍNEZ ¡Rodrigo de mis entrañas!
Tú con hazañas sin par
te harás de ella perdonar.

RODRIGO ¡Buen principio á mis hazañas!

LAÍNEZ Rodrigo, ley del honor
era lo que has hecho, hacer:
no hay para un noble mujer
que valga más que su honor.

RODRIGO No temais, padre, jamás

que á él falte vuestro Rodrigo;
esto que os digo..... os lo digo
porque lo sepais no más.
Cumplí con mi obligacion;
mas por saberla cumplir,
no me podeis exigir
que no tenga corazon.
Bajó el padre la cabeza
de tal razon convencido,
y el hijo al verle rendido,
añadió con entereza:
—Oid mi resolucion,
padre: no hay otro camino
para cumplir mi destino
bien, ú obtener mi perdon.
Cuando todo en nuestro hogar
duerma y mi madre se acueste,
partiré yo con mi hueste
con los moros á lidiar.
Si me matan..... moriré
como bueno en cáusa buena;
decid vos, padre, á Jimena
por qué á su padre maté.

LAÍNEZ ¡Rodrigo!.....

RODRIGO No hagais asombros;
desde que hice tal proeza,
os juro que la cabeza
me estorba sobre los hombros.
Y al moro vóisela á echar;
mas como cristiano soy,
á disputársela voy
y no se la voy á dar.
Y si vuelvo á esta mansion,
podreis, padre, con banderas
alfombrar sus escaleras
y entoldar vuestro balcon.

Y así fué; cuando en su hogar
su familia en paz dormia,
él á la guerra partia
con su hueste de Vivar.

IX

Á la mañana siguiente,
cuando el sol con resplandores
trémulos, doraba apénas
del palacio los balcones,
ya esperaban en su patio
monteros y cazadores
con los perros en traíllas
y en sus perchas los halcones.
Relinchaban los caballos
amarrados á los postes;
atarazaban los perros
inquietos los correones
de sus collares; chillaban
ciegos bajo el capirote
que les encaperuzaba
los neblís y los azores.
Los podencos de don Sancho
y los galgos retozones
de la infanta doña Urraca,
estando en el ámplio goce
de la régia inmunidad
de sus dueños, sus blasones
ostentando en las mantillas,
introducen el desórden
entre personas y bestias;
sin que mal hacerles ose
nadie y de sus estropicios
sin que ninguno se enoje;
porque la gente adherida
á los reyes en las cortes,

adulan hasta á las bestias
por placer á sus señores.
Iban y venian pajes,
mayordomos, guarda-bosques,
palafreneros, ujieres,
reposteros y ojeadores,
que cargaban en acémilas
y á hombro de robustos hombres
cestas, canastas y cuévanos
con vajilla y provisiones.
Todo era algazara, prisas,
señas, advertencias, voces,
entre los que van y vienen,
y encuentros y tropezones.
Galerías, escaleras,
pórticos y corredores
estaban llenos de damas,
palaciegos, ricos-homes,
soldados, caballerizos,
curiosos y espectadores,
que animaban aquel cuadro,
alegre, ruidoso y móvil.
El rey va á caza, y para ella
ha mandado invitaciones
á cuantos tienen derecho
á que con ellas les honre;
y esperan ya á que se abran
sus régias habitaciones,
los dignatarios á quienes
ir con el rey corresponde.
Abrió al fin de la áurea cámara
un rey de armas los portones,
y al grito de «¡El rey!» quedaron
todos callados é inmobles.
Apareció el rey Fernando
cuyos ojos vibradores

radiaban una alegría
que alegró los corazones.
Aparecieron tras él
sus hijos y sucesores
los infantes Sancho, Alfonso
y García; y, sus facciones
juveniles y risueñas
mostrando, como dos flores
que al matutino rocío
abren sus frescos botones,
salieron las dos infantas
que de la mano se cogen,
doña Urraca y doña Elvira;
dos niñas como dos soles.
El rey va no más armado
con un tremendo mandoble,
que manejan como un mimbre
sus dos muñecas de bronce.
Lleva el infante don Sancho
un venablo de tres cortes,
que encadenado á la mano
después que hiere recoge.
El infante don Alonso,
mozo galan y de porte
cortesano, sólo lleva
en la cintura un estoque;
y el infante don García,
que es de los tres el más jóven,
una ballesta que se arma
y tira con un resorte.
Las dos infantas, que aves
cazan sólo y liebres corren,
llevan no más en el puño
dos gerifaltes veloces;
mas tan mansos y domésticos,
que por sí en él se las ponen,

las tráen la presa á la mano
y en su misma boca comen.
Así el rey y sus infantes
en medio de aclamaciones,
para montar hácia el patio
cruzaron los corredores.
Pusiéronse en movimiento
pajes, traíllas, bridones,
guardas, halconeros, guías,
donceles y picadores;
y ya el rey, en pos llevando
sus infantes y sus nobles,
pisaba de la escalera
los últimos escalones,
cuando á la puerta se oyeron
del palacio, los clamores
de una mujer y la gente
se hizo ante ella pelotones.
«¿Qué es eso?» preguntó el rey,
deteniéndose en el borde
del penúltimo escalon;
y viendo que no responde
nadie y que siguen los gritos,
exclamó: «Que desalojen
esos villanos el pórtico
y que la entrada no estorben.»
Á la voz del rey airado
se abrió la gente, y metióse
desatentada en el patio
la hermosa Jimena Gomez,
descabellado el cabello,
mal abrochados los broches,
y arrastrando el suelto manto
y los sueltos ceñidores.
Trás ella Diego Laínez
tambien en palacio entróse,

pálido y enmarañados
cabello, barba y bigotes.
Á los piés del rey Fernando
Jimena Gomez postróse,
y respetuoso Laínez
de él cerca esperó sus órdenes.
Y así con ira Jimena,
Laínez con calma noble
y el rey con pesar, el diálogo
entre los tres entablóse.

JIMENA ¡Justicia, señor! ¡Han muerto
ayer á mi padre!

EL REY ¿En dónde?

JIMENA Casi al pié de su castillo:
en la explanada del monte.

EL REY ¿Cómo?

JIMENA Á traicion.

EL REY ¿Quién?

JIMENA Rodrigo
Diaz.

EL REY ¿Él?

JIMENA Sí. De ladrones
y asesinos como banda
llevaba trescientos hombres;
los de mi padre eran treinta:
yo su cadáver anoche
recogí: está mutilado
por un alevoso golpe:
la mano diestra le falta.
Justicia, señor: á ese hombre
pedid su hijo, y entregádmele
como las leyes disponen.
Y esto diciendo Jimena
con descompuestas acciones,
tendia un dedo á Laínez
que esperaba de hablar órden.

Levantó el rey á Jimena,
su mano para que apoye
la suya al alzarse dándola,
y á Laínez dirigióse.

EL REY ¿Oísteis?
LAÍNEZ Sí.
EL REY ¿Qué decís?
LAÍNEZ Que en mi raza no hay traidores:
mis trescientos liza abrieron
y lidiaron de hombre á hombre.
Dios estuvo por Rodrigo;
y manos que bofetones
dan á los padres, los hijos
es muy justo que las corten.
EL REY ¿No hay rey ni ley en Castilla
que juzgue de táles golpes?
LAÍNEZ Los de la mano en el rostro
á la mano corresponden.
EL REY Será en Vivar, que nó en Burgos.
LAÍNEZ En Vivar y en todo el orbe
donde hay vergüenza en los rostros
y honor en los corazones.
EL REY Pues en Castilla hay mis leyes;
traed, don Diego, á ese jóven
para que haga de él la huérfana
lo que mejor la acomode.
LAÍNEZ Mi hijo fué á tierra del moro
á pelear.
EL REY ¿Cuándo?
LAÍNEZ Anoche.
EL REY Enviadle á llamar; que vuelva.
LAÍNEZ Vuestra Alteza me perdone,
pero no puedo.
EL REY ¿Por qué?
LAÍNEZ Porque á mi voz será indócil.

Mi hijo amaba á esa doncella;
y como la afrenta enorme
de su padre y su venganza
un abismo entre ambos pone,
fué á morir desesperado,
y es probable que no torne.

Al oir anuncio tal.....
¡oh debilidad terrena!
sintió de su alma Jimena
doblarse el ánsia mortal.
Mas domó á su corazon,
y al punto con alma entera,
demandó de ésta manera,
al rey con resolucion.

JIMENA ¡Señor, justicia!
EL REY Os la haré:
mas para hacérosla creo
que es preciso haber al reo.
JIMENA Buscadle.
EL REY Le buscaré.
JIMENA Si yo sé que está con vida
de vuestra ley al alcance,
yo os traeré á este mismo trance.
EL REY Justicia os haré cumplida
tal como esté en mi poder.
JIMENA Señor, la palabra os cojo:
y en vuestros brazos me arrojo
fiada en vuestro poder.
EL REY Pues mirad que os tomo yo
á mi vez esa promesa.
En mi casa y á mi mesa
vuestro padre se sentó,
y á amparo mio declaro
que os tomo, y que por él soy

padre vuestro.

JIMENA Y yo que estoy
acogida á vuestro amparo;
pero en memoria guardad
que en teniendo de él noticia,
vendré á que me hagais justicia.
Dadme la mano.

EL REY Tomad.

La mano al rey la doncella
besó: saludó y volviéndose
á la puerta, partió abriéndose
la gente en silencio ante ella.
El rey la dejó salir;
y cuando léjos la vió,
pidió el caballo, montó,
é hizo señal de partir.
Volvióse todo á poner
á su voz en movimiento;
y aprovechando un momento,
sin que lo echara de ver
el rey, se acercó al anciano
Laínez, don Sancho su hijo;
y así el príncipe le dijo
apretándole la mano:

«Id á esperarle en Vivar,
que creo yo, ó mucho yerro,
que áun no está forjado el hierro
que á Rodrigo ha de matar.
»Id, y si rey llego á ser,
en la tierra en que yo mande,
ni ha de haber quien le demande,
ni ha de faltarle mujer.»

Fuése la corte á cazar;
y viéndose solo el viejo,
tomó de Sancho el consejo
y dió la vuelta á Vivar.

III

inco meses han pasado:
Rodrigo Diaz no vuelve,
y han pasado cinco siglos
en aquellos cinco meses.
Cinco meses de ventura
se pasan rápidamente;
mas estos son de desdichas
y cinco siglos parecen.
Cinco meses de esperar
lo que anhela y no sucede,
á cualquier hombre apesaran
y á cualquier pueblo entristecen.
Todos á Rodrigo esperan:
Laínez para volverle
á sus brazos, y volver
al sér y á la vida viéndole:
el Rey para castigarle,
Sancho para protegerle,
para vengarse Jimena
y de él por saber la gente.

Porque la gente de España
de Dios el instinto tiene
de conocer y estimar
al que estimacion merece:
y la cábala, la crítica,
la envidia y la mala suerte,
del pueblo en vano á los ojos
al que algo vale oscurecen,
rebajan, desacreditan,
calumnian, roen y muerden:
el pueblo quién vale sabe,
y el pueblo á quien vale quiere.
Rodrigo ha salido al mundo
con un hecho tan valiente,
que el buen pueblo castellano
lo que ha de valer prevée;
y á más, el pueblo en secreto
al mozo audaz agradece
el bote con que ha tendido
á un favorito insolente;
porque el pueblo de Castilla
siempre ha querido á sus reyes,
pero siempre ha detestado
á los que su alma pervierten.
Castilla, desde los tiempos
de sus condes y sus jueces,
aborreció á los validos
que no valen lo que obtienen.
Hé aquí porqué por Rodrigo
Burgos todo está impaciente,
y cinco meses de ausencia
cinco siglos le parecen.
La verdad es que estos cinco
no es extraño que le pesen,
por las desventuras nuevas
en que al transcurrir le envuelven.

El rey Fernando, de genio
atrevido y diligente,
con pactos y con victorias
se habia hecho grande y fuerte;
y recibiendo homenaje
y párias de árabes jeques
y de príncipes cristianos
que se titulaban reyes,
habia tomado, al estilo
de Alemania y del Oriente,
título de Emperador:
lo que á la Alemania ofende.
Como cuando en varias marcas
partida y de Europa jefe
Cárlo-Magno, le fué alguna
en España dependiente,
el emperador Enrique
hoy presuntuoso, pretende
que el nombre de emperador
el rey D. Fernando deje,
y Castilla tributaria
de Alemania se confiese:
lo que rebaja á Castilla
que es altiva y serlo debe.
De tal pretension reirse
pudiera bien, si no fuese
porque el Papa en el asunto
por el aleman se mete.
Es aleman el Pontífice;
por donde naturalmente
del emperador Enrique
la demanda favorece.
De Florencia en un concilio
se acordó que incontinenti
se enviara un nuncio á Fernando
que á lo tal le compeliese;

que pusiera en entredicho
sus reinos, si resistiere,
excomulgando á sus pueblos
como á salvajes y herejes.
Achaque ha sido en política
á la de Roma inherente,
sacar á Dios en demanda
de mundanos intereses.
Siempre ha sido nuestro pueblo
castellano, buen creyente,
buen católico romano
y hasta fanático á veces;
pero nunca se ha avenido
con que vengan á imponerle
cadena de servidumbre
que á extranjeros le sujete.
Llegó el enviado apostólico
á Burgos; muy reverente
le recibió el Rey, y el Nuncio
le mostró mucho copete.
Temblaron los timoratos,
se ofendieron los prudentes,
indignáronse los nobles:
y en la cuestion ingiriéndose
los inquietos y los díscolos,
dieron cara los valientes
y empezó á arremolinarse
en pró y en contra la plebe.
El Rey que, entre su creencia
y su dignidad, se siente
entre la espada y el muro,
juntar las Córtes resuelve.
Insta el Nuncio: el Rey insiste
en que por sí obrar no puede
sin las Córtes, que en Castilla
son no más las que hacen leyes;

y el Rey y el Nuncio tomando
los dias conforme vienen,
van haciéndose uno á otro
apechar con su corriente.
Las Córtes están ya juntas;
con ceremonia solemne
las abrió el rey D. Fernando
el último de setiembre.
El Nuncio ha exhibido ante ellas
las credenciales, los breves,
y las letras que acreditan
por el Papa sus poderes.
Los juristas y los teólogos
les han dado muchas veces
muchas vueltas y revueltas,
una falta por cogerles:
mas no es hombre el italiano
que entre las redes se enrede
sin estar ántes seguro
de poder romper las redes;
y por más que entre argumentos
le vuelven y le revuelven,
él nada siempre á flor de agua
y vence si no convence.
Los prelados y los próceres,
discusion abierta tienen,
y los hidalgos y el pueblo
dan sobre ella pareceres.
Unos, temiendo al Pontífice,
que les excomulgue temen;
otros no temiendo á nadie
que les subyugue no quieren.
Unos dicen que á la Iglesia
debe todo posponerse;
otros dicen que la honra
ni la libertad, no deben.

Los unos dicen que el Nuncio
á arreglarlo todo viene:
los otros dicen que vino
en casa ajena á meterse,
y que en vez de meter órden
cizaña en Castilla mete;
que bien San Pedro está en Roma,
que allá es mejor que le dejen;
y en fin, que el juego va á oros,
mas que como á espadas se eche,
entre San Pedro y Santiago
aquellas están por éste.
Los árabes que son linces
y que ven que se entretienen
los infanzones de espada
en argucias de arciprestes,
asieron de sus gumías,
y á lomos de sus corceles
entraron por la Rioja
merodeando impunemente.
Aprieta el Rey á las Córtes
para que pronto decreten;
y apretado por el Papa
deja que el moro le apriete.
El Nuncio en nombre de Dios
á más cada vez se atreve,
y segun él crece en brios
del Rey el aprieto crece.
Si el Nuncio el nombre de Dios
por escudo no trajese,
ya el Rey le hubiera arrojado
por un balcon bravamente;
mas el Rey, que echara á Enrique
á la faz su guantelete,
la sobrepelliz del Nuncio
á arrugar no se resuelve;

y así los moros avanzan,
y los pueblos se revuelven
y las Córtes deliberan
y el tiempo y la honra se pierden.

Hé aquí cómo están pasando,
miéntras Rodrigo está ausente,
los cinco meses que á todos
cinco siglos les parecen.

Y esos cinco meses há
que en su castillo Jimena
anda á vueltas con su pena,
y vueltas á su amor da.
Todos los dias previene
que á su vuelta estén atentos,
y todos sus pensamientos
están puestos en si viene.

Palabra le ha dado el Rey,
de hacer justicia en su amante,
y está espiando el instante
para echar sobre él la ley.
Hasta obtener su castigo
ni reposa, ni sosiega.
¡Ay! y como nunca llega
no piensa más que en Rodrigo.
¿Mas quién sonda los arcanos
del humano corazon,
si enigmas vivientes son
los corazones humanos?
Siente aquel pasion extraña
por lo de que el sér ignora:
crée éste que ódia lo que adora,
y éste como aquel se engaña.
Jimena á Rodrigo amó;
pero ¿habrá quien pueda amar
á quien fué impío á matar
al padre que le engendró?
Y al suyo mató Rodrigo!
Comprende muy bien Jimena,
que en lid y por causa buena,
de afrenta atroz en castigo:
con razon le mató aquel;
cruel fué, vive Dios, la afrenta;
¿mas por tener ésta en cuenta
es su pena ménos cruel?
Dos hombres no más tenia
en el mundo á quien amar:
y á los dos el de Vivar
se los mató el mismo dia.
Si al uno matara Dios,
el otro al fin la quedara;
mas ¿cómo volver la cara
al que queda de los dos?

De la vida en el camino
tiene de hoy más que ir perdida,
mirando cómo se olvida
del muerto y de su asesino;
lo qué imposible va á ser,
porque en pró del matador
aboga en su alma el amor
y en pró del muerto el deber.
Cuando de ella el Rey exija
poniéndosele delante
del matador y el amante
que uno de los dos elija,
ya absuelva á Rodrigo el Rey,
ya le condene á morir,
á ella siempre la ha de herir
en su honra ó su amor la ley:
y sin saber qué resuelva,
de dudas en un abismo,
pide á Dios á un tiempo mismo
que vuelva pronto y no vuelva.
Él con razon le mató
del fuero de la honra á juicio;
mas aunque falle propicio
por él el mundo, ella nó:
y en cuanto vuelva ha de ir
á cumplir con su deber,
y el Rey justicia ha de hacer,
y el que mató ha de morir.
Mas luego que muera él
y ella sin ambos se quede
sola en el mundo, ¿ser puede
su soledad ménos cruel?
Así cinco meses há
que en su castillo Jimena,
anda á vueltas con su pena
y vueltas á su amor da.

Mas ¿quién sonda los arcanos
del humano corazon,
si enigmas vivientes son
los corazones humanos?
Los de don Diego y Jimena
cinco meses há que á Dios
se encomiendan, y los dos
por causa igual é igual pena,
Al Rey cinco meses há
que el buen Laínez no vió:
porque por su hijo abogó
tal vez ofendido está.
Mas poco á don Diego importa
que el Rey le mire ó nó amigo;
no teniendo ya á Rodrigo,
¿su favor qué le reporta?
Por su hijo iba él á la corte;
si á su hijo no ha de servir,
el ir á ella ó no ir
no alcanza lo que le importe.
A veces su situacion
sonda empero su buen juicio,
y de su hijo el sacrificio
le echa en cara su razon.
Con su padre por cumplir
él al conde fué á matar
y por ello fué á buscar
campo bueno en que morir.
Contra su honra se levanta
su conciencia y le remuerde;
si por ella á su hijo pierde
con vengarse ¿qué adelanta?
Él cumplió su obligacion,
pero al cumplirla le dijo:
«No exijais á vuestro hijo
»que no tenga corazon.»

Y si en el de una mujer
cifró su hijo su esperanza,
sólo logró su venganza,
cuatro víctimas hacer:
el á quien su hijo mató,
su hija que infeliz ser debe,
él que ha de morir en breve,
y el hijo á quien él perdió.
¿Pero si Dios á Vivar
triunfante á Rodrigo trae?
No, que en manos del Rey cae
que á Jimena ha de vengar.
Y él tal vez de su pasion
con el poder obtuviera
nó venganza más entera,
mas mejor satisfaccion.
Sin saber lo que resuelva
de dudas en tal abismo
pide á Dios á un tiempo mismo
que vuelva su hijo y no vuelva.
Y así cinco meses há
que oculto en Vivar D. Diego
dando vueltas sin sosiego
á su pensamiento está.

Era la mañana fria
del primer dia de octubre,
en que por azar no encubre
el sol con nieblas al dia.
Dias de los que es extraño,
en el cielo burgalés
que se alcancen dos ó tres
á ver en tal mes del año.
Estaba en su camarin
Diego Laínez rezando,

á Cristo Dios demandando
que ponga á su angustia fin;
cuando paró ante el postigo
de su casa un mensajero,
que jinete en un overo
trae noticias de Rodrigo.
Alborotóse el lugar
al que llega al conocer,
y más por él al saber
que vuelven los de Vivar.
Corrió el pueblo la noticia,
y alzó en él tal alboroto,
que por algun terremoto
parece que se desquicia;
y cuando abrió sus ventanas,
por ver qué pasa, don Diego,
ya á gloria, rebato y fuego
repicaban las campanas.
Subió el mensajero á él
y al verle el viejo le dijo
con ansia: «¿Qué es de mi hijo?
—Ahí viene ya, dijo aquel.

D. DIEGO ¡Viene!

MENSAJERO Cerca.

D. DIEGO ¡Dios divino!
y ¿cómo?

MENSAJERO ¡Con más honor
que el rey más grande, señor!
Leed ese pergamino.»

Tomó don Diego temblando
la carta que aquel traia,
y esto leyó, de alegría
trémulo el viejo y llorando:
«Padre y señor: me he metido
»á morir en el combate;

»mas no hallando quien me mate,
»he matado y he vencido.
»Como peleo por Dios,
»creo que es Dios quien me escuda
»y á llevar siempre me ayuda
»de mí la victoria en pós.
»Cinco reyes cautivé,
»que por ley son mis vasallos;
»voy al Rey á presentallos,
»pues lo que al Rey debo sé.
»Idme á Burgos á encontrar;
»y si mal con el Rey caigo,
»los cinco reyes que traigo
»la mano os han de besar.
»Principio á mis hechos dí:
»si el Rey no me los abona,
»hombre soy de hallar corona
»con que coronarte á tí.»
Besó con llanto de gozo
los signos por su hijo escritos,
y el pueblo á su puerta á gritos
daba vítores al mozo.
Salió el buen viejo al balcon
con el escrito en la mano,
y dijo queriendo en vano
ser dueño de su emocion:
«Cinco reyes cautivar
»ha sabido con sus brios
»y al Rey los va á presentar.
»¡A Burgos, pues, hijos mios,
»á Burgos todo Vivar!»
Y á Burgos van, arrastrando
todos los pueblos en pós
y á Rodrigo victoreando...
y ahora, que tino en Fernando
y en Jimena ponga Dios!

II

Sus córtes el rey Fernando
está en Burgos presidiendo,
escuchando de hombres doctos
el parecer y consejos:
mas andan sabios y teólogos
en pareceres opuestos,
los unos en pró del papa,
los otros en pró del reino.
Todos su opinion sostienen
con lógicos argumentos
en pró y en contra, y el caso
no queda jamás resuelto.
A las razones de un sabio
tal vez vacila un momento
la opinion de la asamblea
pronta á ceder á su peso;

mas una réplica pronta
ó un buen silogismo adverso
á sus razones, destruye
de su discurso el efecto;
con que las córtes de Burgos
parecen un mar revuelto
cuyas ondas traen y llevan
los alborotados vientos.
Y en asambleas de muchos
así ha sido en todo tiempo;
hay para todo razones,
mas para nada hay acuerdo:
todos dicen buenas cosas,
mas nadie hace nada bueno;
se exponen todos los males,
mas nadie ofrece un remedio.
Yo estoy siempre por los pocos;
y de pocos, por los ménos;
las grandes cosas del mundo
uno siempre las ha hecho.
Los muchos meten gran ruido,
producen gran movimiento;
mas son como aquellos montes
que sólo un raton parieron.
Así las córtes de Burgos
están en este momento
de aquel parto de los montes
la reproduccion haciendo.
Perdido el hilo del caso,
perdido al rey el respeto,
todos gritan sus razones
y aullan sus argumentos;
pocos en favor del rey,
muchos del papa con miedo
están á dar ya muy próximos
con la razon en el suelo.

Y estaba ya el rey Fernando
con el capirote puesto,
á poner fin de sus córtes
á la discusion resuelto,
cuando del salon las voces
ahogó y dominó el estruendo
con que hizo temblar sus bóvedas
la voz gigante del pueblo.
Quedáronse amedrentados
los próceres en silencio
ante aquella tumultuaria
gritería de plebeyos,
y el buen rey, que de paciencia
no ha sido nunca modelo,
abrió el balcon y arrojóse
sobre el barandal de pechos.
Para desfogar en álguien
la ira que amasar le hicieron
los próceres en sus córtes,
buscaba acaso pretexto:
de modo que al asomarse
cejijunto y zahareño,
amenazas engendrando
y castigos prometiendo,
se asemejaba á un nublado
pronto á lanzar de su seno
detrás del primer relámpago
todo un turbion ó un incendio.
Mas su ira cambió en asombro,
tornó en sonrisa su ceño
y su enojo en alegría
lo que al balcon vió saliendo.
Diego Laínez, jinete
en su corcel, como él viejo,
pero como él todavía,
de jóven con brio y genio,

del palacio hácia la puerta
caminaba á paso lento
con altivo continente
y semblante satisfecho.
Su hijo en pos de él, en caballo
encubertado de hierro,
manchado de polvo y sangre
desde el acicate al yelmo,
avanzaba por la plaza
tras su caballo trayendo
vencidos y encadenados
cinco reyes prisioneros.
Cinco jeques musulmanes
que en Castilla se metieron
y con quienes dió Ruy Diaz
en mal hora para ellos.
Cuatro mil cautivos moros
cogidos en el encuentro
les seguian desbarbados
por ignominia ó por duelo.
Tras vencedor y vencidos,
los soldados vivareños
les custodiaban cercados
y seguidos por el pueblo;
y el són de los atabales
y de las trompas los ecos
juntos con la voz de todos
formaban aquel estruendo
que á través del polvo alzado
por el gentío revuelto
llegaba hasta el rey, rasgando
y haciendo olas en el viento.
Mas segun iban entrando
por la plaza y al rey viendo
puesto en el balcon, las turbas
iban quedando en silencio.

Cuando en medio de él, debajo
del balcon llegó don Diego,
dijo al rey, birrete en mano,
sin temor, mas con respeto:
«Señor rey, hé aquí á mi hijo;
no he podido hasta que ha vuelto
ponerle la mano encima;
mas en las vuestras le entrego.
»Tiempo há que me le pedísteis
y aquí señor os lo dejo;
pero mirad que es ya un hombre;
y catad, rey, que os prevengo
que es cachorro de leones,
y aunque en Vivar de conejos
nació, trae garras y dientes:
conque andad con él con tiento.»
«Laínez, respondió el rey,
con ese leon tan fiero
meteos acá, y vereis
cómo le abrazo sin miedo.»
Quitóse el rey del balcon,
rompió en aplausos el pueblo,
y desmontando hijo y padre
en palacio se metieron.

III

Pero á una seña del mozo,
en el alcázar del rey
los cinco reyes cautivos
metió su guardia tambien;
y una seña hecha ante muchos
y que muchos pueden ver,
ser por muchos puede á veces,
interpretada á través;
y como dice un refran
ciertísimo á mi entender,

suele tomarse la mano
aquel á quien se da pié;
y como en Castilla poco
va de gentío á tropel,
y como entrarse en palacio
vieron muchos á ocho ó diez,
creyéndose autorizados
para lo mismo otros cien,
cien vivareños primero
y mil de Burgos despues
y todos cuantos cupieron
se metieron á su vez:
lo cual suele siempre en juntas
populares suceder.
Los reyes, los triunfadores
y los célebres se ven
en sus triunfos y ovaciones
en un caso como aquel.
Espinas son de la gloria,
sinsabores del placer
y hiel de la miel del mundo,
do nada completo es.
Ruy Diaz puso á la gente
fosca faz; mas tarde fué,
pues fué ya la galería
superior á trasponer,
cuando del salon franqueaba
ya un rey de armas el cancel
y salia á recibirles
á la galería el rey.
Don Diego y su hijo intentaron
afinojarse á sus piés;
mas él recibió afectuoso
en sus brazos al doncel.
Desde escaleras y patios
y pórticos pudo ver

el honor que el rey le hacia
todo el pueblo burgalés:
y el pueblo, que ya le adora
porque en él su héroe ve,
rompió en vítores que hicieron
el palacio estremecer.
El rey, que ve de muy léjos
y su porvenir prevé,
vió que con él ante el pueblo
ganaba siendo cortés;
y así en voz alta trabó
la conversacion con él,
para que el pueblo de su honra
parte alcanzara á tener.

— —

EL REY Bienvenido seais, Ruy Diaz;
¿qué es lo que ahí me traeis?
RODRIGO Cinco reyes tributarios
por un conde que os maté.
EL REY Cinco por uno, Ruy Diaz,
es grande usura; que os den
su tributo á vos, que vos
sois quien preso les habeis.
RODRIGO Yo les apresé por vos:
mas si vos no les quereis,
darán párias á mi padre
y honraré así su vejez.
EL REY De buen hijo y buen vasallo
buenas prendas ofreceis.
Buena es la presa y es vuestra;
yo os hago de ella merced.
RODRIGO Me servirá su tributo
al campo para volver.
EL REY ¿No descansareis en Burgos?
RODRIGO No me encuentro en Burgos bien.

EL REY ¿Pues en Burgos qué os enoja,
Ruy?
RODRIGO No me lo pregunteis.
EL REY Yo despejaros de enojos
á Burgos puedo tal vez.
RODRIGO Yo no puedo en parte alguna
estarme quieto.
EL REY ¿Por qué?
RODRIGO La inquietud de mi alma corre
por mis manos y mis piés.
Yo nací para campear,
dejadme al campo volver.
EL REY Entrad ántes en mis córtes
y consejo me dareis.
RODRIGO Soy mozo aún para dárosle.
EL REY Yo soy ya viejo, y hacer
no he sabido á sesenta años
lo que vos á veintitres,
con que entrad: que los que saben
obrar tan pronto y tan bien,
pueden tener voto en córtes
y dar un buen parecer.
Al viejo y al mozo, afable
tomó las manos el rey,
y entró en el salon, guardando
un rey de armas el cancel.
Y quedó la muchedumbre
fuera esperando hasta ver
la salida que tendria
esta entrada de los tres.

IV

El rey Fernando en su trono,
los próceres en su asiento,
al diestro bando Laínez
y Ruy Diaz al siniestro,

dijo á éste el rey, en dos frases
la situacion exponiendo:

EL REY El emperador y el papa
nos piden párias: ¿qué hacemos?

RODRIGO Negarlas, dijo Ruy Diaz:
ganaron nuestros abuelos
nuestra tierra con sus lanzas
y á nadie párias debemos.

EL REY El papa, dicen los teólogos,
que es señor del Universo.

RODRIGO De las almas que le pueblan;
pero nó de los terrenos.

EL REY Alega el emperador
que las cobró en otro tiempo.

RODRIGO Los que en aquel las pagaron
con aquel tiempo se fueron.
El emperador y el papa
son en Castilla extranjeros,
y sólo el rey de Castilla
cobra en Castilla derechos.
Así es como desde niño
lo oí decir á los viejos;
y así el pueblo lo comprende,
y así es como yo lo entiendo.
Dijo el mozo: y no hecho aún
tánto á hablar de un solo aliento,
ni á hablar en foros, ni estrados,
ni á dar su voto en congresos,
sintió que el rostro de pálido
se le tornaba bermejo,
y ante los ojos de tantos
bajó los suyos modesto.
Sonrió el rey, y notándolo
los nobles y caballeros,
dieron muestra de adhesion
á la opinion del mancebo.

Mas los doctos, los legistas,
los letrados y los clérigos,
á las palabras del mozo
de sus casillas salieron.
Tomaron aquel rubor
propio de su edad por miedo,
y creyeron que era caso
de apretar los argumentos:
pensaron que las protestas
y la autoridad del clero,
la voz de los ergotistas
y la fuerza de los ergos,
el alma intimidarian
de Ruy Diaz, bajo el peso
de la cólera de Roma,
su excomunion prediciendo.
Creyeron fácil, en fin,
ahogar aquel rapazuelo,
que osaba abogar en contra
del papado y del imperio.
Y como entónces y ahora
y siempre el saber y el fuero
de plumas, borlas y togas
contra las espadas fueron;
porque la cuestion del mundo
es ser en él los primeros,
quedar encima, mandar,
y estar en el mejor puesto,
toda la gente de pluma,
borla, toga y solideo
se fué encima de Ruy Diaz
por mozo, soldado y lego.
Pero el unánime instinto
que impulsó contra él á estos,
les desordenó el ataque
falto de plan y de acuerdo.

Lo primero, lo preciso,
lo perentorio para ellos
era atajar su influencia,
protestar de sus asertos;
impedir que la nobleza,
la gente de armas, consenso
dando á su opinion, hicieran
á la suya contrapeso;
y en repentino desórden,
diez, veinte, cincuenta, ciento
reclamaron, protestaron
é interpelaron frenéticos;
no dudando al ser traidores
á su patria ¡crímen negro!
de él en poner..... ¡mal pecado!
por encubridor al cielo.
El rey, á quien importaba
no poner á nadie freno,
para ver con quién podia
contar en un caso extremo,
calló y dejó que el desórden
fuera tomando incremento,
hasta que el hilo saltara
y asiera él los cabos sueltos.
La discusion fué á contienda
rápidamente subiendo,
y de contienda á tumulto:
mas Ruy Diaz, tampoco hecho
á aguantar tales desmanes
ni á escuchar tales denuestos,
comenzó á entoldar los ojos
debajo del entrecejo;
y miéntras él comprendia
que era un desacato aquello
contra el rey, contra la patria
y contra Dios, acreciendo

se iba el tumulto, y llovian
epítetos y dicterios,
provocaciones, injurias
y votos y juramentos.
Cobardes llaman á unos,
á otros herejes; á estos
llaman malos castellanos,
malos cristianos á aquellos:
y perdido al fin el tino,
perdido al rey el respeto,
cruzaron el aire guantes,
birretes y solideos.
Y estaba ya el rey cansado,
con el capirote puesto,
á cortar aquellas córtes
de tan mal corte resuelto,
cuando dominó el tumulto
estallando como un trueno
un «¡Silencio!» de Ruy Diaz
que del salon saltó al medio.
Al trueno de aquella voz,
al contacto de los hierros
de que estaba armado, solo
le dejaron en el centro.
Estaba el mozo anheloso,
por la vista echando fuego,
y temblándole de cólera
la barba bajo del yelmo:
y avergonzados y absortos
contemplábanle de léjos
todos, cuando el rey le dijo
mirándole satisfecho:
«Hablad, Ruy Diaz, hablad;
porque ¡vive Dios! que creo
que en esta junta de locos
sois vos el único cuerdo.»

Ruy Diaz con voz sobrada
para oirse en campo abierto,
dijo entre airado y confuso
su situacion comprendiendo:
«Perdonadme, rey Fernando,
si os he faltado al respeto:
mas al ver tamaña mengua
de mí mismo no fuí dueño.
»¡Tántas barbas ya sin jugo,
tántas testas ya sin pelo,
contra un mozo á quien apénas
las barbas están saliendo!
¿Y por qué? porque su patria
dar no quiere á yugo ajeno,
ni que se humille ó se venda
por supersticion ó miedo.
Hombre de guerra, del arte
de hilvanar frases no entiendo;
mas sin miedo á nadie, digo
la verdad como la siento.
»Rey, si ha de ser tributario
reinando vos este reino,
grande infamia vais á echar
sobre vuestro honor por ello.
Tomarnos han las naciones
por una raza de siervos,
y pondrán á nuestros hijos
los collares de sus perros.
Rey, no ven por vuestra honra
ni el pró ven de vuestros pueblos,
los que por miedo ó por oro
os aconsejan hacerlo;
y por mí, si á rey ni á papa
os bajais á pagar pechos,
me extraño de vuestras tierras
y mi vasallaje os niego.

Cristiano soy: ¡sí, por Cristo!
de lidiar por Cristo vengo;
pero no son mis señores
San Enrique ni San Pedro;
y ántes de que mi cabeza
doble yo á un yugo extranjero,
yo mismo, si no hay quien lo haga,
me la cortaré del cuello.
Seamos buenos cristianos,
pero no nos deshonremos:
y estése San Pedro en Roma,
dejando á Santiago quieto.
Enviad al papa doctores
que le apéen de su yerro,
y al emperador conmigo
enviad diez mil caballeros;
y si al papa no convencen
y al emperador no venzo,
yo prefiero, á ser esclavo
de uno ni de otro, ser muerto.
Los que digan que Castilla
debe á nadie pagar pechos,
son villanos y traidores,
y á lid sin merced les reto.
Señor rey: mi fe, mi espada
y mi corazon son vuestros:
yo os sostendré por Castilla
contra todo el universo.»
Dijo Ruy Diaz: pasmados
los próceres un momento,
quedaron entre el temor
y el entusiasmo suspensos.
Al fin al viejo Laínez
las lágrimas le rompieron,
y el rey de Rodrigo Diaz
echó los brazos al cuello.

Lloró el buen rey de alegría
á Ruy abrazado teniendo,
y no quedó un diputado
que no aplaudiera frenético.

Un valiente á veces hace
leones de los corderos,
y una gran fe caminar
delante de ella los muertos.
Infundió á todos la suya
Ruy Diaz, ó con el riesgo
de aparecer por traidores
apechugar no quisieron:
quedó, pues, por voto unánime
no pagar párias resuelto,
y enviar un mensaje al papa
y al emperador un reto.
Con lo cual el rey Fernando
dió por cerrado el congreso,
y tornó á la galería
con Ruy Diaz y don Diego.

V

Y miéntras el rey tenia
sus córtes en el salon,
plaza, patio y galería,
Burgos atestado habia
con toda su poblacion;
y aunque como gente buena
serenamente aguardaba,
la multitud más serena
es como la mar, que suena
siempre, ya mansa, ya brava.
El movimiento y rumor
de aquel oleaje humano,
fué atrayendo al corredor
á todo sér morador
del alcázar castellano.
Y uno tras otro saliendo
fueron á la galería
los infantes, ver queriendo
quién y por qué tal estruendo
en el alcázar movia.
Don Sancho, allí al encontrar
moros atados y esquivos,
la causa se hizo explicar
de aquel flujo popular
y ser tántos los cautivos.
No bien llegó á comprender
ser presa del de Vivar,
sin poderse contener
dejó á la cara el placer
del corazon rebosar;
y á las infantas llevando
y á sus hermanos con él,
pasó, la presa admirando,
por entre el vencido bando
de los hijos de Ismael.

Y al moro que superior
juzgó entre el bando enemigo
preguntó: «¿Quién tu señor?»
y sin miedo y sin rencor
dijo aquel: «Sidi Rodrigo.»
En esto á la galería
saliendo el rey don Fernando,
su buen pueblo de alegría
levantó tal gritería,
que hizo comba el aire blando.

Entre el buen viejo don Diego
y su hijo el ilustre mozo,
muestra el rey muy gran sosiego:
mas puede ver el más ciego
cuán lleno está de alborozo.
Tras de la abierta mampara
sacaron al corredor
los diputados la cara;
cuidando que no mostrara
la ira ó la envidia interior.
La mano al padre á besar
fueron las infantas niñas
la muchedumbre al cruzar,
recogiéndose al andar
las haldas de las basquiñas:
y al rey, imágen de Dios,
fueron á hacer pleitesía
de sus hermanas en pos,
Sancho y Alfonso, á García
conduciendo entre los dos.
Miéntras los más principales
lo mismo hacian despues
de los príncipes reales,
atento á homenajes tales
calló el pueblo burgalés.

Cumplido el ceremonial
y cuando en torno reinó
un silencio general,
á Rodrigo en guisa tal
el rey don Fernando habló:

«De esos moros disponed;
presa de vuestro valor,
yo os hago de ellos merced;
y pues sois capaz, traed
lo mismo al emperador.»
Ruy Diaz, bajo la fe
de la real palabra, fué
donde los moros están
con resignado ademan
su suerte esperando en pié,
y díjoles: «Dar jurad
párias á mi rey, y os doy
mañana la libertad:
mi madre en Vivar por hoy
os dará hospitalidad.»
El rey, ó xeke, ó walí
á quien Ruy se dirigió,
así lo dicho por Ruy
en árabe marroquí
á los suyos explicó:
«Libres nos deja tornar
si á su rey como señor
tributo juramos dar:
á quien nos puede matar
rendir párias es mejor.»
Apénas esto escucharon
los moros de su adalid,
de bruces se prosternaron
ante Rodrigo, y gritaron
muchas veces: *¡ia, sid!*

El rey, que no la entendia,
preguntaba en rededor
qué era aquella algarabía;
y el buen Ruy le respondia:
«Señor, me llaman *señor.*»
Tomó el rey entrambas manos
á Ruy; y mirándole fijo,
con modales soberanos
ante pueblo y cortesanos
de esta manera le dijo:

«Que hubiese fuera mancilla
dos señores de Castilla:
pero sin par tú en la lid,
nadie tendrá á maravilla
que tenga un señor y un Cid.
»Cid desde hoy te han de llamar;
y pues tiene ese valor,
señoría te han de dar
los de Cristo y los de Agar
áun ante el rey tu señor.»
Los moros que esto entendieron
á sus *¡ia, sid!* volvieron:
«¡Salve al Cid!» dijo Fernando:
y «¡salve al Cid!» repitieron
todos, al Cid saludando.
Y el pueblo, que comprendió
lo que en la alta galería
pasando estaba, rompió
en inmensa gritería
y frenético aplaudió.
Y no desbordó torrente,
ni catarata ó volcan
reventaron de repente
con ruido tan estridente
en mitad de un huracan:

ni rugió mar en tormenta,
cuando del fondo en que asienta
levanta con iras locas
montes de agua, que en las rocas
estrepitoso revienta;
como estalló el grande estruendo
del aplauso popular,
el palacio estremeciendo,
su noble apodo poniendo
á Ruy Diaz de Vivar.

VI

Saboreaba éste anhelante
de la gloria el gran placer,
brisa fugaz de un instante,
que suele en su aura embriagante
un soplo letal traer:
y entre el buen viejo don Diego
y su hijo el ilustre mozo,
mostraba el rey gran sosiego,
por más que pudiera un ciego
ver de su alma el alborozo;
cuando rompiendo la gente
ante sus pasos abierta,
una enlutada doliente
se presentó de repente
del alcázar á la puerta.
Jimena Gomez, vestida
de negros paños de duelo,
avanzó descolorida
arrastrando, mal ceñida,
manto y haldas por el suelo.
Aunque entre ella no podria
hallar sitio un alfiler,
la muchedumbre se abria
y ante los pasos le hacia
de la doliente mujer.

Frunció el rey el entrecejo:
tembló de ira el padre viejo:
Ruy Diaz palideció;
y el pueblo en silencio oró
del rey por el buen consejo.
La triste doncella en tanto
como una vision fatal,
los ojos nublos en llanto,
mal tocada y suelto el manto,
llegó á la presencia real:
y así con solemne acento
dijo al rey falta de accion,
cual sombra sin movimiento
que arranca á su monumento
diabólica evocacion:

«Huérfana y á amparo vuestro,
hoy vuelvo á que me ampareis,
ó contra vuestra justicia
yo de Dios me ampararé.
Ruy Diaz mató á mi padre:
vos de castigarle en vez
le tratais en vuestra casa
como si fuera otro rey.
Señor, si esta es la justicia
que á los huérfanos haceis,
yo, huérfana, ántes de irme
en un convento á meter,
delante de vuestro pueblo
por más que os pese os diré:
que rey que no hace justicia,
no merece á mi entender
ni cabalgar en caballo,
ni ceñir cruzado arnés,
ni llevar espada al cinto,
ni calzar espuela al pié,

ni tener hijos legítimos,
ni tener esposa fiel,
ni tener vasallos buenos,
ni tierra en que nazca miés,
ni morir en paz en cama,
ni absolucion tener,
ni encontrar despues de muerto
quien sepultura le dé.»
«¡Por Cristo! exclamó don Sancho
sin poderse contener,
¡catad que hablais con mi padre
y que estoy yo aquí con él!»
«¡Sancho!...» dijo el rey: mas Sancho
rota la valla una vez
del respeto al rey debido,
siguió interrumpiendo al rey:
«Ruy Diaz mató á su padre,
y aunque era altanero y cruel,
por ser hija suya ella
no la digo que hizo bien;
mas ya que la ley invoca,
que se sujete á la ley.
La ley dice: «el que á hembra deje
»en orfandad ó viudez,
»su esclavo sea, ó marido
»si puede casar con él.»
De hacer su esclavo á Ruy Diaz
no hay modo, siendo quién es;
con que echar por el atajo,
y á todos nos irá bien,
y aunque cien hembras no valen
un Cid, casarles y amén.»
Rudo discurso, mas propio
de un noble del tiempo aquel,
tal exabrupto hizo á un tiempo
á Diaz estremecer,

palidecer á Jimena,
dar á don Diego un traspiés,
y asombrarse á todos: pero
sacó de un apuro al rey.
Soñaba él ya con tal boda;
pero debia á su ver
entre la boda y la muerte
dejar más tiempo correr.
La impetuosidad de Sancho
rompió del agua el nivel:
y el rey, diestro nadador,
corriente abajo se fué.
Adelantóse á Jimena
y así la dijo cortés:
«Perdona á Sancho: y airada
conmigo ántes de romper,
vamos á elegir á solas
lo que mejor nos esté.
Dáme el brazo, y de mis hijas
á los aposentos ven.»
No pudo excusar Jimena
tal invitacion; y el rey
á la corte despidiendo
de su cámara al dintel,
afable dijo á Ruy Diaz:
«Recibe mi parabien;
á Vivar con tus cautivos
á ajustar tus cuentas vé;
abraza á tu madre, y prontas
tu hueste y tus armas ten
para ir. ... donde quiera Dios
que quien manda á todos es.»

———

VII

Llevó Ruy á Vivar sus moros:
todo el pueblo burgalés
le acompañó vitoreándole
en clamoroso tropel.
Su madre hospedó á los jeques;
y llorando de placer
besó á Ruy en las dos mejillas
al echar á tierra pié.
Los moros se convinieron
á dejar en su poder
dos de ellos, mientra el rescate
juntaban los otros tres.
Ruy Diaz con su palabra
se contentó, y mandó hacer
pandorgas y luminarias;
y los moros á su vez
hicieron sus torres de hombres,
y sus saltos de través
con gumías apuntadas
en la garganta y la sien.
Quedaron todos contentos
los de España y los de Fez,
y cuando todos partian,
y los de Vivar á ver
su marcha fuera del pueblo
iban alegres tambien,
en el umbral de su casa
Rodrigo y don Diego en pié,
este diálogo trabaron
empezado por aquel.

RODRIGO ¿Qué os parece de esto, padre?
D. DIEGO Lo que está de Dios no hay sér
que lo impida.
RODRIGO ¿Y de la boda,
qué pensais?
D. DIEGO Que os casareis
si está de Dios.
RODRIGO ¡Él me abone
en su corazon!
D. DIEGO Ten fe.
RODRIGO ¡Cuando vea y reflexione
que yo á su padre maté!....
D. DIEGO No te quite eso el sosiego.
RODRIGO ¿Por qué no?
D. DIEGO Porque yo sé
que el amor, que es niño y ciego,
ni reflexiona ni ve.

VIII

Enigmas vivientes son
los corazones humanos
y escudriñar sus arcanos
jamás podrá la razon.
Con que el rey, sin pretender
sus enigmas explicar,
mas sabiendo manejar
el genial de la mujer,
en una larga sesion
con Jimena y las infantas,
dió á aquella razones tántas
que la trajo á la razon.
Entre el amor y el deber
encastillada Jimena,
de su esperanza y su pena
no sabia á cuál ceder:

mas sobre su pena habia
trascurrido el tiempo ya,
y su esperanza quizá
más con el tiempo crecia:
de modo que á la razon
su corazon al ceder,
no tuvo mucho que hacer
el rey con su corazon.
Con su razon tardó más
en avenirse; á mi ver
más por mirar al deber
y por no volverse atrás.
Pero el rey era hombre ducho:
y tan bien lo manejó,
que al fin Jimena creyó
que hacer más seria mucho:
y entre el amor y el deber
dejando que la convenza
el rey, pudo sin vergüenza
dejar al amor vencer.
Al fin en llanto rompió
de las infantas en brazos,
y entre ellos hecho pedazos
el viejo deber quedó.
Con sus hijas aposento
el rey la dió en su palacio,
y al duelo sin dar espacio
y dando al amor fomento,
á Ruy Diaz escribió:
«Vén: que la ley te condena
á casarte con Jimena:
hombre dé quien le quitó.
»Con Valduerna y Belforado,
con Cardeña y con Saldaña
la doto, y serás de España
el baron más hacendado.

»Y pues, cumplida la ley,
á lidiar tendrás que ir,
no tardes en acudir
á la voluntad del rey.»
Llegó á Vivar tal mensaje:
y como buenos vasallos
aprontaron sus caballos
padre é hijo para el viaje.
Dejando órdenes Rodrigo,
para que á la lid se apreste
miéntras él torna, su hueste,
tomó á su madre consigo.
Sus dos hermanos, á quienes
Rodrigo empequeñeció
porque su valor le dió
más favor, fortuna y bienes,
la acompañaban sin ceño
de envidia vil y rastrera,
de ver que en su casa era
el mayor el más pequeño.
Seis acémilas cargaron
de bodas con el presente,
y escoltados por su gente
á Burgos enderezaron.
Y al ir á montar los dos
al padre preguntó el hijo:
«¿Qué os parece?»—Y aquel dijo:
«Hijo, que estaba de Dios.»

I

A las diez de la mañana
del florido mes de mayo,
ante mucha noble gente
reunida en su palacio,
á Jimena y á Rodrigo
toma el rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
con indisoluble lazo.
Jimena está conmovida,
roja y con los ojos bajos,
para ocultar la alegría
de los ojos con los párpados.
Tal vez se avergüenza un poco
de entregarse tan de grado
á aquel contra quien justicia
pedia airada tan alto.

Rodrigo, tan fresco y ágil
ante una hueste á caballo,
delante está de su novia
un poco encogido y pálido.
El rey mira sonriendo
el encogimiento de ambos,
y á su sonrisa sonrien
los malignos cortesanos.
La reina como madrina,
está de Jimena al lado;
detrás de ella las infantas
como testigos del acto:
y la nodriza Bibiana
en el nupcial aparato
no ve más que á su Jimena
por quien reza por lo bajo.
A la derecha del rey,
junto á Rodrigo, don Sancho
le asiste como pudiera
de lid en campo cerrado.
Tras de don Sancho don Diego,
de Ruy con los dos hermanos
y con su madre Teresa
asisten al desposado.
El rey cuando vido juntos
á todos los convidados,
se puso en pié y dijo al Cid:
«Dad á la novia la mano.»
Tendiéndosela á Jimena
dijo el Cid todo turbado:
«Jimena, maté á tu padre,
pero nó como villano:
de hombre á hombre le maté
porque á mi padre hizo agravio.
La ley me hace esclavo tuyo,
tu marido el rey Fernando;

marido y esclavo á un tiempo
aquí estoy á tu mandato:
hombre quité y hombre doy;
no sé más; lo que sé hago.»
Pareció á todos lo dicho
muy bien dicho y muy al caso,
y echaron hácia la iglesia
su discrecion alabando.

Delante de todo el pueblo,
que se juntó muy temprano
por ver al rey y á los novios,
y al pasar por vitorearlos,
les casó el señor obispo
en latin un poco bárbaro,
pronunciado un poco en godo,
con acento un poco arábigo;
lengua informe y corrompida
que áun usan los escribanos,
los dómines y los frailes,
que áun gustan de latinajos.
Hubo misa con sermon,
salmodía é incensario,
y paz, que fué á dar al rey
y á los dos novios un diácono.
Estuvieron con la corte
en el presbiterio hincados
la reina en reclinatorio,
el rey en sillon de brazos,
sus hijas en taburetes,
los infantes en escaños,
y los novios en cojines
de terciopelo muy blandos.
Jimena lleva partidos
los cabellos, y trenzados

con hilos de gruesas perlas
en dos trenzas de ocho cabos.
El jubon de mangas cortas
por el cuello abierto en cuadro,
muy desgarrado el escote
y muy bien acinturado.
El pecho y hombros la cubren
collares y relicarios,
con medallas guarnecidas
de amatistas y topacios.
Cintillos, pulsos y ajorcas
lleva puestos en los brazos,
y anillos de pedrerías
en los dedos de ambas manos.
En la falda delantera,
de damasceno brocado
cuelga un abanico persa
de plumas de papagayo.
Por toca y corona lleva
de oro en la cabeza un aro,
y un velo de gasa de oro
prendido en lugar de manto.
Las joyas que lleva encima
en muchos cuentos tasaron;
herencia son de su padre,
y de los reyes regalos:
la luz que destellan, ciega
con mil destellos y rayos,
con que parece Jimena
más que una mujer, un astro.
Ruy Diaz viste un justillo
con hebillas ajustado,
cortado el vuelo en almenas
del cinturon por debajo.
Las mangas lleva atacadas
con herretes cincelados,

que cuelgan de las hombreras
cuando se mueve sonando.
La espada en cinto de cuero
colgada de acero en ganchos,
que no usa estoques de corte
quien gana la tierra á tajos.
Un birretillo de grana
con una pluma de gallo,
y guantes y borceguíes
de ante guadamacilado,
completan la vestidura
del Cid, en el dia fáusto
en que ante Dios á Jimena
jura amor eterno y casto.
Á la luz de los dos cirios
que les han puesto en las manos,
la bendicion recibieron
y el *¡sí!* tremendo cambiaron.
Todos los ojos estaban
en sus semblantes clavados,
y ellos rojos como guindas
ante el fuego de ojos tantos.
Los abades y los monjes,
entónces asaz livianos,
miraban un poco audaces
á Jimena de soslayo.
La gente andaba en puntillas
para mirarla ondulando,
y el pueblo hacia en el templo
como en plaza de mercado.
Jimena estaba más roja
que la flor del amaranto,
y al ver lo que esto duraba
se iba el Cid amostazando.
Por fin dió fin el obispo
á los kiries y los salmos,

y devotos santiguándose
los reyes se levantaron.
Abrieron calle entre el pueblo
los maceros con trabajo,
y la nupcial comitiva
cruzó la iglesia á codazos.
Monjes, abades, obispos
y canónigos con palio
salieron á despedir
á los reyes hasta el átrio.
Diéronles allí muy graves
el último guisopazo,
y así se hicieron las bodas
de Rodrigo el Castellano.

De la iglesia van saliendo
los reyes, los desposados,
los infantes y la corte
con sus nobles dignatarios.
Todo es oro, seda, plumas,
brinquiños, joyeles, lazos,
pajecillos con blasones,
y corceles con penachos.
Los pertigueros delante
van abriéndoles el paso,
con bastones regateros
romper piés amenazando.
Tras de ellos los concejales
con anguarinas de paño,
con monteras de tres puntas
y medallones dorados.
Detrás los jueces de Burgos
con sus varas en las manos,
y sus birretes con chías
y sus luengos capisayos;

detrás los reyes, los novios,
las damas, los cortesanos,
y detrás los ricos homes,
y detrás el populacho.
El rey, como buen padrino
dadivoso y manilargo,
con él llevaba á los novios
á yantar á su palacio.
Por las calles por do iban
hallaban engalanados
balcones y miradores
con colchas y con damascos:
y en miradores y calles
agitándose apiñado,
les saludaba de Burgos
el honesto vecindario.
El suelo estaba cubierto
de trébol, juncia y mastranzo,
y las tapias de remata
y madreselva con ramos.
Á la entrada de la plaza
y á costa del rey alzaron
de cañas, flores y juncos
muy pulidos unos arcos;
y por divertir al rey
y á los novios por el tránsito,
hicieron unos festejos
tan sinceros como záfios.
Salió Pelayo hecho toro
con un capúz colorado,
seguido de mojigangas
de gigantes y de enanos.
Salió tambien Antolinez
á la jineta en un asno,
y Pelaez con vejigas
sacudiendo á los muchachos.

Bailáronse por seis danzas
las de espadas y de palos,
con gaitas y tamboriles
gallegas y zamoranos.
Diez maravedís de plata
mandó el rey dar á un lacayo,
porque asustaba á las mozas
con un vestido de diablo;
y otros diez á una zagala
que le ofreció desde un carro
un gran queso en una cesta
y dos corderillos blancos.
Iba con el rey Jimena
trabada de él por la mano,
con la reina su madrina,
sus suegros y sus cuñados.
Por las rejas y ventanas
arrojaban trigo tanto,
que el rey llevaba en la gorra,
que era ancha, un gran puñado;
y como á Jimena Gomez
se la metían los granos
por el escote y collares,
el rey se los va sacando.
Para que lo oyera éste
dijo don Suero muy alto:
«Aunque es de estimar ser rey,
estimara más ser mano.»
Mandóle por el requiebro
el rey un rico penacho,
y á Jimena para en casa
mandarle la hizo un abrazo.
Así iba la comitiva
la ciudad atravesando
desde la iglesia al alcázar
entre vítores y aplausos.

Trataba el rey con Jimena
de trabar plática en vano,
porque ella su discrecion
acreditaba callando;
pues sabe que la mujer
que habla con un soberano,
es pez que abre mucha boca
en agua en que están pescando.
Llegó á palacio el gentío,
y partiéndose á dos lados
entróse en él á yantar
el rey con sus convidados.

II

La gente á la mesa puesta
á la del rey hizo honor:
y estuvo él tan decidor
como la novia modesta.
El Cid comia y callaba
como hombre de poca lengua:
que en hombres bravos es mengua
mostrar tener lengua brava.
Hubo algo más que el diario
sin que hubiera demasías;
pues los reyes de estos dias
no se comian su erario:
que estaba avizor el moro
dia y noche en la frontera,
y en aquellos tiempos era
caro el hierro y poco el oro.
Lo cual no quiere decir
que el rey anduviera avaro:
sinó que el rey no era caro
en el comer y el vivir.
Mas lo era en el regalar;
porque tenia por ley

ser pródigo como rey
y económico en su hogar.
Hubo, pues, lujo de sopas,
caza, pescado de rio,
tierno pan y vino frio
servido de plata en copas:
carne y temprana legumbre,
hojaldre y pastelería,
y queso y confitería
de postre, segun costumbre.
Comióse bien; y fué en fin
un festin segun se ve
la comida: aunque no fué
de Baltasar el festin.
Brindóse tras el yantar,
bebiendo con discrecion;
y al fin de la colacion
entró en la sala un juglar;
y en un romance tan rudo
como el latin eclesiástico,
salmodió un ritmo encomiástico
tosco y de tropos desnudo:
mas que al juglar dió gran prez
en aquella edad sencilla,
en que el habla de Castilla
áun estaba en su niñez.
El rey con largueza mucha
en premio del buen cantar,
dió un vaso de oro al juglar
y un sayo azul con capucha.
El Cid, que es muy poco amigo
de versos y que desprecia
lo que ni entiende ni aprecia,
le mandó un saco de trigo.
El rey, por enhorabuena,
hizo al Cid presentes varios;

la reina unos relicarios
de gran valor dió á Jimena.
Las infantas la besaron
dándole el tú como á hermana,
y al Cid con franqueza llana
los infantes abrazaron.
Con que, acabado el yantar,
tornaron todos contentos
el rey á sus aposentos
y los novios á Vivar.
Allí, en su hogar solariego
al dar á Jimena abrigo,
la dió posesion Rodrigo
de pan, agua, sal y fuego:
y legítima mujer,
quedó instalada en Vivar
como el ángel del hogar
de todo el pueblo á placer.
Doña Teresa y don Diego
con deferencias sin tasa,
como señora en su casa
la aceptaron desde luégo:
y habiendo puesto Rodrigo
en el cuarto en que nació
su lecho nupcial, llevó
á él á su mujer consigo.
Cerró las puertas Bibiana:
y al retirarse discreta,
á los novios y al poeta
dijo al par: «Hasta mañana.»

Todo el amor lo acomoda,
todo lo allana y lo llena;
los enemigos acoda,
los extremos encadena;

y olvidando ofensa toda,
absuelve de culpa y pena:
por eso se hizo la boda
de Rodrigo con Jimena.

III

Ella heredera opulenta
del rico conde asturiano,
y él por su hogar castellano
y por su rey rico en renta,
juntaron en un solar
tanta riqueza y poder,
que sólo reyes á ser
podrian á más llegar.
Mas no imagines, lector,
que en Vivar vivia el Cid
como hoy un duque en Madrid
ó como en Lóndres un lord:
porque la oncena centuria
en la que el buen Cid vivia,
era una mezcla bravía
de lujo y bárbara incuria.

Un rico, obispo ó guerrero,
de siervos ó feligreses
gastaba el oro en arneses
de preste ó de caballero.
Llevando de soberano
lujoso atalaje encima,
tal vez dormia en tarima
y comia con la mano.
Y gastando oro sin tasa
hasta en las casas que hacia,
apénas tener sabia
comodidad en su casa.
La de Rodrigo en Vivar
era la de un labrador,
hereditario señor
de un solariego lugar.
Su solar hereditario
formaban, segun mis cuentas,
de casas más de doscientas
con plaza, iglesia y santuario.
Uno es posesion precisa
para romería anual,
que siempre ha de acabar mal,
con palos tras de la misa.
Es costumbre inmemorial
por ley en Castilla impuesta:
sin paliza no hubo fiesta
desde el tiempo de Tubál.
Y como no hay sin santuario
lugar, Vivar tiene el suyo;
en el cual, si mal no arguyo,
se apaleó su vecindario.
Frente de él en un cerrillo
se elevaba un castillejo,
fuerte aún, pero ya viejo,
con foso, puente y rastrillo;

donde en caso de algarada
salvos hembras y caballos,
iban señor y vasallos
á huir la primer entrada;
pero la espalda al volver
la rapaz morisma suelta,
les salia el Cid la vuelta
por los valles á coger.
Así entónces se vivia
y no se vivia mal;
porque siempre juego tal
que iba á espadas se sabia.
De peor modo hoy se campa;
nuestra sociedad de hoy
juega á oros, y yo estoy
en que se juega con trampa.
En aquella edad de hierro
en que habia que tener
algun hierro que coger
y un castillo en algun cerro,
de sus tierras cual señor
era juez territorial
y juzgaba el Cid no mal
desde el clérigo al pastor.
Como labrador tenia
la propiedad del terruño;
que no labraba su puño
más que con él defendia.
Defendido y defensor
viendo cual propio el terreno,
se hacian uno á otro bueno
el labriego y el señor;
y toda la vecindad
familia suya ó su sierva,
vino, pan, frutos y yerba
le pechaba por mitad.

Y como predios tenia
más de cincuenta en la vega
que hasta Muñon y Pampliega
el Arlanza recorria;
y como todo labriego
era tenido en pericia
de labranza y de milicia
y entraba en la guerra en juego;
y como en tal tiempo y tierra
tenia todo vasallo
de la labranza el caballo
con caparazon de guerra,
resultaba que era el Cid,
y ántes su padre don Diego,
un riquísimo labriego
y un poderoso adalid.
Mas no por eso en su hogar
vivia mucho mejor
el señor que el labrador
que por él iba á sembrar.
No habia de ambos en casa
más que lo muy necesario
para el servicio diario,
con comodidad escasa;
pues con la existencia activa
que era preciso traer,
nadie habia menester
comodidad excesiva.
Lo que más se procuraba
era tener al abrigo
mucho vino ó mucho trigo
por si no se laboreaba:
lo cual suceder solia
por el repentino daño
que al mejor tiempo del año
el moro en la tierra hacia.

Noble y rico un castellano,
viviera en pueblo ó castillo,
tenia un vivir sencillo
mezcla de regio y villano.
La casa partida en dos;
arriba el señor, abajo
el siervo: éste á su trabajo
y él á la buena de Dios,
vivian ambos en ella
ni divididos, ni á par:
uno y otro sin cuidar
que fuera cómoda ó bella.
No era, pues, la servidumbre
rudo afan, tirano yugo
de víctima y de verdugo,
sino deber de costumbre:
creada fraternidad
entre el siervo y el señor;
basada en el mutuo amor,
nó de este en la autoridad.
Los aperos del trabajo,
todo en lo que este no piensa,
cuadra, hogar, cueva, despensa,
están en el piso bajo:
dó en trabajo no servil,
viven con muy poco afan
desde el paje al capellan,
desde la dueña al motril.
De noche abajo las telas
se hilan de lienzo y manteles:
se bebe en hondos picheles,
se come en anchas cazuelas:
arriba se sirve en plato
y el vino en copa se escancia:
el lujo está en la abundancia,
nó en señoril aparato;

pues suelen en las veladas
bajar amos y señoras
á escuchar con sus pastoras
los cuentos de sus criadas.
Amo y siervo en su interior
no tienen más diferencia
que aquella que la decencia
exige del superior.
Arriba grandes armarios,
arcas, baules roperos,
armaduras en percheros,
junto al lecho relicarios;
y si hay en casa quien lea,
lo que hace el señor muy mal,
algun viejo santoral
ó vulgar farmacopea.
Nada de los mil primores
fútiles de que hoy usamos;
palmas al balcon ó ramos,
y en los aposentos flores.
Allá en algun gabinete
de una señora feudal,
luce tapiz oriental,
trasciende árabe pebete;
viste cuero cordobés
guadamacilado el muro;
un atril de nácar puro
sostiene un libro al revés.
cargadas de vírgen cera
penden lámparas del techo;
y alfombran los piés del lecho
pieles de oso y de pantera;
mas tal vez estos primores
ante su dueño ataraza
algun gran perro de caza
ó una pareja de azores.

Así en Vivar se vivia
y así en nuestra tierra toda,
y desde la época goda
quien vive así hay todavía.
Y plegue á Dios que esta sana
franqueza entre siervos y amos
jamás del todo perdamos
en la tierra castellana.
Los de Vivar á Jimena
cuya estirpe conocian,
cuya historia atroz sabian
y de quien ven la alma buena,
miraban con el respeto
con que á una imágen de altar;
siendo Jimena en Vivar
de alta reverencia objeto.
Sus colonos asturianos
la enviaban con pocas cuentas
las muchas y pingües rentas
del solar de los Lozanos.
El pueblo á quien generosa
trató desque á él ha venido,
bendecia al buen marido
de tan noble y buena esposa.
Con las rentas de los dos
casa y hueste mantenian,
como sacar no podian
algunos reyes en pós:
y así viviendo en Vivar
el Cid Rodrigo y Jimena
vieron límpida y serena
la luna de miel pasar.
Amándose con pasion,
y olvidadas las injurias,
en Castilla y en Asturias
adorados ambos son:

Con qué los nuevos esposos,
idolatrados señores,
en sus logrados amores
eran en Vivar dichosos.
Pero dicha sin disgusto
jamás hay sobre la tierra,
y siempre al amor la guerra
tuvo en incesante susto.
El Rey salir á Rodrigo
mandó á campear por España,
y el Cid no puede á campaña
sacar su mujer consigo.
Los que habian jurado á Dios
dos vidas en una unir,
tenian que dividir
otra vez su vida en dos.
Deber y amor exigian
á la mujer y al marido
del voto tan mal cumplido
la union que romper debian:
Y entre el amor y el deber
y la mujer y el honor
ni vaciló el Campeador
ni discutió la mujer.
Triste sí, pero serena,
le ayudó ella misma á armar;
partió él al campo, y Jimena
se quedó sola en Vivar.

IV

Sostén de Castilla el Cid,
del Rey de Castilla en pro
por él fué, riñó y venció
en una y en otra lid.
Levantó el Rey mucha gente,
recibió el Cid de sus moros

mil caballos y tesoros;
y puesto el Rey á su frente,
El Rey y el Cid á domar
del aleman la arrogancia,
fueron por tierras de Francia
las de Alemania á buscar.
Con asombro allá en su tierra
llegó á oir el aleman,
que el Rey y el Cid sobre él van
con diez mil hombres de guerra.
Con qué, entrando en reflexiones
con datos más valederos,
comprendió que los corderos
se le volvian leones.
Segun el viento la capa
se puso, y cambió lenguaje
enviando un doble mensaje
al Castellano y al Papa.
Alcanzó al Rey en Tolosa
el mensajero imperial;
y al leer mensaje tál
dijo: ésto ya es otra cosa.
Mas previniendo un ardid
si por la mano le toma,
envió incontinenti á Roma
por su embajador al Cid.
Para tener algo á raya
de éste el carácter entero,
le dió el Rey por compañero
á Alvar Fañez de Minaya:
Y con una escolta gruesa
de caballos berberiscos,
por atajos y por riscos
diéronse á Roma en ir priesa.
Fernando asentó sagaz
una tregua sin mancilla,

y dió la vuelta á Castilla
con el corazon en paz.
Á su palacio llegando,
fiel vasalla y mujer buena,
demandando halló á Jimena
nuevas, que la dió Fernando.
Y al oir que ha de tardar
el Cid de Roma en volver,
de ofrecérsele á pesar,
no quiso en palacio entrar:
y como buena mujer
tornó á esperarle á Vivar.

Y esperando dia á dia,
contando el tiempo corrido
y el que trascurrir debia,
Bibiana un dia al oído
la dijo: «Pues, hija mia,
esto no es tener marido.»

V

Alvar Fañez, hombre ducho
en negocios y prudente,
trabajó muy bravamente
y alcanzó del Papa mucho.
Mas Ruy que sus miramientos
por miedo y vilezas toma,
comenzó á hartarse de Roma,
su Papa y sus monumentos.
Comparó el lujo pagano
del clero cardenalicio
con el mísero servicio
del buen clero castellano;
y las costumbres romanas
llenas de sensual cinismo;

Los templos del cristianismo
llenos de estatuas paganas;
la vieja *auri sacra fames*
que roe á la vieja Roma,
que alarga do quier y asoma
sus viejas garras infames;
aquel su instinto perverso
é inmemorial de pedir,
de servirse y no servir
sin cobrar al universo:
aquel su orgullo tirano
de centro del mundo ser
sólo á sombra por yacer
del Capitolio romano:
le hicieron ratificar
en que habia obrado en conciencia,
la romana dependencia
de Castilla en rechazar.
Con qué el instante no ve
de volver la espalda á Roma,
dó siente que una carcoma
le está royendo la fe.
Minaya que el tiempo pasa
en procederes de curia,
puede mal tener su furia
ni tenerle quieto en casa:
y conociendo su humor,
teme que no le haga el diablo
con san Pedro ó con san Pablo
dar al traste á lo mejor.
Al fin les dió el Papa audiencia;
y entre príncipes romanos
y purpurados cristianos
se hallaron en su presencia.
Expuso Alvar su mision;
y miéntras Alvar hablaba,

Ruy Diaz examinaba
la gente y la habitacion.
Al pié del trono papal,
vió en círculo colocadas
siete sillas blasonadas
todas con corona real.
Examinólas atento,
y vió que el Emperador
ántes que el Rey su señor
tenia puesto su asiento.
La sangre se le encendió;
pero pensando en Jimena
que era cristiana tan buena,
como pudo se aguantó;
mas hizo el diablo de modo
que cuando Alvar concluia,
vió que el Papa le ponia
dificultades á todo:
y entendiendo que, alemanes
el Emperador y el Papa,
se hacian uno á otro capa
como dos viejos truhanes,
para probarles con hechos
que tenia conocida
y aceptada la partida,
el juego tomando á pechos,
se avanzó á las siete sillas,
y dió al asiento imperial
una puntillada tal
que con el pié le hizo astillas:
y sin pararse á mirar
el general estupor,
puso la de su señor
de la que rompió en lugar.
Un príncipe bavarés
se fué á Diaz con enojo;

mas Ruy Diaz le echó el ojo
mirándole de través,
y al alzarle aquel la mano,
le sentó el puño en el pecho,
haciéndole dar mal trecho,
sobre el grupo cortesano.

Tras de lo cual se cuadró
diciendo: «El que bien no lo halle,
»échese tras mí á la calle
»y verá lo que hago yo.»
El Papa Víctor airado
puesto de pié ante su trono,
dijo con tremendo tono:
«Sal: estás excomulgado.»
Ruy, que no tembló delante
de hombre alguno en paz ni en guerra,
hincó la rodilla en tierra
y al Papa dijo arrogante:

»Fuerza es que aquí se resuelva
»del Rey y el Emperador
»el pleito en nuestro favor
»ántes de que yo me vuelva.
»Y siendo muy buen cristiano
»de raza y de corazon,
»no acepto yo excomunion
»de aleman ni de romano.
»Con qué, ojo alerta vivid:
»absolvednos á los dos,
»ó por Papa que seais vos
»vais á ver quién es el Cid.»
Fijo el Papa le miró:
y como viéndole, ve
de su alma el brio y la fe,
calmándose sonrió.
Comprendiendo que era España
tierra de hombres tan enteros
como cristianos sinceros,
dijo ya manso y sin saña:
«Castellano, absuelto estás:
»nada miéntras el sol rádie,
»ni al Emperador ni á nadie
»pechará España jamás.»
Y fuera porque en conciencia
viera en Castilla razon,
ó por no ver la ocasion
de traerla á dependencia,
risueño y benevolente
de Ruy se apoyó en el hombro,
y fuése, con grande asombro
de su cortesana gente.
Alvar, que desde la cuna
fué sagaz observador,
dijo: «Siempre van á una
la fortuna y el valor.»

VI

Nuevas están esperando
del Cid el Rey y Jimena:
ella en Vivar con gran pena
é inquieto en Burgos Fernando.
Ella, el ángel del hogar,
tuvo con sus propias manos
los ojos á los hermanos
de Ruy Diaz que cerrar.
El uno, al fin consumido
por su enfermedad interna,
fué de esta vida á la eterna
pasando á paso medido.
El otro, tal vez del Cid
envidioso, fué á campaña
y fué su primer hazaña
caer en la primer lid.
Trajéronle moribundo
á Vivar; y, hermana buena,
en su agonía Jimena
le ayudó á salir del mundo;
y desolada en Vivar
quedó, de su esposo léjos,
consolando á los dos viejos
como el ángel del hogar.
El Rey por su parte anda
mústio y falto de reposo,
porque el moro revoltoso
se rebela ó se desmanda.
Y proyectando una empresa
contra Aragon y Toledo,
está esperando, con miedo
de que Ruy no torne apriesa.
Al fin tornó una mañana;
y Alvar al Rey cuentas dió

de cómo se aseguró
la libertad castellana.
De cómo en junta en Toledo
un nuncio y jueces romanos
ante ellos y los germanos
dejaron á España airosa.
Explicó así porqué tánto
tardaron de allá en volver,
é hizo al fin al Rey saber
lo del Cid y el Padre Santo.
De ello holgó el Rey muy contento:
y al demandarle jovial
por qué ante el Papa hizo tál,
dijo el Cid con firme acento:
«Porque español de fe sana,
»gobernar al Papa dejo
»las iglesias: mas no cejo
»ante la ambicion romana.»

Suspenso el Rey se quedó
á estas palabras del Cid:
y cuando les despidió
estar les recomendó
prontos para entrar en lid.
Y Alvar que todo lo apunta
y todo lo toma á peso,
dijo: «Ruy, se me barrunta,
»que es el solo hombre que junta
»con buenos puños buen seso.»
Y partiéndose á la par,
fuése el Rey á su aposento,
y Alvar y Ruy á descansar:
aquel á su alojamiento
y éste á su paterno hogar.

La alegría y el dolor
saliéronle á recibir
con el ángel del amor,
que ayuda consolador
allí á espirar y á vivir.
Hijo y padres se agruparon
en los brazos de Jimena,
y en su regazo lloraron
por los que en ella encontraron
al morir hermana buena.
Y con su amor y dolor
encerrados en Vivar,
sintieron consolador
ir poco á poco al amor
tornando el gozo al hogar.
Que todo amor lo acomoda,
y acaba con toda pena;
y Dios la ventura toda
envió á Vivar con la boda
de Rodrigo con Jimena.
Mas como Dios siempre es justo
y ha nivelado en la tierra
el placer con el disgusto,
y siempre en continuo susto
al amor tuvo la guerra,
volvió á la guerra á llamar
otra vez el atambor;
y tornó el Cid á campear
y á quedar sola en Vivar
la vejez con el amor.
Y al anochecer del dia
en que el Cid habia partido,
Bibiana triste decia
á su Jimena: «Hija mia,
»esto no es tener marido.»

VII

Ruy Diaz, hombre de puños,
de seso y de corazon,
es hijo de la fortuna
y favorito de Dios.
Donde él mete sus dos puños
de campañas en cuestion
por sus puños queda siempre
suyo el campo y el honor.
Donde él en duda ó apuro
da una idea ú opinion,
duda y apuro se allanan
por lo que él imaginó.
El último en la palabra,
es el primero en la accion;
y en defensa de Castilla
siempre dice:—¡Allá voy yo!
El móvil de sus hazañas
es la gloria y la extension
del pendon y las fronteras
de la patria en que nació.
Y ántes de que él de su tierra
deje arrancar un terron
á Emperador, Rey ó Papa,
ni el privilegio menor
de su absoluto derecho
de independiente nacion,
aunque arriesgue padres, hijas,
hacienda, vida y amor,
aunque haga campo la Iglesia
é incurra en excomunion,
con él se las ha de haber
Papa, Rey ó Emperador.
Sin una tacha en su vida
ni una mancha en su blason,

jamás los ojos altivos
ante hombre alguno bajó:
jamás volvió un paso atrás,
ni tuvo retractacion
que hacer de dicho ni de hecho
en cuanto dijo y obró.
Invencible combatiente,
generoso vencedor,
entre amigos y enemigos
ganó prez y estimacion.
Los moros le llaman Cid,
los cristianos Campeador;
y donde él campéa, campa
por sí solo como el sol.
A los árabes da miedo,
á los cristianos valor,
á los extraños envidia,
y á todos admiracion.
Los castellanos le adoran,
el Rey le da su favor,
y delante de el del Rey
va á la guerra su pendon.
Mas do lleva por Castilla
la victoria de sí en pós,
el pendon del Rey tremola
sobre el campo que ganó;
porque el Cid es de Castilla
la personificacion,
y donde él vence, es quien vence
su patria, el pueblo español.
Por eso el rey D. Fernando
á Calahorra le envió
de sus derechos á ella
por juez y mantenedor.
Por sí el Rey aragonés
á Martin Gomez sacó,

como la primera lanza
de su reino de Aragon.
Lidióse en campo cerrado:
bien Martin Gomez justó,
pero en el segundo encuentro
le sacó el Cid del arzon.
Bote mortal por desgracia
para tan buen justador,
el Cid ganó á Calahorra
del bote que le mató.
Holgóse el rey D. Fernando
del pro de su campeon;
y avezado ya del Cid
á fiar su honra y su pro,
«puja,» le dijo; y pujando
Ebro abajo, en meses dos
á moros y aragoneses
trajo el Cid á la razon.

—

Y miéntras él se batia
por Dios, Rey, patria y honor,
Jimena en Vivar moria
de angustia y melancolía
consumiéndose de amor.
Y de este amor puro y bueno,
siempre en soledad y luto
envuelto, y de angustias lleno,
siente Jimena en su seno
que gesta ya el primer fruto.
Y viendo que no volvia
de la guerra á do era ido,
Jimena triste decia
á Bibiana: «¡ay ama mia
»esto no es tener marido.»

—

VIII

En su Vivar solariego
á su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Jimena
que espera próximo el parto.
Cuando además dolorida
una mañana en disanto
bañada en lágrimas tristes
tomó la pluma en la mano.
Y despues de haberle escrito
mil quejas á su velado,
bastantes á domeñar
unas entrañas de mármol;
de nuevo tomó la pluma,
y volvió de nuevo al llanto,
y de esta guisa le escribe
al noble rey D. Fernando:
«A vos, mi señor el Rey,
el bueno, el aventurado,
el magno, el conqueridor,
el agradecido, el sabio,»
«La vuestra sierva Jimena,
fija del conde Lozano,
á quien vos marido distes,
bien así como burlando;»
«Desde Vivar os saluda,
donde vive lacerando;
las vuestras andanzas buenas,
llévevoslas Dios al cabo.»
«Perdonédesme, señor,
que no tengo pecho falso,
y si mal talante os tiene,
no puede disimularlo.»
«Yo estoy de vos querellosa,
y os escribo mal mi grado,

magüer que enemiga os tengo,
á fuerza de mis agravios.»
«Respondedme en puridad
con letras de vuestra mano;
aunque yo al demandadero
le pagare el aguinaldo.»

«¿Qué ley de Dios vos otorga,
que podais por tiempo tanto,
como há que fincais en lides,
descasar á los casados?»
«¿Qué buena razon consiente,
que á un garzon bien doctrinado,
falaguero y humildoso,
le enseñeis á leon bravo?»
«¿Y que de noche y de dia
le traigais atraillado,
sin soltarle para mí,
sino una vez en el año?»

«Y esa que me le soltais,
fasta los piés del caballo
tan bañado en sangre viene,
que pone pavor mirarlo.»
«Y no bien mis brazos toca,
cuando se duerme en mis brazos,
y en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando.»
«Y apénas el alba rompe,
cuando le están acuciando,
las escuchas y adalides
para que se vuelva al campo.»
«Lástima tiene de verle
tan extraño y acosado
la su madre y los mis ojos
de tanto llorar cansados.»
«Y aun cuando se desposó,
fizo tan buen desposado,
que pasar no le dejastes
tres meses en cuatro mayos.»
«Si lo faceis por honrarle,
asaz Rodrigo es honrado,
pues no tiene barba, y tiene
cinco reyes por vasallos.»
«Yo finco, señor, en cinta,
y en nueve meses he entrado,
y me pueden empecer
las lágrimas que derramo.»
«Que como otro bien no tengo,
y me lo avedes quitado,
en guisa le lloro vivo,
cual si estuviere finado.»
«No permitais se malogren
prendas del mejor fidalgo,
que sigue cruces bermejas,
ni á Rey ha besado mano.»

«Doleos, noble señor,
de ver que acueste á mi lado,
en vez de su mancebía,
una vieja, y suegra al cabo.»
«Que aunque me muestra cariño,
dos celebros entranzados
mala amistanza mantienen
en un hogar y un estrado.»
«Dadle mi escrito á las llamas,
non se faga dél palacio;
que en malos barruntadores
no me será bien contado.»
«Y enderezadme este tuerto;
ya sabeis lo que os demando.
Mirad que se ofende el cielo
de fecho tan mal guisado.»

IX

Pidiendo á las diez del dia
papel á su secretario,
á la carta de Jimena
responde el Rey por su mano.
Despues de facer la cruz
con cuatro puntos y un rasgo,
aquestas palabras finca
á guisa de cortesano:
«A vos, Jimena la noble,
la del marido invidiado,
la discreta, la homildosa,
la que cedo espera el parto,»
«El Rey que nunca vos tuvo
talante desmesurado,
vos envia sus saludes
en fe de quereros tanto.»
«Que estais de mí querellosa
decís en vuestro despacho,

y que no suelto á Rodrigo
sino una vez en el año.»
«Y que cuando está con vos,
en lugar de falagaros,
en vuestros brazos se duerme,
como viene tan cansado.»
«A no vos tener en cinta
vuestro esposo el alindado,
creyera de su dormir
lo que me avedes contado.»
«Mas pues vos tiene, señora,
con el brial levantado,
no se ha dormido en el lecho,
si espera en vos mayorazgo.»
«Que si Rodrigo estuviera
al vuestro llavero atado,
en patrimonio ni hacienda
no hubiera sobrepujado.»
«Si con otros infanzones
se anduviera paseando,
vuestro San Miguel de oro
no estuviera bien parado.
»Y si yo no hubiera puesto
las mis huestes á su cargo,
no fuérades más que dueña,
ni él fuera más que fidalgo.
»Decisme, que soy mal rey,
y que descaso casados,
y que por el mi provecho
no cuido de vuestros daños.
»Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
para mis namoramientos,
fuera bien el lamentarlo.
»Mas pues sólo vos le quito,
para lidiar en el campo

con los moros convecinos
no vos fago grande agravio.
»Decís, que vuestro Rodrigo
tiene reyes por vasallos;
ojalá como son cinco,
fueran cinco veces cuatro.
»Porque teniéndolos él
sujetos á su mandado,
mis castillos y los vuestros
no tendrán tantos contrarios.
»Decís que entregue á las llamas
la carta que me habeis dado:
á contener herejías,
fuera digna de tal pago.
»Mas pues razones contiene
dignas de los siete sabios,
mejor es para mi archivo,
que no para el fuego ingrato.
»Y porque guardeis la mia,
y no la fagais pedazos,
por ella á lo que parierdes
le mando buen aguinaldo.
»Si fuese fijo, daréle
una espada y un caballo,
y cien mil maravedís
para ayuda de su gasto.
»Si fuere fija, prometo
de poner su dote en cambio,
desde el dia en que naciere,
de plata cuarenta marcos.
»Con esto ceso, señora,
mas no de estar suplicando
á la Vírgen vos ayude
en los dolores del parto.»

X

Y miéntras el Cid triunfante
va por el Rey su señor
extendiendo sus fronteras
de Castilla y de Leon,
la noble Jimena Gomez,
mujer del Cid Campeador,
en sus solares de Burgos
el primer hijo le dió.
Fué á visitarla la Reina
con las infantas en pós;
hizo el pueblo luminarias
y el Rey la cumplimentó.
A bautizar al nacido
vino á la iglesia mayor
Poncio arzobispo de Oviedo
que á Jimena bautizó.
Grande amigo de su padre
el conde, á quien haya Dios,
bendecir quiso la prole
de su hija y su matador.
Mas no para sancionar
el hecho en conciencia atroz,
sinó para dar al hecho
del muerto en nombre perdon.
Diego pusieron al niño:
y cuando el riesgo pasó,
salió á misa de parida
doña Jimena hecha un sol.
Para salir, de contray
sus escuderos vistió;
que el vestido del criado
dice quién es el señor.
Un jubon de grana fina
la hermosa dama sacó,

con fajas de terciopelo
picadas de dos en dos.
De lo mismo una basquiña
con la misma guarnicion,
donas que le diera el Rey
el dia que se casó;
y con los cabos de plata
un pulido ceñidor,
que á la condesa su madre
el conde en donas le dió.
Lleva una cofia de papos
de riquísima labor,
que le dió la infanta Urraca
el dia que se veló.
Dos patenas lleva al cuello
puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pedro,
santos de su devocion.
Y los cabellos que al oro
disminuyen su color,
á las espaldas echados,
de todos hecho un cordon.
Lleva un manto de contray,
porque las damas de honor
miéntras más su rostro encubren,
más descubren su opinion.
Tan hermosa va Jimena,
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera
por podella ver mejor.
A la entrada de la iglesia
al Rey Fernando encontró,
y para metella dentro
de la mano la tomó.
Dícele: «Noble Jimena,
pues es el Cid Campeador

vueso dichoso marido,
y mi vasallo el mejor,
que por estar en las lides,
hoy de la iglesia faltó,
á falta de brazo suyo,
yo vueso bracero soy.
»Y á aqueste fermoso infante,
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedís,
y mi plumaje el mejor.»
No le agradeció Jimena
al Rey tan alto favor,
que le ocupó la vergüenza,
y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besar, y el Rey las huyó,
y acompañóla en la iglesia,
y á su casa la volvió.

XI

El Rey estaba ya viejo
de tantas guerras cansado,
puesto que toda la vida
se la pasó peleando:
Empobrecidos los pueblos
de tantos tributos hartos,
gastadas las rentas ánuas
y el tesoro real exhausto;
mas muchos los enemigos
y muy envalentonados
con la impunidad, se hacia
un ejemplar necesario.
Con la victoria del Cid
abierto á la lid el campo
y llegada la ocasion
que aguardaba el Rey callando,

un dia llamó á campaña
y empezó á alistar soldados
con las joyas que la Reina
empeñó para pagarlos.
El pueblo al ver de sus reyes
la alta prueba de amor patrio
dijo: No hayan reyes tales
á sus pueblos por ingratos.
Y haciendo los municipios
esfuerzos inesperados
y en las iglesias el clero
por santa á la guerra dando,
reunieron seis mil hombres
y al Rey se los presentaron,
con caballos y con armas
y con sueldo de medio año.
El Cid en triunfal carrera
corrió desde el Ebro al Tajo
contando un triunfo por dia
y una conquista por paso.
Del huracan con el ímpetu
y la rapidez del rayo,
fué en rededor de Castilla
las fronteras ensanchando.
El Rey, que era el pensamiento
de quien él era la mano,
llegó muy á tiempo á dársela
al terreno toledano;
y en los árabes rebeldes
poniendo juntos espanto
con el castigo, volvieron
á los más bravíos mansos.
Lleváronse por delante
cautivos, oro y rebaños,
que á Castilla repusieron
de pérdidas y de atrasos;

y en seis meses de campaña
desde diciembre hasta mayo,
desde Toledo á Coimbra
corrieron y la sitiaron.
Pero era lugar muy fuerte
todo en torno amurallado,
bien guarnecido de torres,
ceñido de fosos anchos.
Los moros que la tenian
eran muchos y muy bravos;
peleaban dia y noche
sin temor y sin descanso.
El cerco los de Castilla
apretaban, pero en vano;
ellos están más enteros
cuanto mejor apretados.
Seis meses duraba el sitio
y era ya el invierno entrado,
y andaban los sitiadores
de fuerza y víveres faltos.
Gastábase tiempo y sangre
y comenzaba el desánimo
á cundir entre la gente,
rendida de hambre y cansancio.
Ya de levantar el cerco
trataba el Rey, y un asalto
postrero dar proponia
el Cid ya desesperado,
cuando los frailes Benitos
del convento de Lormano,
de trigo, mijo y legumbres
dieron al Rey grande abasto.
Juraba el abad que en sueños
le habia Dios revelado
que Santiago pelearia
en pro de los castellanos;

y que levantar el cerco
era hacer injuria al Santo,
que ya el corcel ensillaba
para bajar á ayudarlos.
La fe hace andar á los montes:
ordenó el Rey el asalto:
fiados en el apóstol
lanzáronse á él los cristianos,
y hubo quien vió andar en medio
del Rey y el Cid á Santiago
repartiendo cuchilladas
desde su jamelgo blanco
Ello es que entraron á fuerza
en Coimbra los cristianos,
y dieron gracias á Dios
por la intervencion del Santo.
El Cid, resistido al verse
por la vez primera tánto,
hizo esfuerzos de energúmeno
y hazañas de endemoniado.
Él fué quien entró el primero,
y á él se dieron despechados
los moros de la alcazaba,
como se dieran al diablo.
Inmenso fué el regocijo,
inmenso el botin ganado,
inmensa del Rey la gloria
inmenso al Cid el aplauso.
Descansó en Coimbra el Rey
el mes noviembre, y trajo
en literas á la Reina
y á las infantas, llamando
al buen obispo de Oviedo
con todos sus sufragáneos
para consagrar á Cristo
las mezquitas de los bárbaros.

Hubo tres dias de fiestas;
y al mediodía del cuarto
en la mezquita mayor
que á la Vírgen dedicaron,
á Ruy Diaz de Vivar,
el campeador castellano,
armó caballero el Rey
en el altar de Sant Yago.

El Rey le ciñó la espada;
y no le dió espaldarazo,
sino le besó en la boca
como si fuera su hermano.
Y por hacerle más honra
la Reina le dió el caballo,
la armadura don Alonso,
la lanza y broquel don Sancho.
Y la infanta doña Urraca
con sus nacarinas manos
le calzó la espuela de oro
sobre un cojin de damasco.
Porque se la puso trémula,
roja y con los ojos bajos,
dieron en decir que fueron
de chicos enamorados.

Si fueron ó nó, lo saben
ellos y Dios: los hidalgos
jamás fian los secretos
del corazon á los labios.
Así fué el Cid caballero;
y si su Rey le honró tánto
fué porque mantuvo el Cid
la honra del Rey en sus brazos.

XII

Con qué, firmadas las paces
y ensanchadas sus fronteras,
á sombra de sus banderas
el Rey recogió sus haces:
Y á los reyes de Sevilla,
Córdoba, Murcia y Toledo,
impuesto tributo y miedo
volvióse en triunfo á Castilla.
Mas en su vuelta triunfal,
de él y su gloria mundana
triunfó la flaqueza humana
con enfermedad mortal.
Cuando vencedor volvia
del aragonés y el moro,
soñó que San Isidoro
de su muerte le advertia:
Y confirmó su vision
el mal que le sobrevino
en la mitad del camino
desde Coimbra á Leon.
Entró en aquella ciudad
en litera conducido,
de fiebre mortal cogido,
el dia de Navidad.
Y aunque en lecho no se puso
porque morir en pié quiso,

morir vió que era preciso
y á morir bien se dispuso.
Se hizo á la iglesia llevar;
oyó misa y comulgó,
la corona se quitó
y exclamó vuelto al altar:
«Dios creador y sostén
»del mundo, en él todo es tuyo:
»cuanto hube te restituyo.
»¡Clemencia de mi alma tén!»
Y delante del altar
sobre ceniza tendido,
quitóse el régio vestido
y se mandó amortajar.
Rey bueno, de juicio sano,
gran fe y corazon sincero,
vivió como caballero
y murió como cristiano.
Pero hizo un mal testamento,
lo que afanes muy prolijos
juntar costó, entre sus hijos
dividiendo en un momento.
Partió el reino en cinco trozos
y cuando se los legó
discordia en ellos dejó
sembrada á sus hijos mozos.
En vano á tiempo le dijo
el buen viejo Arias Gonzalo
que aquel testamento malo
no iba bien á ningun hijo.
El Rey por Rey, ó por viejo,
ó por paternal amor,
juzgando el suyo mejor
no oyó de Arias el consejo:
y preparóse á morir
dejando obcecado á España

hecha campo de zizaña
que azizañó el porvenir.
Rey grande y conquistador,
de su patrimonio estrecho
un gran reino habia hecho,
de dia en dia mayor;
y fuerte por la unidad,
libre por su independencia,
le echó al fin de su existencia
en mayor debilidad.
¡Tal es el hombre mejor!
En el que más ve y más sabe,
monton de polvo, no cabe
más que falacia ó error.
Creen los Reyes que su Estado
es hacienda propia suya
que es justo que distribuya
cada Rey segun su agrado:
y por este error fatal,
cual capa vieja y raida
con cien remiendos zurcida
de su color cada cual,
vivió reyezuelo tánto
la España en hombros trayendo,
cada cual de su remiendo
aspirando á hacer un manto.
¡Errores de cada edad!
por un viejo error muy sendo
tiene aún España un remiendo
de muy mala calidad:
y hoy al contemplar su mapa
hay quien dice al ver su trazo:
¡qué lástima de retazo
cortado á tan buena capa!

XIII

Sujeto á error por ser hombre,
pero con fe buena y cándida,
muere el Rey dejando duelos
tras una vida sin tacha.
En San Isidoro muere
de su altar sobre las gradas,
sobre un monton de ceniza
con humillacion cristiana.
Cilicios tiene ceñidos
bajo la pobre mortaja,
y los salmos de la muerte
el clero abacial le canta.
Con una vela en la mano
responde el Rey con voz flaca
al arzobispo de Oviedo
que le recomienda el alma.
En torno suyo la Reina,
los príncipes, las infantas,
los nobles, los ricos homes,
Alvar Fañez de Minaya,
el conde don Per Anzules,
Ruy Diaz, Gonzalo Arias,
sus soldados y su pueblo
lloran rezando en voz baja;
y se oye en los intervalos
de las mortuorias plegarias,
el estertor del que lucha
con sus postrimeras ánsias.
En un intervalo de estos,
cuando nadie respiraba
por no turbar al que espira
con una muerte tan santa,
desprendida de repente
de los demás doña Urraca

postróse junto á su padre
diciéndole desolada:
«Padre, ¿cómo, buen cristiano,
»mueres en Cristo y en calma,
»dejándome de tus hijos
»sólo á mí desheredada?
»¿Qué te hice yo, padre mio?
»¿Soy tal vez hija bastarda?
»¿Por qué á todos mis hermanos
»dejas mucho y á mí nada?
»¡En la miseria me dejas
»siendo de Castilla infanta!
»¿Quieres que mercado infame
»de tu honra y mi cuerpo haga?»
El Rey, un punto á la vida
vuelto por tales palabras,
alzó la cabeza y dijo:
«Quién de mi deshonra me habla?»
Respondióle el arzobispo:
«Vuestra hija doña Urraca.»
Miróla el Rey ya sin vista,
mas con los ojos buscándola,
y díjola: «No te pierdas
»por pobre, ni por liviana.
»En un rincon de Castilla
»dejé á Zamora olvidada
»en mi testamento; tómala:
»como feudo tuyo guárdala;
»y á quien te quite á Zamora,
»que mi maldicion le caiga.»
Todos dijeron «Amén.»
Don Sancho solo callaba,
mirando la triste escena
torvo y con la cara pálida.
El Rey, con su esfuerzo último
su última fuerza agotada,

cerró los ojos, dejando
caer la cabeza calva
sobre las losas; soltó
la vela que conservaba
en la mano, y quedó inmóvil
vacío el cuerpo del alma.
La vela entre la ceniza
chisporroteando humeaba;
apagóla el arzobispo
diciendo: «Dios en su gracia
le reciba;» y sobre el cuerpo
tendiendo una oscura sarga,
quitó el muerto de la vista
de los que por él lloraban.

Vació el pueblo poco á poco
la iglesia, miéntras hincadas
junto al cadáver la viuda
y sus hijos sollozaban.
Don Sancho permanecia
inmóvil como una estátua,
torvo, de pié y apoyado
en su espadon de batalla.
Por fin el buen arzobispo
sacó de allí á doña Sancha
y á la infanta doña Elvira
enjugándose las lágrimas;
y el buen viejo Arias Gonzalo
asiendo de doña Urraca,
la dijo: «A Zamora vámonos,
»ántes que alguno allá vaya.
»Vamos: miéntras en Zamora
»viva yo y los de mi raza,
»podrán ir mil á pedírosla,
»pero ninguno á quitárosla.»

Dióla el brazo, y extendiéndola
el velo sobre la cara,
pasaron ante don Sancho
sin decirle una palabra.
Y miéntras cruzar el templo
don Sancho les contemplaba,
juntáronse á él el Cid
y Alvar Fañez de Minaya.

Se hicieron al Rey exequias
sinó con pompa sobrada
con llanto del pueblo, que es
la más pomposa mortaja.
Quedó el porvenir preñado
de tempestades cercanas;
y, Rey don Alonso siendo
de la tierra en que se hallaban,
doña Elvira se fué á Toro
y don García á Vizcaya;
don Sancho y su madre á Burgos,
y Alvar y el Cid á su casa.

I

ño y medio há que don Sancho
reina en Castilla, y áun nadie
sus pensamientos penetra
ni sus intentos precave.
Sombra de su padre muerto,
de su guarda como ángel,
como freno de sus ímpetus,
vive á su lado su madre.
Don Sancho, de condicion
natural manso y tratable,
pero de impetuoso genio
y calentísima sangre,
necesita quien de su alma
las fieras tormentas calme;
y no quien las crespas olas
de sus pasiones levante.

La reina ve cuán difícil
es dirigir una nave
de timon tan inflexible
y de aparejo tan frágil:
mas doña Sancha la guia
más de quince meses hace,
con una mano flexible
y una vigilia constante.
Don Sancho cumple severo
con sus deberes filiales,
y guarda á su madre viuda
miramientos sin iguales.
Él es el rey: él gobierna,
administra, hace y deshace:
mas lo que su madre quiere
no es menester que lo mande.
Si ella pide, Sancho acuerda:
si ella exige, él satisface:
ella es la madre, él el hijo;
y él va despues, ella es ántes.
El primogénito siendo,
ni pudo él imaginarse
ni nadie dudó en Castilla
que entera no la heredase:
con que los cuatro pedazos
de ella el rey al arrancarle,
debieron doler á Sancho
como si fueran de carne.
Pensar que de carne ó tierra
ha de dejar que le arranquen
cuatro pedazos sin dar
de ira ni dolor señales,
es abnegacion de monjes
y heroicidad de mártires:
pero no es virtud de príncipes,
ni en don Sancho de esperarse.

Doña Sancha, con el tacto
delicado que no cabe
más que en la mujer que ama
ó en entrañas maternales,
de don Sancho y sus hermanos
con infinitos afanes
procura los rotos hilos
atar de las voluntades.
Conoce bien doña Sancha
de sus hijos el carácter,
y sabe bien que don Sancho
cambiará cuando ella falte;
mas sabe tambien que, noble,
de palabra inquebrantable,
si promete cumple: y quiere
á prometer obligarle.
A sus hijos en secreto
cartas ha enviado y mensajes,
aconsejando y rogando
que hagan á don Sancho avances;
mas don Alonso es altivo,
don García inmanejable;
aquel piensa en sostenerse,
y éste sólo en arruinarse.
Aquel trata de hacer liga
con cristianos y con árabes
para cuando el dia llegue
en que la tormenta estalle.
Éste, dado á favoritos,
á juegos y liviandades,
goza y exprime á sus pueblos
del porvenir sin cuidarse.
Mas como en conciencia todos
comprenden, por más que callen,
que haber dividido el reino
ha sido debilitarle,

que era mejor dar impulso
á su unidad y su ensanche,
hasta volver á los moros
de Africa á los arenales;
todos temen que don Sancho
en tal empresa se embarque,
y á todo derecho alegue,
ó á fuerza se lo demande.
Con que nada fué posible
que la reina recabase
de sus hijos; y siguieron
las nubes aglomerándose.
Solamente doña Urraca
que par en los años cási
con don Sancho, le mostró
siempre cariño entrañable,
más amante, más sagaz,
más obediente ó más hábil,
escribió á don Sancho cartas
de tan cariñosas frases,
le mandó tántos regalos
de infantil cariño imágenes,
que el rey excusar no pudo
por sinceros aceptárseles.
Al fin concluyó al carteo
con la infanta á acostumbrarse,
y sus dones mujeriles
á pagar con dones reales:
con que el cielo por Zamora
comenzaba á despejarse,
y de los vientos de Burgos
á no temer huracanes.
Doña Sancha aprovechando
aquel soplo favorable
para el porvenir de su hija,
no quiso desperdiciarle:

y un dia arrancó á don Sancho
prenda de fe, de amor gaje,
una promesa firmada
de que «en cualquier tiempo y trance
»que una gracia ó una vida
»doña Urraca le demande,
»la tenga por otorgada
»por aquellas credenciales.»
Poco era; mas era al cabo
un punto de que hacer base,
en que apoyar una valla
que algun arrebato ataje.
Doña Elvira estaba en Toro
donde á labradora dándose,
podar y acodar hacia
sus cepas y sus guindales:
y contenta con sus huertos,
reina de sus cachicanes,
calculaba sus cosechas
de albillos y garrafales.
Ni recela ni imagina
que de sus viñas la saque
la ambicion de sus hermanos,
ni el moro se las asalte:
y anda, de andar por el campo
dia y noche al sol y al aire,
tan gorda y tan colorada
como un madroño salvaje.
Así en mil sesenta y siete
vivian los cinco infantes,
esperando un porvenir
preñado de tempestades;
y há quince meses que reina
don Sancho en Burgos, y trae
una vida sosegada
que no era de imaginarse.

Cortés, pero reservado
con todos á la par, nadie
sus pensamientos penetra
ni sus intentos precave.
Alvar, el Cid, y los nobles
de su bandera secuaces,
ven, oyen, callan y esperan
que obre el rey ó se declare;
porque nadie crée tampoco
que en su corazon no guarde
algun secreto su calma,
ó se haya vuelto cobarde;
porque él dió desde pequeño
de grande esfuerzo señales,
de grandes ímpetus muestra,
y hombre no hay que de alma cambie.
Su calma, están avisados
de que es la de los volcanes;
montes verdes apagados,
y en erupcion Leviatanes.
Con indiferencia fria
ha visto de él alejarse
á los que en pos se llevaron
sus hermanos los infantes.
Poderosos ricos-homes,
barones de alto linaje
que flor y prez de Castilla
en su corte fueron ántes,
de sus hermanos ya reyes
siguiendo los estandartes,
abandonaron á Burgos
por sus nuevas capitales.
El conde don Per Anzules,
el mayor entre los grandes,
el más rico de los ricos,
y el leal de los leales,

anda en Leon con su hermano
don Alonso gallardeándose,
de consejero y privado
y de Mecenas con aires.
Arias Gonzalo y sus hijos,
oriundos de los solares
de los condes de Castilla,
nietos de Fernan Gonzalez,
por la infanta doña Urraca,
se dan por los tutelares
de Zamora, y la defienden
sin que ninguno la ataque.
Con don García se fueron
mancebos muy principales,
tan levantiscos é inquietos
como de todo capaces;
y aunque en Burgos le quedaron
los Laras y los Pelaez,
los Nuñez y los Porcelos,
y Rúy Diaz y Alvar Fañez,
don Sancho ni con larguezas
se les intima ni atrae,
ni á su consejo les llama
jamás para consultarles.
Y en una vida inactiva
que en Burgos no hay quien no tache,
ni va á caza, ni hace de armas
ni de caballos alarde;
ni galantea, ni feria,
ni hace mercedes; y nadie
penetra en su pensamiento,
ni sus intenciones sabe.
Entre tanto, prevaliéndose
de su calma inexplicable,
tomándola por inercia
y á él por de poco tomándole,

aragoneses y moros
han comenzado á agitarse,
las párias y los tributos
resistiéndose á pagarle;
y el rey de Aragon, su tio,
á los navarros audaces
permite que las fronteras
impunemente le talen.
Don Sancho se ha limitado
reclamaciones á enviarle,
y don Ramiro y los moros
le dan ya por rey cobarde.
Así ha pasado año y medio;
y aunque de don Sancho nadie
los pensamientos penetra
ni los intentos precave,
piensan los más que su calma
ha de ser la de los mares,
que las borrascas cobijan
bajo sus ondas falaces.
Ello es que en el cielo y tierra
del reino de los infantes,
no rompen, pero fermentan
los nublos y los volcanes;
y aunque es el tiempo que corre
primaveral, fresco, y suave,
se respira cual sintiendo
cargado de miedo el aire.

II

Jimena es buena cristiana,
como en la centuria oncena
pudo ser cristiana y buena
una mujer castellana;
porque en su modo de ser,
ninguno puede evitar

ser del tiempo y del lugar
en que le cupo nacer.
Y en ningun tiempo y nacion
jamás el pueblo ha sabido
separar lo que han fundido
la fe y la supersticion.
Y es tan fácil de explicar,
tan claro de comprender
esto, que no es menester
más que ponerse á pensar.
El hombre, que nada sabe
de lo que ántes ni despues
de la vida fué ni es,
crée cuanto en mente le cabe.
De todas las religiones
que el mundo antiguo inventó
el tiempo nuestro heredó
las locas supersticiones:
y Cristo que la verdad
revelándonos moria,
no ha logrado todavía
disipar tal ceguedad;
pues su santa religion,
única luz verdadera,
no deja brillar entera
la ciega supersticion.
¡Cuidado, que no pretendo
en estos pobres renglones
tocar profundas cuestiones
que ni me tocan ni entiendo!
sinó apuntar hechos reales,
dar observaciones hechas
desde años de largas fechas
hasta los tiempos actuales.
Decir claro y sin rodeo
como una cuestion de casa,

lo que en este mundo pasa
porque lo he visto y lo veo.
Se dice que el diablo sabe
más por viejo que por diablo;
y yo como viejo hablo
de lo que ví y en mí cabe;
y sin mucho pretender,
tras medio siglo que ando
el mundo viendo y mirando,
algo he debido de ver.
Y que existen áun he visto
en las más cultas naciones,
mil sándias supersticiones
en contradiccion con Cristo.
Y no hay corte ni lugar
que no tenga suya propia
de supersticiones copia,
que restan por extirpar.
No hay pueblo que el Cristianismo
profese, cuya razon
no ofusque del paganismo
alguna supersticion.
Roma, sol de las naciones,
centro del mundo cristiano,
es el pueblo más pagano
y de más supersticiones.
La quiromancia, los sueños,
los agüeros, los hechizos,
conjuros y bebedizos,
de su razon áun son dueños.
Mas de la gente romana
no hablemos; porque la estoy
estudiando y de ella voy
á hacer un libro mañana.
Volviendo al mundo que ví;
de viles supersticiones

presa, á todas las naciones
he visto que recorrí.
Y no intentemos cuitados
engañarnos con utopias:
las tienen muchas y propias
los hombres más ilustrados.
Y tú, lector, á tu vez
tienes en tu corazon
cualquier ruin supersticion,
crées cualquier estupidez.
De niños nuestra nodriza
nos las inculca, y son luégo
como residuos de un fuego
conservado entre ceniza.
Quién teme la oscuridad,
quién al mártes, quién á un mosco...
del sabio al labriego tosco
caen en tal vulgaridad;
y de la supersticion
aunque el tejido es tan burdo,
no crea ningun absurdo
de que álguien no haga adopcion.
Y es que el hombre que no sabe
lo que ni ántes ni despues
de la vida fué, ni es,
crée cuanto en mente le cabe;
y el sencillo cristianismo
tropieza en la muchedumbre
popular, con la costumbre
y el error del paganismo.
Y aquí brota la cuestion
que yo no quiero tocar,
porque ni este es su lugar
ni está en mi jurisdiccion.
¿Por qué en siglos diez y nueve
la supersticion pagana

anubla la luz cristiana,
y quién extirparla debe?
¿Por qué está en Roma, más cerca
de la luz del Vaticano,
en el pueblo más pagano
la supersticion más terca?
Cuestiones por resolver,
que otros siglos zanjarán,
y que me traen sin afan,
porque yo no lo he de ver.
Sólo una cosa me resta
á la cuestion que añadir,
por si es que la quiere asir
por ella un sabio: y es ésta.
¿Y nuestra edad..... que se crée
despreocupada y culta
y á sonámbulos consulta
y á charlatanes da fe?
Es cosa que hace reir
mirar el mundo por dentro:
yo me rio cuando encuentro
sus sabios del porvenir.
Lo que siento es no poder
vivir todas sus edades
para ver las necedades
en que tiene aún que creér.

Jimena, pues, que es cristiana
como en la centuria oncena
pudo ser cristiana buena
una mujer castellana,
tiene una supersticion
que Bibiana la fomenta,
y que en secreto atormenta
su cristiano corazon.

Bibiana dió en el desliz
de temer supersticiosa
que haya una ley misteriosa
que deba hacerla infeliz,
y á cada angustia ó revés
de aquella vida agitada,
la dice desesperada:
¿Lo ves, Jimena, lo ves?
Supersticion popular
que el síno del paganismo
y el musulman fatalismo
vinieron á inocular.
En la cristiana creencia
de la divina venganza,
Bibiana á explicar no alcanza
por qué lo cree su conciencia
Mas como tenaz mosquito
que al oído á zumbar viene,
al de Jimena sostiene
su són tenaz é infinito.
Jimena tambien lo crée:
pero esta supersticion
la alberga su corazon
basada en su propia fe.
Mató á su padre Rodrigo:
y aunque diz que bien matóle,
le mató: y Dios en su prole
al matador da castigo.
Él á su padre mató
y ella se casó con él:
¿tomará venganza cruel
Dios del hijo que engendró?
Mas ya, el matrimonio hecho,
ella que á Rodrigo adora,
el temor que la avizora
sepultar debe en su pecho:

pues no es justo ir á turbar
la paz de su corazon
de ruin preocupacion
por la pavura vulgar;

ni debe hacerla nacer
en aquella alma serena
que creyó una accion muy buena
tál muerte y tál boda hacer.
Sólo una palabra más:
ella, en su fe sin malicia,
de Dios la eterna justicia
juzga con juicio quizás:
porque ella tiene entendido
que el Evangelio relata
que Dios castiga á quien mata;
¡y á quién mató su marido!
La ley del tiempo que alcanza
boda y muerte justifica:

pero remision no implica
de la divina venganza.
Y á su hijo Diego en la cuna
no hay vez que coloque ó meza
que no diga con tristeza:
¡Ay! ¿cuál será tu fortuna?
Y esta tristeza interior
que no debe revelar,
la hace vivir en su hogar
presa de oculto dolor.
Pagana supersticion
ó santo temor cristiano,
róe, escondido gusano,
de Jimena el corazon.
Ruy Diaz, hombre que vive
lidiando y poco en su casa,
del duelo que la traspasa
el alma no se apercibe.
Él supone que en su hogar
mujer que al marido quiere,
siempre en temor de si muere,
nunca alegre puede estar.
Y mira á su hijo en la cuna
esperando sin tristeza
que cual le dió la nobleza
le dará Dios la fortuna.
Pero Jimena, Bibiana,
doña Teresa y don Diego,
son gente del vulgo lego,
mas de buena fe cristiana;
y habiendo llegado á oir
lo de Ruy Diaz y el Papa.....
lo que á nadie se le escapa
no osa ninguno decir.
Y es: que si él ha amenazado
al Papa y le excomulgó,

bien á su patria sirvió,
pero ¿estará excomulgado?
Y á pesar del heroísmo
con que el Cid por Cristo lidia,
con buena fe ó con perfidia
pensaban muchos lo mismo.
Y esto, que hoy mismo materia
de inquietud fuera y de duda,
en aquella época ruda
era una cuestion muy séria.
Fe viva ó miedo pueril
escondido en la conciencia,
y de triple procedencia
cristiana, mora y gentil,
es una neblina densa
que anubla el tranquilo hogar
de la casa de Vivar,
cada dia más intensa:
y obliga á sus habitantes
si no á vivir desdichados,
sombríos y ensimismados
y sin la franqueza de ántes.
Es decir que en una casa
do no pasa mal alguno,
comienza á ser importuno
vivir, porque nada pasa.
Y es tan fácil de explicar,
tan claro de comprender
ésto, que no es menester
más que en ello meditar.
Secreto que todos callan
y que, fe ó supersticion,
todos en su corazon
guardan y con él batallan,
es, cuando á bandos se afilia
políticos, la creencia,—

gusano de la conciencia
y acíbar de la familia.
Pero en su modo de ser
nadie ha podido evitar
ser del tiempo y del lugar
en que le cupo nacer;
y allá en la centuria oncena,
la familia más cristiana
sin ser esclava romana
no cree ser cristiana buena.
Y si el Cid, más avanzado
que su edad ó más amante
de su patria, fué delante
de su edad, lo hubo á pecado.
Tal era la situacion:
y si explicarla en lo escrito
no he conseguido, remito
al tiempo la explicacion.

III

Era una noche de octubre,
oscura, fria y ventosa,
en que todo removido
crujia en la tierra lóbrega.
Rompia el viento en el monte
robles y encinas añosas,
que preferian romperse
ántes que soltar sus hojas.
Las campanas de la torre
lanzaban aisladas notas,
arrancadas á la fuerza
de su embocadura cóncava;
y la veleta torciéndose
sobre su barra mohosa,
chirreaba como una víbora
á quien un águila ahoga.

Todo temblaba en la tierra,
todo zumbaba en la atmósfera,
todo cimbraba en las casas
con terror de las personas.
La familia de Vivar
de esta noche á primer hora
ponia fin á una cena
como de vigilia sóbria.
Doña Teresa y don Diego
á Dios en voz baja imploran
favor para los perdidos
en noche tan tormentosa.
Jimena fija en silencio
su mirada melancólica
en su hijo Diego que duerme
en los brazos de su rolla:
y la nodriza Bibiana
está de pié, temerosa
de cuantos lúgubres ruidos
fuera el temporal provoca.
La turbia luz de la lámpara
haciendo lenguas y ondas
dibuja informes y móviles
por las paredes sus sombras;
y en aquel mustio silencio
que nadie interrumpir osa,
el pensamiento de todos
ocupa una idea sola.
Veinte meses han pasado
desde que bajó á la fosa
don Fernando, y hace tres
que el Cid fué al campo, y no torna.
El rey don Sancho há tres meses
como desvelada zorra
salió una noche á campaña
á expedicion misteriosa.

Poco á poco y en secreto
juntó en la frontera tropas,
y con el Cid y sus nobles
partió.—¿Dónde? ¿á qué? se ignora.
Como de este primer paso,
de esta primera é ignota
empresa, derrota ó triunfo
pende un porvenir de gloria
ó de vergüenza, y Castilla
va á saber, triste ó gozosa,
qué rey es su rey don Sancho
y qué alma en su cuerpo aloja,
Castilla entera en silencio
está con inquietud honda
esperando ver sus hechos
y juzgarle por sus obras.
La incertidumbre es profunda,
la situacion angustiosa,
y en el aire se respira
en vez de aliento congoja.
Por eso en Vivar se vive
en esa inquietud monótona
del que aguarda en las tinieblas
la luz de Dios con la aurora.
Jimena de sobremesa,
buscando ocasion y forma
de distraer á los viejos
ahogando su angustia propia,
busca en su mente confusa
ideas consoladoras
que formular en palabras
alegres ó cariñosas.
Pero miéntras ella busca
ideas que hallar no logra,
vino un rumor repentino
á confundírselas todas.

En medio de los mil ruidos
con que con furia diabólica
el vendaval desatado
las casas bate y azota,
oyó ladrar á lo léjos
los mastines de las chozas
del redil donde es costumbre
que el ganado se recoja.
El redil con sus tenadas
la vía de Burgos orla,
y algo hay en ella de extraño
que sus perros alborota.
Arrojóse á la ventana
Jimena por fin, y abrióla
con ansiedad: metió el viento
el frio, el polvo y las hojas
en la cámara, apagando
la luz: y en aquella tromba
rasgada de él, entró el ruido
de caballos que galopan.
Todos lo oyeron: y todos
en callada y afanosa
inmovilidad, escuchan
sufriendo el viento en la sombra.
Son caballeros cristianos:
la caballería mora
entra en las villas que asalta
con salvaje batahola;
y ésta llega sin más ruido
que el monótono que forman
con las pezuñas herradas
los arneses que se chocan.
Del vendaval el estrépito
desgarrando, vigorosa
lanzó entre sus torbellinos
su són marcial una trompa.

¡Es Ruy Diaz!—Todo el pueblo
se echa á la calle en la sombra,
porque el huracan no sufre
candil, linterna, ni antorcha:

mas lo imposible á los ojos
lo facilitan las bocas;
y á voces se reconocen,
se saludan y se alojan;
y miéntras Bibiana enciende
luz, y los viejos sollozan,
y el muchacho grita, el Cid
dió en los brazos de su esposa.
Abrazó á todos; y echando
á un lado cuanto le estorba,
sentóse á la mesa y dijo:
«Traigo un hambre de quince horas.»
Sírvele al punto Bibiana,
en torno se le colocan

todos, y á sus mil preguntas
responde miéntras devora.
Los héroes de la Edad media
eran gente brava y tosca,
que en su interior no gastaron
melindres ni ceremonias;
y el Cid comia y bebia:
los romances y las crónicas
cuentan sus lides; mas nadie
lidia bien sin que bien coma.
Con qué, aquietado el muchacho
y con los suyos á solas,
y aplacada un poco el hambre
de pernil con una lonja,
don Diego en breves preguntas
y el Cid en respuestas cortas,
fueron en limpio sacando
los hechos en esta forma:

D. DIEGO ¿Dónde fuisteis?

EL CID A Aragon.

D. DIEGO ¿Muy dentro?

EL CID Hasta Zaragoza.

D. DIEGO ¿Y qué?

EL CID Rendimos al moro
Almaugadir, y á otra cosa.

D. DIEGO ¿Cómo á otra cosa?

EL CID Don Sancho
parece que reflexiona
mucho un plan; mas en campaña
maniobrando no reposa.
Dimos sobre don Ramiro
su tio.

D. DIEGO ¡Extraña maniobra!
¿Contra un pariente cristiano?

EL CID Y en buen derecho.

D. DIEGO ¡Me asombras!

EL CID Ofensiva y defensiva
hecha liga en pró y en contra
con el moro, el ayudarle
era obligacion forzosa.

D. DIEGO Pero ¡en paz con don Ramiro!....

EL CID Dijo don Sancho que rota
la tenia él, y hecha afrenta
por escrito á su persona.

D. DIEGO ¿Y qué pasó?

EL CID Sobre Grados
estaba: la gente mora
hizo una salida: miéntras
nosotros sobre sus tropas
dimos por la espalda, y fué
breve y total la derrota
con su muerte.

D. DIEGO ¿Murió el rey
don Ramiro?

EL CID De Dios goza,
porque murió confesado;
se le han hecho grandes honras,
y ya en San Juan de la Peña
con sus abuelos reposa.

D. DIEGO ¡Es una traicion inicua!

EL CID Por todas partes se cobran
ya en paz los tributos: fué
una leccion provechosa.

D. DIEGO Rodrigo, ese rey me espanta.
¿Y si se revuelve ahora
contra sus hermanos?

EL CID Él
sabrá lo que más le importa.

D. DIEGO ¿Tú le ayudarás?

EL CID Y muchos.

D. DIEGO ¿Y en tal ocasion?

EL CID En todas.

Castilla debe ser grande
y partida se aminora.

D. DIEGO Miéntras que la reina viva.....

EL CID Miéntras vivió respetóla
don Sancho.

D. DIEGO ¡Ha muerto!

EL CID Esta tarde.

EL CID ¡Dios nos ampare!

D. DIEGO Él os oiga.

Santiguáronse los viejos;
Rodrigo apuró su copa
y dijo: «Estoy muy cansado;
pónganme luz en la alcoba.»
Besó á sus padres y á su hijo:
y ayudado por su esposa,
cayó en el lecho postrado
por el sueño que le agobia.

Si álguien cree que acuesto al Cid
de manera indecorosa,
le diré que en aquel tiempo
lo mismo que ántes y ahora,
los héroes sufren de hombres
las necesidades todas;
y no solamente duermen,
sinó que los hay que roncan.

IV

Doña Sancha, reina noble,
madre buena, esposa casta,
vivió envuelta en el respeto
y murió como una santa.
Querida de sus vasallos
y por sus pueblos llorada,
dejó, ramo de virtudes,
celeste aroma en su patria,

y Dios la evitó ver de ella
las desventuras nefandas,
de las que al romper su vida
rompió el demonio las vallas.
Apénas su cuerpo frio
en su sepultura entraba,
rugió don Sancho, leon
escapado de su jaula.
Juntó á sus nobles y díjoles:
«Barrera de Europa España,
al cristianismo protege
de la invasion musulmana.
Si ha de ser España grande,
es preciso unificarla;
y arrojar de ella á los moros
si Europa ha de ser cristiana.
Mi padre partió á Castilla
cuando iba haciéndose ancha,
y de mantenerse unida
cuando la hacia más falta.
Antes que el amor de padre
era el amor de la patria;
y ántes que el respeto de hijo
es mi deber de monarca.
Don García y don Alonso
hacen contra mí alianzas,
y me insultan, me hostilizan
y las fronteras me asaltan.
Yo les dejara ser reyes
si conmigo se juntaran,
y fuéramos tres en uno
contra la morisma bárbara.
Mas si hoy no doy yo sobre ellos,
darán sobre mí mañana;
y sólo serán los moros
los que saquen la ganancia.

Mi padre nos hizo libres
de Roma y de la Alemania;
pero me amarró las manos,
y me recortó las alas.
Quiero ser rey de Castilla
como mi padre, sin trabas;
y hacer de ella, sinó el único
el primer reino de España.

Ya sabeis quién es don Sancho
y qué bandera levanta:
con que, si quereis seguirla,
por don Sancho tremoladla.»

Este discurso capcioso,
cuyas brillantes palabras
doran de un mal corazon
la ambicion y la falacia,
como alucina á los buenos
y á los aviesos halaga,
las voluntades de todos
del rey en favor arrastra.
Juró, pues, fe al rey don Sancho
la nobleza castellana,
y de la lid fratricida
se preparó á la campaña.

V

Cinco años lleva Jimena
con Ruy Diaz de casada;
y aunque no pasa Ruy Diaz
tres meses del año en casa,
por segunda vez Jimena
de él se siente embarazada,
cuando ya su primer hijo
anda solo y rompe el habla.
Ama Jimena á Ruy Diaz
con toda la fe de su alma,
y sólo á Dios le pospone
como el Evangelio manda:
y aunque goza de él apénas,
pues cuando apénas le abraza
le vuelve á perder, acepta
su condicion resignada.
Cinco años há que don Diego,
viendo el mundo cómo anda,
anda mustio y silencioso
aunque lo que piensa calla:
pero lo que calla siente
que el corazon le trabaja,
y el roedor sentimiento
le debilita y le acaba.
De los viejos es achaque:
llegan á un tiempo y se paran;
y el tiempo sigue pasando,
y ellos sienten lo que pasa.
Doña Teresa, ya abuela,
con su nieto y con Bibiana
goza, y cae de la vejez
en la decrépita infancia.
Así aunque á Vivar sustentan
rentas que no sólo bastan,

sinó que sobran con mucho
para familia y mesnada,
se vive en él sin placeres,
sin aficiones, ni galas;
léjos de la corte, ajenos
á la pompa cortesana,
y de su régia nobleza
privados de la importancia,
de sus secretos temores
y de las guerras á causa.
Pero como ni aprensiones
ni guerras han traido nada
de aciago sobre Vivar,
y en vez de duelo y desgracias
han procurado á Ruy Diaz
poder, riqueza, honra y fama... .
parece que se atormentan
con penas imaginarias.

Es una mañana fria,
pero azul, serena y clara
del segundo mes del año
de mil setenta. En la plaza
de Vivar en són de guerra
se junta la gente de armas;
y se ordenan los peones,
y los bagajes se cargan,
y los caballos de guerra
con los arneses se embardan,
y á la puerta de Ruy Diaz
Babieca impaciente piafa.
Las mujeres y las hijas
de los que á la guerra marchan
y las novias de los mozos,
están desde las ventanas

saludando á los que parten
con pañuelos y con lágrimas,
dándose el último adiós
y las últimas miradas.
Rodrigo en el aposento
donde la escalera arranca,
se arranca de los abrazos
de su buena madre anciana:
y á su hijo que llora besa,
y á su triste esposa abraza
y á su viejo padre pide
la bendicion en voz baja.
Este, tendiendo los brazos
á todos de su hijo aparta;
se arrodilla ante él Ruy Diaz,
y sus dos trémulas palmas
poniendo el viejo en los hombros
del Cid, con voz que le embargan
los años y la emocion,
le dirige estas palabras:
«Dios te bendiga, hijo mio:
y por si al volver no me hallas
en vida ya, ó tú allá quedas,
esto en tu memoria graba.
Sin fe en Dios nadie fué grande:
no hay buen fin con causa mala;
ántes que el Rey está Dios:
mal á su Iglesia no hagas.
Conciencia tienes: contra ella
en caso ninguno vayas,
porque la conciencia es áspid
que el corazon ataraza.
Lidia por Cristo: no lidies
por ambiciones humanas;
porque los reyes y el diablo
son los que dan peor paga.

Bendito seas, Ruy Diaz:
yo te bendigo. A Dios plazca
que mi bendicion paterna
la suya al morir te atraiga.»
Besóle el viejo en la frente:
besó las manos escuálidas
de su padre el Cid llorando:
y miéntras todos las caras
en las manos escondian
enjugándose las lágrimas,
ganó la escalera á saltos
y se presentó en la plaza.
Montó á caballo, embrazó
el broquel, asió la lanza,
y partió..... como le pinta
la tradicion castellana.

VI

Don Alonso era hombre astuto,
prevenido y avisado,
y estaba dispuesto á todo,
pues nunca fió en don Sancho.
Con don García y sus primos
el de Aragon y el Navarro,
y con los reyes infieles
Cordobés y Toledano,
hechos ajustes y ligas
del rey de Castilla en daño,
en cuanto oyó que venia
salió á encontrar á su hermano.
Topó con él en Carrion;
y el Burgalés, que tán bravo
no le creia y áun léjos,
se halló con él descuidado.
Cayeron sobre los suyos
los leoneses, llegando

con la cautela de zorras
y con la furia de alanos.
Los de Castilla cogidos
en Carrion de sobresalto,
cuando esperaban coger
de sorpresa á los contrarios,
pelearon como buenos;
mas sin órden pelearon,
y al fin volvieron la espalda
con vergüenza y con espanto.
Lidiaba el rey de Castilla
como un oso acorralado
con un puñado de nobles
de puños como él y de ánimos;
pero viéndose perdidos,
de las riendas del caballo
del rey asiendo, á la fuerza
de la liza le sacaron.
Bramaba el rey de coraje
viendo huir á sus soldados,
y en las sombras del crepúsculo
esconderse en los chaparros;
y sin poderse valer
huia tambien bramando,
arrastrado por sus nobles
ganosos de verle en salvo.
Interrumpió su carrera
la oscuridad en un páramo,
y en un robledal vecino
con su señor se ampararon.
La noche lóbrega y húmeda
era una del mes de marzo,
mala de pasar á esta época
y en aquel país al raso.
Salieron, pues, á orientarse
Diego Ordoñez é Ivan Dávalos;

dos hombres siempre valientes
y nunca desesperados.
Quedóse el rey con los otros:
mas como presa del diablo,
blasfemaba furibundo
sin hacer de nadie caso:
y revolviéndose inquieto
entre los robles, y dando
en las tinieblas de bruces
con ellos á cada paso,
maldecia su fortuna
dando en los troncos hachazos,
matar arriesgando á alguno
de los que le habian salvado.
Callaban estos, del rey
por precaucion apartados:
mas viendo que no atajaba
sus furiosos arrebatos,
trataban ya en voz muy baja
de sujetarle los brazos,
para no tener traidores
que dejarle solo..... cuando
sintieron por la llanura
són de corceles lejanos,
que hácia el robledal venian
tan derechos como rápidos.
La prevision del peligro
calmó al rey y le hizo cáuto:
escuchó y dijo: «Nos buscan
y se acercan; defendámonos.»
Todos en torno del rey
pusiéronse espada en mano;
y oyóse á los que venian
decir «por aquí» buscándolos.
Entónces el rey volviéndose
á los suyos dijo alto:

«No muramos aquí á oscuras
como lobos entrampados.»
Y saliendo de repente
del robledal á lo llano,
dijo golpeándose el pecho:
«¡Aquí está, aquí está don Sancho!»

Todavía en el ambiente
su voz estaba vibrando,
cuando otra voz vigorosa
dió á los jinetes el alto.
Quedaron todos inmóviles:
y de los recien llegados
tres hombres en la penumbra
hácia el rey se adelantaron.
El rey que en la oscuridad
ve los tres bultos cercanos
¿Quién va? gritó, y respondieron:
El Cid Ruy Diaz, don Sancho.
Respiraron todos: juntos
Diego Ordoñez é Ivan Dávalos

detrás del rey se pusieron
y con el Cid le dejaron.
Llegósele el rey: el Cid
echó pié á tierra: y la mano
dándole el rey, en voz baja
trabaron y aparte diálogo.

D. SANCHO ¡Dios me perdone! Creíme
tambien por tí abandonado.

EL CID Yo nunca abandono á nadie,
sea rey, sea vasallo.

D. SANCHO Nos han vencido.

EL CID Sin mí.

D. SANCHO ¿Por qué atrás me habeis dejado?

EL CID Fué error dividir la hueste:
lo dije.

D. SANCHO Y me cuesta caro;
pero áun hay tiempo, y en Burgos
gente fresca: rehagámonos.

EL CID Ya estamos aquí rehechos:
yo he recogido avanzando
los dispersos, y áun están
mis vivareños intactos
y ganosos de romperse
por vos y por mí los cascos.
Conque, si quereis seguir
mi consejo, no perdamos
el tiempo, y á don Alonso
vamos á dar un albazo.
Yo conozco á los gallegos,
astures y lusitanos;
pelean bien, mas el triunfo
les desvanece: volvamos
sobre Carrion. A estas horas
están beodos bailando
con las mozas, y creyendo
que áun corremos como gamos.

Vamos, señor: en la cama
como conejos cojámoslos,
y el sol de mañana puesto
verá lo de arriba abajo.

D. SANCHO ¿Tú respondes?

EL CID Con mi vida.

D. SANCHO Vamos pues.

EL CID ¡Pues á caballo!

Dió al rey un caballo el Cid
y de las huestes el mando:
y en las tinieblas cual duendes
se perdieron por el páramo.

VII

Tiene á Carrion mal tendido
un árido cerro á lomos,
entre un puente de romanos
y un castillejo de moros.
El rio, haciendo una comba
de la loma en el recodo,
al puente sirve de espejo
y al castillejo de foso.
Tienen unos condes ricos
hacienda grande en sus cotos;
mas de seso muy escasos,
de corazones muy flojos
y avaros como judíos,
sus tierras dan á colonos
en arriendo; y no se ocupan
en labores, sinó en cobros.
Dueños de los encinares
y las dehesas del contorno,
sus maderas y sus pastos
cambian sin trabajo en oro.
Teniendo así sus terrenos
en tan cobarde abandono,

ni han pensado en su defensa
ni la han menester tampoco;
pues consistiendo su hacienda
en escondidos tesoros,
en caso de guerra huyen,
y al volver se encuentran horros.
Con un vigía en la torre,
y un velador cuidadoso
á la cabeza del puente,
de sorprenderles no hay modo:
porque el puente está torreado,
y el Cea por allí es hondo;
y en largo trecho adelante
sólo hay llanos y rastrojos,
por donde alcanza la vista
gran distancia sin estorbos,
regando el rio, agua abajo,
de fértil vega un buen trozo.
Del otro lado del rio
el terreno es pedregoso,
y unos tapiales ya viejos
guardan el pueblo tan sólo.
Verdad es que por las breñas,
zanjas, barrancales y hoyos
que al pié del cerrillo esconde
tupida capa de abrojos,
sólo los pastores andan
por mil senderillos corvos,
que cortan tajos continuos
y llovedizos arroyos.
Ya está la noche avanzada;
cubre el cielo nebuloso
un pabellon denso y móvil
de nubarrones de plomo;
y un aire pesado y débil
con interrumpidos soplos,

la lluvia amaga y no puede
sacar de sus senos cóncavos.
Leoneses y asturianos
del triunfo en el alborozo,
están en Carrion de fiesta
gran gasto haciendo de mosto.
Habiendo á los burgaleses
tan completamente roto,
que ni seguirles quisieron
al ver su total destrozo,
creian caer en Burgos
dentro de plazo tan corto,
que ni pudieran rehechos
estar, ni á defensa prontos.
Así, del lado de Burgos
guardado el puente tan sólo,
solamente están guardados
por las tapias por el otro:
y abandonados al goce
del triunfo y del tiempo próspero,
en vez de ser campamento
era Carrion Pandemonium.
Los villanos, no cuidados
por sus condes, dieron fondo
al envás de sus bodegas
por cuenta de don Alonso.
De soldados y villanas
parejas, grupos y corros
estaban de la alegría
y la embriaguez en el colmo.
Los gallegos, de una gaita
al són, girando en redondo,
con las mozas en la plaza
danzaban su baile godo.
Los lusitanos, cebados
en un aloquillo rojo,

tan bocon como caliente,
tan traidor como sabroso,
primero alegres, despues
pesados, y al fin beodos,
dormitaban calentándose
ante hogueras de manojos;

y los aliados infieles,
cansados ya de ser sóbrios
y aguados como muslimes,
bebian como católicos.
Sentados en los talones,
en las rodillas los codos,
entre las manos la barba,
encandilados los ojos,
y empinados en la nuca
los turbantes y los gorros,
como un congreso de enanos,
como un sanhedrin de gnomos,

contemplaban y aplaudian
ebrios, un grupo diabólico
que ante ellos bailaba, al són
de un tamboril y un piporro.
Y en tan culpable desórden
que estuvieran fué forzoso
el rey don Alonso ciego,
y sus capitanes locos.
Conocedor del terreno
y en estratagemas docto,
el Cid vadeó el rio Cea
por un bajío arenoso:
y echando á ancas los peones,
primero unos y luégo otros
en breve tiempo á pié enjuto
á la otra orilla pasólos;
y avanzando por atajos,
cruzando dehesas y sotos,
dió en las eras de Carrion
entre la iglesia y el hórreo.
Dejando allí los caballos
á bagajeros y mozos,
trepó al cerro con los suyos,
á la rastra como topos;
y cuando al pié de las tapias
arribaron silenciosos,
del baile y de los cantares
á merced del alboroto,
vieron á los leoneses
sin oídos y sin ojos,
como conejos en brama
sin sentir á los raposos.
En el salon del consejo
cenaba el rey don Alonso,
futuros planes trazando
con sus capitanes todos,

cuando interrumpió su fiesta
estrépito clamoroso
y rudo són de pelea
que apercibieron absortos.
Pusieron mano á los hierros,
más que espantados atónitos,
pero sin tiempo ni espacio
para sacarles del forro;
porque puertas y ventanas
hechas de repente trozos,
dieron paso á una centena
de burgaleses furiosos,
que gritando «¡por don Sancho!»
como banda de demonios
en un círculo de espadas
les encerraron de pronto.
De la sorpresa el buen éxito
fué completo y perentorio:
ni resistencia posible,
ni esperanza de socorro.
Don Alonso se cubria
con ambas manos el rostro,
ó por no ser conocido
ó por cubrir su sonrojo;
cuando, al tiempo que una mano
tocaba apénas su hombro,
oyó una voz que le dijo:
«Preso por don Sancho os cojo.»
¡El Cid! exclamó el infante:
haznos paso, y en retorno
te daremos.....
—Las espadas:
yo ni me vendo ni compro.

En esto en medio del ruido
de la lid y el fulgor torvo

del incendio que arde fuera,
entró respirando encono
don Sancho con el mandoble
ensangrentado hasta el pomo;
y al ver á su hermano, encima
vínosele como un lobo.
Metióse el buen Cid entre ambos.

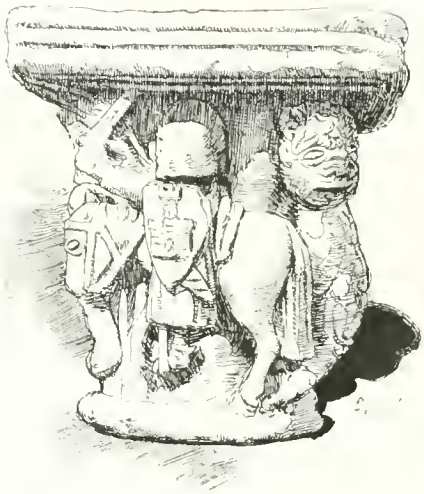
—Dámele, dijo rabioso
don Sancho.—Es mi prisionero,
respondió el Cid.—Te le compro,
véndemele; dijo el rey.
—En cautivos no negocio.
—Te doy por él.....—Vuestra mano,
señor; y cuando el enojo
domineis con la razon,
en esta mano que os tomo
pondré la de vuestro hermano,
como la mia hoy os pongo.
—Yo soy el rey.
—Dios es Dios:
él me juzgue segun obro;
dijo el Cid al rey irguiéndose.
Miróle éste airado y hosco,
y el Cid sin soltar la mano
que el rey le dió, poco á poco
con su mirada serena
hizo al rey bajar los ojos.
—Señor, dijo el Cid, lo mismo
que por vuestro honor afronto
vuestra cólera, en el campo
por él los huesos me rompo.
Si á vos por él os prendiera,
dijera yo á don Alonso:
«Don Sancho es hermano vuestro;
sed cristiano y generoso.»

El rey escuchando al Cid
iba su semblante fosco
serenando y escondiendo
en su corazon el odio.
Al fin, con faz ya tranquila,
pero con acento áun ronco
por la ira mal apagada,
dijo:—Sé, pues, su custodio:

mas no quiero que en Castilla
haya más que un sol y un trono:
las cabezas con corona
que tope en ella, las corto.
Si él mismo rompe la suya
en su régio territorio,
y sus pueblos se me entregan.....
veré á lo que me acomodo.
Soltó la mano del Cid;
y á pasos lentos y cortos
salió del cuarto, dejando
respirar en él á todos.

Y cuando en el aposento
les dejaron á ambos solos,
hablaron así en voz baja
Ruy Diaz y don Alonso.

—Ruy, mi hermano es una fiera.
—Mas ya veis que yo la domo.
—Tengo miedo á que me mate.
—Siento que seais miedoso.
—No tengo miedo á la muerte,
sinó á morir de mal modo.
—No temais: miéntras yo viva,
yo de él y de vos respondo.



I

UNA mañana de mayo
fecundo mes del amor,
vestido el suelo de verde
y el firmamento de sol,
entraba en guisa de triunfo
el rey don Sancho en Leon,
con todos sus ricos-homes
y toda su hueste en pos.
Leon, miéntras se acercaba,
en resistirle pensó:
mas al saber cómo viene
lo reflexionó mejor.
Del concejo y del cabildo
en la doble reunion,

hubo muy bravos discursos
y muchos bravos de voz:
y, muy brava en pareceres,
fué muy brava discusion:
pero al fin á recibirle
salir se determinó,
puesto que el Rey es muy bravo
y de genio muy feroz,
y don Alonso el vencido,
y don Sancho el vencedor.
Así en todo tiempo y tierra
las cosas del mundo son:
el vencido pierde y paga,
y ¡salud al triunfador!
Con qué cabildo y concejo
con brava resignacion
convocaron á los nobles:
la plebe se les juntó,
y haciendo como que hacian
por salir de mal humor,
y á mal tiempo buena cara,
y de tripas corazon,
á don Sancho á ofrecer fueron
en el postigo exterior
las llaves de la ciudad,
que don Alfonso perdió.
Llegó don Sancho al postigo:
y una elocuente oracion
le hizo el obispo en latin,
que fué cosa que asombró.
Rayó en el latin tan alto
que ni el mismo Ciceron;
el pueblo le escuchó absorto
y el Rey se le sonrió:
ganóse todas las almas
con su latino sermon:

y aunque se supo despues
que nadie se le entendió,
porque nadie más que él era
del latin conocedor,
como era de oficio nadie
á torcer su brazo dió;
y como el Rey, le escucharon
todos con grande atencion.
Pero hubo quien dijo luégo
que el Rey de él se fastidió,
porque cuando su papel
concluyendo de orador
las llaves dió al Rey, tomólas,
colgóselas del arzon,
y dando al caballo espuela
en la ciudad se metió.
Tras él se metió hasta el último
castellano triunfador,
y detrás tornó el cabildo
á ordenar su procesion.
Engalanadas las casas
con más ó ménos primor,
no habia un puesto vacío
en ventana ni en balcon.
De algunos tiraban flores,
de pocos trigo ú arroz;
de muchos al Rey miraban
con inerte admiracion:
pero ninguno cerrado
disgusto significó,
ni se señaló ninguno
con hostil demostracion.
Cuestion resuelta: la fuerza
es el derecho mejor:
donde le llevan va el pueblo
y aplaude el contra y el pró:

el vencido pierde y paga;
y ¡salud al vencedor!
y así entró un dia de mayo
el rey don Sancho en Leon.
Avanzando hácia palacio
va por la calle mayor,
y en la plaza para verle
se apiña la poblacion.
Mozo, bello, audaz, gallardo,
y gentil cabalgador,
muy bien don Sancho parece
sobre su inquieto bridon.
La juventud, la hermosura,
la osadía y el valor,
jamás parecieron mal
en ningun pueblo español.
La nobleza burgalesa
le forma guardia de honor
y un fuerte golpe de lanzas
le sigue por precaucion.
Don Alonso, en una mula,
el gaban sin ceñidor,
el mortero sin penacho,
sin espada el cinturon,
marcha ante el Cid cabizbajo
llevando en torno y en pós
dos cientos de ricos-homes
presos con él en Carrion.
Bajo palabra, á merced
van del Cid que les prendió:
desarmados, pero sueltos;
vencidos, mas sin baldon.
Rescate le han ofrecido,
mas les dijo el Campeador
que él no imponia á cristianos
rescate ni humillacion.

Muchos de los que el infante
consigo á Carrion llevó,
escapados por milagro
de las sombras á favor,
la entrada triunfal presencian
del rey don Sancho en Leon,
sin mostrar odio á Castilla
por escarmiento y temor.
Muchos..... muchas sobre todo
ven pasar con compasion
á su jóven rey cautivo
y ruegan por él á Dios.
Mas ya es juego sin desquite;
ni cariño, ni rencor
pueden ya de hombres ni de hembras
poner el brío en accion.
Ellas lloran y ellos callan:
del árbol que se cayó
la caida de las hojas
comienza ántes de estacion.
Subió don Sancho al palacio
que preparado encontró:
y cuando de ricos-homes
vió todo lleno el salon,
con corona en la cabeza
bajo dosel se sentó;
y ante él trayendo á su hermano
le dijo con firme voz:
—No hay más que un reino en Castilla:
renuncia tú al de Leon.—
Don Alfonso de pié y pálido,
pero firme, contestó:
—Hízome rey nuestro padre.
Leon es reino: rey soy.
—Lo que nuestro padre hizo
lo quiero deshacer yo:

renuncia, dijo don Sancho,
ó vivirás en prision.
—Moriré en ella, si quieres,—
don Alonso replicó:
y don Sancho, llameándole
las pupilas de furor,
dijo, dando un puñetazo
en el brazal del sillon:
—Y morirás, aunque digan
que en ella te maté yo.
A cuyo tremendo anuncio
los ánimos embargó
el silencio del asombro:
y en muda estupefaccion
quedó la asamblea helada
con el frio del terror.
El Rey miraba á su hermano
rojo de ira: sin color
por el miedo, don Alfonso
como quien ve á un escorpion
le miraba á él..... vacilando
en tartamudear un *nó*
que iba á provocar Dios sabe
qué desastre entre los dos.
Mas este instante insufrible
de angustiosa expectacion,
un rey de armas, presentándose
de repente, interrumpió.
«¡Su señoría la infanta
doña Urraca!»—en alta voz
dijo.—Y sin vénia tras él
la infanta en la sala entró.
Y su extraña, inesperada,
repentina aparicion
pareció por lo oportuna
obra del diablo ó de Dios.

Tiróse el Rey sorprendido
hácia atrás en su sillon:
vió don Alfonso á su hermana
como á un ángel salvador:

y como un hombre asfixiado
á quien abren un balcon
del cuarto en donde se ahoga,
la asamblea respiró.

La infanta, mujer no hermosa,
mas de régia distincion
de modales; alta, pálida;
con dos cejas de espesor
notable, bajo las cuales
sus dos pupilas de halcon
cuanto ven abarcan rápidas
de una mirada veloz,
es la imágen de su madre
doña Sancha, en el vigor

de la edad, con más firmeza,
más vida y más decision.
Por eso cuando de pronto
en la sala pareció,
de su madre doña Sancha
pareció la evocacion.
Hasta el trono de don Sancho
con majestad avanzó,
haciendo á todas las frentes
inclinarse en su redor,
é hizo ademan de postrarse;
don Sancho se lo impidió,
sorprendido, fascinado.....
dominado en conclusion
por la vista y el aplomo
de aquella hermana mayor,
que parece de su madre
viva representacion.
El Rey un poco cortado
ante aquel fascinador
recuerdo de doña Sancha,
silla á su par la ofreció;
mas ella en pié, con acento
cuyo timbre é inflexion
son ecos del de su madre,
de esta manera le habló:
«Apénas supe que á Alfonso
habiais preso en Carrion,
en nombre de nuestra madre
corrí á echarme entre los dos.
Yo os cuné á entrambos: y hermana
y madre al par, puedo y voy
á daros paz, como tengo
derecho y obligacion.
Cuando nuestro noble padre
al espirar dividió

en tres reinos á Castilla,
cometió de hombre un error.
Castilla debe ser grande,
de solo un rey: sedlo vos.
Alfonso os cede su trono:
sí: y entrará en religion.
El interés de la patria
es al nuestro superior:
no debe haber más que un rey,
un Dios, un papa y un sol.
Motilado, encogullado,
enclaustrado y sin accion
para reinar, ya causaros
no debe Alfonso temor.
Dádmele, convenceréle,
y hará en Sahagun profesion;
nuestro padre le hizo rey;
pero no estaba de Dios.»
Y decia esto la infanta
mirando tan avizor
á Alfonso, que parecia
conjuro ó fascinacion.
Tembló don Alfonso oyéndola;
la asamblea se asombró;
don Sancho absorto mirábala,
y el general estupor
aprovechando la infanta
del seno un rollo sacó;
y ante el Rey desenvolviéndole
siguió diciendo: «Señor,
escrita vuestra palabra
tengo: «en cualquier ocasion
»que una gracia ó una vida
»me pidieres, te la doy.»
»Infanzones de Castilla,
caballeros de Leon,

á su palabra ninguno
de nuestra raza faltó.
Yo tengo aquí la palabra
de don Sancho, y le pido hoy
la vida de don Alfonso
contra el reino que heredó;
sino..... ¡en nombre de mi madre....!»
«¡Basta, hermana, vive Dios!»
exclamó don Sancho alzándose
con gran precipitacion.
«Libre está Alfonso: el convento
que elija guardaré yo.»
—¿Hasta cuándo? dijo Urraca.
—Hasta que haga profesion,
respondió el Rey. Doña Urraca
á don Alfonso cogió
las manos, y sacudiéndole
de mando y consejo en són,
le dijo: «¿Lo oyes, Alfonso?
nuestro padre se engañó:
da tierra á Sancho, y profesa;
que así te ayudará Dios.»
Don Alfonso, ó convencido
ó fascinado, cayó
de hinojos, dando en silencio
consenso á su abdicacion.
Doña Urraca adelantándose
á todos se dirigió
diciéndoles: «Caballeros,
yo me fio en vuestro honor:
llevad á Sahagun á Alfonso,
y si hay alguno á quien yo
merezca algo..... vine sola,
y voy mal si sola voy.»
El conde don Per Anzules
á la infanta respondió:

«A ser libre, yo tomara
el serviros á favor.»
«Don Pero, le dijo el Cid,
nadie os tiene aquí en prision:
yo os prendí, mas si os da vénia
el Rey...., á la paz de Dios.»

Hizo el Rey con la cabeza
una señal de adhesion,
y doña Urraca á él volviéndose
así de él se despidió:
«Gracias, señor; nuestro padre
partió á Castilla, y fué error:
no debe de haber en ella
más que un reino: reinad vos.
No os hablo de mi Zamora:
cuando la querais, señor,
id; que sereis recibido
en ella como quien sois.»
Frunció el Cid el entrecejo:
doña Urraca del salon
se fué sin vénia; y el Rey
meditabundo quedó.

II

Disolvióse la asamblea;
y cuando el Rey con el Cid

se halló en el salon á solas
trabaron diálogo así.

¿Qué piensas de Urraca?
—Mal.
¿Qué me aconsejas?
—Cumplir.
¿Y si me engañan?
—Tendreis
mucha más razon así.
—Llevarás á don Alonso
á Sahagun.
—Hallareis mil
mejores que yo para eso.
—¿Por qué?
—Porque no nací
para carcelero yo.
—¿Debo de eso deducir
que entre ellos y yo no quieres
meterte franco por mí?
—Yo franco por todas partes
sé sólo entrar y salir;
lo que no quiero es dejaros
que salgais solo á otra lid,
y teneis á don García
su reino que ir á pedir
como el suyo á don Alfonso.
O todo ó nada.
—¿Es decir
que tambien Toro y Zamora?
—Son mujeres las de allí,
é infantazgos son, nó reinos,
sus feudos.
—¿Y ha de vivir
Alfonso libre en Sahagun?
—Lo habeis prometido así,

y un rey debe á todo trance
su real palabra cumplir.
—La suya infringirán ellos.
—Si vos la vuestra infringís,
en su derecho estarán.
—¿Contra mí derechos?
—Sí.
—O eres por demás honrado
ó hábil por demás, buen Cid.
—Si no estimais mis consejos
¿para qué me los pedis?
—Tienes razon.
—Yo no sé
ni perorar ni argüir:
á mí me abonan mis obras:
y los consejos que os dí
son leales como yo:
puedo errar, mas nó mentir.
—Irá á Sahagun don Alfonso
y nosotros á la lid
con don García.
—La guerra,
dejádmela hacer á mí.

III

Aunque ven que á don Alfonso
tanto el cielo se le anubla,
amor sus pueblos le tienen
por su garbo y donosura.
Don Alfonso es hombre bravo:
mas en él la fuerza bruta
ni domina á la razon
ni embrutece la bravura.
Educado por su hermana
que es hembra avisada y culta,

don Alonso tiene el brio
amoldado á la cultura.
Jamás le exalta la ira
aunque impaciente la sufra,
y al meterse en el peligro,
aunque le ve no le asusta.
Es hermoso y bien formado;
mas en sus formas robustas
tiene algo de femenino
y de infantil su hermosura.
Tiene los ojos azules,
la melena riza y rubia,
las manos como alabastro
y sonrosadas las uñas:
los piés pequeños; se calza
con pretension; se perfuma;
y aunque es hombre y hombre de armas
el parecer bien le gusta.
Cuando es menester pelea;
pero muy diestro en la lucha,
evita las cicatrices
en la faz, que desfiguran.
Liberal y dadivoso,
pero nó rico, procura
dar con gracia, porque el garbo
de dar la largueza supla:
de modo que satisface
más con los modos que usa
que con lo que da, y por ellos
con todos se congratula.
Tiene dos defectos: uno,
que cuando da en dar abusa,
dando á extraños como á propios
como sus antojos cumplan:
otro, que oye á cortesanos
que á otros muerden y á él le adulan,

y en sus afectos mal firme
á poco viento se muda.
No miento un tercer defecto
de que la historia le acusa
y es que le gustan las hembras,
lo que para mí no es culpa.
Los leoneses le quieren,
y si sufren la coyunda
de don Sancho, es porque ven
la suerte y la fuerza suyas.
Don Sancho ve que su triunfo
su influencia dificulta,
y por dominar la tierra
se revuelve, avanza y puja;
porque sabe que los pueblos
pronto á todo se acostumbran,
y del poder y la gloria
la aureola les deslumbra.
Donde una villa se le alza
cae veloz y la subyuga,
y hace al amor que no adquiere
que el pánico sustituya.
Todo el verano ha gastado
en recorrer de una en una
las villas y las ciudades
del reino que á fuerza usurpa;
y en el agosto dejando
la capital insegura,
se le rebeló, arrostrando
de su audacia las resultas.
Fatales fueron: don Sancho
con minas y catapultas
la batió, la entró y la impuso
la pena igual á la culpa.
Cortó las cabezas altas;
diezmó la gente menuda,

y con sus huestes leales
la mezcló para ir á Asturias.
Era en ella don García
ocasion de desventuras,
gérmen de duelos y escándalos
con su ceguedad estúpida.
Un favorito avariento,
plebeyo vil sin alcurnia,
la voluntad le domina,
y la reflexion le ofusca.
Por su consejo las leyes
más insensatas promulga,
y en vicios inmundos hoza
y sus blasones deslustra.
Nada respeta ni atiende
su avaricia y su lujuria;
prende, asalta, roba, expolia,
mata, deshonra y estupra.
El odio de sus vasallos
se atrae; y se le conjuran
nobles y villanos, hartos
de su tiranía impúdica.
Con su favorito un dia
al cruzar la plaza pública,
se le mataron á hachazos
y escapar él fué fortuna.
Rota la valla, los nobles
de Galicia en una junta,
cogieron de libertarse
de él la ocasion oportuna.
Don Sancho que la esperaba,
miéntras Galicia y Asturias
están por él en secreto
llenas de espías y escuchas,
cogiéndoles divididos
y por el mando en disputas,

metió en Galicia sus huestes
como en conquista segura.
Y aunque era enero y de frio
era la estacion muy cruda,
el Rey por la tierra llana
y el Cid por la sierra inculta
van avanzando triunfantes
ganando terreno á una;
y como á libertadores
las ciudades les saludan.

IV

Profesó al fin don Alfonso;
pero no fué fraile nunca,
ni jamás en la cabeza
se le tuvo la capucha.
Acostumbrado al birrete
y al casco de la armadura,
la capucha, que ni ciñe,
pesa, ni encaja, ni junta,
es un tocado que puesto
le tiene en perpétua furia;
y unas veces de la boca
y otras veces de la punta,
la tira atrás y adelante,
dejándola siempre á zurdas
unas veces en las cejas
y otras veces en la nuca.
De las costumbres monásticas
á la claustral estrechura
ni puede avenirse á buenas
ni al hábito se acostumbra.
Su brío al andar no cabe
dentro de la estrecha túnica,
y se pisa y se descose
el ribete y las costuras.

Con las sandalias de cuerda
como al pié no se le ajustan,
ó trastrabilla ó las suelta
en cuanto el paso apresura:

en fin á través del hábito
tanto el hombre se columbra,
que, por más que hace, hace un fraile
de muy mala catadura.
En el coro se distrae
y los oficios perturba:
si le advierten, frunce el ceño,
y si le reprenden, bufa.
En vez de escuchar al chantre
los ruidos de fuera escucha:
y en lugar de santiguarse
barba y bigotes se atusa.
Parece, en fin, que del diablo
la tentacion le atribula,

segun las reglas infringe
y sus deberes conculca.
En lugar de ir á maitines
se va á pasear á la luna,
y en vez de estudiar los salmos
cifras de cartas estudia.
En vez de consultar libros,
con adivinos consulta;
y de judíos y moros
tiene visitas nocturnas.
Recibe de doña Urraca
cartas muy largas y muchas,
que segun lee arroja al fuego
ó en átomos desmenuza;
y en vez de olvidar del mundo
la profana baraunda,
por lo que en el mundo pasa
á todo el mundo pregunta.
Los frailes hacen novenas
por que Dios fervor le infunda,
haciendo la vista gorda
sobre su profana incuria.
Doña Urraca y sus enviados
á los frailes aseguran
que él se avendrá con los hábitos
llevándole con dulzura:
que al fin del rey es hermano,
y aunque no sea su conducta
santa ni ejemplar, el ser
fraile á fuerza le disculpa:
que su presencia en el claustro
un dia ú otro sin duda
les traerá de privilegios
y de gracias una lluvia:
que don Sancho, siempre en guerras,
puede morir en alguna;

y no teniendo el Rey hijos,
y teniendo el Papa bulas,
al rey-fraile cambiar puede
en fraile-rey la fortuna,
y que del porvenir siempre
se debe estar á la husma.
Los frailes, que no son tontos
y que esto y áun más barruntan,
de doña Urraca reciben,
y á don Alfonso no apuran,
y lo que fraguan él y ella
saben, si no les ayudan:
y así es fraile don Alonso
de la infanta por la astucia.

V

Don García era un gran loco:
un poco ménos de incuria
en su educacion, y un padre
vivo hasta edad más madura,
hubieran de él hecho un hombre
bueno en aquella centuria,
en la cual con fe y sin miedo
nadie hizo mala figura.
Mas niño aún cuando el rey
su padre bajó á la tumba,
fué rey ántes de ser hombre:
fermentó la levadura
de Adan en su alma muy pronto;
y, en libertad absoluta,
se corrompió al mal contacto
de almas viles ya corruptas.
Así cayó de repente
en abyeccion tan profunda,
que historia no hay ni leyenda
que le abone, ni le encubra.

Con trescientos caballeros
fieles en su empresa última,
á moros fué y á cristianos
amparo á pedir y ayuda.
Nadie quiso darle oídos:
y abandonado á su angustia,
de cristianos y de moros
llamó á sí toda la chusma.
Cuantos por odio ó temor
á don Sancho, ó á una justa
ley ó venganza, llevaban
una vida vagabunda,
se le juntaron, resueltos
con él á probar fortuna,
del botin con la esperanza,
ó por no tener ninguna.
Rompió por sus propias tierras
con aquella osada turba,
que creció como un incendio
que un viento furioso impulsa.
Sus pueblos de Lusitania,
sorprendidos por la suma
rapidez y el despechado
arranque de sus columnas
de aventureros, volvieron
á su poder; y confusas
ante su vuelta las gentes
se le prosternaron mudas.
A quien la suerte sonrie
amigos se le acumulan:
en torno de don García
ya hueste grande se agrupa.
Don Sancho se le vió encima
cuando le creia en fuga,
y acudió á apagar la chispa
ántes de que á hoguera suba.

Junto á Santaren hallóles;
y con sus huestes, ya duras
por tres campañas, sobre ellos
dió como halcon sobre grullas.
La embestida fué tremenda,
la pelea furibunda:
los de don García lidian
con desesperada furia;

los de don Sancho con órden
cual gente en lides más ducha;
y aunque avanzan, la victoria
es difícil é insegura.
Topó el Cid con don García;
y entrando con él en lucha,
el Cid le asió y del caballo
le arrancó por la cintura.
A prenderle ó á librarle
unos y otros se apresuran;
y á salvarle ó á cogerle
no hay valiente que no acuda.
Mas hace el Cid tal estrago
con la tizona que empuña,
que los de García rotos
á libertarle renuncian.
Triunfó por el Cid don Sancho;
y por buena compostura

á don García encerraron
en el castillo de Luna.
Un año hace que don Sancho
va de coronas en busca,
y al cumplirse el año, en junio,
recogia la segunda.

VI

Los de Leon conducidos
por don Sancho á la victoria,
partícipes de su gloria
se dieron por bien vencidos:
é instalada la justicia
con la paz en sus aldeas,
harta de ruido y peleas,
por rey le aceptó Galicia.
Volvió pues Castilla á ser
de un solo señor: ahora
no hay más que Toro y Zamora
de mujeres en poder.
Mas de ir ahora á quitar
su hacienda á sus dos hermanas,
ni don Sancho tiene ganas
ni en ello prez que ganar.
Déjanle libre la vía
y de rivales exento,
don Alfonso en su convento
y en su prision don García;
y de su ambicion el vuelo
puede ya, libre quedando,
ir sus alas ensayando
para volar hácia el cielo.
Con que encomendando al Cid
por sus conquistas velar
determinó descansar
para emprender su gran lid.

Ya desde niño lo dijo:
arrojar de España al moro
fué siempre su sueño de oro
y su pensamiento fijo.
Y ya fuera que tuviese
fe tal en su corazon,
ó que á cubrir su ambicion
con tal pretexto tendiese,
si algo le puede abonar
de Castilla en la memoria,
es esta anhelada gloria
que quiso á Castilla dar.
Y si al fin no se la dió,
no fué por falta de fe,
ni empeño, ni ánimos: fué
porque el tiempo le faltó.
Planteando, pues, la cercana
y oportuna ejecucion
de su primera irrupcion
por la tierra musulmana,
camino de Leon van
el Rey y el Cid lentamente,
de escolta brillante al frente
y el corazon sin afan.
Delante enviaron el grueso
de la gente, que ya era harta,
porque se aloje y reparta
sin tumulto y sin exceso:
y con mesnada lucida
de vivareños y nobles,
van á sombra de los robles
en plática entretenida;
que eran entónces, y áun son,
poéticas, pintorescas,
ricas de arboleda y frescas
las montañas de Leon.

El Rey al Cid por premiar,
mercedes grandes le ha hecho;
y va honrado y satisfecho
del rey don Sancho á la par;
y en hacer de España huir
á Mahoma lisonjeándose,
van con sus planes labrándose
el más grato porvenir.
En aquel dulce momento,
en que cada cual ve acaso
la tierra estrecha á su paso
y escaso el aire á su aliento,
á un mismo tiempo á los dos,
rompiendo su breve calma,
iba á herirles en el alma
con un rudo golpe Dios.
Ya de Leon las campanas
doblar á vuelo sentian,
y ya en sus torres veian
las banderas castellanas,
cuando por sobre el sendero
que á la ciudad les guiaba,
que asendereado avanzaba
vieron á un buen caballero.
Escuderos trae y pajes;
y á juzgar por los arneses,
son hidalgos burgaleses
de solariegos linajes.
Apénas el que venia
les vió, el caballo espoleando
llegó ante ellos; y llegando,
el Cid le reconocia.
«Es mi buen Gil Antolinez,
le dijo al Rey, que en mi hogar
quedó, por ser del solar
como yo de los Laínez.»

«Mensaje es pues para vos,
dijo el Rey, y ojalá albricias
me pidais por sus noticias.»
Y dijo el Cid: «¡Plegue á Dios!»
Paráronse en el camino:
fué al Rey á besar la mano
en silencio el castellano,
y dió al Cid un pergamino.
¡Mísera gloria mundial!
al ponérsele delante
de los ojos, su semblante
tiñó palidez mortal.
Leyó del llanto á través
que los ojos le nublaba,
y el Rey que le contemplaba
dijo con ansia: «¿Qué es?»
Dióle el escrito Rodrigo;
y sin poderse valer,
á no llegarle á tener
el Rey, da en tierra consigo.
Con las manos se cubrió
la faz el Cid sollozando,
y el pergamino tomando
el Rey esto en él leyó:
«Ruy, mi marido y señor:
la pena que os voy á dar,
me la habeis de perdonar
comprendiendo mi dolor.
»Que Dios os dé más que á mí
valor para soportarla:
y á mí para mitigarla
sacadme, señor, de aquí.
»Aquí á toda vuestra raza
á morir bién ayudé;
y en esta casa no sé
para vivir darme traza.

»Miéntras yo os daba otra hija,
moria vuestro buen padre:
tal dolor en vuestra madre
engendró lenta y prolija
»una última enfermedad:
y hecha de dolor pedazos,
ví á los dos desde mis brazos
pasar á la eternidad.
»Orad por ellos á Dios:
y si cual debeis me amais,
mirad cómo me sacais
de esta sepultura vos.
»Todo cuanto me rodea
me representa la muerte:
tal pena va á ser más fuerte
que yo, por fuerte que sea.
»Decidme, pues, qué he de hacer,
porque me siento morir;
y á vos os toca decir,
señor, cuál es mi deber.
»Mas si esta angustia prolija
mucho en Vivar se me alarga,
la leche se me hará amarga
y envenenaré á mi hija.
»Con que acabad con mi pena
ántes que acabe conmigo:
y á Dios que os guarde, Rodrigo,
mirad por vuestra Jimena.»
Leyó el Rey: y presa viéndole
de su hondo pesar, asióle
por las manos, y apartóle
de ellas el rostro, diciéndole:
«Todo en el mundo á merced
está de Dios: contra Dios
no hay poder. Sed hombre vos
y vuestra afliccion venced.»

Él, en llanto al reventar
con voz que la angustia trunca
dijo: «No he llorado nunca;
señor, dejadme llorar.»
Y alzó los brazos al cielo:
el Rey los suyos echó
al cuello al Cid, y lloró
partiendo con él su duelo.
Ante el dolor natural
de herida tan fresca y viva,
prudente la comitiva
guardó un silencio glacial.
Al fin el Cid, desprendiéndose
de los brazos de don Sancho,
del pecho robusto y ancho
exhaló un suspiro irguiéndose;
y posponiendo al honor
del buen vasallo al buen hijo,
cobró las riendas y dijo:
«¡Dios lo hizo! Vamos, señor.»

¡Mísera gloria mortal!....
y mísera humana historia
que tienen la vanagloria
por guía y por pedestal.
¡Pobre criatura humana!
la más noble y más entera
sacrifica á la quimera
de su vanidad mundana,
que en la más justa afliccion
exige el rostro contento,
sofocado el sentimiento
y cerrado el corazon.
¿Y por qué? Porque no vea
la sociedad corrompida

la realidad de la vida
ni del mal la cara fea:
porque entónces como ahora
la egoista sociedad
se hace sorda á la verdad
y vuelve el rostro al que llora.
El Cid soportó su duelo
con cortesana grandeza,
venció á la naturaleza
é infringió la ley del cielo;
mas cumplió con su deber:
su continente y su porte
fueron dignos de la corte
que el dolor no debe ver;
y siguiendo hácia Leon
iba con rostro tranquilo
sus lágrimas hilo á hilo
vertiendo en el corazon.
Y han debido obrar como él
ántes, hoy, y en la Edad media,
los que en la humana comedia
han hecho bien su papel.

VII

Media noche era por filo:
todo en Leon yace inerte,
donde temprano se acuesta
y se recoge la gente.
En la lobreguez nocturna
ni un pelo de aire se mueve,
ni una luz tardía brilla,
ni un vago rumor se siente.
Todo es paz, silencio y sombra:
sólo dos hombres no duermen
en dos cámaras opuestas
del palacio de los reyes.

El uno una larga carta
escribe difícilmente,
que en aquel tiempo los nobles
no eran grandes escribientes.

Las lágrimas escribiéndola,
á los ojos se le vienen,
y á cada frase que escribe
más la faz se le entristece.
A veces deja en la mano
zurda reposar la frente,
y en la derecha en la pluma
que la tinta se le seque:
y segun como su escrito
corta, interrumpe y detiene,
ó mucho escribir le cuesta
ó mucho escribir le duele.
El otro una abierta carta,
que mal en las manos tiene,
con ojos desencajados
devora mejor que lee,

A cada frase completa
que de la carta comprende,
estruja el fatal escrito
y los bigotes se muerde:
y bufando de coraje,
por la cámara va y viene
como una fiera encerrada
que en su jaula se revuelve.
El que lée y bufa es don Sancho;
el que escribe, el Cid. Dejémosle
á aquel con su ira y su carta,
y vamos á leer la de este.
Decia así, de lo escrito
supliendo prudentemente
la ortografía imperfecta
y los cojos caractéres.
«Alma noble, esposa buena,
ya sé que en mi casa vos
fuísteis un ángel de Dios:
él os lo premie, Jimena.
»¡De vuestra carta el pesar
pedísme á mí que os perdone!
Teniendo á Dios que os abone,
¿qué os tengo que perdonar?
»Antes perdonadme vos
la vida que os he labrado:
mas ved que tal os la he dado
porque así lo quiso Dios.
»Mis padres por vos sin mí
murieron con santa muerte:
reposar su cuerpo inerte
vísteis vos y yo no ví.
»De sus tumbas á la puerta
quedais sola y desolada,
esperando mi tornada
en esa casa desierta.

»Comprendo bien la afliccion
que os causa tal amargura,
y que horrenda sepultura
os parezca esa mansion.
»Concibo, santa mujer,
que en esos cuartos desiertos
vivos á mis padres muertos
creais y os aflija ver.
»Por mí y por ellos orad,
y haced que se les enfoye;
que si Dios á vos no os oye
no me hará á mí más bondad.
»Teñidas siempre las manos
tengo de sangre hasta el codo:
y harto haré si encuentro modo
de que no corra entre hermanos.
»En la iglesia vivareña
haced mis muertos guardar,
que yo les iré á enterrar
en San Pedro de Cardeña;
»y á Burgos os podeis ir,
donde en casa grande y fuerte,
podeis sin ver á la muerte
sin mí y mis padres vivir.
»Y adios, mi santa mujer,
todo mi poder os doy;
no me pregunteis desde hoy
qué es lo que debeis hacer.
»Con mis padres al morir
tomado habeis mi lugar:
dejar os debo en mi hogar
como señora vivir.
»Para ir á la eternidad
me les tuvísteis en brazos:
hoy de nuestro amor los lazos
aprieta esa soledad.

»Ya no tengo más que á vos,
mas renaceis en mis hijos;
tened, pues, los ojos fijos
en los hijos de los dos;
»y no mireis hácia atrás
que el pasado que os labré
tela de pesares fué
tupida y negra de más.
»Con nueva afliccion prolija
no os hagais doble su carga,
y con una leche amarga
no enveneneis á mi hija.
»Juzgad por esto que os digo
cual está mi alma de pena:
y á Dios que os guarde, Jimena,
por bien de vuestro Rodrigo.»
Con esta carta delante,
que con amargo deleite
repasa, á través mirándola
de las lágrimas que vierte,
estaba el buen Cid pasando
esos momentos solemnes
del primer dia del duelo
de quien á sus padres pierde.
En aquella primer hora
de orfandad, en que el más fuerte
al verse en la tierra huérfano
los piés sin tierra se siente;
y aunque sea poderoso,
rico, y jóven, le parece
que no hay nada ya en la tierra
que á la vida le sujete.
Todo es ménos que los padres
para el que á los suyos quiere
como buen hijo, y el mundo
vacío ve cuando mueren.

No importa saber que son
mortales, ver que envejecen
y que van con cada paso
acercándose á la muerte:
siempre como inesperado
su fin mortal nos sorprende,
y nos quedamos sin ellos
como sin sombra ni albergue;
y el buen Cid Rodrigo Diaz
que sabe que no los tiene
en la soledad les llora,
insomne é indiferente
para el mundo, que vacío
ve ya de ellos, y no puede
ofrecerle nada tál
que tal pérdida compense.
Mas ¡ay de un afortunado
si se le cambia la suerte:
cual le llovieron las dichas
las desventuras le llueven!

IX

Percibió el Cid, acercándose
por la inmediata crujía,
pasos de álguien que por ella
desatentado camina.
Segun la desigualdad
con que avanza y con que pisa,
ó viene á oscuras y á tientas,
ó ébrio ó enfermo vacila.
Chocóle oír tales pasos;
mas absorto en sus desdichas
esperó, de él sin curarse,
que pasara el que venia.
Mas éste, en vez de pasar,
llegó, y á su puerta misma

dió tal empellon que abriéndola
por poco no la desquicia.
Sin miedo, mas con asombro
alzóse el Cid en su silla,
y al volverse vió á don Sancho
con la faz descolorida,
trémulo el cuerpo de cólera,
los ojos echando chispas,
y estrujando un pergamino
que habia casi hecho trizas.
Aguardaba el Cid que el rey
hablara, mas no podia;
y el pergamino alargándole,
díjole tan sólo: «Mira.»
Costó al Cid harto trabajo
volver el alma y la vista
á los negocios del mundo
desde el mundo de sus cuitas;
mas con el ánimo de hombre
que sus pasiones domina,
comenzó á leer de lo escrito
las tan maltratadas cifras.
La letra era contrahecha,
mas clara, redonda y limpia,
y sus frases sin retóricas
de modo tál concebidas:
«Alfonso ha huido á Toledo,
y van en su compañía
Per Anzules y otros nobles
de Leon y de Castilla.
Doña Urraca es quien dineros
y escolta le facilita,
quien le preparó la fuga
y le asegura la vía.
Los frailes os darán tarde
disculpas con tal noticia:

mas sus disculpas son tramas
y sus protestas perfídias.
Los frailes en su clausura
y en Roma contra vos fian;
y esperando más de Alfonso,
los frailes son alfonsistas.

Andad pues cauto, don Sancho,
porque la tierra vos minan:
Leon á Alfonso recuerda,
Zamora por él conspira,
hojas, pueblos y veletas
con cualquier ráfaga giran;
y si habeis de crecer solo,
cortaos púas y espinas.
Humillad humos y torres;
porque mujeres y villas,
quien las guarnece las tiene:
no os fieis en pleitesías.

Quien bien os sirve os lo advierte,
quien bien os quiere os lo avisa:
obrad como más os cuadre,
y á Dios que os guarde la vida.»
Leyó esto el Cid impasible,
y miéntras el Cid leia,
tenia en su austero rostro
el rey su mirada fija.
¡Oh vil suspicacia régia!
¡Oh ambicion vil y egoista!
El rey la fe, los servicios
y el duelo del Cid olvida,
y... ¡que Dios se lo perdone!
miéntras lée tal vez espía
si por traidor le delata
la exterioridad más mínima:
y ante la tranquilidad
leal del Cid, daba grima
la expresion del rey ceñuda,
desconfiada y ambigua.
Devolvió el Cid el escrito
al rey; y éste, á quien animan
la ira y la suspicacia,
trabó diálogo en tal guisa.

EL REY Ya ves el fruto que han dado
tus consejos é hidalguía.

EL CID Yo aconsejé lo mejor;
palabra empeñada, obliga.

EL REY Pues me diste un mal consejo,
prueba que fué sin malicia.
Miéntras yo voy á Sahagun
á reducir á cenizas,
ve tú á cazarme la urraca
que allá en Zamora se anida.

EL CID Ambas cosas son más fáciles
que para hechas, para dichas.

EL REY ¿Defenderás á los frailes
tambien?

EL CID No á fé: aborrecidas
fueron siempre por los frailes
la nobleza y la milicia:
mas entre el mundo y sus claustros
han puesto cruces benditas,
y hay que pasar para entrarles
de las cruces por encima.
Fuerza y poder para tánto
no tiene un rey todavía;
dejad á los frailes quietos
y haced que tragais la píldora,

EL REY ¡Y Zamora!

EL CID Está Zamora
bien murada y bien provista
circundada por el Duero
y por peñas defendida.
Si la pedís, de seguro
que os la niegan.

EL REY Vé á pedirla:
Si te la dan, asegúrala;
y si no te la dan, sítiala.

EL CID Iré á enterrar en Cardeña
á mis padres, y en seguida.....

EL REY Para el buen vasallo es ántes
la pátria que la familia.
Yo haré á tus padres en Búrgos
hacer exéquias magníficas;
yo cuidaré de tu casa,
de Jimena y de tu hija;
pero si tú no me traes
á Zamora en garantía
de tu lealtad, creeré....

EL CID ¿Qué?

EL REY Que con ellos conspiras.

Frunció el Cid el entrecejo;
clavó su mirada límpida
y serena de don Sancho
en las llameantes pupilas,
y sintió el rey que la faz
se le tornaba amarilla
al frio de la vergüenza
por sus palabras mezquinas.
Calló el Cid y calló el rey:
mas adquiriendo ambos íntima
conviccion de que el Cid era
fiel, y el rey se arrepentia,
anudó el diálogo el Cid
con estas frases de él dignas,
con voz sosegada y suave,
y faz ni humilde ni altiva:

EL CID Si á mí el pesar me cegara,
señor, como á vos la ira,
de vuestras tierras desde hoy
y de vos me extrañaría.
Jamás creyó vuestro padre
traicion en mí ni mancilla,
desde que maté á mi suegro
hasta que me armó en Coimbra.
Juréle serviros siempre,
y de su fin desde el dia
he ido yo hora por hora
ensanchándoos á Castilla.
Nada hay que por vuestros medros
se me haga á mí cuesta arriba:
desde niños mantuvimos
nuestras dos almas unidas,
y deben de andar ligadas
miéntras los cuerpos existan.
Por mí, pues, no han de romperse
fe y amistad tan antiguas;

no haré de vuestras palabras
caso, ni de mi familia,
é iré por vos á Zamora
á armar con mujeres lidia.
Yo iré á Zamora, don Sancho,
mas enviad vuestras milicias
tras mí, porque habrá que entrarla
ó por brechas ó por minas.

EL REY Ofrece á mi hermana en cambio
la villa ó ciudad que elija,
de Castilla ó de Leon,
de Asturias ó de Galicia:
Osma, Tiedra, Villalpando,
Valladolid ó Medina;
yo necesito á Zamora
por cesion ó por conquista.

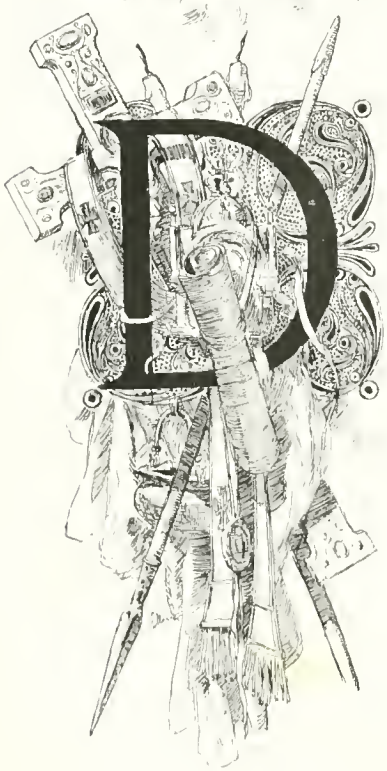
EL CID Y yo os la daré, ó daremos
los mios y yo las vidas
á Dios ante sus murallas.

EL REY Las huestes tendré yo listas:
vé: Zamora para mí
no es más que un nido de víboras.

EL CID Yo iré á ahogarlas; mas será
milagro si no nos pican.
Iré á Zamora: y ahora
dejadme llorar mis cuitas,
y orar á Dios por mis padres
hasta que despunte el dia.

Dijo el buen Cid: y el rey, visto
que ante un Cristo se arrodilla,
echóse atrás ante Cristo
ante quien todo se humilla.

I



Del dicho al hecho va trecho:
Dios lo que el hombre propone
dispone, y el tiempo pone
torcido lo más derecho.

Cierto es que el tiempo lo allana
todo y todo lo endereza:
mas nunca una fortaleza
se tomó en una mañana.

En su impaciencia y su ira
don Sancho á Zamora pide;
mas ni bien el tiempo mide,
ni á su fortaleza mira.

El Cid le dejó marchar;
y ahogando el duelo en el alma,
quedóse en Leon con calma
tal empresa á meditar.

No sé si aquel cerco fué
del refran de que *Zamora*
no se ganó en una hora
el orígen: pero sé
que el Cid saberlo debia;
pues, aunque el rey se lo manda,
él ir á hacer su demanda
retrasa de dia en dia.
Mas no la debe olvidar;
y segun mi parecer,
quiere nó el tiempo perder
sinó á Zamora ganar;
y como buen adalid
los estorbos allanando,
no entrar en lid sinó cuando
pueda vencer en la lid.
Quedóse, pues, en Leon,
y por sus llanos y sierras
fué afirmando de sus tierras
á su rey la posesion,
y miéntras nadie sospecha
que el rey á Zamora mira,
el Cid por España gira,
puntos pone y líneas echa.
Zamora amenazadora
no es para él grande amenaza,
sinó porque es una plaza,
por don Alfonso, traidora.
Y de Zamora sin miedo,
si en Toledo no estuviese
don Alfonso, á meter fuése
ojos suyos en Toledo.
Tan experto como en luchas
en lazos y estratagemas,
ambas fronteras extremas
sembró de espías y escuchas;

y á fuerza de astucia y oro,
de artificios y disfraces,
ojos y oídos sagaces
metió en la corte del moro;
y tánto hizo, que hubo un dia
en que en Leon mudo y quedo,
desde Zamora á Toledo
hasta las moscas veia;
y no pasa ya traidora
sin que de ella se aperciba,
carta, palabra ó misiva
desde Toledo á Zamora.
De ocultas tramas los hilos
don Alfonso en tierra mora
y doña Urraca en Zamora
tejer creian tranquilos.
A lo mejor se saltaba
de su red un cabo ó nudo:
y era el Cid, que atento y mudo,
le cogia ó le cortaba.
El Cid, aunque hombre de guerra
de buen ojo y seso grave,
comprende y tiene la clave
de lo que pasa en su tierra;
y al rey don Sancho al servir
y por su causa al lidiar,
tiene puesta sin cesar
su vista en su porvenir.
Quitar su hacienda á la infanta
es un vil hecho en su hermano,
que á su honor de castellano
repugna, mas no le espanta;
porque Zamora es el dique
de la ampliacion de Castilla,
y él cree la mayor mancilla
impedir que se amplifique.

Como español y cristiano,
á Africa al moro volver
cree que es el primer deber
de todo rey castellano:
que abre lid de mala ley
quien contra el rey se levanta
crée: y entre el rey y la infanta,
el Cid está por el rey.
Cuando ciudad no haya alzada
contra él de Granada á Oviedo,
el rey, después de Toledo,
debe asaltar á Granada:
y hombre ó ciudad que le impida
marchar á tan alta empresa,
puede el rey hacer pavesa
sin respetar honra ó vida;
pues cuando la cruz se plante
del mar por toda la orilla,
deberá Europa á Castilla
cuanto sea en adelante.
El rey moro Aly Maimun
que esto mismo echa de ver,
tiene á Alfonso al proteger
con él interés comun.
Aly hará que no se mueva
miéntras que don Sancho viva,
pues en don Alfonso estriba
el porvenir, cual ser deba.
Miéntras mucha tierra no haya
que por él no se levante,
no hay miedo de que el infante
de Toledo se le vaya;
pues teme que Sancho emprenda
de Toledo la conquista;
y tiene larga la vista
y en Alfonso buena prenda.

Si el rey sus fronteras pasa,
suelta á Alfonso, y le da mano
para que al rey castellano
meta la guerra en su casa.
Si muere el rey y le hereda,
debiéndole Alfonso abrigo,
claro es que quedará amigo
del que agradecido queda.
De la hidalguía cristiana
ni da en la exageracion,
ni da en la supersticion
fanática musulmana.
Don Alfonso mozo, bello,
franco, alegre y confiado,
le habia el alma ganado
y ambos ganaron en ello.
En Toledo Aly Maimun
con don Alfonso tenia
amistad y cortesía
en moros áun no comun;
y permitia al cristiano
desde tierra toledana
comunicar con su hermana
y su bando castellano:
pensando el árabe Emir
con tan leal proceder,
si llegaba rey á ser,
un buen aliado adquirir.
Mas de su raza arrastrado
por la genial suspicacia,
su astucia y su diplomacia,
no echaba del todo á un lado;
y aparentando no hacer
de él ni sus cristianos caso,
ni él ni ellos daban un paso
que él no pudiera saber.

Tal era la situacion
de gente cristiana y mora;
tal era la de Zamora,
Burgos, Toledo y Leon;
y así el tiempo se pasaba,
y en pró de su bandería,
cada cual se prevenia
á vil traicion ó á lid brava.
Don Sancho desesperábase
con la tardanza del Cid,
mas para el trato ó la lid
fiado en él aguantábase;
y en expectativa tal
dias y meses corrieron;
mas el rey y el Cid cumplieron
su palabra cada cual.
Teje en Toledo el infante,
y en Zamora doña Urraca;
nudos les corta y les saca
hilos el Cid vigilante;
y en su red cuando á los dos
creyó, en camino se puso
de Zamora.—Mas propuso
el Cid, y dispuso Dios.

II

La casa del Cid en Burgos
abandonada, no vieja,
hicieron los alarifes
en dos meses vividera.
Cumplió su palabra el Rey;
y ordenando á sus expensas
en la abandonada casa
quitar al patio la yerba,
jalbegar los corredores,
embarandar la escalera,
ensamblar techos y pisos,
herrar ventanas y puertas,
y cerrar de vidriería
sus balcones y lucernas,
la decoró con los propios
tapices, muebles y telas
de su real palacio, en uno
de aquella edad convirtiéndola:
es decir, en lo que hoy es
una casa solariega.
Cuando juzgó que la casa
del Cid, de ser la primera
despues del palacio en Burgos
tenia ya la apariencia,
en la mañana de un lúnes
de un dia de primavera,
de los pocos que se gozan
en la zona burgalesa,
con el clero parroquial,
la corte y su escolta régia,
en traje de ceremonia
de Burgos salió á las puertas.
Al punto en que á ellas llegaba,
se adelantaba hácia ellas

por el camino, que entónces
era poco más que senda,
otra comitiva grave,
vestida de ropas negras,
precedida de unas andas
de negros paños cubiertas.

Una cruz trae por delante
con dos ciriales con velas,
cuyo pábilo sin llama
en su remate negrea;
cuatro clérigos en torno
fúnebres salmos la rezan,
y cierra la comitiva
una enlutada en litera.
Reunidas ambas, juntas
dirigiéronse á la iglesia,
los clérigos salmodiando,
don Sancho con reverencia,
la corte al Rey amoldándose,
la dama en crespon envuelta,
y el pueblo absorto, formando
la comparsa de la escena.

Cumplió su palabra el Rey:
como si á infantes se hicieran,
hizo á los padres del Cid
solemnísimas exequias.
Pagó cientos de responsos,
limosnas repartió espléndidas,
siendo los muertos llorados
por todas las almas buenas.
Concluidos los oficios,
sacó del templo á Jimena
el Rey don Sancho del brazo,
y la instaló en su vivienda:
y cuando el Rey de su casa
salió dejándola en ella,
á saludarle al partir
se asomó al balcon Jimena.
Rompió en aplausos la gente;
y al dar á la esquina vuelta,
el Rey se quitó la gorra
y ella inclinó la cabeza.

Cumplió su palabra el Cid
y como adalid que piensa
asegurarla bien ántes
de meterse en una empresa,
la gente de su mesnada
dividió en partidas sueltas,
despachando á cada una
por una vía diversa.
A Burgos diz que se vuelven
ya que en Leon la paz reina,
encargadas por los pueblos
fronteros de establecerla.
Mas todos los jefes órden
de caer en un dia llevan

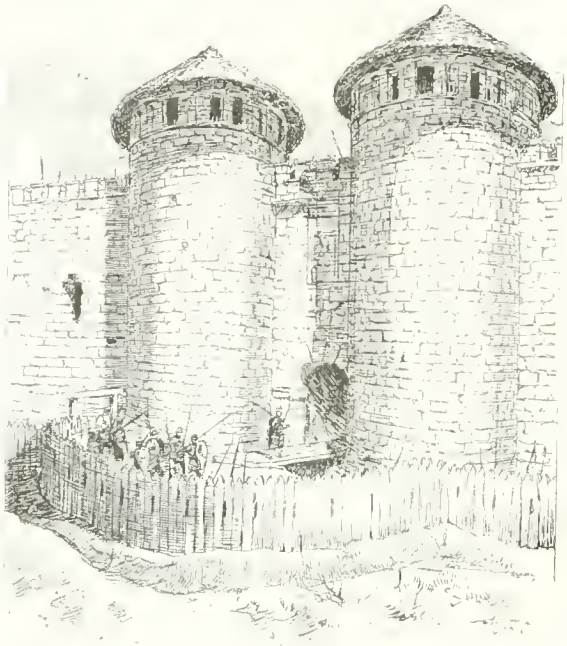
en un lugar diferente,
pero de Zamora cerca.
El Cid cumplió su palabra:
con una escolta pequeña
de hijodalgos vivareños
salió de Leon, sin muestras
de algarada ó correría,
sin aparato de guerra,
sin verederos delante,
sin carros detrás ni acémilas.
Armados van: mas del noble
la armadura entónces era
indispensable atavío
y natural vestimenta;
con qué miró su partida
la poblacion leonesa
de la paz como precisa
y natural consecuencia.
Cumplió su palabra el Cid:
á la jornada tercera,
con tranquilo continente
de Zamora entró por tierras;
y con el sol de la cuarta
comenzó á subir la cuesta,
cuyo sendero tortuoso
al postigo viejo lleva.
Segun avanza comprende
por lo que avanzando observa,
que está la infanta en Zamora
preparada á su defensa:
las murallas con reparos,
los cubos con aspilleras,
el castillo con vigías,
las torres con centinelas;
el postigo mantelado
con puente, rastrillo y verja,

y á verle subir creciendo
el gentío en las almenas.
Subia el Cid á Zamora
cual si no se apercibiera
de su catadura hostil,
ni de su gran fortaleza;
como á un jabalí erizado
va un cazador con cautela,
fingiendo no apercibirle
para tirarle de cerca.
Llegó ante el postigo viejo;
y plantado en la plazuela
que ante el puente y sus dos torres
se abre, á sus tiros expuesta,
cual si no viese á la gente
que á los muros se aglomera,
mandó de pedir entrada
con un clarin hacer seña.
«¿Quién va?»—preguntó, asomando
hasta el pecho la cabeza
por el muro Arias Gonzalo,
que el infantazgo gobierna.
—«Abrid al rey,—dijo el Cid:
de él traigo á la infanta nuevas,
y á una demanda del rey
ha de darme una respuesta.»
—«Ya no hay en Zamora rey
ni hay en Zamora ya orejas,
demandas de castellanos
que estén á escuchar dispuestas.»
—«Las palabras de la mia
están escritas en letra
del rey don Sancho á su hermana
y es preciso que las lea.»
—«Si traeis letras mandádnoslas
pasadas en una flecha

por cima de la muralla;
pues las llaves de las puertas
de Zamora se han perdido
y no hay de abrirlas manera.»
—«Muy mala de recibir
cartas de reyes es esa:
si ésta ha de saltar el muro,
prefiero al rey devolvérsela,
y que éntre él por donde yo
su carta enviar tengo á mengua.»
—«Si lo que en ella demanda
es, segun siento sospechas,
entrar el rey en Zamora,
no hay que cansarse en leerla.»
—«Eso pide, Arias Gonzalo:
mas no es cortés que yo vuelva
á Burgos de vuestra infanta
sin ver el rostro siquiera.
Y por si al perder Zamora
las llaves y las orejas,
perdiendo memoria y ojos
no hay quien me conozca en ella,
yo os suplico, Arias Gonzalo,
que si anda por ahí cerca
mi señora doña Urraca,
que sí andará á la hora de ésta,
la digais que soy Ruy Diaz,
y que ésta es la vez primera
que á su morada llamando
me hizo esperar á su puerta.»
A estas palabras del Cid,
sacando entre dos almenas
el medio cuerpo y los brazos,
asomó la infanta mesma:
y con voz desentonada,
y con accion descompuesta,

al absorto castellano
imprecó de esta manera:
«¡Afuera, afuera Rodrigo!
Jamás pensé que tú fueras
quien viniese á despojarme
en mi casa de mi hacienda.
Antes de arriesgarte á ello,
acordártese debiera
de aquel buen tiempo pasado
de nuestra niñez más tierna;
cuando criado en mi alcázar,
en infantiles franquezas
con mis hermanos crecias,
siendo yo tu compañera.
Leíamos en un libro,
comíamos á una mesa,
y unos mismos, cual de hermanos,
nuestros pensamientos eran.
Creciste y te hicistes hombre,
de héroe hiciste proezas;
y al hacerte hombre olvidaste
por lo que eres lo que eras.
Mi padre te armó en Coimbra;
yo te calcé las espuelas
porque fueras más honrado,
pero lloraba al ponértelas.
Pensé de casar contigo;
casaste tú con Jimena;
dejastes hija de rey
por casar con rica-fembra:
con ella hubiste dineros,
conmigo estados hubieras
¡y hoy vienes á demandarme
los estados de mi herencia!
No tomáras tal demanda
si tuvieses fe y vergüenza:

y si no fueras quien eres
de aquí vivo no volvieras.
¡Afuera, afuera Rodrigo!
Zamora es mia, y tendréla
por mia miéntras me queden
de ella un hombre y una piedra.



Yo no entregaré á Zamora:
y si don Sancho la entra,
me hallará entre sus escombros
ántes que rendida muerta.
Dejómela á mí mi padre,
y maldijo á quien viniera
á pedírmela ó quitármela
por voluntad ó por fuerza.
Tú vienes hoy á pedírmela.
¡Afuera, Rodrigo, afuera!
mi padre maldice á Sancho:
maldito con Sancho seas!»

Dijo, y quitóse la infanta
de la muralla colérica,
y todo el pueblo quitóse
de las murallas tras ella.
Quedóse el Cid pensativo
en la explanada desierta,
absorto de lo escuchado
y de lo visto con pena;
y en vista de que Zamora
no ha de abrirle ya sus puertas,
tornándose con los suyos,
tornó á bajar por la cuesta.
Los vivareños del Cid,
aunque mucho le respetan,
por lo que la infanta dijo
conforme á lo dicho piensan.
El Cid sabe bién que el necio
que en sincerarse se empeña,
agrava más ante el vulgo
lo de que mal se sincera;
y aunque lée en sus pensamientos,
con ellos sin tener cuenta,
sigue en silencio bajando
como si no los leyera.
Lo mal dicho por la infanta,
mal sin embargo le sienta,
por ser palabras tan locas
en una mujer tan cuerda;
y como sabe que siempre
palabras por mujer sueltas,
en lugar de ser el aire,
el diablo es quien se las lleva,
se asombra de que la infanta
haya así soltado aquellas,
que cogidas por el diablo
pueden pedradas volvérsela.

Y el Cid para sí decia:
«Comprendo que se defienda:
mas no que ofenda su honra
publicando sus flaquezas.
Si me quiso y no la quise,
secreto entre los dos era:
por cima de las murallas
¿á qué sus secretos echa?
y con el Rey me maldijo.....
¡maldita sea su lengua!
Sobre Zamora vendremos
el Rey y yo..... por bien sea.»
Así pensando llegaba
el Cid al fin de la cuesta,
y enarcando el ceño, hizo
salir al trote á Babieca.

Cogidas dejó en contorno
de Zamora las veredas,
mas fuera de sus terrenos
del infantazgo á fronteras:
y escalonando jinetes
segun de Leon se aleja,
dió en Burgos á dar al Rey
de su mision mala cuenta.
Le oyó el Rey, y dijo en calma:
«Las huestes tengo dispuestas;
tomaremos á Zamora
una vez que nos la niegan.»
No como quien amenaza
sinó como quien recuerda,
dijo el Cid: «Tened presente
que, al descender á la huesa,
vuestro padre á doña Urraca
se la dejó por herencia,

y que al espirar maldijo
al que á tomársela fuera.»
No como quien contradice
sinó como quien comenta
una cuestion que ha estudiado,
dijo el Rey con mucha flema:
«La voluntad de los reyes
la muerte al matarles quiebra:
no hay, Diaz, voluntad póstuma
de rey que se cumpla entera:
el que se va mira atrás
y adelante el que se queda:
y en cuanto á sus maldiciones
nunca á los malditos llegan;
Dios es sólo el que bendice
y maldice, y manda y veda.
Conque ¡á Zamora!: mi padre
ya á Castilla no gobierna.»
Metióse el Rey en sus cámaras;
y tomando la escalera
del palacio el Cid, metióse
en su vieja casa nueva.

No era el Cid supersticioso,
mas era hombre de la época
y creyente; lo que dicen
que el rey don Sancho no era.
Llevaba el Cid en su ánimo
una inexplicable mezcla
de esperanza y desaliento,
de alegría y de tristeza:
y al encontrarse en los brazos
de Bibiana y de Jimena
y de su hijo don Diego,
que en los catorce años entra,

al recuerdo de sus muertos
de los vivos en presencia,
siente que llora, mas duda
si de placer ó de pena.
Y á su mujer y á su hijo
y á la chica abraza y besa,
y entre sus brazos sintiéndoles
en sus brazos les estrecha,
No hay paz, ni dicha, ni gloria
ni prez como las domésticas;
no hay paz como la de casa
cuando hay paz en la conciencia.
Sólo al calor del hogar
amor y bien se conservan;
y el amor de la familia
todo el del mundo concentra.
Amor que todo lo parte
por igual, todo lo llena,
todos los placeres dobla,
todos los pesares merma;
y depurando los gustos
y los disgustos, les deja
sin hiel ni acritud que el alma
con sabor áspero hieran.
Las más amargas memorias,
áun las de personas muertas,
son luégo un aniversario,
marcan en casa un época;
y las familias que se aman,
cuanto más aisladas quedan
en el mundo, más dichosas
en la soledad se encuentran.
Y el Cid se encontró en su casa
después de una larga ausencia
en esta tristeza alegre
que se siente y no se expresa.

Seis dias vivió en su casa;
y al cerrar la noche sexta,
marido y mujer á solas
hablaban de esta manera:

JIMENA ¿Vais sobre Zamora?
EL CID En vano
le recordé lo que olvida.
JIMENA Es de su hermana.
EL CID Es guarida
de rebeldes por su hermano.
JIMENA ¿Y vas con él?
EL CID Sí que voy.
JIMENA ¡Mal de tal guerra presiento!
EL CID No voy yo á ella contento,
mas á ir obligado estoy.
Si el fuego que en Zamora arde
pronto don Sancho no apaga,
lid más fratricida amaga
prender más pronto ó más tarde.

Mujer inquieta es la infanta
y todo contra él lo agita:
si á Zamora no la quita,
medio reino le levanta.

JIMENA La infanta es del Rey hermana.

EL CID Mas, levantisca y traidora,
amaga desde Zamora
turbar la paz castellana.

JIMENA Jamás discutir, Rodrigo,
cuestiones de Estado intento,
lo sabes; mas mucho siento
que el Rey te lleve consigo.

EL CID Si no voy yo de él en pós
¿quién le enfrena ó le aconseja?

JIMENA Mira si en Burgos te deja.

EL CID Déjalo en manos de Dios.
¿Qué temes por mí en Zamora?

JIMENA Nada: mas pésame ver
que vas contra una mujer
con tantos hombres ahora.

EL CID Pésame tambien á mí.

JIMENA Quédate en Burgos.

EL CID No puedo.

JIMENA No sé porqué tengo miedo
por primera vez por tí.

EL CID Déjalo en manos de Dios.
El Rey va á tierra traidora,
é imposible es que á Zamora
no vaya yo de él en pós.

JIMENA ¡Luego tú tambien me ocultas
un fatal presentimiento!

EL CID Sí, mas lo que yo presiento,
tú, que lo ignoras, lo abultas.
Presiento dificultades
é imprudencias de don Sancho,
que crée sin duda muy ancho

que así se asaltan ciudades
como Zamora en un dia;
y yo le he dicho en su cara
que nadie en Zamora entrara
si Zamora fuera mia.

JIMENA Pues, ¿á qué vas?

EL CID A probar
que plaza que á mí ninguno
me tomaria, no hay uno
que me impida á mí tomar.

A esta respuesta del Cid
que su carácter revela,
que en él es genio y en otro
revelaria demencia,
los ojos al cielo alzando
calló y suspiró Jimena,
convencida de que nadie
cambia de naturaleza;

Y dijo entre sí: «Es inútil
querer torcerle: en la tierra
todo tiene una atraccion
que á un fin natural lo lleva:
el sol va siempre á occidente,
contra el aire las cigüeñas,
los rios hácia la mar,
y mi marido á la guerra.»

III

En un camarin de fábrica
entre bizantina y gótica,
cuyas paredes tapiza
labrado cuero de Córdoba,
cuyo pavimento sólido
cubre valenciana alfombra,
y cuyo mueblaje rico
por su materia y su forma,

la opulencia y el buen gusto
de su posesor denota,
sentada está doña Urraca
en su alcázar de Zamora.
A sus piés en un escaño,
está una mujer áun moza,
pero de carnes enjuta,
de recia armazon huesosa,
de contornos masculinos,
cabello negro, piel roja,
y vestida á la africana,
con fez, saragüil y ajorcas:
con que ella y su vestimenta
son una mezcla estrambótica
de hombre y mujer, pareciendo
que hay en ella dos personas.
Es una felláh nacida
del monte Atlas en las rocas,
ágil como sus panteras,
astuta como sus zorras,
hecha á lidiar del desierto
con las fieras tribus nómadas,
y á usar de las armas como
las antiguas amazonas.
Sus padres y sus maridos
en su aduar las dejan solas,
y ellas guardan y defienden
de los beduinos sus chozas.
Los Emires marroquíes
y los xeques de la costa
traian de estas mujeres
entre sus rapaces hordas.
Fieles, sagaces, de todo
capaces y á todo prontas,
eran espías, correos,
de sus esclavas y esposas

guardas en su haren: en suma
eran las ejecutoras
privadas de sus empresas
íntimas ó misteriosas.
Una de estas es aquella
á quien está oyendo absorta
la infanta, y que de un mensaje
ha sido la portadora.
De Toledo vino: Alfonso
en una carta muy corta,
dice *que la mensajera*
tráe buena lengua en la boca:
y la infanta doña Urraca,
que es muy buena entendedora,
para entender tal epístola
media palabra bastóla.
Convocó, pues, á sus íntimos,
sentó á sus piés á la mora,
y pues su hermano en la lengua
se fía de ésta, buscósela:
y en este punto agrupados
de ella están á la redonda,
y la mensajera acaba
de don Alfonso la historia.
Trás de la infanta la escuchan
Gonzalo Arias, que es su sombra,
y sus cuatro hijos que son
donceles de su señora.
Damas de su confianza
y adalides de sus tropas,
de la extraña mensajera
el noble auditorio forman;
y en el punto en que comienza
este romance en mi crónica,
de este modo á sus oyentes
decia la narradora.

Y lo decia con esa
entonacion armoniosa,
con ese acento que á su habla
da inflexiones de salmódia;
con esa forma voluble,
que en sus cuentos amontona
tropos, símiles é imágenes,
de los africanos propia.
—«Dos veces en riesgo puso
su vida la recelosa
suspicacia de unos mútfis
y unos faquíes; carcoma
de nuestra fe y nuestra corte,
que de todo se avizoran,
de todo se escandalizan,
y á los creyentes deshonran.
Uno de éstos una noche
soñó que en triunfante pompa
tu hermano entraba en Toledo
á caballo y con corona;
y apoyándose en el hecho
de que, con tiesura indómita,
tu hermano en la cabellera
tiene un mechon que se enrosca
y arremolina rebelde,
con ira supersticiosa
quisieron que en pró del reino
le diera el Rey muerte pronta.
El Rey que no cree en agüeros,
trató su pretension loca
de vil traicion con un huésped,
y en tu hermano rechazóla.»
—«¡Ah buen rey!»—dijo la infanta.
—«¡Azzaláh!»—dijo la mora.
—«Sigue,—dijo Urraca,—eso
fué una vez: ¿qué fué la otra?»

—«La otra,—siguió la fellah,
fué que durmiendo á la sombra
de una datilera espesa
una siesta calurosa,
tu hermano, sin verle el Rey
por estar entre las hojas
él de una parte, sentóse
el Rey á hablar de la otra.
Iban con el Rey los mútfis
y los xeques de su escolta;
y mirando á la ciudad,
fuerte entre el rio y las rocas,
juzgábanla inexpugnable
y de una manera sola
posible de entrar: talando
siete años su vega toda.
Apercibió un mútfi al príncipe,
y para que no recoja
secreto tál, si no duerme,
propuso una horrible cosa.
—«¿Cuál?»
—«Con plomo derretido
con que los caños se soldan
de las fuentes (y soldaban
uno á una pila marmórea
muy cerca unos alarifes)
echarle ardiendo una gota
en la mano que tendia
sobre la yerba.»
—«¿Y por obra
pusieron tan vil idea?»
—«¡No que no!; mas la modorra
de Alfonso era tan profunda,
que nada oyó; ni sintióla
caer ardiendo en su mano,
ni á su impresion dolorosa

despertó, hasta que en la palma
se enfrió la ardiente gota.»
—«¡Habrá perdido la mano!»
—«Curó muy bien; y salvóla
con la vida, por tener
la soñarrera tan honda.
Y desde entónces tu hermano
es la alegría y la gloria
de Aly Maimun, que no sabe
vivir sin él una hora.
Con lo que el rey don Alfonso
podeis comprender que goza
de Aly Maimun de Toledo
la hospitalidad fastuosa,
y la proteccion más ámplia:
en sus alcázares mora,
sus propios siervos le sirven,
sus propios caballos monta,
en los cotos reales caza,
del rey se viste las ropas,
sus caballeros cristianos
sueldos del erario cobran;
los toledanos le admiran,
las toledanas le adoran,
do quiera que se presenta
de bendiciones le colman;
vive tranquila, sultana,
porque en tierras de Mahoma
tu hermano está tan seguro,
tan libre y tan sin zozobra,
como la anguila en el rio,
como en el bosque la corza,
como en su enjambre la abeja,
como en el viento la alondra:
y en tí su esperanza tiene,
y en Aly Maimun la apoya;

y esto me mandó á decirte;
si lo he dicho mal, perdona.»
—«No, sinó muy bien; y en premio
este anillo mio toma
para que por él mi hermano
tu fidelidad conozca.

Yo te pondré en los oídos
mi respuesta, y de tu boca
la oirá cual yo tu cuento.
Te daré dos líneas cortas
escritas: porque las letras
son al que escribe traidoras,
y las palabras son ruido
que se disipa en la atmósfera;
mas de palabras y letras
dirásle en suma estas pocas:
que á dar la vuelta á Leon
dentro de un mes se disponga».
A estas palabras la infanta
iba sin más ceremonia
á levantar el estrado,
cuando el fragor de las trompas,
el doble de las campanas,
y mil voces tumultuosas,

del camarin bizantino
estremecieron las bóvedas.
Salió al ajimez la infanta,
y como la vega toda
domina su alcázar, puesto
en la cima de una roca,
la causa de tál tumulto,
sin preguntarlo, vió absorta:
Don Sancho acampa sus huestes
en rededor de Zamora.

IV

Y uno es un mal esperar
que nos puede acaecer,
y otro es sentirle llegar,
y, sin poderle atajar,
cómo nos sucede ver.
Así que los zamoranos
tuvieron bajo sus muros
á los tercios castellanos,
no les bastaron ni manos
ni ojos para estar seguros.
Y aunque está muy bien murada
y son muchos en la villa,
no hay hora en que amenazada
no se halle de ser entrada
por las gentes de Castilla.
Y minándoles la tierra,
y dando á peñascos vuelo
con sus máquinas de guerra,
el Rey de Castilla cierra
sobre ella por tierra y cielo.
Y comienzan á entender
que uno es á rey tal bravear,
y otro con tal rey tener
sin dormir y sin comer
dia y noche que lidiar.

Grandemente les ensaña
ver que Galicia, Leon,
Asturias y toda España
al Rey en esta campaña
dan hueste y mandan pendon;
pues ven desde sus baluartes
entre los del Rey y el Cid,
ondear los estandartes
que llegan de todas partes
desde Oviedo á Val-de-Olid.
Mas no por eso villano
cede ó se descorazona
el fiel pueblo zamorano:
cuanto el riesgo es más cercano,
más puja y se envalentona.
Al largo asedio se aveza,
y cuanto el Rey más la plaza
bate, con más entereza
defiende él su fortaleza
y los asaltos rechaza.
Y sobre su fuerte muro
al castellano provoca
trás de cada asalto duro,
como un viejo halcon seguro
en la cresta de una roca
¡Bien Zamora se defiende!
y aunque bien Sancho la ataca,
la estrecha, mas no la ofende:
cuanto en ira él más se enciende,
más firme está doña Urraca.

Mas todo ímpetu primero
de alta fe, valor profundo
ó amor el más verdadero,
da en el pueblo más entero
en un extremo segundo.

El tiempo, de amor y fe
y entusiasmo popular
gran roedor, no hay con qué
por tierra al cabo no dé
en un pueblo á largo andar.
En el pueblo más constante,
más leal y más valiente,
nunca falta un intrigante
ó un traidor, que ir adelante
le impida y le desaliente.
Jamás falta un agorero
que mal no le vaticine,
ó un traidor aventurero
que alce un murmullo primero
y á un mal parecer le incline.
Y alzado el primer rumor,
cual mina que se dispara
sube el murmullo á clamor;
y un pueblo entrado en furor
¿quién sabe dónde se para?

. . . . . .

Ve el de Zamora que pasa
á largo andar el octubre,
y aunque el invierno se atrasa,
que comienza á estar descubre
su gente y vitualla escasa.
Y con secreta zozobra
comienzan á comprender
los zamoranos, que es obra
su resistencia de sobra
difícil de mantener:
pues miéntras ellos se merman
de heridas, cansancio y hambre,
con los que mueren y enferman,
sin que ellos coman ni duerman
crece el campo como enjambre.

Y ya Arias Gonzalo el viejo,
el más ducho en el consejo
y el más bravo en la batalla,
aunque en público lo calla,
á solas anda perplejo.
Y ya que el hambre le venza
ó ceda su ánimo flaco,
del viejo Arias con vergüenza,
el pueblo á temer comienza
que la ciudad se entre á saco.
Y en vez de aquella fiereza
con que leal se batia,
le ve con mortal tristeza,
vista torva y faz sombría,
contemplar la fortaleza
del muro en que ya no fía.
Y empieza extenderse á ver
del alcázar en redor,
y por las plazas crecer,
ese siniestro rumor
con que el miedo empieza á ser
de la rabia precursor.
Aun reina Urraca en Zamora,
áun no ha recibido insulto,
áun no es Zamora traidora,
áun piensa y sospecha á bulto;
mas ya el gérmen se elabora
de la traicion ó el tumulto.
Anda por Zamora ya
un hijo de Olfos Bellido,
Bellido D'Olfos que va
allegándose partido;
que amigo de Arias no ha sido
nunca, y recelos le da.
Hombre de muy mala fe
y gran traidor tiempo atrás

dicen que su padre fué;
dicen del hijo además
que mató al padre; no sé
si se averiguó jamás.
El odio á él de Arias Gonzalo
en tales dichos estriba:
el hecho es que es hombre malo,
pero con la infanta priva:
y aunque Arias entre ojos hálo,
D'Olfos es diestro y le esquiva.
La infanta le quiere bien
porque la lleva el genial:
y los villanos tambien
le aman y temen, por tal
historia tradicional;
por la que en él tal vez ven
algo sobrenatural.
Este hombre de extraña raza
y de extraña historia, empieza
á andar ya de plaza en plaza,
y á ser de grupos cabeza:
todavía no amenaza,
mas ya bulle y embaraza
y do quier se le tropieza.
Aun Zamora se defiende:
mas tan recio el Rey le ataca,
que ya sus muros ofende,
sus piedras y almenas saca
de asiento, y sus cubos hiende;
y ya con miedo comprende
su situacion doña Urraca.
Ya empieza la poblacion
á comprender de Zamora,
que no tiene en conclusion
que esperar desde esta hora
remedio ni salvacion,

sin un milagro, que implora
sin fe, ó por una traicion.

Mas la gente pensadora
se hacia esta reflexion:
«Dios milagros no hace ahora,
»¿y quién hace la traicion?»

V

En la mañana sombría
del primer mártes de octubre,
en una mañana de esas
en que de los rios surgen
esas nieblas ondulantes,
que en sus orillas se tupen
frias, espesas y pardas,
y el dia en tinieblas sumen;
á favor de su calígine
sin que le vean ni turben,
registra el Rey los estragos
que muros y torres sufren.
La densidad de la niebla,
por entre la cual no luce
el sol, que por ella ahogado
parece y de arder concluye:

el són del Duero que cerca
grueso é invisible ruge,
y el del robledal que á intérvalos
ráfagas sueltas sacuden,
si nó pavor en el ánimo
del hombre de guerra infunden,
su imaginacion asaltan
con presentimientos lúgubres.
Las sombras que las creencias
en nuestro espíritu nutren,
en la niebla y las tinieblas
en nuestro espíritu influyen.
Creyente ó supersticioso
nadie su influencia elude,
si una incrédula osadía
de su ánimo no la excluye.
El Rey, á quien no hay agüeros
ni pronósticos que asusten,
ni presentimientos que hagan
que á sus proyectos renuncie,
va entre la niebla girando:
con la sola pesadumbre
de que un dia para dar
un asalto no le dure.
Sus catapultas estudia
dó le conviene que apunte,
y dó aplique sus arietes
por que brecha le procuren;
mas va viendo que los muros
por ninguna parte se hunden,
aunque ya han hecho sus tiros
que mal sus piedras ajusten.
Marcha en silencio y á pié,
habiendo hecho que se oculten
los pajes con los caballos
del cerro á pié por dó sube.

Subió hasta el postigo viejo;
y con gran gozo descubre
un lienzo que, si se bate,
es fácil que se derrumbe.
El Cid, Ordoñez, Velasco,
Alvarfañez, Pero Nuñez,
y otros veinte caballeros
que su escolta constituyen
y su consejo, examinan
el lugar; y que consulten
les deja el Rey, de sus cálculos
para apreciar el resúmen.
En esto, miéntras que todos
en móviles actitudes,
gesto expresivo y voz baja
sus pareceres aducen,
dentro y detrás del postigo
perciben que se difunde
confuso rumor que crece
cual de disputa que surge,
y va en motin convirtiéndose;
lo que á esperar les induce
que por rendirse allá dentro
el pueblo se atumultúe.
La curiosidad y el riesgo
hacen que á un lado se agrupen,
miéntras que los gritos crecen;
y segun lo que deducen,
por las voces de *¡abre! ¡cierra!*
¡paso haced! ¡que no se fugue!
parece que es el postigo
por abrir por lo que pugnen.
No hay con el Rey un cobarde
que en caso de lid repugne
meterse en ella, ni en dar
por él su existencia dude;

pero de cuál sea el riesgo
próximo en la incertidumbre,
firmes, callados é inmóviles
esperan lo que resulte.
De repente las cadenas
rechinan, el puente cruje,
y se oyen por él los pasos
de los que parece que huyen.
Corriendo bajan la cuesta;
y como es fuerza que crucen
por entre el Rey y los suyos
que el paso les interrumpen,
por el sendero que ocupan
dióse en la niebla de bruces,
el que huia con el Rey,
que aguantó apénas su empuje.
El fugitivo que, asiéndose
del Rey que lo asió, sostúvose,
apénas á su equilibrio
natural se restituye
dijo—«¡el Rey..!»—reconociéndole,
y amparado tras él púsose.
Sin tiempo de que demande
qué es el Rey ni él continúe,
los que le siguen metiéronse
entre los del Rey, que acuden
á rodearles de espadas,
sin que ellos de ellas se asusten.
Arias Gonzalo y sus hijos
son: y aunque ya se presumen
presos por el Rey, impávidos
esperan que él se lo anuncie.
El que huye de ellos es Dolfos,
que procura que le escude
el Rey; sin que ose ninguno
hablar sin que el Rey pregunte.

El Rey entabló al fin diálogo,
pues la autoridad asume
entre amigos y enemigos,
y el caso es bien que él apure.

EL REY ¡Tres contra uno entre hidalgos!
¡qué es esto!

DOLFOS Que yo propuse
salir á tratar con vos
y á los Arias no les cumple.

G. ARIAS Don Sancho, no hemos dejado
salir á ese hombre á que os busque,
porque es maestro en traiciones
y una tememos que os urde.

DOLFOS Don Sancho, tengo un partido
que quiere que capitule
la ciudad, y de la Infanta
el juicio más no se ofusque.
Los Arias, señor, os odian:
ella deja que la usurpen
el poder, y bajo él quieren
que Zamora se sepulte.

G. ARIAS Don Sancho, ved que os lo aviso:
si dejais que os embaúque
ése, que es gran forjador
de traiciones y de embustes,
no respondo de que en una
no os haga dar, y no abuse
de vuestro amparo; porque esa
es en su raza costumbre.

DOLFOS Don Sancho, veis que razones
no os pueden dar, y recurren
á las calumnias. Yo tengo
parte por dó os asegure
la entrada en Zamora, y dentro
partido que me secunde.
Ellos lo saben, señor,

por más que lo disimulen.
Cogedlos y yo os entrego
la ciudad, que en servidumbre
tienen y miedo, en el punto
en que su prision anuncie.
Yo os hago pleito homenaje:
tomadme, aunque me calumnien,
á vuestro servicio y de ellos
con vos dejadme que triunfe.

G. ARIAS Rey don Sancho, dadle amparo;
mas del daño que os redunde
que nadie ante Dios ni el mundo
á nosotros nos acuse;
y del modo con que á vos
nos atrajo, se me ocurre
si entrasteis para cogernos
aquí con él en ajuste.

EL REY Don Arias, yo ni rechazo
á quien á mi amparo acude,
ni armo á un enemigo trampas
que mi honra de rey deslustren.
Dolfos se vendrá á mi campo:
libre id vos; mas si sucumbe
la ciudad, os descabezo
el dia en que yo la ocupe.

Tornó la espalda don Sancho;
y ántes de que se procuren
los zamoranos auxilio,
envuelto en la doble nube
de niebla y del polvo que alzan
sus caballos andaluces,
entró en su campo con Dolfos,
su escolta y su servidumbre.

VI

Los Arias que bien conocen
del Rey el feroz carácter
y que de él si son vencidos
lo que les espera saben,
decidieron en Zamora
morir, mejor que entregarse
y darle á gozar el bárbaro
placer de descabezarles.
Don Sancho, viendo el setiembre
encima lluvioso echársele,
apretó y plantó sus tiendas
debajo de los baluartes:
y no hay ya un hombre que á ellos
pueda seguro asomarse,
ni modo de que un minuto
los zamoranos descansen.
Partida ya sin desquite
va de tercos á tenaces;
mas es ya fuerza perderla
por una ó por otra parte.
Colérico ante Zamora
bramaba el Rey de coraje,
contra Arias mil maldiciones
echando al par de mil planes;
pero por más que discurre,
por más que á Zamora bate,
allí la tienen los Arias
para que el paso le ataje.
Ni hay medio de que sus ojos
ni sus piés del muro pasen,
ni hay medio de que se quite
á los Arias de delante.
Los Arias al ver que en lluvias
amaga el tiempo cerrarse,

fian en que hará el invierno
que el Rey el cerco levante:
y como el Rey de Zamora
el campo abandone ó alce,
de Zamora por la falta
tal vez la tierra le falte;
porque si Zamora triunfa,
á su ejemplo es indudable
que por don Alonso muchas
fortalezas se declaren.
Tal porvenir no se oculta
ni á los ojos perspicaces
de don Sancho que le teme,
ni de Arias que se le abre;
y está don Sancho en Zamora
como oso que ve un enjambre
tan alto, que de él no puede
llegar hasta los panales;
y los Arias, de Zamora
tras los muros seculares,
como en roca inaccesible
un nido de gavilanes.

El Rey de Bellido D'olfos
aceptó el pleito homenaje,
contra el parecer del Cid
y todos sus capitanes.
Lo que Arias de D'olfos dijo,
lo que se habló de su padre
miéntras vivió, y las sospechas
del parricidio, retraen
de su intimidad y trato
á las gentes de linaje:
y anda en el campo cual sombra
sin cuerpo á quien arrimarse.

Sólo el Rey le trata bien,
como á hombre que diz que tráe
de un juez fundador de Burgos
el apellido y la sangre.
El Rey dice que á su amparo
se acogió y que debe dársele:
que si traidor fué á Zamora
era á Zamora por darle;
que siempre del mal y el bien
que el vulgo propala de álguien,
son erróneas ó supuestas
las nueve décimas partes:
que siempre topan con D'olfos
los que de Zamora salen,
y que en salidas y asaltos
bien por Castilla se bate;
que nadie debe juzgar
que ha fraguado ni que fragüe
nada de lo que evidentes
no hay ni pruebas ni señales;
que pues nadie le halla en falta,
ninguno de sobra le halle,
y en fin, que de él amparado
no es bien que le desampare.
Todas las supersticiones,
y las creencias vulgares
sobre el fatalismo, tienen
orígen en hechos reales,
en experiencias continuas
de casos inexplicables,
que obra del sino parecen
por mas que sean casuales.
La luz á la mariposa,
y al pez el anzuelo atráen,
y á los hombres desdichados
los que han de serles fatales.

Ampara don Sancho á D'olfos
de quien todos se precaven;
entrada le da en su tienda,
soldada y gente que mande:
con él intima, á pretexto
de que es un hombre importante
en Zamora y dentro de ella
tiene influencia y parciales.
Y á la verdad, sea D'olfos
traidor ó de serlo trate,
no trata contra don Sancho
de usar sus iniquidades:
porque en sus manos le tiene
á solas mañana y tarde,
y por él llamado á solas,
á solas con él departe.
A D'olfos pueden traidor
los de Zamora llamarle,
porque la traicion que trata
es á don Sancho entregarles:
y le asegura y le jura
que conoce un medio fácil
y un sitio oculto por donde
puede en ella penetrarse;
pero que sólo al Rey quiere
como leal revelársele,
puesto que al Rey debe sólo
favor y amparo en sus reales;
y que si le da cien hombres
tan valientes como audaces,
él y los suyos de adentro
el postigo viejo le abren.
Don Sancho no ha respondido
ni aceptado ofertas tales;
mas piensa en probar si son
efectivas y aceptables.

Bellido D'olfos en tanto
anda en el campo, entra y sale,
de la manera más franca
y más digna comportándose.

Anda solo y desarmado,
no habla sin que le hablen,
saluda á quien le saluda
y contesta en breves frases.
D'olfos, aunque traidor sea
ó haya sido, no es cobarde;
pero es astuto y sereno,
sagaz entre los sagaces,
y elude con tacto sumo
de los nobles los desaires;
sin que ellos jamás le sonden
ni que él jamás se delate.
Al que adelantarle quiere
le deja pasar delante,
no ve á quien bien no le mira,
no mira á quien no le place.

Pero no está por lo visto
dispuesto á gastar en balde
ni servicios ni razones,
ni á sufrir befas ni ultrajes;
y un dia que un leonés
se propasó á codearle,
al ir por una estacada
á salir emparejándose,
le dió tal puñada D'olfos
que hizo que trastrabillase,
por ir él inerme, usando
de las armas naturales.
El leonés furibundo,
ciego y resuelto á matarle,
empuñó el mandoble y vínose
sobre él; pero apoderándose
D'olfos de una estaca aguda
de las del cerco sobrantes,
lanzósela como un dardo
con tino y con fuerza tales,
que en la juntura del peto
y escarcelas acertándole,
pasóle el cuerpo de modo
que el leonés cayó exánime.
El Rey le dió la razon;
y áun diz que llegó á alabarle
la maestría de un tiro
tan diestro y tan de remate.

Y hay en predestinaciones
sínos y fatalidades
coincidencias extrañas;
tan fuera de todo alcance,
tan raras é inverosímiles
mas tan claras é innegables,

que la razon las rechaza,
la religion las combate,
la fe y la ley las proscriben,
ninguno las prevé ántes,
pero despues de los hechos
todo el mundo en ellas cae.
Todos los hombres de juicio
las llaman vulgaridades;
todos los pueblos han hecho
de ellas proverbios vulgares;
y el saber popular siempre
reducido estuvo casi
á dichos y tradiciones,
á proverbios y refranes;
y los pueblos, sobre todos
los pueblos meridionales,
dicen que son evangelios
sus proverbios populares.
«Lo que está de Dios, sucede
siempre»—dice un refran árabe;
y otro andaluz: «De este mundo
»sin pagarla nadie sale.»

VII

Eran costumbres del tiempo:
los ejércitos entónces
tomaban gentes de todas
especies y condiciones:
nobles, hidalgos, plebeyos,
artesanos, labradores
y hasta clérigos y obispos;
y, unos ricos y otros pobres,
todos iban á la guerra
porque del Rey los pendones
daban sombra á las rapiñas,
que eran sus logros mejores.

Las presas de los saqueos,
los rescates, que conforme
á su condicion pagaban
los jefes y los señores;
la venta de los cautivos
ó los derechos del goce
del fruto de su trabajo
á no tener compradores,
eran gajes de la guerra,
cebos á las ambiciones,
gérmenes de empresas altas
de hazañas engendradores.
Así que nunca faltaban
soldados á los barones
belicosos de aquella era
de guerra á su primer toque.
Mas cuando se prolongaba
una campaña, ó mal corte
la daban las circunstancias,
la suerte ó las estaciones,
disolviéndose iba el núcleo
de las milicias mejores,
cual la nieve en las montañas
al empezar los calores.
Sólo al cebo de un asalto
fácil, ó el valor enorme
de una presa, mantenian
la disciplina y el órden.
El Cid que del rey don Sancho
el campamento recorre
vigilante, y por dó quiera
lo ve todo y todo lo oye,
todos los murmullos siente,
todas las quejas recoge,
todos los secretos sabe,
todos los riesgos conoce,

y conoce la inconstancia
de la suerte y de los hombres,
dijo al Rey que era preciso
tentar el último golpe.
Las nubes comienzan gruesas
á aglomerarse en los montes
y el campo va á ser un lago
si la nublazon se rompe.
Los soldados se fatigan,
se aburre la gente noble,
Zamora fia en las lluvias
ya más que en muros y torres;
y divididos y flacos
y pocos sus defensores,
y los del Rey hastiados
y propensos ya el desórden,
el medio de dar fin de unos
y de que los otros cobren
aliento con la esperanza,
es hacer que estos se arrojen
á un postrer asalto enérgico;
la ciudad, si vencedores
entran, dándoles á saco,
con que al alcázar no toquen.
Aceptó el Rey su propuesta;
y el Cid yéndose á dar órdenes
para el asalto, en su tienda
el Rey á solas quedóse.
Era la hora de nona,
hora á que don Sancho come,
y el asalto habia de darse
á altas horas de la noche.
Comió el Rey solo; y atento
á buscarse ayudadores
dentro, porque de Zamora
mejor la toma se logre,

picó en el cebo, y á D'olfos
mandó llamar á los postres.
Don Sancho ó por su mal sino,
ó por ver las opiniones
de sus nobles contra D'olfos,
ó por ser lo que él propone
una traicion, ó tan sólo
porque á reyes y á señores
gusta obrar por sí, á los suyos
sus tratos con él callóles.
Cuando alzaron los manteles,
despidió á sus servidores;
y con el tránsfuga á solas,
dijo: «Tus proposiciones
acepto; ¿á Zamora puedes
darme?—Os mostraré por dónde
podaisla entrar,»—dijo D'olfos.
El Rey fué á sacar de un cofre
dos anguarinas muy anchas
con mangas y capuchones;
y dándole á D'olfos una,
le dijo:—«Ese saco ponte;
yo me pondré estotro, y vamos;»
y así diciendo endosósele.
Vistióse D'olfos el suyo;
el Rey se ciñó un estoque,
tomó en la diestra un venablo
y á D'olfos brindó un mandoble.
D'olfos dijo:—«Señor, yo ando
sin armas siempre;» y mostróle
su cuerpo inerme apartando
sus ropas de él. Encogióse
de hombros el Rey, cual si fuese
cosa de que no le importe;
y la capucha calándose
con D'olfos emparejóse.

Salieron encapuzados
al real: dos caballos jóvenes
largos de carona, enjutos,
ágiles y corredores,
con sillas á la jineta,
libres de caparazones,
de mallas y lambrequines
que la marcha les estorben,
les presentó un picador.
Montáronles: encargóse
el Rey de dar á las guardias
la contraseña; y, al trote
saliendo de las barreras,
el Rey preguntó: ¿Por dónde?»
y D'olfos respondió á punto:
«Por la loma: hácia aquel roble.»
Estaba éste en un cerrillo
que se alzaba en el desmonte
del trecho que separaba
del foso á los sitiadores.
Por aquel lado la peña
tajada á una altura enorme,
era inaccesible; el foso
lleno de fango se opone
á que ninguno á la fuga
ni á la escalada se arroje
por allí. Plantas parásitas,
líquenes, zarzos y bojes
salvajes y seculares,
de crecidísimos brotes
y gigantescas raíces,
cuyas marañas informes
crecen en las quebraduras
de las peñas, interponen
una barrera á la vista
de los que arriba se asomen;

sobre la cóncava peña
tendiendo sus pabellones
selváticos, que hace el viento
que en lo alto zumben y floten.
De ellos á sombra, y saliente
del foso sobre los bordes,
el roble del cerro inclina
su viejo tronco deforme.
Era un sitio solitario
y encubierto, que en mejores
tiempos sirvió á amantes citas
y á festivas reuniones.
Llegado allí—«Aquí es,»
dijo D'olfos, y apeóse,
yendo á tener el caballo
de don Sancho, que imitóle.
—«Conque Vuestra Alteza trepe,
dijo D'olfos, á ese roble
media vara, y la cabeza
al foso incline y se asome,
puede ver entre los brezos
de una poterna el emboque.
Da á un aljibe de Zamora,
que está seco: tengo un hombre
puesto en atalaya; si entro
por él al caer la noche,
Zamora es vuestra: miradlo,
y obrad como os acomode.»
Don Sancho, miéntras hablaba
D'olfos, del árbol asióse
y empezó á trepar, dejando
su venablo al pié del roble
para que no le embarace
las manos con que á él se coge.
D'olfos, sin soltar la brida
de su bestia, recogióle;

y haciéndose atrás dos pasos
para dar vuelo á su golpe,
miéntras don Sancho trepaba
por las espaldas lanzósele.
Pasóle de parte á parte:
el Rey del tronco soltóse,
y cayó inerte, la sangre
arrojando á borbotones.
Como un relámpago D'olfos
montó á caballo: metióle
los acicates, y á escape
hácia Zamora lanzóse.
Los del Rey desde su campo
le ven, mas le desconocen
bajo el capuz; pero el Cid,
que lo que es sospecha, echóse
sobre el caballo que halló
más á mano y persiguióle.
Mas iba el Cid sin espuelas,
y aunque su caballo corre
bien, del campo es el de D'olfos
uno de los más veloces;
y sólo vió que el postigo
viejo le abrian sus cómplices.
—«¡Maldito sea, dijo el Cid,
el que sin espuelas monte!»
Y empezó á los zamoranos
á volver sus maldiciones;
pero miéntras él les daba
de alevosos y traidores,
del Rey, vuelto en sí, se oyeron
las desesperadas voces.

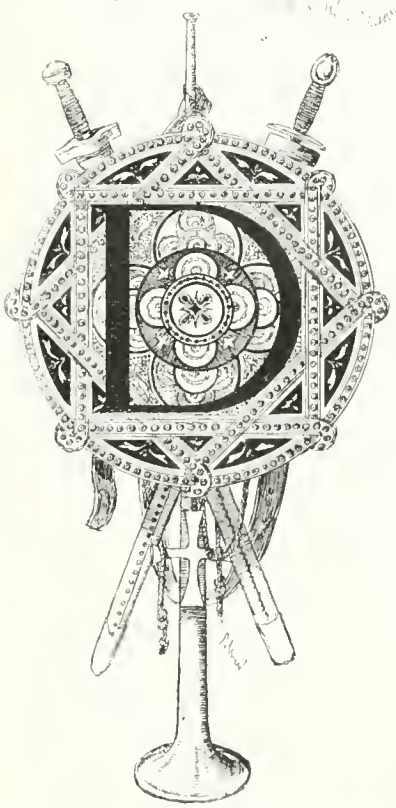
VIII

Desatalentada á ellas
mucha gente de su campo
acudió, en tropel confuso
capitanes y soldados.
El Cid, que ha reconocido
la voz del Rey, su caballo
volvió hácia donde la oia
corriendo hasta sofocarlo.
Llegó donde el Rey estaba:
tiróse á tierra; á su lado
se arrodilló, y ayudóle
á incorporarse en sus brazos.
Todos le dieron por muerto.
¡era un horrendo espectáculo!
Pasado de parte á parte,
el regaton del venablo
le asomaba por la espalda
y la punta por debajo
del esternon, con la sangre
cuajada ya en hierro y palo;
su respiracion difícil,
sus ojos desencajados,
las ansias con que se asian
á cuanto hallaban sus manos,
mostraban que era de muerte
la herida doble del dardo,
y que iban á apresurársela
con sólo intentar sacárselo.
Lloraban todos: y el Rey
entre uno y otro desmayo,
así decia, postrándose
y animándose á intervalos:
—«¡Yo me he tenido la culpa:
ya me avisó Arias Gonzalo!

Sin duda estaba de Dios!
Decid por mí á mis hermanos
que me perdonen; yo obraba
como rey..... mas fué pecado.
No hagais nada por mi vida,
porque es inútil. ¡Me abraso!
¡Agua!»—No la habia cerca:
fueron por ella: y en tanto,
luchaba el Rey con las ansias
de la muerte agonizando.
De pronto, uno de sus últimos
esfuerzos haciendo, atrajo
á sí del Cid la cabeza;
y poniéndole los labios
casi en la oreja, le dijo:
—«Diaz, tú eres el más bravo
y el más leal de Castilla;
entre moros y cristianos
tu gloria es mucha: te debo
mi reino y consejos sabios
que debí seguir; y ahora
te dejo desamparado,
lo sé: vas á ser desde hoy
de todos los tiros blanco.
No te recomiendo á nadie,
porque te haria más daño;
todos los nobles te envidian:
Urraca me crée azuzado
por tí contra ella: Alfonso
comprende que está más bajo
que tú: los grandes te odian:
pero el pueblo castellano
te adora. Por él pelea:
no fies en mis hermanos;
fíate en Dios y en tu espada;
los reyes somos ingratos

casi siempre, pero el pueblo
te pondrá que ellos más alto.»
Dijo don Sancho y tornóse
á desmayar: sollozando
sostenia el Cid su cuerpo,
y en silencio contemplábanlos
sin respirar los presentes.
Llegó en esto con un vaso
un doncel, al mismo tiempo
que un obispo con el Viático
y un capellan con los óleos:
pero ya no le alcanzaron
los sacramentos ni el agua:
ya era muerto el rey don Sancho.
Hincóse el obispo, y todos
en torno se arrodillaron:
y rasgándose las nubes
comenzó á llover á cántaros.

I



olfos no tenia cómplices:
nadie esperaba su vuelta
en Zamora: nadie estaba
con él en inteligencia;
mas él contaba con todos
sin que nadie lo supiera,
y con todos le ayudaron
su osadía y su destreza.
Todo lo habia calculado:
de su traicion la tragedia
consumada en sitio oculto,
ántes de que descubierta
fuese, le daba harto tiempo
para huir; de las trincheras
del campo al foso, tenia
franca una llanada extensa
dominada por Zamora;
y al salir de las malezas

donde hizo su hecho, contaba
con la vigilancia atenta
de la ciudad, y no en vano;
del muro los centinelas,
los vigías del postigo
y torres que le flanquean,
vieron un encapuzado
tomar á escape la cuesta,
y conocieron al Cid
que tras él iba subiéndola.
El alcaide del postigo
(cual D'olfos lo pensó) piensa
que, mensajero ó espía
de doña Urraca, atraviesa
el campamento audazmente;
y teniendo sólo en cuenta
que por el Cid perseguido
ser debe amigo, la puerta
le franqueó y le tiró el puente:
y por si su afan le ciega
y entra el Cid tras él, se puso
para entramparle en espera.
El Cid que es muy ducho en trampas,
celadas y estratagemas,
que en los mayores peligros
la serenidad conserva
y que siempre hácia adelante
mirando jamás tropieza,
viendo en salvo al que seguia
cortó su inútil carrera.
Entró D'olfos como un rayo,
y sin dejar tiempo apénas
para verle á nadie, á escape
metióse por las callejas;
y miéntra el absorto alcaide
con sus gentes en perpleja

indecision consultaba,
él se perdió en sus revueltas.
Ya dentro, estaba seguro
de que en sus calles desiertas
no tendria ojos Zamora
para él, pues sólo hácia afuera
mira, viendo allá su riesgo;
y si es que alguno á una reja
se asomó al són del galope
de su caballo en las piedras,
ya D'olfos desparecia
dando á las esquinas vuelta;
ni era bajo la capucha
fácil que le conocieran.
Cruzó, pues, la poblacion,
sin que de él apercibiera
nadie en ella todavía
la traicion ni la presencia.
Rincon no habia en Zamora
que conocido no fuera
por el traidor palmo á palmo:
llegado á una calle estrecha
por un convento de monjas
y las tapias de una huerta
formada, y sobre la cual
no hay ventana alguna abierta,
paró en firme su caballo
que de cansado revienta,
se apeó y le dejó libre
al cuello echadas las riendas.
Todo lo ha pensado D'olfos;
corre vecina la acequia
del agua que entra en el huerto,
fina y helada: la bestia
se echó á ella con sed rabiosa;
y sabe D'olfos que es fuerza

despues de carrera tal
que en ella su muerte beba.
Rompió en esto en un diluvio
la nublazon, la postrera
luz de la tarde extinguiéndose
detrás de su lluvia espesa.
D'olfos dobló á paso largo
del monasterio las cercas,
y sin vacilar cruzando
callejones y placetas,
dió en un postigo trasero
de una casa solariega
situada de la ciudad
en la parte al real opuesta.
Por allí el Duero á Zamora
con turbias aguas rodea
cuya anchura y profundísima
corriente son su defensa.
Las casas por allí están
muradas y con almenas
y abren postiguillos falsos
sobre las ásperas peñas,
entre las cuales se ocultan
arriesgadísimas sendas,
por dó se baja por agua
del rio hasta las riberas:
el postigo en que dió D'olfos
de una de estas casas era:
metió con tino una llave
en la cerradura á tientas;
y es claro que tiene práctica
de usarla, pues se maneja
á tientas cual si llevara
en la mano una linterna.
Era su casa; metióse
dentro..... y la calle desierta

llenó la lluvia y el ruido
con que cáe sobre la tierra.

D'olfos no tenia cómplices:
jamás su traidora idea
salió de su mente; á frase
no la redujo su lengua
jamás.—Sabia que hay cosas
que á ninguno se revelan
ni con nadie se consultan:
porque por más que convengan
á muchos, no las sanciona
nadie dichas, sinó hechas;
y sólo por su buen éxito
pasan como hecho y se aceptan.
D'olfos no tenia cómplices:
de su traicion la secreta
causa la saben sólo él,
Dios y el diablo que le tienta.

Ahogado al fin el crepúsculo,
cerraba la noche apriesa
entre la lluvia y la sombra
dejando al mundo en tinieblas.
Zamora ignoraba aún
lo hecho por D'olfos: las fieras
voces del Cid en el campo
impidió el viento que fueran
en la ciudad comprendidas;
porque rotas y dispersas
por el viento, en la distancia
se perdieron inconexas.
Arias Gonzalo y sus hijos
andaban en ronda y vela
por la ciudad, y la infanta
desde un ajimez atenta

contemplaba el aguacero,
aliado de quien espera
que la libre de su hermano
cuyo campamento anega.
Mas dando en su mente á solas
á sus esperanzas vueltas,
veíalas inseguras
sobre aire y agua poniéndolas,
y se aburria mirándose
en tal extremidad puesta,
sin paz, ni esposo, ni amigo
que la distraiga en su pena:
todos los que tiene en torno
sólo la hablan de peleas,
de carestía y de riesgos
de su situacion extrema.
Los príncipes son así
todos: áun en las más sérias
situaciones, necesitan
quien la situacion desmienta:
y del fugitivo D'olfos
la infanta á veces se acuerda,
el solo que estar sabia
siempre alegre en su presencia:
el solo que la animaba
con misteriosas promesas,
y el solo que la infundia
una esperanza perpetua.
D'olfos, miéntras que los Arias
hombres adustos de guerra
vigilaban por Zamora,
teniendo galan en cuenta
que la infanta era mujer
por más infanta que fuera,
la inventaba distracciones,
y relatando leyendas,

cantando amorosas trovas
é improvisándola fiestas
familiares, la fingia
una ventura doméstica.
Mas D'olfos estaba ausente;
y aunque se fué prometiéndola
en secreto, y ella sola
lo sabe, felices nuevas,
sólo oia de él informes
malos y malas ausencias;
y aunque en secreto esperábale
era con fe muy incierta.
Estando además la infanta
muy nerviosa y violenta,
no hay ya á familiaridades
quien con la infanta se atreva:
así es que ahora su alcázar
parece el de la tristeza,
y las visiones de un miedo
sin esperanza le pueblan.
En tal situacion la infanta
á través de las vidrieras
miraba maquinalmente
sin que ver nada pudiera
en la oscuridad nocturna,
cuando sintió con sorpresa
á una puertecilla falsa
un toque..... casi una seña.
Sólo persona muy íntima
podia ser, mensajera
de alguna urgente noticia.....
¡plegue á Dios que no funesta!
Corrió á abrir y hallóse en frente
de D'olfos: quedó suspensa
un instante y «¿qué hay?» le dijo:
y él respondió: «Es cosa hecha.

Los castellanos el campo
levantarán, y que venga
escribid á don Alfonso.
—¿Y don Sancho?—Sus banderas
abandonarán mañana
las milicias leonesas,

las de Asturias y Galicia
y la gente aventurera.»
Quedó la infanta asombrada
sin comprenderle, é incierta
entre el miedo y la alegría
dijo á D'olfos con voz trémula:
«Mas ¿quién hizo tal prodigio?
—Un hombre que sólo alienta
para vos, y á quien no hay nada
por vos que imposible sea.
Un hombre que os ama; un hombre
capaz de dar su existencia
por una mirada amante,
por una sonrisa vuestra.»

Doña Urraca era mujer,
niña no, pero áun doncella,
y si inspirar no la plugo
una pasion tan frenética,
no se ofendió de saber
que la inspiraba de véras,
y dejaba sin enojo
que D'olfos se lo dijera.
Él al decírselo estaba
atento á cómo la sienta,
y ella tan mal no sentándola
oíale circunspecta;
mas en las frases de D'olfos
empezaba la princesa
á entrever algo de extraño
que á sobresaltarle empieza;
no porque el amor la asuste
ni porque aquel no comprenda,
sinó por algo que alcanza
de éste al fin que la amedrenta.
Y él á apurarla resuelto
y ella á apurarle dispuesta,
al diálogo interrumpido
tornaron de esta manera.

INFANTA En fin, ¿quién es ese hombre
que tal pasion por mí engendra,
y cómo del rey don Sancho
los batallones dispersa?

D'OLFOS Yo, señora; yo, que os amo;
yo á quien nada hay que detenga
ni amedrente por libraros
de un enemigo en la tierra.

INFANTA ¡Jesús me ampare! ¿qué has hecho?
Habla: que yo te comprenda
bien: ¿qué es de mi hermano?

D'OLFOS Ha muerto.

INFANTA ¡Cómo!
D'OLFOS Atravesado queda
por un venablo.
INFANTA ¡Y tú fuistes!
D'OLFOS Yo, por vos.
INFANTA ¡Maldito seas!
D'OLFOS ¿No le aborreceis?
INFANTA ¡Traidor!
por mucho que le aborrezca,
Judas infame, mi odio
hasta el de Cain no llega:
dijo doña Urraca irguiéndose
con la dignidad más régia.
D'olfos furioso, entendiendo
con ira que inútil era
su infando crímen y vanas
sus esperanzas quiméricas,
irguiéndose ante la infanta
como pisada culebra
dijo, perdido el respeto,
el temor y la vergüenza:
D'OLFOS ¿Es decir, mujer ingrata,
que te salvo y me condenas,
que te pierdo y que me pierdes,
que te adoro y me desprecias!
¿tú, mi cómplice ante el mundo?
INFANTA ¿Yo? ¡insensato!
D'OLFOS Pues qué ¿piensas
que he de cargarme yo solo
con la traicion por tí hecha?
¿Pues la muerte de tu hermano
á quién sinó á tí interesa?
INFANTA ¿Quién osará ni pensarlo?
D'OLFOS Todos, en cuanto mi lengua
lo diga, y quedará póstuma
en la historia la sospecha.

INFANTA Contra la historia y el mundo
Dios me basta y mi conciencia.
D'OLFOS Dios y la conciencia salvan
en el cielo, no en la tierra.
INFANTA Y á tí ni en tierra ni en cielo
habrá quién salvarte pueda.
Dijo la infanta: y lanzándose;
con juvenil ligereza
á la mampara, «¡á mí guardias!»
gritó con ímpetu abriéndola.
Mas cuando el primer soldado
llegó, ya por la escalera
secreta se habia fugado
D'olfos, y habia barreado
la puertecilla por fuera.

La infanta se vió perdida
si en Zamora no presenta
vivo ó muerto al traidor D'olfos,
y ordenó que lo cogieran
á todo trance.—Él, que es hombre
de diabólicas ideas
que á cabo á llevar le ayuda
el diablo que le aconseja,
perdido en Zamora viéndose,
pues de él la infanta reniega,
pensó en salvarse achacándola
su salvacion y perderla.
Cuando su traicion fraguaba
D'olfos, de sus cien maneras
de irse de Zamora al real,
por el rio era una de ellas.
Tenia una balsa pronta,
hecha de una tabla gruesa
con dos rodillos traviesos
para que no se le vuelva,

y un gran lanzon de virar
para evitar, si tropieza,
golpe ó vuelco, tiene atado
á su extraña carabela.
Tiénela á orilla del rio
oculta entre la maleza
y atada á un árbol, teniéndola
para un extremo en reserva.
Corrió á su casa; embolsóse
el oro de sus gabetas;
bajó al rio, entró en la balsa;
una punta de la cuerda
soltó desensortijándola
del árbol y recogiéndola,
dióse un empuje, y fióse
á la corriente revuelta.
Nadie le vió, nadie pudo
en tal lobreguez: sus huellas
borró la lluvia: en su casa
no se halló indicio ni seña
de lo que de él pudo ser,
de su salvacion ó pérdida.
Zamora le buscó en vano;
la infanta quedó en sospecha;
y una y otra sin venganza,
y de inocencia sin pruebas,
se contentaron de D'olfos
con el nombre y la leyenda.

II

Tristísima fué la noche
del rey en el campamento,
con su cadáver en tierra
y la tormenta en el cielo.
Las tiendas arrebatadas
por el ímpetu del viento,

por las aguas de un diluvio
enlodazado el terreno,
los corazones transidos
de horror y de sentimiento,
soldados y capitanes
calados hasta los huesos,

todo en el real de Castilla
era angustia, afan y duelo,
y maldiciones y llantos
y votos y juramentos.
Para el traidor maldiciones;
y votos de amor eterno,
juramentos de venganza
y lágrimas para el muerto.
Extraido ya el venablo,
lavado el tronco sangriento,
tienen el frio cadáver
aderezado en un féretro,
sobre un túmulo formado
con militares trofeos,

alumbrado con hachones
que tienen monjas y clérigos;
y arrodillados en torno
se turnan para tenerlos,
como los que guardia le hacen,
hidalgos y caballeros.
De la tienda real en otro
vecino compartimiento,
velan el Cid y los nobles
adalides del ejército;
todos castellanos; todos
sus partidarios con feudos
en Castilla y de don Sancho
mantenedores resueltos.
La tienda real, que está hecha
con doce argollados lienzos,
encerados por afuera
y tapizados por dentro,
sujetos todos en cruz
con frenadores de cuero,
por anillaje pasados
á las puntas por los centros,
está alzada y sostenida
en ocho mástiles recios,
equilibrados y firmes
en cordones contrapuestos,
y en estacas poderosas
de cuatro en cuatro sujetos;
y está alcázar de campaña
tan segura como un templo.
En ella está la tristeza
veraz, el dolor sincero,
la lealtad que no sabe
bastardar los sentimientos.
Al rededor de esta tienda
acampan los verdaderos

castellanos, los leales
burgaleses, que, aunque envueltos
en fango y tinieblas, guardan
los militares respetos
á sus jefes, y vigilan
campo y trinchera en sus puestos.
Del campo en las otras alas
la inquietud es de otro género:
los jefes tienen consultas,
los soldados cuchicheos.
Van y vienen, salen y entran
pajes y palafreneros;
todo está en desordenada
confusion y movimiento.
Eran ya las altas horas
de la noche; el aguacero
cesaba y el temporal
poco á poco iba cediendo:
si hubieran los zamoranos
aprovechando el momento
de aquel descuido y desórden
¿quién sabe que hubieran hecho?
Mas en buscar al traidor
pensaron sólo; y queriendo
probar que no eran traidores
la oportunidad perdieron.
Los Arias, husmeando á D'olfos
como despistados perros,
al vecindario inquietaron
y la ciudad revolvieron,
y por atender á su honra
su interés desatendiendo,
tal vez de salvarlo todo
triunfando desatendieron.
Sólo la infanta esperando
su salvacion de más léjos,

el caso al rey don Alfonso
escribió, y en el silencio
de la noche á la Felláh
llamó y la dijo: «¿A Toledo,
te atreves á ir?»—Y la mora
dijo:—«Yo á todo me atrevo.
—¿Llegarás?—Sí.—¿Cómo el campo
cruzarás?—Como un conejo,
por entre los mismos piés
del Cid, si con él tropiezo.
—Mejor es que busques paso
por donde él no esté.—Yo vuelo
como las aves y nado
como los peces; sin miedo
queda, sultana, por mí,
que yo por mí nada temo.
—Pues toma y que Dios te ampare.»
Dióla su carta y dineros
la infanta: y para mayor
seguridad y secreto
por el muro descolgándola
por entre el monte y el Duero,
partió la mora: y la infanta
quedó á sus solas diciendo:
«Dios me perdone olvidar
por el rey vivo al rey muerto».
Los príncipes son así
casi siempre todos ellos:
son hombres, mas obligados
á ser príncipes primero.

III

Alboreó: salió el Sol
é iluminó el firmamento
alumbrando los desastres
del temporal en el suelo.

El campo real de Castilla
era un barrizal extenso
dó yacian de sus tiendas
y sus barracas los restos.
Si ha de continuarse el sitio
habrá que hacerlas de nuevo,
pues quedan pocas capaces
de dar abrigo á sus dueños.
Arneses, armas y ropas
chorrean á cielo abierto,
y los caballos de guerra
en estacas y maderos
atados, en vano esperan
el enlodazado pienso,
enfangados hasta el vientre,
trasijados y sedientos.
Por limpiar y pulir sudan
las gualdrapas y los frenos
los jinetes; pero el dia
va á ser corto para hacerlo.
Sólo en las tiendas del rey,
del Cid y otros opulentos
barones, queda algo limpio,
útil, servible ó ileso.
El Cid y los adalides
castellanos, asumiendo
la autoridad y en la tienda
del rey habido consejo,
habian determinado
mandar á Burgos el cuerpo,
y tenian ya el cadáver
encajonado y cubierto.
Ya estaba en un carro fúnebre
colocado, y pronto el séquito
que habia de darle en el viaje
guardia y acompañamiento,

cuando llegó á la real tienda
un grupo de caballeros,
jefes leoneses, cántabros,
asturianos y gallegos.
Los de Castilla, aunque graves,
corteses les recibieron,
del muerto rey que venian
por homenaje creyendo:
mas con sorpresa, en tal caso
por lo inoportuna, oyeron
la razon que dió por todos
de su venida uno de ellos;
diciéndoles en resúmen:
«que desbaratado habiendo
su campamento el turbion;
sin caudales para sueldo
de sus gentes; y esta guerra
nó en pró general del reino
sinó personal del rey
por él sostenida siendo
contra su opinion, creian
que pues leales le fueron
miéntras vivió, habian cumplido;
y libres de todo empeño
juzgándose, desistian
y se apartaban del cerco
de Zamora, de la Infanta
legítimo heredamiento.»
Los de Castilla esperaban
de ellos tal; mas no tan presto,
ni bajo tan mala forma
dicho, ni tan á mal tiempo;
y aunque muchos lo escucharon
arrugando el entrecejo,
todos á la situacion
mirando, se contuvieron.

El Cid, que tácitamente
despues del rey por supremo
adalid está aceptado
en Castilla por lo ménos,
se encargó de contestar
y contestó en estos términos:
«Vuestra partida no extraño,
yo la esperaba, y comprendo
que nadie debe ir en contra
de su conciencia: mas tengo
para mí que es para iros
coger pronto un mal pretexto.»
«Aún no hay rey.»—«Lo es don Alfonso,»
dijo un cántabro.—«En efecto,
lo es, dijo el Cid: mas del moro
es huésped ó prisionero.»
«Volverá,»—replicó el cántabro;
y dijo el Cid: «Debe hacerlo:
mas miéntras vuelve, en Castilla
sin rey nos gobernaremos;
y como somos leales
y justos, en el derecho
de partir ó de quedaros
que os hallais reconocemos.
Obrad, pues, como os pluguiere:
nosotros hemos resuelto
vengar al rey, y Dios juzgue
á cada cual por sus hechos.»
Los disidentes, que horros
salir á tan poco precio
no esperaban, se alejaron
sin más hablar satisfechos.
El Cid les dejó partirse,
y cuando ya les vió léjos,
dijo con tono solemne
á sus castellanos vuelto:

«Caballeros de Castilla,
fijos-dalgos y homes buenos
de Burgos, tomad en cuenta
lo que os propongo: nombremos
un campeon que á Zamora
vaya hoy mismo en nombre nuestro
al traidor Bellido D'olfos
á demandar vivo ó muerto.
Si se le dan muerto ó vivo
con sus cómplices, á haberlos;
si doña Urraca y los Arias
por sí y por todo su pueblo
juran que parte en la muerte
del rey don Sancho no hubieron,
justicia hecha en los traidores,
de Zamora el sitio alcemos.
Mas si no le entregan, queden
por traidores todos ellos:
que nuestro campeon por tales
les acuse desde luego,
y rete desde los Arias
hasta el último pechero,
á batalla, á todos juntos:
y á cinco por uno á duelo.
Si aceptan haremos campo;
si rehusan, ¡por San Pedro
de Cardeña! hasta acabar
con todos, aquí quedémonos.»
Todos lo que el Cid propone
aceptaron y dijeron:
«Mejor que vos nadie puede
ser campeon de Burgos: sédlo.»
El Cid replicó con noble
resolucion: «Yo no puedo:
al viejo rey don Fernando
hice en vida juramento

de no hacer contra sus hijos
armas nunca y protegerlos.»
—«Cogisteis á don García,»
dijo una voz; y sereno
repuso el Cid:—«Le cogí
á brazo, y sólo blandiendo
mi espada contra los que iban
cuando le aterré á cogerlo.»
—«Mas hoy sois contra la Infanta,»
á replicarle volvieron:
mas el volvió á replicar:
«No soy fuerte en argumentos;
mas si se alzara don Sancho
responder pudiera al vuestro
cuánto abogué por su hermana
ántes del sitio: y por eso
á ser campeon de Castilla
contra la infanta me niego.
Yo obro segun mi conciencia:
respetad mi error, si yerro,
y elegid otro campeon.
Pero juez me considero
en nombre del rey su padre
de los infantes, é intento
pedirles cuenta de Sancho:
y á servirles me rebelo
miéntras no prueben ó juren
que nada en su muerte hicieron.»
Dijo el Cid, y conmovido
quedó por unos momentos
durante los cuales todos
guardaron ante él silencio.
Rompióle por fin un mozo
de tan noble nacimiento,
que de los antiguos condes
desciende por abolengo.

Don Diego Ordoñez de Lara
se llama; y aunque mancebo
de años veintiseis, ya hombrea
entre hombres de grande esfuerzo.
Este dijo: «Pues que el Cid
juró lo que fuera bueno
que no jurara, de Burgos
yo por campeon me ofrezco.

Yo iré á Zamora por D'olfos,
y si sin D'olfos me vuelvo,
retaré á los zamoranos
uno á uno ó ciento á ciento,
como quiera que se atengan
á la batalla ó al duelo:
á duelo en campo estacado,
á batalla en campo abierto.
Yo lidiaré en la batalla
como es ley con cinco de ellos;
y si os dejo mal, será
dejando en la lid los huesos.»
A estas palabras del mozo
el Cid y los jefes viejos
por campeon aceptáronle
y su bendicion le dieron.

Trás esto empezó su marcha
á emprender á paso lento
la comitiva mortuoria
con aparato funéreo:
y segun iba cruzando
el Real á campo travieso,
soldados y capitanes
íbanse en pos reuniendo.
Al trasponer las barreras
tras sus atrincheramientos
se hincaron todos, enviando
al rey su adios postrimero.
Aún se apercibia el carro
negrear por el sendero
del monte, cuando empezaban
á partir del campamento
las huestes desordenadas
de asturianos y gallegos,
cántabros y leoneses;
y al llegar el sol al centro
del cielo, los castellanos
se preparaban el cerco
á mantener por sí solos
tan leales como tercos.

IV

Lo que de Castilla entera
lograr no pudo el valor,
el miedo de la deshonra
de Zamora lo alcanzó.
Los Arias se acobardaron
cuando con resolucion
caballeresca don Diego
entrada en ella pidió.
Todo el pueblo salió al muro,
mas nadie tuvo valor

para franquear á don Diego
la entrada en la poblacion.
Al oir que muerto ó vivo
les demandaba al traidor,
acusándoles por cómplices
del regicidio sinó,
quedaron mudos é inmóviles
en la triste conviccion
de no poder entregarle
ni tener prueba mejor.
Don Diego, dando por causa
de tal irresolucion
la de hacer causa de todos
de D'olfos el hecho atroz,
dijo airado, en los estribos
alzándose: «Una de dos:
con D'olfos, ó contra D'olfos;
pues de Zamora salió
y se refugió en Zamora,
lo qué es de él en conclusion
debeis saber: conque ó dádmele
ó con él traidores sois.»
Era dilema sin réplica,
y sobre Arias ejerció
y sobre el pueblo una especie
de aojo ó fascinacion.
Mirábanse unos á otros,
unos de otros con temor
de darse ó de ser tomados
por reos de la traicion,
y aquel alucinamiento
que les embarga, mayor
cuerpo dando á la sospecha
y más fuerza á la razon
de don Pedro, alucinándole
de exasperarle acabó,

y al fin á los zamoranos
dijo con tremenda voz:
«Traidores sois: y por ello
malditos seais de Dios;
yo os reto, pues, como á viles
sin fe, indignos de perdon,
hijos de padres infames
y de madres sin honor.
Yo os reto como á traidores
uno á cinco, diez á dos,
veinte á ciento y ciento á mil,
desde el pechero al baron,
desde el más grande al más chico,
desde el infante al pastor,
y á cuantos hombres nacidos
dentro de Zamora son,
y á cuantos hijos nacieren
de quien de ellos concibió.
Malditos sean, traidores,
malditos sean de Dios
las aguas de que bebeis,
el pan que os da nutricion,
el aire que respirais,
el fuego que os da calor,
la luz que os luce, y la sangre
con que os late el corazon.»
Y de este atroz torbellino
de maldiciones en pós,
don Diego contra los muros
de Zamora arremetió,
y en señal de desafío,
de desprecio y de baldon,
rompió la lanza en sus piedras
y luégo las escupió.
Y esto hecho, volviendo grupas
tornóse al campo veloz,

dejando á los zamoranos
en muda estupefaccion.

Arias Gonzalo á su pueblo
reanimar procuró,
pero en vano: entrado habia
en ese torpe estupor
en que cáen los pueblos bravos
cuando entran en reaccion
de miedo, trás de un esfuerzo
gigantesco de valor.
El de Zamora, extenuado
del hambre en la inanicion;
más acorralado viéndose
cuando libre se creyó:
viendo por el regicidio
hecha su causa peor:
presa de un miedo que engendra
en él la supersticion
de que Dios le abandonaba
de mengua y de deshonor
cargándole, cayó en hondo
desaliento, y se obcecó
fundando sólo de D'olfos
en el castigo su honor,
y en entregarle tan sólo
su rehabilitacion.
Arias Gonzalo, arrastrado
por tal creencia, perdió
su serenidad; la infanta
encerrada en lo interior
de su alcázar esperaba
de Alfonso la intervencion
que no llegaba.—En seis dias
nadie en Zamora durmió

buscando á D'olfos, por cuya
total desaparicion
llegó á creerse que al diablo
tuviera por protector.
Fueron seis dias de afan:
y en todos sin excepcion
don Diego Ordoñez de Lara,
al salir y al caer el sol,
del muro al pié repetia
su reto y su maldicion;
y nadie contra él osaba
salir de Zamora en pró.
¡Hechos de aquel tiempo heróico
que archiva la tradicion!
nadie á traicion desde el muro
tampoco dañarle osó.

V

Los hombres como los Arias
no sufren más que intervalos
de debilidad; el tino
pierden tal vez, nunca el ánimo.
Al medio dia del sétimo
el buen viejo Arias Gonzalo
llamó á asamblea en la plaza
á todos los zamoranos.
A la infanta doña Urraca
obligó á que en un estrado
la presidiera, y así
habló á sus conciudadanos:
«Habitantes de Zamora,
oid, que con todos hablo,
desde el primer baron libre
hasta el último vasallo.
Don Diego Ordoñez de Lara
nos reta como á villanos

y traidores si al traidor
Bellido D'olfos no damos.
Bien sabeis que hemos revuelto
la ciudad de arriba á bajo,
y á lo que parece á D'olfos
ó ampara ó se llevó el diablo.
Veo con asombro y duelo
vuestra flaqueza y desánimo
y que en lugar de batiros
pensais sólo en sinceraros.
Por mi parte, de los fieros
de don Diego ya estoy harto,
y he resuelto con mis hijos
salir con él á hacer campo.
Mas saber ántes me importa
si con justicia me bato,
pues no quiero como bueno
morir en empeño malo.
Ciudadanos de Zamora,
por todo lo que hay sagrado
en el cielo y en la tierra
os conjuro y os demando
que declareis si hay alguno
entre vosotros culpado
de parte ó conocimiento
en la muerte de don Sancho.»
«¡Nó!»—respondieron á un tiempo
todos.—«Por Cristo jurádmelo,»
dijo él: y dijeron todos
á una voz: «Te lo juramos.»
«Elegid, pues, siguió el viejo,
doce barones fiados
que vayan á hacer del duelo
las condiciones y pactos:
y en cuanto esté hecho el palenque,
puestos de Dios al amparo,

mis hijos y yo en la liza
haremos lo que podamos.»

Dijo Arias; y la asamblea,
sus doce jueces nombrando,
se disolvió, y doña Urraca
les envió al Real Castellano.

VI

En Toledo estaba Alfonso
al parecer sin cuidados
y entretenido en amores,
que no fué él Alfonso el Casto.
En Toledo estaba siendo
del Emir Mahometano
la delicia y de las moras
toledanas el encanto:
todo al parecer á cazas,
á fiestas y á zambras dado,
pero en realidad atento
á Castilla y á su bando.
Don Per Anzules, el noble
conde vallesolitano,
que le siguió en el destierro
y que es en él su privado,
miéntras él finge que atiende
sólo á amoríos livianos,
atento está á sus negocios
por él, y avizor velando.

Cien alas y lenguas dieron
á la Fama los paganos,
y á fe que mete más ruido
y anda más que los nublados.
Ya por su voz indiscreta
y vagabunda los átomos
de algo nuevo ha percibido
el conde en el aire vago;
pero por más que las sendas
espia y demanda al paso
á vagos y traficantes,
vagamente barrunta algo.
Mas algo que nada explica
ni aclara; rumor sin datos
de agitacion en Castilla
y de sucesos extraños;
algo que áun es casi nada,
mas que le trae sin descanso
temiendo que se haga un monte
lo que áun de arena es un grano.
Era una tarde de un dia
de invierno, frio mas claro,
y el Sol en el occidente
se hundia trémulo y cárdeno.
Don Alfonso y Per Anzules
exploraban al acaso
los confines de la vega,
como sabuesos husmeando
el aire y la tierra, en donde
esperan siempre presagios
de algo que en sus esperanzas
no existe fuera de cálculo;
y ya á volver iban riendas
á la ciudad, por debajo
del inmarchito ramaje
de encinas y de castaños,

cuando en una encrucijada
de tres sendas se pararon
de repente, percibiendo
un galope no lejano.
Que un jinete ande á galope
en campo abierto, no es caso
que asombrar pueda á dos hombres
como si fuera un endriago;
mas para el que ansioso espera
nuevas de país lejano,
todo el que galopa puede
ser correo ó emisario.
El que galopar oian
y que se iba aproximando
por uno de los senderos
de los que ven sólo un cabo,
traia sin duda alguna
miedo de dormir al raso
y espoleaba por no hallar
los postigos ya cerrados.
Don Alfonso y Per Anzules,
teniéndolos todos francos
por órden de Alí Maymun,
no hacian del tiempo caso.
El que venia avanzaba
rápidamente, y en tanto
que le esperaban de frente,
desembocó por el flanco.
Era un almogávar moro
cubierto de polvo y barro,
cogidos segun parece
por un camino muy largo.
Al dar en la encrucijada
con los dos nobles cristianos,
paróse: y reconociéndoles
echó pié á tierra de un salto.

Postróse ante don Alfonso,
y haciéndole á uso africano
tres zalemas y la orla
de su túnica besando,
se levantó, presentóle
con muy gentil desenfado
un pergamino, y le dijo:
Salam aleika! entregándoselo.
Era la Felláh enviada
por él á Zamora; pálido
de emocion, rompió los sellos
don Alfonso, y leyó ávido,
y lanzó un grito..... ¡quién sabe
si de alegría ó de espanto!
al descifrar de su hermana
los confusos garrapatos.
«¡Sancho ha muerto!»—dijo Alfonso
y Per Anzules: «Pues vámonos.»
Miróle severo el príncipe,
y el conde calló asombrado.
Mandó á la Felláh que echase
detrás de ellos, y á buen paso
sin hablar más, fué á apearse
del rey moro en el palacio.

Don Alfonso entró derecho
de Alí Maymun en el cuarto
seguido de la Felláh
y del conde cabizbajo.
Don Per Anzules temia
que aprovechase el rey bárbaro
la ocasion de haber á un rey
de Castilla entre sus manos,
y que á la vuelta á su reino
pusiera astuto reparos,

con él á hacer obligándole
desventajosos tratados.
Anzules opinó siempre
por huir sin hacer tratos
que rebajaran á Alfonso
ante el pueblo castellano.
Salvarse en Toledo habia
sido astucia de un rey cáuto,
mas fuera mengua volver
con el moro atraillado.
No fuera rey en Castilla
bienquisto tras de don Sancho
el que á costa de los moros
no la siguiera ensanchando.
Hé aquí por qué Per Anzules
entraba con sobresalto
temiendo que el rey del árabe
se iba á enredar en los lazos.
Mas don Alfonso tranquilo
ante Alí Maymun llegando,
le dijo, sin emplear
circunloquios ni preámbulos:
«Esta Felláh que envié á Urraca,
vuelve de ella con encargo
de decirnos lo que pasa
en mi reino; preguntádselo.
—No es menester, dijo el moro:
ya lo sé. Murió tu hermano
y eres rey: mis mensajeros
son más fieles y más rápidos.»
Y con un gesto imperioso
despidiendo al secretario,
á la Felláh y á los guardias,
los tres á solas quedaron.
Entónces á don Alfonso
junto á sí el moro sentando,

dejando en pié á Per Anzules
trabó de este modo el diálogo:
—¿Qué quieres, rey de Castilla,
de Alí Maymun?
—Un abrazo,
y para entrar en mi reino
que me dés tu beneplácito.

Yo soy tu huésped: he sido
por tí como hijo tratado,
y no pienso separarme
de tí como un hijo ingrato.
Fugarme me aconsejaban
mi hermana y mis partidarios;
se huye de enemigos viles,
no de nobles soberanos.
A tí he venido sin miedo
cuando me hallé en desamparo;
como te dí mi cabeza
mi corona te demando.
He dicho: dí tú.
—Hijo mio,
hablas como bueno y sabio

y obras como fiel y noble;
si huir intentaras, sábelo,
hubieras sido cogido
con los tuyos y hecho esclavo,
que es lo que hacer me aconsejan
contigo mis cortesanos.
Pero pues de mí te fias,
te pondré en Castilla salvo,
aunque contra mí se vuelvan
mis bereberes fanáticos.
Todos los caminos libres
tendrás mañana, y caballos,
guías, escoltas y pases:
yo diré que te has fugado.
Te descolgaré yo mismo
de noche del muro al Tajo,
y haré que por él te lleven
á tierra segura en barco.
Corre, y Alláh te bendiga:
prométeme sólo en cambio,
á pesar de nuestros súbditos,
paz leal miéntras vivamos.
—Te lo juro.
—Alláh te premie
ó te castigue.—Descanso
vé á tomar: para mañana
voy yo todo á preparártelo.
Esto dicho, Alfonso sexto
y Alí Maymun se abrazaron;
y el conde don Per Anzules
lo miraba estupefacto.

Y en su lecho revolviéndose
por el placer desvelado,
se decia aquella noche
los dos reyes comparando:

«Alí sabe pescar bien
en rio revuelto y manso;
pero Alfonso es una anguila
que se le va de las manos.»

VII

Dia de los Inocentes
un hora despues del alba,
del obispo de Zamora
la misa oia la Infanta.
Del leal Arias Gonzalo
el hijo cuarto Pedr'Arias,
mozo de años veintitres,
del presbiterio en la grada
está de hinojos, y ante él
depositadas las armas
que ha de usar y las espuelas
que ha de calzarle la Infanta.
Sin ser caballero, armado
de aquellos tiempos á usanza,
ningun campeon podia
entrar en liza aplazada;
y siendo él de sus hermanos
quien la primera batalla
ha de reñir, caballero
ántes la Princesa le arma.
Sobre el arnés pieza á pieza
recitó las frases santas
el obispo, y las bendijo
ante la hostia consagrada.
Su padre que era el padrino
le dió al tiempo de entregársela
con la espada de dos cortes
la inexcusable espaldada;
y sobre un cojin de raso
teniendo el mozo las plantas,

le calzó la espuela de oro
su madrina doña Urraca.
Dióle un abrazo el obispo
y diéronle la acolada
cuantos nobles contenia
la capilla del alcázar.
Entónces Arias Gonzalo
tragándose mal las lágrimas,
completó la ceremonia
diciéndole estas palabras:
«Caballero eres, mi hijo;
haz como los de tu casa
hasta mí han hecho, mirando
siempre el riesgo cara á cara.
Caballero de Zamora,
á lidiar vas por tu patria;
si vences, sé generoso:
si vencido, muere y calla.
Tras de tí irán tus hermanos,
tras ellos yo, si me os matan:
y si yo no os vengo, juntas
al cielo irán nuestras almas.
Sed dignos de mí, hijos mios;
ya las trompetas nos llaman;
morid y no huyais; por Cristo,
no deshonreis vuestra raza.»

Ya estaban los castellanos
guarneciendo la estacada
de Burgos y de Zamora
mitad por mitad con guardas.
Los jueces del campo tienen
dentro de la empalizada
un andamio colocado
en parte cómoda y alta;

los obispos de Leon,
Santiago y Burgos, mitradas
las cabezas, con sus báculos
pastorales y las mangas
de sus parroquias, delante
de un altar móvil aguardan
á los campeones que deben
jurar lealtad á la entrada.
El Cid en un alto escaño
á alcance de las miradas
de todos, y dominando
por dentro y fuera las vallas
con la suya, estaba atento
á que al pueblo acomodaran
los guardas, sin que á ninguno
dieran queja ni ventaja.
Todo el pueblo de Zamora
y el ejército que acampa
por Burgos, delante de ella
en muchedumbre compacta
se apiñaban de la liza
en derredor, y la Infanta
y su corte iban el paso
á ver desde la muralla.
Despues que los pregoneros
con voz vigorosa y clara
á ambos pueblos anunciaron
las condiciones pactadas;
y despues que los farautes
silencio á la gente baja
impusieron, de castigos
atroces con amenazas,
cuando á punto lo vió todo
y á toda la gente en calma
pronta á presenciar la justa
sin impedirla ó turbarla,

dió el Cid la señal de abrir
la liza: y bien nivelada
y limpia, quedó la arena
á los combatientes franca.
Fué el primero que entró en ella
don Diego Ordoñez de Lara
en un caballo bardado
de acero aleman con llantas.
Todos los arneses negros
traia, y de la celada
solamente en la cimera
un creston de plumas blancas.
Apénas en el palenque
por el lado norte entraba,
cuando por el sur á escape
lanzábase en él Pedr Arias.
El caballo de don Diego
era de sangre normanda;
reposado aunque brioso
y de fuerza extraordinaria.
El de Pedr'Arias era árabe,
cenceño, inquieto, y con trazas
de estar muy amaestrado
en saltos y suertes rápidas.
Don Diego miéntras su parte
de campo y de sol tomaba
examinó al enemigo:
y á ver su primera entrada
esperó para juzgarle,
pues su presencia es bizarra.
El mozo tomó su puesto
con impaciencia marcada.
Sonó el clarin: arrancaron;
topáronse: y con extraña
destreza hicieron astillas
uno y otro sus dos lanzas.

El caballo árabe casi
tocó tierra con las ancas;
mas miéntras don Diego via
si caia ó si se alzaba,
se encontró á Arias por el flanco
metiéndosele á estocadas,
como si él fuera de pluma
ó el caballo tuviera alas.
Picado Ordoñez sintiéndose
en la carne y en el alma,
sentó su caballo dando
al mozo inquieto la cara:
y cuando el mancebo un círculo
quebrando, le dió otra entrada,
le dió un tajo en la cabeza
don Diego con tal pujanza,
que con él dió en tierra, y fin
con su vida á la batalla,
pues dejó al mozo tendido
de sangre sobre una charca.
Contemplándole don Diego
dijo: «Era un niño..... ¡qué lástima!
Si le dejaran ser hombre
con los mejores hombreara.»
Tornó á su puesto en la liza,
sacaron de ella á Pedr'Arias,
y se oyó en el muro el llanto
de la Princesa y sus damas.
Arias Gonzalo más pálido
que su blanquísima barba,
paralizado tras ellas
ni oraba á Dios ni lloraba.
Fijas entre cielo y tierra
las pupilas, sus miradas
de tierra y cielo apartando,
nada ver aparentaba.

Sonó el clarin: aquietóse
el pueblo: y ébrio de rábia,
entró en el palenque á brincos
su tercer hijo Diego Arias.
Pidió otra lanza don Diego,
mojó con un buche de agua
la piel de su guantelete,
y tomó puesto tanteándola.

El segundo Arias es hombre
de buena estatura, de anchas
espaldas y monta erguido
un corcel de mucha alzada:
tiene aspecto de hombre récio
y de buen jinete planta,
pues cae á plomo en la silla
y bien su caballo manda.
Mas se ve que viene ciego
por la sed de la venganza,
y de la impaciencia siempre
partido don Diego saca.—
Soltáronles, y arrancaron,
topándose. ¡Suerte brava!
Don Diego su lanza rompe
del mancebo en la coraza
sin moverle de la silla;
miéntras él la suya encaja

por bajo el brazo derecho,
y hombro y brazo le desarma.
Tendióse hácia atrás Ordoñez
vencido de la lanzada
de Diego Arias, que por poco
de los arzones le arranca:
y cuando volvió á equilibrio,
vió que aparentando calma
á que otra lanza tomase
ya el zamorano aguardaba.
Tomóla cambiando sitio
quedando al Sur; y enristrándola,
vió que desarmado el brazo
expuesto el hombro quedaba,
si el bote el mozo repite,
lo que es natural que haga
teniéndole ya estudiado
sobre aquella parte flaca.
Mas don Diego en su desarme
no vió más que la ventaja
de tener más libre el brazo
para manejar su lanza.—
Partieron: Ordoñez muestra
segun su posicion baja,
ó debilidad, ó intento
traidor que al caballo amaga.
El zamorano mirándole
recogerse tanto, trata
de nivelar el encuentro
y el punto de mira cambia;
pero Ordoñez de repente
y al llegar á él, levanta
su tiro; hiere con ímpetu
de la visera en las barras,
y miéntras Arias su hierro
por los pretales resbala,

por el ojo izquierdo Ordoñez
derribándole le ensarta.
Un grito desesperado
dió el infeliz Diego de Arias,
y arrancado de la silla
á tierra vino de espaldas.
Revolvió Ordoñez atento
á rematarle si se alza;
pero era inútil: el hierro
hasta el cerebro le entraba.
Los castellanos rompieron
en aplausos: doña Urraca
en llanto; y Arias Gonzalo
del terror como la estatua,
inmóvil permanecia
sin accion y sin palabras,
cual si temiera al moverse
arrancar del cuerpo al ánima.
Los zamoranos con miedo
ya áun de Dios desconfiaban
y los jefes viendo á Ordoñez
que del hombro herido sangra,
le mandaron que á su tienda
á curar se retirara.—
Mas él, en su tienda entrando,
dijo á los jueces: «No es nada:
¡otro arnés y otro caballo!
Con que no me enfrie basta;
no perdamos pues el tiempo,
que el Arias tercero aguarda.»

¡Fiereza brutal del hombre
convertido en bestia brava,
que de su razon por prueba,
como irracional se mata!

Costumbres de siglos bárbaros
que aún heróicos se llaman,
que á gloria tienen los pueblos
y que los poetas cantan;
mas costumbres á mi juicio
tan estúpidas y bárbaras,
que hacen dudar de su orígen
divino á la raza humana.—
Mas tal es la historia nuestra:
no es culpa mia si es bárbara:
yo cumplo con advertírselo
á mi pueblo al relatársela.

VIII

Vuelto al fin del paroxismo
de dolor que al padre ahoga,
volvió el viejo Arias Gonzalo
á su bárbara fe heróica:
y viendo á su tercer hijo
que para entrar en lid monta
á caballo al pié del muro,
así desde él le apostrofa:
«Vé, Hernan D'arias, vé, hijo mio,
y que no te sobrecoja
el oler sangre en la liza
por ser nuestra sangre propia.
Tu causa es buena: si Dios
tu buena causa abandona
y eres vencido..... ¡por Cristo
que mueras, hijo, con honra!
Moriremos uno á uno
todos cinco por Zamora;
y si Dios nos desampara,
Él de nosotros responda.»
No se sabe si Hernan D'arias
oyó estas frases: si oyólas,

nada respondió á su padre
atento á lo que le importa
por el momento: el cuidado
de sus armas y persona,
que de la prez de su estirpe
van á ser mantenedoras.
A caballo ya, tantea
cinchas y riendas: coloca
bien los piés en los estribos
y en la silla se encajona.
Mueve y revuelve el caballo
para ver si algo le estorba
ó le hostiga que le impida
ser dócil á la maniobra;
y hallándose á gusto, pide
broquel y lanza: los toma,
pica, y del campo á las puertas
presentándose se nombra.
Abriéronle todos paso;
juró, é hicieron las trompas
señal de atencion, la gente
contemplándole anhelosa.—
Don Diego Ordoñez al són
de los clarines, por la otra
parte al palenque bajando
con nuevas armas, galopa
sobre un caballo de encuentros
ancho, largo de carona,
y tan duro de jarretes
como sentido de boca.
Al presentarse don Diego
la gentualla bulliciosa
quiso aplaudir: mas el Cid
gritó con voz estentórea:
«¡Silencio! Dios y los jueces
entre Castilla y Zamora

juzgarán:—el que partido
tome en la lid, va á la horca.»
A cuyas palabras dócil,
inmóvil y silenciosa
la multitud quedó en torno
de la arena á lid pronta.
Don Diego en vez de armadura
de piezas, viste una cota
con mangas, cuello y capucha
que de la cabeza dobla
la defensa bajo el casco,
y que por debajo sobra
de la coraza, argollada
por el puño á las manoplas.
Bajo ella de pierna y brazo
se ve la atlética forma
muscular, adivinándose
su agilidad vigorosa:
y entra al parecer resuelto
á emplear su fuerza toda
en la primer embestida,
para ahorrar fatiga y horas.
Hernan D'arias viene armado
y montado á la española,
con armadura vizcáina
tan sencilla como sólida.
Su caballo es bayo-lobo,
árabe y criado en Córdoba,
más recio que corpulento,
de una agilidad que asombra.
Sus pupilas centellean,
y cuando respira y sopla
parece que en las narices
enciende dos ascuas rojas.
Los dos campeones son pares,
y en ambos á dos se nota

el ardor por el combate
y el afan por la victoria;
en Arias por dejar libre
á su pueblo de deshonra,
y en Lara por inmolar
á su rey tal hecatomba.
Ya están ambos en su puesto
y esperan sólo que se oiga
la última señal, pudiéndose
sentir volar una mosca.
¡Partid!—gritó el real heraldo:
y el uno del otro en contra
partieron como dos piedras
disparadas de dos hondas.
Encontráronse con ímpetu
de torbellinos, y rotas
las lanzas en los broqueles,
la carrera ambos se cortan.
Ambos vacilan un punto
miéntras los caballos cobran
el equilibrio; mas, firmes,
ninguno se desarzona.
Ménos sentido Hernan D'arias
del encuentro, ó más briosa
su ágil bestia amaestrada
en la escaramuza mora,
quebróla á zurdas con rápida
destreza maravillosa,
y dió una estocada á Ordoñez
por ventura suya corta.
Don Diego al sentirse herido
caballo y hierro recobra,
y se la paga en un tajo
que le hace el broquel dos hojas.
Arias entrando y huyendo
tan sin descanso le acosa,

que por tres golpes que pára
siente que cuatro le tocan:
y á no ser por los anillos
de su bien templada cota,
ve que su piel ya estuviera
por más de tres partes rota.
Su caballo que no puede
revolverse en tierra poca,
da en vez de quiebros corcovos,
se engalla, se barre y bota.
Don Diego al ver la ventaja
de Hernan D'arias, reflexiona
que va á perder tal partida
si su caballo acalora;
y de repente, sacándole
cual si se le huyera, á posta
esquivando á Arias, terreno
le gana: en carrera loca
creyéndole Arias huido,
da sobre él: mas él le afronta
de repente revolviéndose,
y sin darle á que recoja
su ciego caballo tiempo,
por entre el peto y la gola
metióle don Diego rápido
de su ancha espada la hoja.
Arias sintiéndose ahogarse
su ciego esfuerzo redobla;
jinete y caballo á tajos
en lugar de herir azota,
y con el último, al caer
con las mortales congojas,
cortó al caballo de Ordoñez
brida, belfo y muserola.
El bruto desenfrenado,
se espanta, huye y se desboca:

y miéntras al tercer Arias
su misma sangre le ahoga
salta la estacada y saca
de ella á Ordoñez, cuya cólera
no tiene límites viendo
de los Arias la victoria.

Ley de esta lid: «quien del campo
sale, pierde y se deshonra
aunque venza; se supone
que huye y que el triunfo abandona.»

IX

A este lance inesperado
que da al desafío un éxito
contradictorio, imprevisto
en los códigos del duelo:
pues le da fin, por vencido
dando al vencedor don Diego
y por vencedor al Arias
por él en la liza muerto,
se armó un terrible tumulto
entre soldados y pueblo
de Zamora y de Castilla
por fallar en su pró el pleito.

Mezclados en el palenque
ciudadanos y guerreros,
viejos y mozos, mujeres
y hombres, nobles y plebeyos,
gran vocerío levantan,
todos tener pretendiendo
la razon y la victoria
segun su ver y comentos.
Unos dicen: «fué vencido:
salió del palenque huyendo.»
Otros gritan: «fué el caballo
el que huyó, nó el caballero.»
Unos: «es juicio de Dios.»
Otros: «es juicio de necios.»
Unos: «sin accion no hay culpa,»
y otros: «no hay duda en los hechos.»
«Salió del campo.»—«Sacóle
su caballo.»—«Porque el freno
le rompió Arias.»—«Por acaso.»
«Fué buen golpe.»—«No fué bueno.»
Y unos y otros en su juicio
sin ceder, á cual más tercos,
sostenian sus razones
con insultos y denuestos;
y no entendiéndose nadie
y nadie á escuchar dispuesto,
ya en alto andaban los puños
y era la liza un infierno.
Los jueces y el Cid que aparte
sobre el caso resolvieron,
pusieron fin al tumulto
lanzas en la lid metiendo
y á unos con voces y amagos,
y á los más hoscos y aviesos
con los cuentos de las lanzas,
entrar en cuentas hicieron.

Y de ambos campos la fuerza
poniendo á la ley por medio,
velis nolis de la ley
el fallo á oir se avinieron.
Entónces sobre el estrado
de los jueces el Cid puesto,
dijo, escuchándole todos
en absoluto silencio:
«El juicio de Dios ha estado
en esta lid manifiesto.
Los jueces fallan..... ¡y nadie
reclame en tierra ni en cielo!
que Zamora queda limpia
de traicion: que se alza el cerco:
que Diego Ordoñez de Lara
ha cumplido como bueno:
que él y los Arias de culpa
y tacha quedan exentos:
y la lid, por Dios cortada,
no há lugar al cuarto duelo.»
Dijo el Cid: diéronle un vítor
los dos enemigos pueblos
reconciliados, quedando
ambos por él satisfechos.
Mas el tumulto extinguido
á estallar volvió de nuevo
de repente, y de la liza
por los dos lados opuestos.
Por el del Norte, dejando
en mitad del campo muerto
á su caballo, pasándole
la espada por los encuentros,
llegaba á pié Diego Ordoñez
desatentado y sangriento
otro caballo y otro Arias
desaforado pidiendo.

Y en vano por contenerle
sus amigos y sus deudos
hacian para impedirle
entrar en la liza esfuerzos:
él no oía ni veía
desatinado y colérico,
y ya contra él y por él
iban gentes acudiendo.
A la parte sur del campo
don Arias Gonzalo el viejo,
armado hasta las mandíbulas
desafiaba á don Diego.
En vano le sujetaban
los zamoranos, asiendo
las bridas de su caballo
que él espoleaba frenético:
en vano la misma Infanta
que atropellando, con riesgo
de su decoro, tras él
se vino hasta el campamento,
se le ponia delante
desmelenado el cabello,
con lágrimas conjurándole
á desistir de su empeño.
Los pueblos y el mar se agitan
fácilmente á cualquier viento,
y los de Zamora y Burgos
ya en remolino revuelto
de Norte á Sur comenzaban
á alzar tumbos turbulentos,
agrupándose á sus bandos
y las armas requiriendo.
El Cid y los adalides
discurrian ya algo inquietos
cómo echar agua y no sangre
sobre aquel naciente incendio,

cuando del real destacándose
en ruido y en polvo envueltos,
un buen golpe de jinetes
vieron correr hácia ellos.
Dió el grito el Cid de «¡los moros!»
y la contienda rompiendo,
á los que del real venian
unos y otros atendieron.
Venian como una tromba:
apénas tuvo el Cid tiempo
para salir á caballo
con cien nobles á su encuentro
«¿Quién vá?» gritó espada en mano.
«Paso haced,» le respondieron.—
¿A quién?—Al Rey—¿A qué rey?
—Al rey don Alfonso Sexto.
Y el infante don Alfonso
con un numeroso séquito
de cristianos y de moros
en tren y atavío espléndidos,
echó pié á tierra á la entrada
del palenque; y le echó al cuello
los brazos al apearse
la infanta reconociéndolo.
Estrechóla él en los suyos;
y con imperioso acento
dijo á ninguno y á todos
dirigiéndose: «¿Qué es ésto?»—
Todos callaron: el vulgo
y los soldados por miedo
de su continente altivo;
y los jefes porque léjos
se quedaron agrupados
detrás del Cid, y en el centro
de las haces burgalesas
que se les iban uniendo.

El Infante atravesando
la muchedumbre sereno,
se fué al Cid y á él y á los suyos
se dirigió repitiendo:
«¿Qué es esto?—¿Burgos me esquiva
cuando á mis tierras regreso?»
El Cid respondió con firme
pero respetuoso acento:
«Burgos, señor, os demanda
con firmeza y con respeto
una gracia, por su rey
ántes de reconoceros.
—¿Cuál?—De que estais inocente
de una muerte el juramento.
—¿De la muerte de mi hermano
muerto por Dolfos?—Por eso
hubo aquí un juicio de Dios
que deja de culpa ilesos
á los de Zamora: á vos.....
si jurais, os juraremos.»
Enmudecieron de asombro
todos del Cid al arresto:
y don Alfonso escuchándole
enrojeció y frunció el ceño.
«Jurad, le dijo don Per
Anzules interviniendo:
no hay ni papa excomulgado
ni rey traidor—¡Por supuesto:
dijo el infante, á este dicho
del privado sonriendo:
nada hay que jurar me impida.
Juro.....—«Señor, en el templo
de Santa Gadea es donde
se jura y coronamiento
de sus reyes hace Burgos.»
Dijo el Cid: y el entrecejo

frunciendo Alfonso repuso
mal conteniéndose: «Acepto.
Id pues á esperarme en Burgos.»
«Allí á esperaros iremos,»
respondió el Cid saludándole:
y las espaldas volviendo
metióse en Zamora el príncipe
con su hermana: convencieron
y amistaron, perdonándose
ambos, á Arias y á don Diego;
y alzando los burgaleses
el campo aquel dia, dieron
la vuelta á Burgos, quedando
sin rey hasta el juramento.

I

En aquella edad bravía
de gran fé y grandes peleas,
habia en cortes y aldeas
grande atraso todavía;
y áun comprendian muy mal
córtes, pueblo y municipios
cosas que hoy son ya principios
de utilidad general;
y áun de las públicas rentas,
al pensar en el empleo,
con las rentas del correo
no se habian echado cuentas.
Así que un noble de España
cuando á campaña salia,
á saber más no volvia
de su mujer en campaña;

á no que por un azar
hallándole en su camino,
bagajero ó peregrino
le hablaran de ella al pasar.
El Cid, que á Burgos volvió
de él ausente un año largo,
á hacerse comenzó cargo
de lo que en él sucedió.
Dos cosas de consecuencia
nuevas hallaba en su hogar,
que añadian á la par
pena y gozo á su existencia.
Una: que otra hija tenia,
doña Sol, que era un hechizo;
otra; que vió, cuando hizo
sus cuentas, que empobrecia.
De Zamora habia el asedio
sus dineros consumido,
puesto que no habia habido
saqueo y presas por medio.
Amor y honor en su hogar,
á él al volver le esperaban,
mas pobres con él tornaban
sus hidalgos de Vivar.
Jimena se echó en sus brazos
con fe y efusion prolijas,
teniendo en brazos dos hijas
de sus entrañas pedazos.
Su hijo, mancebo quinceno
de tan precoz desarrollo
que, alto y fuerte como un rollo,
ya para la lid es bueno,
de su buena madre en pós
salió á abrazarle; y el Cid,
viéndole ya apto á la lid,
dijo: «Bendígate Dios.»

Bibiana, vieja asturiana
con fuerza y salud de moza,
con los derechos que goza
en la casa castellana,
le dió su abrazo al entrar
tan sin aprension ni empacho,
como si fuera un muchacho
de la escuela del lugar.
Y así entró el Cid en su casa.
Dejémosle allí dichoso
miéntra el tiempo proceloso
tormentas sobre él amasa;
que en Castilla siempre al bueno,
al grande y al que merece,
en vez de loa parece
que se le ha de dar veneno.
Miéntras doña Sol mamaba
y hombre don Diego se hacia,
y el Cid en órden ponia
la hacienda que le quedaba,
doña Urraca y don Alfonso
se abrian camino ancho
hasta el trono de don Sancho
sin rezarle ni un responso.
¡Maldito afan de reinar,
que hace á los reyes romper
con el amor y el deber
y á los muertos olvidar!
Doña Urraca, previsora,
sagaz y astuta, procura
poner la vía segura
desde Burgos á Zamora.
La infanta, siempre doncella,
por rencor que en su alma abriga
fué siempre dada á la intriga
y Alfonso reinó por ella.

Este, que desde muy niño
por la viudez de su padre
la tiene en lugar de madre
y gran respeto y cariño,
la da una grande ingerencia
en las cosas del Estado,
y gran fe en ella le ha dado
de su acierto la experiencia.
Atento á los intereses
del nuevo Rey castellano,
quiere á Castilla á su hermano
dar contra los burgaleses.
Alfonso por sus consejos
no debe en Burgos entrar,
tras él sin poder llevar
todos los demás concejos;
y habiéndose don García
de su prision escapado,
debe ir contra el rebelado
hasta ahogar su bandería.
Don Alfonso, obedeciendo
sus consejos, acudió
á Galicia, le venció,
le encarceló; y se fué haciendo
ver, respetar y temer
cual solo rey por do quiera;
haciendo á Castilla entera
sus leyes obedecer.
Galicia, Asturias, Leon,
cual reinos de él heredados,
tributos, oro y soldados
le dieron con sumision.
Entró en tratos é hizo asientos
con los moros fronterizos,
fijando á los tornadizos,
templando á los turbulentos;

y con el aragonés
y el navarro hecha alianza,
trató bodas con Constanza
de raza del rey francés;
y cuando al fin de año y meses
con ayuda de su hermana,
no vió contra él fuerza humana,
se volvió á los burgaleses.
La infanta les conocia,
y arriesgados y tenaces,
que eran de todo capaces
al mando del Cid, sabía:
y miéntras que no jurara
Burgos por rey á su hermano,
no fuera rey Castellano
por más que se lo llamara.
Mas con el conocimiento
de aquel pueblo audaz y noble,
conoce que ha de ser doble
la prenda y el juramento;
y da por cosa segura
que, el juramento propuesto,
del rey don Sancho en el puesto
no le pondrá si no jura.
Sola empero esta ciudad
de tal jura en el empeño,
crée ya obstáculo pequeño
la impuesta formalidad.
Y la infanta previsora,
teniéndolo todo á punto,
y un buen ejército junto
por don Alfonso en Zamora,
dijo un buen dia á su hermano:
«Vé á Burgos, y no te apures,
porque, jures ó no jures,
sobre él tenderás tu mano;

pero al tenderla no olvides
que con sus nobles en lid,
si no atajas hoy al Cid,
te se alzarán muchos Cides.»

Decia bien á mi ver
la infanta en lo que decia:
mas mucho en su dicho habia
de ruin rencor de mujer.

II

Doña Urraca era hembra astuta,
y todo en pró de su hermano
para la jura de Burgos
lo ha ido á solas amasando.
Doña Urraca, que experiencia
tenia de lo pasado,
no era hembra que el porvenir
encomendara al acaso,
y en Burgos ha ido metiendo
uno á uno partidarios
que en Burgos moviendo fueran
por don Alfonso los ánimos.
Diestramente dirigido
por sus consejos su hermano,

obró ántes de entrar en Burgos
tan activo como cáuto;
y ya por suya teniendo
toda Castilla, y el acto
de la jura como fórmula
tomar no más afectando,
mandó aderezarse en Burgos
para habitarle el palacio,
y envió á él su servidumbre,
sus bagajes y caballos.
Como gente de su casa
fué metiendo hombres fiados,
para darle en Burgos crédito
y guardar su alcázar aptos;
y con pretexto del doble
acontecimiento fáusto
de su advenimiento al trono
y el matrimonio tratado,
pues iba doña Constanza
á la frontera llegando,
desplegó en su vuelta á Burgos
tánto lujo y aparato,
que se vió bien que volvia
á tomar determinado
asiento en su trono en Burgos
como un triunfador romano.
El Cid y los burgaleses
venir así le dejaron,
sin dar muestras de extrañeza
ni ménos de sobresalto.
Dejaron aposentarse
en su alcázar y en sus barrios
toda aquella extraña turba
de moros y de cristianos,
de árabes y de judíos,
de borgoñones y francos,

que componian el séquito
de su nuevo soberano.
Mas resueltos á obligarle
á llevar la jura á cabo,
ó á negarle si él se niega
la obediencia de vasallos,
para que, ántes que al alcázar,
tuviera que ir en llegando
á Santa Gadea, todo
los nobles lo prepararon.
Desde la puerta de entrada
de Burgos, por todo el tránsito
de las calles hasta el templo
las bocacalles barrearon;
y cubriendo las barreras
con colchas y con damascos
desde la puerta hasta el templo
le hicieron forzoso el paso.
A las diez de la mañana
de un dia limpio de mayo,
llegó el nuevo rey á Burgos
con séquito soberano
de nobles y caballeros,
de pajes y de soldados,
de mercaderes y siervos,
de acémilas y de carros;
porque el rey Alfonso Sexto
fué el rey más abigarrado
en su corte y en su ejército,
nutrido de todo cuanto
fuerte, audaz, aventurero,
advenedizo y bastardo
habia en Europa entónces
de pueblos cultos y bárbaros,
con tal que fuese valiente,
útil, resuelto y al caso

para dar á sus empresas,
dispendios ó amores pábulo.
Así que, del primer dia
llegó á Burgos rodeado
de aquellos heterogéneos
elementos, que bizarros
en su esencia y en su forma,
dieron al fin, tiempo andando,
á su reinado fastuoso
un carácter tan romántico.
El Cid y los burgaleses
barones y fijosdalgos
salieron á recibirle
hasta el puente de Malatos:
y allí el honor de escoltarle
como era ley demandaron,
y entró en Burgos entre vítores,
aclamaciones y cánticos.
De los balcones echábanle
trigo, arroz, yerbas y ramos,
de los que llevaba llenos
birrete, gorguera y manto.
Todo era alborozo y vivas,
danzas, ofrendas, regalos,
y el rey, más que satisfecho,
de ello iba maravillado;
porque hallar tan sólo un frio
acogimiento esperando,
se via acogido en Burgos
con caluroso entusiasmo.
Mas cuando vió barreadas
las calles que á su palacio
quebraban, y que á seguir
recto á la iglesia obligábanlo,
comprendió que la nobleza
de Castilla daba al acto

de la jura más valor
de lo que habia imaginado.
Comprendió que el Cid y todos
los con él coaligados,
tomando á pechos la muerte
de su antecesor don Sancho,
sospechaban de él en ella;
y ó con la jura lavarlo
quieren de culpa, ó quedar
horros de su desacato:
mas viendo que ya era tarde
para excusar el mal paso,
subió hasta Santa Gadea
no apercibirlo afectando.
Lleno está el templo de nobles
y próceres castellanos,
y más que lleno parece
al Rey por ellos tomado:
pues que de todas sus puertas
cogidos tienen los vanos
grupos de ellos, á propósito
al parecer agrupados.
Con don Alfonso en el templo
no cupieron y no entraron
más que el conde Peranzules
y los grandes dignatarios:
su servidumbre, su escolta
de leoneses, asturianos,
franceses y borgoñones,
quedaron fuera en el átrio.
El Cid en el presbiterio,
ante el altar colocado
tiene en un atril el libro
de los Evangelios santos;
y al pié, instrumentos de oculto
perdido significado

un gran cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
El Rey ante el escalon
del presbiterio llegando,
puso un pié sobre la grada
y sobre el libro la mano:
mas el Cid sin darle tiempo
para desplegar sus labios,
le dijo: «Para jurar,
señor rey, arrodillaos:»
y en cuanto ante él don Alfonso
se arrodilló mal su grado,
dijo el Cid con voz solemne
de acento sonoro y claro:
«Rey don Alfonso, á traicion
murió en Zamora don Sancho;
y los burgaleses, ántes
en su trono de sentaros,
por mí os piden juramento
de que en tal asesinato
no han tenido parte alguna
vuestra alma ni vuestra mano.
Jurad, pues; y tened cuenta
con que si jurais en falso,
os caerán las maldiciones
que vais á oir en jurando.»
—«Sí juro, dijo en voz alta
el Rey, que el alma y las manos
tengo de su sangre limpias:»
y entre él y el Cid por lo bajo,
el Cid en el presbiterio
de pié y don Alfonso hincado,
se entabló de nadie oido,
rápidamente este diálogo:

EL REY Mucho me aprietas, Ruy Diaz.
EL CID Es que el lance es apretado.

EL REY No aprietes tánto que el hilo
se te rompa entre las manos.
EL CID No importa, señor, si en ellas
me quedo yo con los cabos;
así no podrán traidores
tenderos con ellos lazos.
EL REY Aprieta, pues; pero acaba
de apretarme porque estallo.
Dijo el Rey bajo á Rodrigo,
y éste siguió diciendo alto
con voz tremenda, que puso
en él y en todos espanto:
«Rey Alfonso, si perjuras
ante este libro sagrado,
este cerrojo de hierro
y esta ballesta de palo,
permita Dios que te maten
tambien á traicion villanos
de las Asturias de Oviedo,
nó de Castilla hijosdalgos:
de cuero calcen abarcas,
nó borceguíes con lazos;
capas traigan aguaderas,
nó manteletas ni mantos;
con camisones de estopa,
nó de holandas con recamos;
en sendas burras cabalguen,
nó en generosos caballos,
embozaladas con cuerdas,
nó enfrenadas con bocados:
mátente por las aradas,
nó por villas ni en poblado,
con cuchillos cachicuernos,
nó con hojas de Damasco.
Permita Dios, rey Alfonso,
si ante él aquí has perjurado,

que los que á traicion te maten
como traidor de fe falto
te saquen el corazon
por el siniestro costado,
y se lo echen á los lobos
y á los cuervos para pasto.»
«¡Basta!—exclamó el Rey en pié
poniéndose exasperado:
—¡basta, Ruy Diaz, que es mucho
para tí y para mí tanto!
Ya juré lo que quisisteis
tú y tus nobles castellanos:
ya hice yo lo que debia,
mas tú has hecho demasiado:
y ese cerrojo de hierro
y esa ballesta de palo
como fincan en mi jura
tambien fincan en mi agravio.
Y pues juré, dadme libres
las puertas; hacedme paso,
ú os tendré aquí por traidores
contra su rey conjurados.»
Tal don Alfonso diciendo
y el altar abandonando,
se dirigió hácia la puerta
y gritó el Cid: «¡al Rey paso!»
Abriéronse ante él las puertas
á la voz del Cid: rodearon
á Alfonso don Peranzules
y todos los de su bando;
y el Rey, del templo á la puerta
volviéndose al Cid, que impávido
desde el altar le miraba
marcharse, le dijo airado:
«Cid, pues tántas alas tienes
que volar quieres tán alto,

vé á buscar para extenderlas
mejor viento y más espacio.
De hoy en nueve dias sal
de mis tierras por un año,

y á ellas no vuelvas si á ellas
yo, tu señor, no te llamo.»
Dijo el Rey; é iba á bajar
la escalinata del átrio,
cuando el Cid le dijo á voces
y con sus voces parándolo:

«Por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro:
mas no olvides, rey Alfonso,
que hoy que de tus tierras salgo
juro no volver á ellas
hasta que me hayas llamado
tres veces arrepentido;
porque yo estos años cuatro
te doy para que conozcas
que soy tu mejor vasallo,

y pues las alas me sueltas,
pienso, rey, volar tan alto,
que te has de espantar sintiendo
que en mis alas te levanto.»
Dijo el Cid; y el rey Alfonso
ó esquivo ó amedrentado,
salió en silencio del templo
trémulo, ceñudo y pálido.

III

Es la noche de aquel día:
dos horas há que Jimena
con sus hijos va camino
de San Pedro de Cardeña.
Lo más rico de su haber
lleva cargado en acémilas,
y trescientos caballeros
para su custodia lleva:
y miéntras del cláustro á sombra
va á ampararse de Dios ella,
el Cid esta noche en Burgos
á darse al diablo se queda.
Solo está el Cid ya en su casa,
un solo criado vela
de ella en un postigo falso
esperando á álguien de fuera;
y el Cid, que en su cuarto tiene
aderezada una mesa
con tres cubiertos, á solas
esperando se impacienta.
Al romper el toque de ánimas
de Burgos en las iglesias,
como ecos de las campanas,
sonaron en la escalera
los pasos acompasados
de los que á su cita llegan,

exactos como las horas,
que jamás faltan ni yerran.
Eran dos viejos, que echando
con tiento á un lado la puerta,
se presentaron envueltos
en dos hopalandas negras.
Dos viejos de aspecto humilde,
de faz grave y barba luenga,
que ante el Cid algo encogidos
ó recelosos se muestran.
El Cid, no muy á sus anchas
tampoco ante ellos, la mesa
les señaló á ella invitándoles,
é hizo al criado una seña.—
A luz de dos candilones
colgados en dos cadenas,
sentáronse, y el criado
dejó servida la cena.
No era un festin; un solomo
de venado con lentejas,
un hojaldre con pichones,
pan fresco y vino de Rueda
sirvió el Cid á sus dos huéspedes,
sin tener su edad en cuenta,
con profusion, y empezó
á comer él con presteza
militar: pero los viejos,
que por lo visto no esperan
tanto saciar su apetito
como abrir plática séria,
no hicieron honra á los platos;
porque con sóbria abstinencia,
con tres bocados mostrando
dejar su hambre satisfecha
y con un sorbo su sed,
mostraron tener abiertas

más que con la hambre las bocas
con la atencion las orejas.
Y fuera porque empachados
se hallaran en la presencia
del Cid, ó porque supiesen
que era un pretexto la cena
para otro asunto que el Cid
tratar con ellos quisiera,
á que él trabara la plática
aguardaban con paciencia.
El Cid que allá en sus adentros
á la cuestion daba vueltas,
cuando juzgó del convite
salvadas las apariencias,
apartó el plato, al criado
echó, aseguró la puerta,
y el diálogo con sus huéspedes
entabló de esta manera:
«Sabeis, y si lo ignorais
yo os lo digo, que el Rey me echa
de sus reinos y que yo
me voy mañana á otras tierras.
Como soy buen campeador,
mi porvenir y mi hacienda
están en el campo, y voy
á haceros una propuesta.
Necesito de dineros
para partirme á la guerra;
y como en esa partida
llevo por mí las noventa,
prestadme diez mil florines,
y yo os entregaré en prenda
dos arcas de metal bueno
y de pedrería llenas.
Si al fin de un año y un dia
no os he pagado, vendedlas.

Mas hay una condicion;
pertenecen á una iglesia
y al haber de mi mujer;
y como seria mengua
para mí y para mi esposa
que ojos y manos hebreas
sobre prendas tan sagradas
por mi culpa se pusieran,
habeis sólo de fiaros
en mi palabra y nobleza
sin abrir esas dos cajas
y sin mirar lo que encierran.»
Y así diciendo el buen Cid
les mostró dos arcas viejas
en un rincon á lo oscuro
de aquel aposento puestas.
Los dos judíos al Cid
oyeron con calma atenta
y de consultarse á solas
le pidieron luégo vénia.
Otorgóla el Cid: hablaron
ellos un minuto apénas
por lo bajo, y el más viejo
le dió al Cid esta respuesta:
«Sabemos, señor, quién sois;
vivimos en vuestra tierra
y á vuestra merced estamos;
enviadnos las cajas vuestras,
el dinero os enviaremos
con el que mandeis con ellas
y..... el Dios de Abrahan de todos
tome las obras en cuenta.»
Mostróse el Cid satisfecho:
los judíos con serena
resignacion, ó fiando
en su palabra de veras,

con humildad saludándole
partieron: en la escalera
encontraron al criado,
que á la luz de una linterna
les condujo hasta el postigo;
y el Cid, al sentirles fuera,
como un hombre á quien le quitan
de los lomos una peña,
respiró á plenos pulmones
diciendo allá en su conciencia:
«¡Que me la perdone Dios
y me la depare buena!!!»

IV

El templo de la abadía
de San Pedro de Cardeña
de los oficios católicos
con la salmódia resuena.
Sus ámbitos perfumando
dos incensarios humean,
y el humo las vivas luces
de sus rosetones templa.
El sacro altar resplandece
de flores cargado y velas,
cuyo reflejo hacen móvil
las colgaduras espléndidas.
Damascos y terciopelos,
brocados y ricas telas
visten del piso á las bóvedas
de su fábrica las piedras;
y, complemento estruendoso
de la católica fiesta,
al vuelo de las campanas
parece que el suelo tiembla.
Está atestada la nave
de gente hincada en hileras,

como en órden de milicia
y en aparato de guerra;
no se ve más que brillar
armas, ondular cimeras
y tremolar estandartes
desde el altar á la puerta.

En él el abad, anciano
de alba barba y calva testa,
de espléndidos ornamentos
vestido, misa celebra.
La noble Jimena Gomez
con sus dos hijas pequeñas
la oye al lado de la Epístola
hincada en cojin de seda.
El Cid al del Evangelio
con cristiana reverencia

la oye tambien, circundado
de adalides hasta treinta:
y en mitad del presbiterio
su hijo Diego Díaz vela
sus armas que ante sí tiene
y en las manos su bandera.
El Cid sale desterrado,
y con el Cid se destierran
quinientos hombres de Burgos,
que por el Cid al Rey dejan.
El Cid sale desterrado
y saca por vez primera
á campaña á su hijo Diego,
aguilucho que ya vuela.
El Cid sale desterrado;
mas con él á Burgos dejan
la juventud, la hidalguía
y la honra burgalesas.
De Dios á amparo, y del Rey
contra el desamparo quedan
de San Pedro en la clausura
su esposa y sus hijas tiernas;
y al partir á su destierro,
el Cid con su hueste fiera
la bendicion de Dios pide
y el buen abad se la echa.
Alzó el buen viejo las manos
sobre todas las cabezas,
y ante él se doblaron todas
como de Dios en presencia.
Y aquella cruz que en el aire
trazó con su mano trémula,
fué á dar á las almas todas
un nuevo gérmen de fuerza.
La fe cristiana que el alma
de los creyentes alienta

da á su espíritu del mar
y del huracan la fuerza;
y esa cruz de la que rastro
ni sombra en el aire resta,
infunde una fe en sus almas
que hasta el cielo las eleva.
Bendijo el abad la hueste
en nombre de aquella eterna
Trinidad que el universo
sobre su palma sustenta;
y tremolando don Diego
Díaz con ambas muñecas
la bandera de Vivar,
se alzó en pié la hueste entera;
y el Cid que de el presbiterio
domina toda la iglesia,
dijo estas palabras, símbolo
de su fe caballeresca:
«Padre abad de la abadía
de San Pedro de Cardeña,
que fundaron mis abuelos
de tributo al rey exenta:
tú enterraste aquí á mis padres
que me oyen desde su huesa,
y á tí encomiendo mis hijas,
mi mujer y mi honra; ténlas
á tu amparo hasta que torne
vencedor, ó hasta que muera.
Y dile al rey de Castilla
si te pregunta por ellas,
que yo la honra de mi casa
dejo aquí de mi fe en prenda:
que ilesa deje mi honra
cual su honra yo dejo ilesa:
y que cuando con un reino
para él conquistado vuelva,

ajustaremos entre él
y los burgaleses cuentas.
Castellanos desterrados
con el Cid, que no nos pueda
llamar nunca malos hijos
nuestra patria en nuestra ausencia.
Si el Rey nos expulsa ingrato,
á la patria representa;
vamos á la lid por él
que será lidiar por ella.
Caballeros desterrados
con el Cid, ¡á la frontera!
¡á caballo y lanza en ristre
por el Rey que nos destierra!»
«¡Viva el Cid!»—gritó la hueste
con unísona é inmensa
y potente voz, cuyo eco
estremeció las vidrieras
del templo, yendo á perderse
sus sonoras ondas trémulas
por la altura en el vacío,
por la llanura en la selva.
Abrazó el Cid á sus hijas
y á su esposa y á la vieja
Bibiana y al viejo abad
y á los viejos que le quedan
á su servicio: y el són
al oir de las trompetas,
montó á caballo, se puso
de su hueste á la cabeza
y partieron los de Burgos
con el Cid á la pelea,
tan alegres como mozos
convidados á una feria.

V

Aquí, y ántes de seguir,
debe el autor decir algo
que quisiera, como hidalgo
de Castilla, no decir.
Mas aunque sólo un romance
escribe y de luenga edad,
decir de ella la verdad
debe en él á todo trance.
Y es: que entónces un varon
poderoso, desterrado
por su rey, se iba á otro Estado
á servir á otra nacion.
Y como entónces España
estaba de reyes llena,
que por razon mala ó buena
andaban siempre en campaña,
por el más fútil motivo
el mejor campeon cristiano
para irse á un campo pagano
ponia pié en el estribo.
Y agotaba sus tesoros
un rey cristiano, para ir
un hermano á combatir,
en pagar huestes de moros;
y no era entre estos mal visto
que un moro á sueldo tuviera
toda una mesnada entera
de caballeros de Cristo.
Vencedor ó derrotado,
el rey á quien se adheria
el desterrado, salia
con él rico ó arruinado;
y así allegaban tesoros
ó perdian sus pendones

los desterrados varones,
ya cristianos ó ya moros;
y el rey que les desterraba,
si tan potentes los via
que por fuertes los temia
ó de ellos necesitaba.
les levantaba el destierro;
y no echaba lo pasado
sobre el rey ni el desterrado
baldon, mancilla ni yerro.
Hoy fueran estos señores,
que al moro daban ayuda
contra cristianos, sin duda
renegados y traidores;
pero del Cid en la edad
no eran cosas excesivas
estas, y eran relativas
fe, virtud y lealtad.
Con que el Cid va desterrado
y el Rey sus feudos le embarga:
si el Rey su destierro alarga
él se ha de ver obligado
á vivir por cuenta suya,
y para dar el Cid paga
á su hueste, tal vez haga
algo que en su pró no arguya.
Mas si hace tal, ¡vive Dios!
que no hacen de ello memoria
la tradicion ni la historia,
y no he de ir contra las dos
yo, que autor de estos romances
tengo por mi héroe al Cid,
y debo al grande adalid
sacar bien de malos lances.
Ni él pudo hacer más ni ménos
de lo que entónces se hacia,

ni dar de él es cuenta mia
más que resultados buenos;
y como en último, todo
por el éxito se mide,
si él sale bien, ¿quién nos pide
el cómo, el porqué, ni el modo?

Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar, por no perturbar la memoria si se dividieran en muchas partes.—Mariana, *Historia de España*, libro IX, cap. XI.

I

El Rey y sus cortesanos,
si no olvidaron al Cid
porque le temian, viéronle
con satisfaccion partir;
y un muy poderoso aliado
recibió su envidia ruin
de la infanta de Zamora
en el odio mujeril.
Doña Urraca vino á Burgos
á la Reina á recibir,
y ocupó el puesto de honor
de su boda en el festin.

Instalada en el alcázar
por el Rey, de dirigir
se encargó la casa real
con altivez señoril.
El Rey no la iba á la mano,
y se pudo presumir
que miéntras ella pudiera
de su rencor femenil
el veneno de su hermano
en el ánimo inferir,
no correria en la corte
muy buen aire para el Cid.
El Rey con su nueva esposa
pasó medio año feliz,
dando á sus estados órden
eclesiástico y civil.
Con ayuda de un concilio
que hizo en Burgos reunir,
en nombre del Papa puso
coto al ménos si no fin
á la vida escandalosa
del clero, que andaba allí
vago y embarraganado
y enfangado en vicios mil.
Costóle esto en cada diócesis
y parroquia entrar en lid
con feligreses y clérigos,
hechos á tan mal vivir;
tuvo que multar cabildos
y municipios, y en fin
que leer sendos libelos
é injurias grandes que oir.
Mas aquel papa Ildebrando,
que de uno á otro confin
de Europa á pueblos y á reyes
hizo á sus plantas rendir,

no aceptando en este mundo
poder ni ley sobre sí,
sostuvo al Rey, y los clérigos
tuvieron que sucumbir.
Se cambió el misal mozárabe
por el romano en latin,
se marcó en el rito el uso
del alba y sobrepelliz;
comenzaron indulgencias
y reliquias á venir
por la mediacion de un nuncio
de Roma, que empezó allí
de los buenos castellanos
á enviar florin trás florin;
y todos quedaron bien,
y no hubo más que pedir.
Atajáronse los vicios,
comenzó á la gente vil
una justicia severa
y necesaria á regir;
y un año de paz, si no hizo
de Burgos á fe un jardin
del Eden, se pudo al ménos
tal cual en Burgos vivir.
En todo lo cual no hay duda,
pues a por b y c por i
lo cuenta, y lo copian todos,
el buen don Lucas de Tuy.
Mas al fin del año el Rey
de Sevilla y el Emir
de Córdoba, só pretexto
de guerrear entre sí,
por las fronteras cristianas
se metieron, el país
talando sin dejar grano
de trigo ni de maíz,

dejando aldeas y pueblos
hechos montones de hollin;
de modo que tuvo Alfonso
contra los dos que salir.
Topó con ellos; mas fué
con suerte tan infeliz,
que hay cronista que barrunta
que empezó ante ellos á huir.
Mas corriendo por acaso
aquellos rumbos el Cid,
sobre ellos dió; uno tras otro
los venció; y con tan sutil
ingenio como lealtad,
hizo á Burgos conducir
á Alvar Fañez para el Rey
un espléndido botin.
El Rey le aceptó sin ceño
sin decir ni nó ni sí,
y del Cid los enemigos
no supieron qué decir.
Nadie en la corte chistó;
mas no fué entre el pueblo así;
porque con la tosquedad
primitiva é infantil
de aquella edad, empezó
en gritos á prorumpir,
encendiendo luminarias
con alegría pueril;
con que nadie pudo en Burgos
aquella noche dormir,
por las voces incesantes
de «¡viva el Cid! ¡gloria al Cid!»
De modo que al otro dia
queriendo muchos partir
con el Cid á reunirse,
y al Rey en són de motin

pidiéndoselo, viendo éste
su autoridad en un tris,
el desentendido haciéndose
les dejó sin verles ir.
Mas ni levantó el destierro
al generoso adalid,
ni tuvo para Alvar Fañez
una palabra gentil.

Rayaba el sol; los judíos
Manasés y Benjamin
que al Cid sobre sus dos arcas
dieron florines diez mil,
dormian sobre unas pajas
allá en el zaquizamí
de un caseron viejo en donde
se juntaba el sanhedrin.
De repente su escalera
vieja sintieron crujir
bajo el pié de un hombre que
llamó á su chirivitil.
La cerradura era lo único
que habia de bueno allí;
aunque era un lujo harto inútil
en huronera tan ruin.
Llamó el que subia y dijo
en la puerta al sacudir
con los nudillos: «En nombre
del Cid, no temais y abrid.»
Alzáronse los judíos
asombrados: y al abrir,
entró Alvar Fañez diciéndoles
sin ceremonia: «Hé aquí
los diez mil florines de oro
que al burgalés adalid

Ruy Diaz habeis prestado;»
y en el suelo sin tapiz
tiró dos sacos, no viendo
mueble capaz de sufrir
peso tal; y añadió luégo
que los tiró: «Y advertid
que hay unos cuantos de más
como interés mercantil.
Con que en paz y á Dios; que tengo
poco tiempo.»—«Pero oid,
dijo Manasés cogiéndole
por la capa; ¿os vais de aquí
sin las arcas?» Y Alvar Fañez
dijo echándose á reir:
«¡Si no tienen más que piedras
y herraje, que yo cogí
en la capilla que echamos
abajo en casa de Ruy!»
Miráronse los judíos
estupefactos, y al fin
dijo el más viejo. «¡Dios Santo!
¿y si á él le toca morir
y nó vencer?»—«¿Qué importaba,
dijo Alvar, judío vil,

si estaba bajo las piedras
la fe y palabra del Cid?»

II

Y así pasó el primer año
del destierro de Rodrigo
doña Jimena, al abrigo
de su enclaustramiento extraño:
y en horas de afan prolijas,
viendo á sus hijos crecer,
oraba al Supremo Sér
por el padre de sus hijas.

III

La corte del rey Alfonso,
en moral no muy severo,
en el dar muy manilargo,
y en el justiciar muy recto,
iba en gala y opulencia
rápidamente creciendo,
y su fama se extendia
de dia en dia más léjos.
La boda con la francesa
y el haber bajo su cetro
vuelto á unir los cinco Estados
de que su padre hizo reinos;
el apoyo de un Pontífice
de tan indomable genio
y poder tan absoluto
como fué Gregorio sétimo;
las victorias con que iban
sus Estados en aumento
y del botin de las guerras
contra los moros el cebo,
á Burgos y á su servicio
rápidamente atrajeron
muchos ilustres barones
y príncipes extranjeros,

ganosos de oro y de gloria
y de mostrar sus alientos,
ó de saciar su codicia
en batallas y torneos.
De su poder y grandeza
pagado del crecimiento
con su auxilio, le aceptaba
don Alfonso satisfecho,
y salia contra moros,
que siempre falsos é inquietos
ó los tributos negaban,
ó guerreaban entre ellos.
Salian con él los príncipes
y barones forasteros,
y le daban y ganaban
con él honor y provechos.
Mas los moros eran muchos,
y Castilla en creces yendo,
y la envidia y el temor
de tal acrecentamiento
levantándola enemigos
y suscitándola émulos,
no bastaba para tantos
del castellano el ejército.
Partió en mil setenta y seis,
á principios de febrero,
contra los de Andalucía
por ver templado el invierno;
mas los moros de Aragon
cuando partirse le vieron,
la frontera de Castilla
entraron á sangre y fuego.
Los campos de Santisteban
dejaron tras de sí yermos,
sin cosechas, sin ganados
y de vivientes desiertos.

El Rey cuando junto á Córdoba
llegó en mal hora á saberlo,
con el pesar y la ira,
mesóse barba y cabellos;
y juró tomar venganza
tál de Aragon en volviendo,
que no se olvidara de ella
Aragon en mucho tiempo.
Mas le ganó el Cid la mano:
porque á Aragon acudiendo
con grande auxilio de moros
y hueste de aventureros,
que habia ido á la zaga
en sus triunfos reuniendo,
cobró la presa y metióse
del moro por los terrenos.
Obligó á rendirle párias
á seis moros reyezuelos,
y se llevó las riquezas
de más de cuarenta pueblos.
Mas olvidando en su gloria
que con el rey de Toledo
tenia el rey don Alonso
hecho de por vida asiento,
metióse sin reparar
por el confin de su reino,
y hasta á Alcalá llevó el daño
huir á su Jeque haciendo.
Y un dia despues que á Burgos
llegó don Alfonso sexto,
llegó Alvar Fañez las llaves
de Santisteban trayendo,
las de cuatro villas fuertes
y seis castillos roqueros,
con tres mil cautivos moros,
treinta mulos y camellos

cargados de telas, armas,
plata y valiosos objetos,
y una carta en la que el Cid
decia al Rey no más que esto:
«Aceptad, Rey, esos dones,
y haced cuenta que yo mesmo
desde el destierro que cumplo
de hinojos os los presento.»
Por la ciudad derramándose
los que con Alvar vinieron,
contaron á los de Burgos
del buen Cid los altos hechos;
y tornaron á aclamarle
tumultuados los plebeyos,
celebrando sus victorias
con luminarias y fuegos.
La áura popular del héroe
amenguar se propusieron
los cortesanos; mas nó
(por no poder) con el pueblo,
sinó con el Rey. «El Cid
más rey que vos, le dijeron,
rompe con pueblos y reyes
los pactos que habeis vos hecho.»
De su autoridad celoso
el Rey, iracundo y ciego,
al buen Cid mandó esta carta
en vez de agradecimientos:
«Si atendeis que de los brazos
vos alce, atended primero
si no es bien que con los mios
cuide de alzaros al cielo.
Bien estais afinojado,
que es pavor veros enhiesto;
y asiento es asaz debido
la tierra al hombre soberbio.

Descubierto estais mejor,
despues que se han descubierto
de vuesas altanerías
los mal guisados excesos.
¿En qué os habeis empachado
que desde hace dos inviernos
non vos han visto en las córtes,
puesto que córtes se han fecho?
¿Por qué, siendo cortesano,
traeis la barba y cabello
descompuesto y desviado
como los padres del yermo?
Mas aunque vos lo pregunto
asaz que bien os entiendo.
Bien conozco vuesas mañas
y el semblante falagüeño.
Querreis decir que cuidando
de mis tierras y pertrechos,
non cuidades de aliñarvos
la barba y cabello luengo.
Atropellasteis mis pactos
con el moro de Toledo,
á quien yo juré alianza
y amistad miéntras viviéramos.
Al de Alcalá contrallasteis
mis treguas, paz y conciertos,
bien como si el poder mio
vos estuviera sujeto:
y á los fronterizos moros
diz que teneis por tan vuestros,
que os adoran como á Dios.
¡Grandes algos habreis de ellos!
Cuando á mis tierras volví
despues del fatal suceso
del Rey don Sancho mi hermano,
por D'olfos á traicion muerto,

besaron mi mano todos
y por rey me obedecieron:
sólo vos me contrallasteis
tomándome juramento.
En Santa Gadea lo hice
sobre los cuatro Evangelios,
sobre el balleston de palo
y el gran cerrojo de hierro;
mas á Bellido matárais
si ficierais como bueno;
que no ha faltado quien dijo
que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro le seguisteis;
y al entrar la puerta adentro,
bien cerca estaba quien dijo
que non osasteis de miedo;
y nunca fueron los mios
tan astutos y mañeros,
que cuidasen que don Sancho
muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
allá en sus juicios secretos,
quizás porque de mi padre
quebrantó los mandamientos.
Por estos desaguisados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
vos desterré de mis reinos:
y tendré vuesos condados
fasta saber por entero
con acuerdo de juristas
si confiscaros los puedo.
Yo os desterré por un año,
van ya dos y no habeis vuelto;
no volvais hasta que os llame;
pues si volveis, por San Pedro

y por San Millan os juro
que enforcar os haré luégo.»
Estas palabras injustas
escribia Alfonso sexto,
inducido de envidiosos
al Cid, gloria de su tiempo.

IV

Alvar no leyó esta carta
que el Rey sellada le dió,
mas con ella comprendió
que quiere el Rey que se parta.
Mas él ántes de partir,
ha resuelto al monasterio
de Cardeña, con misterio,
sin que el Rey lo sepa ir.

Endosó, pues, un disfraz,
montó un rocin de mal ver,
y ambulante mercader
arribó á Cardeña en paz;
y miéntras vil mercancía
vende al vulgo, dió á Jimena,
de oculto en moneda buena,
la suma que el Cid le envia;

pues como todo su haber
le tiene el Rey embargado,
con el botin de soldado,
acude él á su mujer.
Y al Rey para no irritar,
que pobre le quiere y deja,
con precaucion se maneja
por su mujer al mirar.
Hé aquí por qué modo extraño
y por qué buen mensajero,
nuevas recibió y dinero
de su marido aquel año.
Y Alvar otra vez partido,
quedó en sus penas prolijas
viendo crecer á sus hijas,
y orando por su marido.

V

Dos años despues la Reina
dió á luz una linda infanta,
que yendo y viniendo dias,
fué la reina doña Urraca.
Cuarenta despues del parto,
domingo por la mañana,
sale á misa de parida,
la reina doña Constanza.
Los pueblos y reyes toman
de cualquiera circunstancia
favorable, pié y motivo
para festejos y danzas.
Así que con este fáusto,
toda la ciudad es gala,
yerbas y flores sus calles,
colgaduras sus ventanas,
música y vivas su atmósfera;
y sus matutinas auras,

sueltas á vuelo, estremecen
las estruendosas campanas.
El Rey y don Peranzules
y toda la cortesana
turba, sirviendo á la Reina,
á la iglesia la acompañan.
Una montañesa, moza
vigorosa y colorada,
lleva á la infanta en los brazos,
bestia de cría y de carga.
Doña Urraca, á quien diez lustros
de doncellez avinagran,
va en litera sonriendo,
mas febril, doliente y flaca.
El Rey va tan satisfecho
como la Reina galana;
los cortesanos sonrien,
victorea el pueblo y canta;
y del palacio á la iglesia
la real comitiva avanza,
de oro, perlas, seda y plumas,
como ondulante cascada.
Ya del pórtico del templo,
en la comba escalinata,
el obispo bajo un pálio
con su clero le esperaba,
envuelto en la nube móvil
trasparente y aromada,
del humo de áloe y mirra
que diez incensarios lanzan;
y ya iba el Rey con séquito
atravesando la plaza,
cuando un tropel bizarrísimo
salió á interrumpir su marcha.
Sobre un caballo que airoso,
corvetea, bufa y piafa,

y flecos y lambrequines
por el empedrado arrastra,
armado de punta en blanco,
pero sin broquel ni lanza,
hecho un San Miguel venia
Alvar Fañez de Minaya.
Tras él venia un faráute,
que en un cofre de oro y nácar,
forrado de red de aljófar,
trae dos llaves y una carta.
Tras él vienen treinta esclavos
vestidos á la africana,
con treinta caballos árabes
de la más hermosa raza;
que, encubertados con ricos
paramentos de batalla,
traen treinta alfanjes colgados
en las sillas enmalladas;
y detrás de los caballos
vienen cinco mulas blancas,
con veinte talegos de oro
en monedas acuñadas.
Paróse el Rey contemplando
comitiva tan bizarra,
entre absorto por su lujo
y ofendido por su audacia;
mas despejóse su ceño
al oir estas palabras,
que, echando pié á tierra, díjole
Alvar Fañez de Minaya.
«Señor Rey, estas dos llaves
son de Alcocer y de Alhama,
y el rio Jalon os riega
treinta villas tributarias,
que en esos treinta caballos
os traigo representadas;

y en esas talegas viene
lo que por vuestras os pagan.
El Cid, vuestro buen vasallo
que os las conquistó, me manda
á que os las dé por albricias,
y os saluda en esta carta.»
Sonrió graciosamente
don Alfonso y dijo: «Dádmela,
despues la leeré despacio:
llevad vos todo esto á casa
y esperadme, allí hablaremos
de la iglesia á la tornada.»
Y esto dicho y haciendo ánimo
de avanzar el rey, se echó Alvar
á un lado haciéndole calle:
y miéntras el Rey las gradas
subia y á verle al paso
sacaba su cara pálida
la infanta de la litera,
Alvar Fañez de Minaya
se fué á palacio seguido
del pueblo que le aclamaba.
Y durante los oficios,
á los reyes y á la Infanta
distrajo el pueblo, que al Cid
daba vivas en la plaza.

VI

Al medio dia en palacio,
el rey de vuelta del templo
estaba á solas con Alvar,
del Cid la carta leyendo;
y unas veces sonreía,
y otras enarcaba el ceño,
segun la impresion que hacian
sus renglones, que eran estos:

«Señor, dado os hé dos años
para que tuvierais tiempo
de reflexionar, y en calma
leyerais lo que os contesto.
Téngovos de replicar
y de contrallarvos tengo,
que no han pavor los valientes
ni los no culpados miedo.
Si finca muerta la honra
á manos de los denuestos,
ménos mal será enforcarme
que el mal que me haceis con ellos.
Yo seré en tierra homildoso:
mas ved bien que no os ofendo
si teniendo los mis brazos
cuido alzarme sin los vuestros.
Dos vegadas hubo córtes
desde antaño, por invierno,
mas un año me impusisteis
y yo cuatro de destierro.
En Leon ficisteis córtes;
y yo los campos corriendo
fazañas fice, y desfice
de los moros los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
non lo que fica primero;
y es mal juzgador quien juzga
sin mirar todo el proceso.
Folgad, señor, que los moros
respeten mis fechos buenos,
que si no me los respetan
non vos guardarán respetos.
Asaz me pareceis blando,
pues que de tiempo tan luengo
de apretarvos en la jura
vos duele el escocimiento.

Porque os apreté allí mucho,
os saqué de aquel aprieto,
y no quedó en vuestra honra
por mí ningun cabo suelto.
Mentirá quien me achacase
que hube en lo de D'olfos tuerto;
pues á más que sin espuelas
cabalgué por prisa y yerro,
consta á todos lo que fice
en su fuga y en el reto.
Mas siempre vencen falsías
la fe de los nobles pechos:
y pues gasté mis haberes,
en prez y servicio vueso,
y de lo que voy ganando
os hago señor y dueño,
nada me confiscaredes
vos, ni vuesos consejeros;
pues mal podredes tollerme
faciendas que no poseo.
De hoy más seré facendoso:
pero de vos cerca ó léjos,
aunque para mí me gane
nunca para vos me pierdo.
En prueba os mando las llaves,
los tributos y los pechos
de las tierras que conquisto
para vos y por vos tengo.
Vos me habedes desterrado,
movido segun entiendo
de envidiosos ó cobardes,
por escuchar los consejos.
No tornaré á vuestra corte:
mas por Dios que con mis fechos
os ireis de sus falacias
y mi lealtad convenciendo.

Tenedme, pues, mis condados,
confiscadme vos mis feudos,
idme vos quitando haciendas...
yo os iré ganando pueblos:
y á este paso, rey Alfonso,
fío en Dios que acabaremos,
vos por hacerme justicia,
ó yo por vos en ser muerto.»
Esto escribia atrevido,
el noble Cid, respondiendo
á las querellas injustas
del Rey don Alfonso sexto.
Al concluir de leer
dijo el rey á Alvar: «Soberbio
me escribe aún: mas su escrito
no quita á sus obras mérito.
Decidle que no le llamo
ni le levanto el destierro,
porque no cobren los moros
con su retirada aliento.
Que le serán á Jimena
todos sus bienes devueltos,
y que del tiempo pasado
ni se acuerde, ni me acuerdo.»
No le satisfizo mucho
á Alvar de Minaya esto;
mas el rey no pasó á más,
y se contentó con ello.

VII

Y yendo á Jimena á ver,
tal noticia la fué á dar;
pero la santa mujer
no quiso á Burgos volver,
ni sus haciendas cobrar.

En vano con sutileza
la arguyó Alvar: sus razones
escuchó ella con tristeza
y desechó con firmeza
del rey las proposiciones.

«Que el rey me ponga en olvido,
dijo: y hacedle saber
que, en destierro mantenido
el Cid, no irá su mujer
donde no está su marido.
»Que al rey desplazca ó le cuadre,
yo apoyo en bases muy fijas
mi deber de esposa y madre:
de aquí no saldrán mis hijas
si no las saca su padre.»
Y aquella mujer modelo
de amor y fe conyugal,
sobre su faz echó el velo
y á amparo siguió del cielo
en la soledad claustral.

Y el rey, ya fuese ofendido
de aquella repulsa audaz,
ó contento de poder
tal pretexto aprovechar
para no cumplir su oferta
y ser con el Cid leal,
ni la devolvió sus feudos,
ni volvió al Cid á mentar.
Alvar Fañez, que era hombre
expertísimo y sagaz,
que la corte conocia
y que sabia sondar
el ruin corazon humano,
viendo una conducta tál,
vió bien que era con el Cid
el rey ingrato y falaz,
y que dominaba en Burgos
una influencia fatal
que no dejaria al Cid
volver á Burgos jamás.
Mas Alvar Fañez, que sonda
el porvenir perspicaz,
y que conoce del pueblo
español la calidad,
dijo para su conciencia:
«Rey don Alfonso, mal vás;
lo que el rey niegue á su héroe
su pueblo se lo ha de dar,
y si tu pueblo del Cid
en hacer su ídolo dá,
los siglos vendrán estrechos
á su gloria popular.»

Cuestion de España; el que vale
tiene en vida tal vez pan

si se lo gana; y es, muerto,
una gloria nacional.

VIII

Murió el buen Aly Maimon:
sucedióle su hijo Hisen:
y surgió, no sé por quién
provocada esta cuestion:
«Muerto el padre, que en su tierra
á don Alfonso amparó,
¿puede Alfonso, si ó no,
al rey Hisen mover guerra?»
Tiene Alfonso grande afan
por conquistar á Toledo;
los moros siempre con miedo
de que lo pretenda están:
y creen con supersticion
que si lo llega á emprender,
debe realizarlo y ser
cumplida una prediccion.
Mas siendo Hisen un rey bueno
y habiendo amistad pedido,
hubiera una infamia sido
romper con el agareno.
Y dijo el rey: «Es cuestion
fuera de tiempo y lugar;
yo tengo que respetar
al hijo de Aly Maimon.»
Y cumplió el rey satisfecho
su deber sin pesadumbre:
mas la cuestion es ya lumbre
que arde, y el fuego está hecho.
Al fin del año murió
Hisen: su hermano Abd-al-wil,
hombre feroz, cruel y vil,
al trono trás él subió;

y no curando de hacer
paz ni amistad con Castilla,
gobernando con mancilla
y haciéndose aborrecer,
volvió á surgir la cuestion
bajo esta faz: ¿A Abd-al-wil,
siendo un tirano tan vil
aunque hijo de Aly Maimon,
puede mover el Rey guerra?
y dijo el Rey: «Solamente
si me pidiera su gente
contra él que entrara en su tierra:»
y aquí varió la cuestion
y se volvió á preguntar:
«¿Se puede ó nó provocar
semejante peticion?»
Nada esta vez el Rey dijo;
mas dicen que un cortesano
dijo: «Siendo él tan tirano,
os lo pedirán de fijo.»
Un año despues vinieron
á Burgos amedrentados
dos moros, que disfrazados
de Toledo huir pudieron;
y revelando las mil
infamias de aquel mal rey,
dijeron: «Por fuerza ó ley
hay que echar de allí á Abd-al-wil;»
y gentes de autoridad
y poder los toledanos,
la cuestion los castellanos
plantearon en puridad
preguntando: «Si el Rey entra
por la tierra toledana
¿qué recibimiento encuentra
entre la grey musulmana?»

Los moros á esta pregunta
interrumpieron la plática:
y que se hizo diplomática
la cuestion se me barrunta,
porque seis meses despues
una comision entera
pidió al Rey que se metiera
por sus tierras á través;
y dijo: «Excepto la chusma
fanática é inconsciente,
está ya toda la gente
para aguardarte á la husma.»
Y yo ignoro cómo fué,
mas se acabó la cuestion;
á este hijo de Aly Maimon
nadie le debia fé.
El Rey levantó banderas
contra él, alistando gente
nó en sus tierras solamente
sinó en tierras extranjeras;
y al eco de sus clarines,
á sus huestes acudieron
mil héroes que vinieron
de los más luengos confines;
y aluvion de hierro y mallas,
como catorce nublados
lanzó catorce batallas
de valerosos soldados
por los campos de Toledo,
y ante ellos los berberiscos
por valles, llanos y riscos
huian blancos de miedo.
Luégo el rey de Badajoz,
el de Córdoba y Sevilla
á atajar al de Castilla
acudió á cual más veloz:

pero era su hueste tal,
que con ímpetu pujante
se los llevó por delante
y lo pasaron muy mal.
Huyeron; se adelantó
don Alfonso hasta la vega
que el Tajo estruendoso riega
y vista á Toledo dió:
pero fuerte y enrocada,
Abd-al-wil bien pertrechado
y el invierno adelantado,
emprendió el Rey la tornada.
Dejó yermas las campiñas
y desiertos los lugares;
sin rama los olivares
y sin vástagos las viñas.
Pasando como un torrente
y dejando trás sí el llanto,
la miseria y el espanto,
dijo: «¡Hasta el año siguiente!»
Tal era entónces la guerra:
tal es lo que llama gloria
el mundo hasta hoy: tal la historia
de nuestra española tierra.

Y aquí entro yo en la cuestion:
Abd-al-wil era un tirano;
es verdad: mas en razon
entremos: ¿su sinrazon
daba razon al cristiano?
¿Era ó no era el toledano
un hijo de Aly Maimon?
¿Qué era pues el Castellano?
Sigamos la narracion.

Volvia á Burgos triunfante
y persuadido el monarca
de que lo puede y lo abarca
todo de allí en adelante.
Y en esta fé y persuasion
otros viviendo sin duda,
llegó á demandarle ayuda
un moro de otra cuestion.
A Adofir, señor de Grados,
una zalagarda mala
le armó el feroz Almofala
y le quitó sus estados.
Acudió al Rey Adofir
contra Almofala: y el Rey
un medio de buena ley
sus triunfos para seguir

ver creyendo en tal demanda,
le acogió benevolente,
y echándole de su gente
delante, le dijo: «Anda.»
Echó el moro y guió á Grados;
mas Almofala, hombre fiero,
Grados muy fuerte y entero
y sus moros muy bragados,

detuvo ante él más de un mes
al Rey, que al fin comprendia
que el tiempo que allí perdia
le iba á hacer falta despues.
Vió que iba á ser gran desdoro
tras del triunfo de Toledo
cejar dejándole ledo
ante un reyezuelo moro:
vió que por un compromiso
sin prevision aceptado,
iba ó nada ó demasiado
hacer allí á ser preciso:
y buscando un adalid
que por su honor lidie y venza,
pensó, tal vez con vergüenza,
la vez primera en el Cid.
Mas recordando lo dicho
por el Cid al desterrarse
y temiendo que emperrarse
le ocurriera en tal capricho,
le escribió así: «A mi presencia
ven; y haz cuenta que te llamo
tres veces, y que reclamo
como tu rey tu asistencia.»
Vino el Cid: por él quedó
sobre Grados: y en un mes
dió con Grados á través
y al rey Almofala envió
amarrado en un rocin,
para que el Rey de él hiciera
lo que más le conviniera
lo mismo que del botin.
¡Gran triunfo! ¡Gran lealtad!
¡Grande alegría en Castilla!
El Cid es la maravilla
de su patria y de su edad.

Es el primer adalid
de España, el terror del moro:
y es de Castilla desdoro
que no éntre en Burgos el Cid.
El pueblo le pide á gritos
los cortesanos le aclaman,
los soberanos le llaman,
y horros todos! todos quitos!
¡Viva el Cid! gritan ufanos
los nobles y los villanos
los grandes y los chiquitos.

IX

En aquel mismo palacio
donde ha ya más de años veinte
que al rey don Fernando el Cid
presentó sus cinco reyes;
y en aquel mismo salon
donde á sus córtes presente,
contra Roma y Alemania
alzó el Cid su voz valiente,
el rey don Alfonso sexto
al Cid á su gracia vuelve,
y en sus brazos le recibe
agradecido y alegre.
El pueblo que, ébrio de gozo
por el alcázar se mete,
atropellando sus guardias
y sin respeto á sus reyes,
para ver y victorear
y bendecir á su héroe,
al custodio de la patria,
al ídolo que enaltece,
presencia la noble escena
y en entusiasmo se enciende
viendo al Rey que al Cid abraza
de esta manera diciéndole:

«Ceñid los brazos al cuello
del Rey que asaz bien os quiere,
por ser brazos de tal home
que el mundo otro par no tiene.
»Non excuseis de abrazarme:
que brazo de home tan fuerte
desentollescen mis tierras
y las de moros tollescen.
»Facedlo que bien podeis,
é cuidad non me manchedes
que aún finca en las vuesas armas
la sangre mora reciente.
»No atendais tuertos que os fice,
pues en tan buen fin fenecen;
que un home á quien reyes sirven,
á mí servirme no debe.
»Si vos desterré, Rodrigo,
fué porque á moros que crecen
desterreis de mis fronteras
y alto vuesos hechos vuelen.
»No os eché yo de mi reino
por falsos que vos mal quieren,
mas porque en tierras ajenas
por vos mi poder se muestre.
»De Alvar Fañez, vuestro primo,
recibí vuesos presentes
no en féudo vueso, Rodrigo,
sinó como de parientes.
»Las banderas que ganasteis
á los árabes de allende,
por mandadería vuesa
en Cardeña las pondredes.
»La vuesa Jimena Gomez
que tanto vos quiso siempre,
porque la he desmaridado
ponerme pleitos pretende.

»No escucheis, Cid, sus querellas
cuando á mí las enderece,
que á quien las toma el marido
no perdonan las mujeres.
»Andad á verla á Cardeña,
que pienso que allí os atiende
más ganosa allí de veros
que vos á mí aquí de verme.
»Andad, y desenojadla
porque no ansíe mi muerte,
creyendo mal que de mí
la dijeran malquerientes.
»Id y á volver preparaos
al campo, porque sabedes
que los valientes y el hierro
con la quietud se enmohecen.
»Id, y prendedme los brazos
otra vez: que bien merecen
prenderse á su rey en paz
los que cinco en guerra prenden.»
Esto dice el Rey al Cid
á quien abrazado tiene;
y el pueblo prorumpe en gritos
tan desaforadamente
y aplaude con tal estrépito,
que del alcázar parece
que el pavimento se hunde
y el techo abajo se viene.

Alvar Fañez que sagaz
está en todo, á todo atiende,
todo lo observa y lo pesa
y vueltas lo da en la mente;
Alvar que sabe que el habla
servir en el mundo suele

para con lo que se dice
ocultar lo que se siente,
comprendió bien que la corte
al Cid más que admira teme,
y al popular entusiasmo
y no á su entusiasmo cede.
Mas Alvar que al Cid conoce,
y á la infanta, y á los reyes,
y á la corte de Castilla,
y de Burgos á la gente,
de tal recepcion durante
la ceremonia solemne,
lo estaba todo observando
en sus adentros diciéndose:
«¡Bah! los hombres y los rios
todo es que cojan corriente;
que en cogiéndola, ya sólo
Dios ó el diablo los detiene.
Ya el Cid va corriente abajo;
si por medio no se meten
Dios ó el diablo, la carrera
ni Rey ni Roque le tuercen.»

X

De palacio el Cid Ruy Diaz
salió en triunfo como entró,
como el héroe de Castilla
y en ella sin superior.
En premio y en desagravio,
el Rey por juro le dió
á Bribiesca y á Escalona,
á Berlanga y á Muñon.
El Cid tiene satisfechos
ya su orgullo y su valor:
nadie hay ya que no le tenga
ó miedo ó admiracion;

y con lo que el Rey le ha dado
y lo que él en lid ganó,
no hay ya sobre él más que el Rey.
Mas de Alvar la apreciacion
era exacta: el Rey tenia
más que entusiasmo temor,
y el Rey ni entónces ni nunca
leal con el Cid obró.
El Cid no volvió á la corte,
ni de su Rey al favor,
por más que ante ella el Rey, falso,
de favores le colmó.
El Rey le dijo: «Tú eres
de Castilla el Campeador:
vé por Castilla á campear:
tus feudos guardaré yo:
y pues de Castilla el héroe
eres, sólo á condicion
de no dejar de campear
de Castilla un dia en pró.»
Y el Cid despues de á Cardeña
que volver tiene á Aragon,
donde campean los moros
ó su rey cuando ellos nó.
Esto, segun pensaba Alvar,
era ir de la suerte en pós;
porque cuanta más corriente
hombres y rios, mejor.
Mas como en la vida humana
todo lo compensa Dios,
y no ser feliz en ella
es humana condicion,
Dios á este astro sin mancilla,
que en la historia es casi un Sol,
á este rey incoronado,
á este inmarchito floron

de las crónicas de España,
con las espinas que no
le ciñó la frente, quiso
coronarle el corazon.
Dios es justo; sus pecados
de su edad fueron error;
pecó por no saber más,
es verdad: pero pecó.
Y así como sus virtudes
no dejó sin galardon,
su pecado sin castigo
no dejó tampoco Dios.

XI

Con bélica comitiva
áun para un rey no pequeña,

corre el Cid con ansia viva
la senda que monte arriba
va de Burgos á Cardeña.
Ya avista sus capiteles,
ya ve en su puerta y ventanas
su blason de seis cuarteles,
y oye que sus monjes fieles
le volean las campanas.
Ya al átrio que salen ve
su esposa y sus hijas, que

le esperan con hondo afan,
y á los monjes que de pié
tras ellas y en torno están.
Su bizarro hijo don Diego,
á quien su padre el Cid dió
un corcel que ardiente y ciego
parece que alienta fuego,
fué el primero que llegó;
y en grupo que huye al pincel
y á la pluma, con su madre
y hermanas quedó el doncel
hasta que fué á unir á él
su gran figura su padre;
y nunca el arte pagano
pudo ni en su Laocon
crear grupo tan galano;
porque el grupo castellano
tenia fe y corazon.
Dos chispas con que el cristiano
da vida á su creacion:
que no cupieron en don
al arte griego y romano
en su fria inspiracion.
Lloró el Cid cuando Jimena
y sus hijos le abrazaron.
Basta: porque de una escena
de estas jamás copia buena
pluma ni pincel sacaron.
De piedad cristiana ejemplo
marido y mujer, en pos
llevándose de los dos
sus tres hijos, en el templo
entraron á orar á Dios.
Él de sus padres difuntos
lloró ante la sepultura;
y ella al recordar los puntos

de su muerte, les vió juntos
del firmamento en la altura.
Cuando tan santo deber
juzgaron cumplido haber
como debian, contentos
del claustro á sus aposentos
fueron marido y mujer.

XII

Aquella noche sus cuentas
con el Abad ajustó
el buen Cid, y aseguró
á Cardeña grandes rentas.
Dió á los monjes gracias mil
por la guarda de su honor,
y presentes de valor
con largueza muy gentil.
Y concluyendo de hacer
con los monjes y Jimena
y sus hijos sóbria cena,
se fueron á recoger.
Entónces en su aposento
ántes de irse á reposar,
á solas á platicar
se pusieron un momento.
Era la primera vez
que el Cid á dormir tranquilo
iba en aquel santo asilo:
¡y ya era tiempo pardiez!
pues más de veinte años há
que la guerra por hacer,
no estuvo con su mujer
tan libre como ahora está:
y desde su edad primera,
no habian tenido ocasion
de abrirse su corazon
con satisfaccion entera.

Así que libre de todo
cuidado y del mundo ajeno,
entró el Cid de gozo lleno
en plática de este modo:
«Al fin, Jimena de mi alma,
nos torna Dios á juntar,
y al fin podemos gozar
unos momentos de calma.
No te hablaré de mi amor
ni me hables tú á mí del tuyo:
pues no hubo á lo que yo arguyo
otro que el nuestro mayor.
¡Qué pesares tan prolijos,
qué ausencias nos le han probado!
mas no hablemos del pasado:
hablemos de nuestros hijos.»
Jimena palideció
y se nublaron sus ojos.
«¿Qué te da miedo ó enojos
ahora?»—él la preguntó.
«Nada, Rodrigo,» dijo ella.
«Algo por Dios te apesara,
pues veo impresa en tu cara
de oculto pesar la huella.
Como marido y mujer
que nos podamos echar
algo en rostro, ni pensar
me ocurre, ni puede ser.
Tú y yo por el cómo y cuándo
y porqué casado habemos,
ejemplo que dar tenemos
al mundo, y lo estamos dando.
Ni hay que dudar, ni yo dudo
de tí, ni nadie es posible
que piense tal imposible;
con que de argumento mudo.

Cuando á los hijos nombré,
la color te se mudó.
¿Son malas mis hijas?

JIMENA No.

EL CID ¿Os faltó alguno?

JIMENA No á fe.

EL CID Si álguien osó, claro dilo:
aunque el mismo Rey sido haya,
que él nunca se tiene á raya
y tengo el alma en un hilo.

JIMENA Nadie osó, Rey ni vasallo,
ni osara jamás, Rodrigo.

EL CID Es que el Rey...

JIMENA Que nó te digo:
mi palabra basta.

EL CID Callo.
Mas röe tu corazon
pesar oculto, y yo creo
que por los hijos: lo veo
y estas penas de ambos son.
¿Mal te ha parecido Diego?

JIMENA ¡Mi hijo parecerme mal!

EL CID Es un mancebo cabal.

JIMENA Me enorgullece.

EL CID ¿Pues luego
qué te inquieta, qué te apena
por el hijo ó por las hijas?
¡Los ojos en tierra fijas!
Habla: ¿qué tienes, Jimena?

JIMENA Nada.

EL CID ¿Un secreto conmigo?

JIMENA Es una supersticion.

EL CID Mas ¿tiene alguna razon?

JIMENA Para mí sí, mi Rodrigo.

EL CID Pues habla: que cuando á haber
llega la aprension más leve,

ser comunicada debe
entre marido y mujer.

JIMENA Ya te he dicho que no es más
que una ruin supersticion.

EL CID Dí lo que es en conclusion.

JIMENA Acaso á ofenderte vas.

EL CID ¡Angel de mi hogar! ¿qué puede
haber en tí que me ofenda?
Explícate: que comprenda
tu aprension, y entre ambos quede.
¿Qué temes?

JIMENA Tan sólo á Dios.

EL CID Mas ¿por qué por nuestros hijos
temes á Dios?

JIMENA Porque fijos
sus ojos de ellos en pós
deben de estar y..... perdona,
Ruy; yo te amo, te venero:
mas Dios juzga justiciero.

EL CID Mas á los justos abona.
¿Qué tiene que hacer de Dios
con mis hijos la justicia?

JIMENA ¡Ojalá sea propicia
con los hijos de los dos!

EL CID Jimena, me estás abriendo
ante la mente un abismo,
que lucho conmigo mismo
por no entender que comprendo.

JIMENA Perdóname, Ruy; perdona
mi supersticion: mas temo
que hay algo ante el Sér Supremo
que en su ley no nos abona.
El delito de los padres.....

EL CID Yo al tuyo.....

JIMENA ¡No lo recuerdes!

EL CID ¡El juicio creo que pierdes!

JIMENA ¡El alma no me taladres!
EL CID Tú sabes cómo y porqué:
la ley y el honor me abonan.
JIMENA La ley y el honor perdonan
aquí..... pero Dios, no sé.
EL CID ¡Jimena!
JIMENA Yo quise en mí
mi creencia sepultar;
tú me mandastes hablar:
tú mandas; yo obedecí.
Ya sabes, pues, mi Rodrigo,
cuál es la supersticion
que roe mi corazon.
Y yo la parto contigo.
EL CID Razon no tiene á mi ver:
mas tú eres, mujer, tan santa,
que desde hoy al Cid le espanta
lo que espanta á su mujer.
Mas quédese entre los dos;
nunca más nos lo digamos.
Jimena, es tarde: durmamos:
déjalo en manos de Dios.

Es disposicion divina:
toda humana criatura
sobre la tierra camina
royendo alguna amargura,
ú ocultando alguna espina.
Misterios de la existencia,
poder de la fe, influencia
de la educacion..... ¿quién sabe?
no hay quien por llevar no acabe
un gusano en la conciencia.
Y el que más crece y se eleva,
aquel venturoso al cual

no hay ya poder que se atreva.....
ese es quien al cuello lleva
más apretado el dogal.

Vuelve el Rey sobre Toledo
y el Cid se vuelve á Aragon:
y el Cid..... (hablemos muy quedo)
por primera vez el miedo
percibe en su corazon.
A Aragon lleva Rodrigo
su hijo don Diego á la lid:
Jimena queda al abrigo
del claustro, y guarda consigo
á las dos hijas del Cid.

I

A condesa de Carrion
dió á luz dos hijos gemelos
y á Dios el alma al parirlos:
quince años hacia de esto.
La condesa parió tarde;
el conde, que ella más viejo,
viendo crecer á sus hijos
rayaba cási en decrépito:
mas hombre que habia cuidado
no más que de sí viviendo,
iba á cumplir ochenta años
robusto y sano de cuerpo.
Este conde de Carrion,
sus padres y sus abuelos,
no habian tenido nunca
más afan que el del dinero;

y por juntarle y doblarle,
nunca mientes habian puesto
ni en las glorias de la patria,
ni en las guerras de su tiempo.
Tan aislados de la corte
como esquivos con el pueblo,
vivieron encastillados
cual judíos avarientos.
Tenian en subterráneos,
cuevas y silos secretos
todo su oro, y lo aumentaban
con logrerías y préstamos.
El rey Fernando, su hijo
don Sancho, los caballeros
más ilustres de Castilla
y hasta don Alfonso mesmo,
para sostener su hueste,
sus mesnadas ó su ejército
en campaña, muchas veces
á sus arcas acudieron.
El conde actual secundado
por un viejecillo enteco
y apergaminado, que es
su agente y su consejero,
hacia grandes ganancias
procuradas en silencio
por aquel grande agibílibus,
en cálculos gran maestro.
Hombre con vista de lince,
con olfato de sabueso,
como anguila escurridizo
y como raposa diestro,
por cualquier puerta pasaba,
cabia en cualquiera hueco,
llegaba á cualquier altura
á cualquier trato dispuesto.

Con ribetes de retórico,
de astrólogo y leguleyo,
y en Carrion, segun los casos,
hombre de curia y comercio,
era en Carrion el factotum;
y á sus ignaros plebeyos,
segun el caso, servia
de agente, escribano y médico.
Él va y viene por el conde,
tal vez cerca, tal vez léjos;
de dia, de noche, á pié,
en mula, solo ó con séquito.
A veces desaparece
un dia ó un mes entero;
y á veces en un tenducho
que tiene en la plaza abierto,
bodega, almacen, oficio,
cueva y casa, en que revuelto
tiene algo de todo, pasa
toda una estacion expuesto.
Allí recibe, consulta,
compra, vende, da remedios,
escribe, cambia monedas
y acepta prendas á empeño:
fia á las mujeres, presta
semillas á los labriegos,
y se aviene al cobro siempre,
sin ser á nadie molesto.
Este sér, á quien se llama
en Carrion Maese Luengo,
sin que nadie sepa de él
ni patria ni nacimiento,
ni si lleva nombre tál
por apodo ú abolengo,
es del avariento conde
un tuautem mefistofélico.

Este hombre tiene sus cuentas
y de su casa el gobierno,
recibiendo de él lo que hoy
se llama tanto por ciento;
sin que le haya puesto el conde
jamás sobre sus derechos
cuestion, ni en sus cuentas nunca
el reparo más pequeño.
El conde cuando sus hijos
año tras año crecieron,
se los fió cual le habia
fiado su oro y secretos.
Y el conde con todo el mundo
avaro como un hebreo,
era con él generoso
y con sus hijos espléndido.
Espléndido y generoso,
bien entendido, respecto
de su ruindad y avaricia
de los hombres con el resto.
Su esplendidez con los hijos
llegó hasta darles dos perros,
dos halcones y dos flacos
asturianos caballejos.
Cuanto á maese pedian
para reteles, anzuelos,
trampas y hurones, maese
se lo procuraba luégo.
En suma, lo que hoy haria
cualquier ricacho hidalguejo
de Carrion, hacian él
y el conde con los mozuelos:
y eran estos lo que hoy
serian, ni más ni ménos,
los de un viejo ex-mayorazgo
de Alcorcon ó Ciempozuelos.

Mas poco despues que Alfonso
se tornara de Toledo
y ántes que, jurando en Burgos,
se llamara Alfonso Sexto,
del viejo conde cambiaron
casa, negocios y genio,
á causa de un imprevisto
y extraño acontecimiento.
En mil y setenta y dos
se estableció en los terrenos
de Carrion un peregrino:
el cual, con permiso prévio
del conde, hizo su morada
de un torreoncillo viejo,
en santuario convertido
en el picacho de un cerro.
El viejo conde, que nunca
pensó bien de un forastero,
el peregrino á maese
encomendó un poco inquieto.
Fué y vino y tornó maese
desde Carrion al cerruelo,
desde el cerruelo á Carrion
y volvió al fin satisfecho.
El solitario era un hombre
inofensivo; sincero
cristiano, á quien por un áspero
confesor hecho muy crédulo
y escrupuloso, traian
á buscar en el desierto
paz para el alma intranquila
su fe y arrepentimiento.
Dos años de penitencia
habíanle sido impuestos
en la soledad de un monte
por el obispo de Oviedo,

y él á cumplirla venia
en lugar del suyo léjos,
donde sus cuentas incógnito
pudiera hacer con el cielo,
y parecia hombre noble
y á comodidades hecho:
tal dijo maese al conde,
creyéralo ó no creyéralo.
Maese y el solitario
entrando en conocimiento,
fueron trabando amistad
é intimando; y año y medio
del conde con beneplácito,
vivió en la ermita el romero,
llegando á ser la amistad
de él y maese un misterio.
Y un dia fué á verle el conde:
muchos iban los mancebos
á oirle contar leyendas,
de las que sabia cientos.
Y un dia fué él al castillo;
y al cabo costumbre haciendo,
y necesidad tornándose
la costumbre, concluyeron
del romero en el castillo
por necesitar: cediendo
á la influencia que ejerce
el que es más sobre el que es ménos.
El ermitaño era un hombre
de mundo y de buen consejo,
cuya condicion mostraban
sus alzados pensamientos;
y aunque á su nombre y su historia
jamás habia alzado el velo,
su traza es de buen cristiano
y su aire de caballero.

Poco á poco del buen conde
se fué en la casa ingiriendo;
viéndolo el mismo maese
y áun ayudándole á ello.

Y un dia.... una noche de esas
de nevada y ventisquéo
que pasaban en Carrion
los cinco al amor del fuego,
hizo al conde el peregrino
este discurso discreto,
exponiendo sus ideas
con aire franco é ingenuo:
«Señor conde, ántes que torne
al mundo, al que deber tengo
de volver, mi penitencia
cumplida, que será presto,
os diré como cristiano
é hijodalgo lo que siento.
»La vuestra es raza de halcones
no de buhos, ni mochuelos:
vuestros hijos tienen alas
y deben alzar su vuelo

á una region en que cacen
águilas y no vencejos.
Segun lo que á catorce años
fuertes y ágiles les veo,
ya de que monten caballos
y empuñen lanzas es tiempo.
Con ejercicio en las armas
y trato de mundo, pienso
que pueden dar á Castilla
honor y á su padre nietos.
Yo, que bajo esta esclavina
soy otro del que parezco,
y ántes de endosar este hábito
calcé espuela y blandí acero,
ántes de volver al mundo,
si no os ofende, me ofrezco
á enseñarles de las armas
y del caballo el manejo:
que aunque para mí más logra
que las armas el ingenio,
áun para ir de este por rumbos
saber de aquellas es bueno.
Y como conozco todos
los linajes solariegos
de Castilla, de Aragon
y demás cristianos reinos,
os haré de ricas hembras
casaderas un recuento,
con dos de las cuales llegue
á ser Carrion casi un reino.
Dos mozos que son tan nobles
y tan ricos y tan recios,
hasta á las hijas del Cid
á aspirar tienen derecho.»
Dijo el penitente: el conde
calló y frunció el entrecejo,

y á los muchachos los ojos
les chispearon de contento.
El cómo fué no se sabe,
ni importa mucho saberlo:
el caso es que al fin del año
el cambio era tan completo
en Carrion, que ya en justar
eran los muchachos diestros,
y habia armería y cuadras
y hueste de Carrion dentro.

El año de mil y ochenta,
el primero en que á Toledo
taló el Rey, murió maese
de un modo extraño y horrendo.
Fué á Burgos y no volvió;
al pié de un despeñadero
en el fondo de un barranco
se halló su tronco sangriento.
¿Cayó en él ó en él le echaron?
Jamás se supo: sus restos,
presa de cuervos y lobos,
reconocerse pudieron
por sus ropas y sus cuentas
que se encontraron con ellos:
y el conde al sentir tal pérdida
se alegró de tal encuentro.
Mas no tuvo gran lugar
de echarle mucho de ménos,
porque el incógnito al punto
suplióle y tomó su puesto.
Y hecho él del conde á las cuentas
y el conde de él á los cuentos,
nadie se quejó del cambio
y allí se quedó el romero.

Al año siguiente el conde,
segun constó en documentos
perdidos ya, pidió al Rey
un extraño privilegio:
y fué doblar su condado
de Carrion en sus gemelos,
es decir, crear dos condes
de igual título y derechos.
El Rey, que segunda vez
iba á dar tala á Toledo
y que ya debia al conde
desde tiempo atrás dineros,
pensó..... ¿quién sabe si fué
suyo ó nó tal pensamiento?
darse por quito del oro
á cuenta del privilegio.
Y se le otorgó: á los condes
homónimos previniendo
que con él se apersonaran
en la corte para verlos.
Vinieron acompañados
de un ayo: el mismo romero
en hábito penitente
encapuzado y envuelto.
En la corte un poco toscos
los muchachos parecieron,
y el ayo con quien venian
asaz raro compañero;
mas pasaron por galanes
por ser ricos como Cresos,
y nadie faltó del ayo
del hábito al miramiento.
El Rey, á quien importaba
no entrar en cuentas ni en cuentos
con su padre, á los dos mozos
otorgó cuanto pidieron;

y entraron, segun el conde
manifestaba deseos,
de doña Urraca por pajes
y á su merced se pusieron.
Acostumbráronse pronto
en el alcázar á verlos
sin extrañeza, de tantas
extrañas gentes en medio.
De los condes de Carrion
tal fué el extraño comienzo;
aunque lo calla la historia
y hay quien lo tiene por cuento.

II

Don Alfonso, por su suerte,
de sus hermanos por muerte
y por su ingenio y valor,
de España era el rey más fuerte
y aspiraba á emperador.
Fué extraña excentricidad:
los reyes conquistadores
de aquella revuelta edad,
tuvieron debilidad
por hacer de emperadores.
Siendo Toledo el Estado
moslémico más antiguo
á los godos conquistado
y por los moros guardado
á Castilla más contiguo,
Don Alfonso comprendió
que si á Toledo ganaba,
de cuanto el moro ganó
desde que en España entró,
lo mejor le arrebataba.
Cabeza Toledo siendo
del imperio moslemin,

al moro en la frente hiriendo,
va á ser golpe tan tremendo
el principio de su fin.
¡Gloriosa era tal proeza!
Despues de conquista tal,
con tal gloria y tal riqueza
bien podria á su cabeza
ceñir diadema imperial.
Y atropellando por todo,
sobre Toledo se fué:
y tiempo ha que sabe el modo
de poner del reino godo
en la capital el pié.
Y con fuerza y con amaños
la atacó y la corrompió,
y la taló por seis años;
y al cabo de inmensos daños
el sétimo la sitió.
¡Gran tempestad se levanta!
árabes y castellanos
predican la guerra santa:
la gente que se arma espanta
entre árabes y cristianos.
¡Ay de la Toledo mora!
ya suena su última hora,
el Rey se entra á sangre y fuego
por su tierra do va ahora
de poder y ambicion ciego.
Cuanto célebre en valor
y en nobleza hay en Europa,
lleva Alfonso en su redor:
toda Europa da favor
á su empresa y á su tropa.
A más de sus leoneses,
gallegos y castellanos,
lleva el Rey aragoneses,

alemanes y franceses,
borgoñones é italianos.
Tanto su empresa se aprecia,
que no hay rey que no le acuda
con oro ó con mano recia:
y hasta fueron en su ayuda
los Paleólogos de Grecia.

Los reyes de Badajoz,
de Córdoba y de Sevilla
acudieron á una voz;
mas como el rayo veloz
los arrolló el de Castilla.
¡No hay remedio para tí,
capital mahometana!
Dios te quiere para sí;
tu mezquita marroquí
será catedral cristiana.

Ya desamparada y sola
te ves; toda tu comarca
se rinde á Alfonso ó la inmola;
su pendon, solo, enarbola
Abdarwil como monarca.
Ejército mercenario,
mas fanático y tenaz,
á pesar del vecindario
le sostiene temerario
de todo exceso capaz.
Cinco meses la mantuvo
contra el destructor asedio:
bravos asaltos sostuvo;
mas vióse al fin sin remedio,
y al fin que rendirse tuvo.
Por hijo de Aly Maimon
salvó Abdarwil la existencia;
vencido, mas sin baldon,
salió con hueste y pendon
y fué á ser rey de Valencia.
Cayó Toledo la altiva
por más que la foseó el Tajo,
y puesta en la peña viva
tuvo el viento por arriba
y las ondas por debajo.
Fin de tan dichosa lid,
miéntras el clero consagra
su vega, como adalid
mayor, en Toledo el Cid
entró por puerta Visagra.
Y enarbolando el pendon
de Castilla y de Leon
en los alcázares reales,
de la ciudad y arrabales
dió á Alfonso la posesion.
Golpe fué al moro fatal

y fué de la Europa entera
la alegría universal;
y quedó Castilla fiera
con su conquista imperial.
El Rey armó caballero
á don Diego; que, aunque mozo,
fué en hazañas el primero,
y el mundo cristiano entero
hizo fiestas de alborozo.
Y un corredor bereber
envió el Cid á su mujer:
quien, cuando la gloria supo
que á España y á su hijo cupo,
lloró y tembló de placer.
Y ante el altar prosternándose,
por su hijo y el Cid á Dios
oró, al par congratulándose
su espíritu y espantándose
de la gloria de los dos.
Y donde el godo en poder
del moro empezó á caer,
allí la mora grandeza
siendo herida en la cabeza
se comenzó á estremecer.
Fué la conquista mejor
desde Pelayo hasta allí;
y de dos reinos señor
el Rey, pagado de sí
se tituló emperador.
Casas dió, barrios enteros,
privilegios y exenciones
á los bravos caballeros
y barones extranjeros
que seguian sus pendones.
A todos de algo hizo don,
é hizo corte de Toledo;

y al buen Cid por galardon
le envió á lidiar á Aragon
de él ó del moro con miedo.
Y andando por su camino
dijo Alvar Fañez al Cid:
«que el Rey te quiere imagino
léjos de él y siempre en lid.»
Y el Cid dijo: «es mi destino.»
—Pues no es la lid mala senda:
ándala sólo por tí.
—¿Quieres, Alvar, que al Rey venda?
—No, Ruy: mas hazle que entienda
que le entiendes.
—Lo haré así.
Y yendo por su camino
se entraron en Aragon:
y el Cid iba algo mohino,
y Alvar sembrando ladino
en su alma una tentacion.

III

Hay mujeres á las cuales
tan bien la doncellez sienta,
que vida muy larga alcanzan
acaso por ser doncellas;
mas doña Urraca, tal vez
no siendo una mujer de éstas,
por esta ó por otra causa
sin serlo aún se hizo vieja.
La mayor de sus hermanas,
pasaba de los cincuenta;
pero flaca y enfermiza
parecia ya decrépita.
El Rey no la iba á la mano:
de él y de su alcázar dueña,

en gran respeto teníala
como si su madre fuera.
Tenia aposento aparte,
guardias, servidumbre y rentas,
y no fué la reina nunca
como doña Urraca reina.
Los dos condes de Carrion,
que no fueron á la guerra
de Toledo y se quedaron
por pajes suyos con ella,
pasaban en el alcázar
una inútil vida quieta,
pues la infanta del rey sólo
por mandato les acepta.
El romero encogullado
con ellos tiene vivienda,
maestro, ayo, mayordomo
y consejero; mas ni entra
en los cuartos de la infanta
jamás, ni habla en su presencia,
y un respeto profundísimo
por ella tiene ó afecta.
Cuando pasa ante él ó al paso
con ella tal vez se encuentra,
la hace paso y dobla humilde
sobre el pecho la cabeza:
pero despues que ha pasado
y entre tanto que se aleja,
hasta donde á verla alcanza
torvo y tenaz la contempla
hasta perderla de vista,
con dos ojos que chispean,
y lanzan rayos vibrantes
como los de una culebra.
La infanta no es hosca ni áspera,
pero es una mujer séria,

y su servicio no es
cosa que mucho divierta.
Los gemelos de Carrion,
algunas veces bostezan
en el cuarto de la infanta;
y el romero les alienta
con gracia á hacer su servicio
y á llevarlo con paciencia,
por ser cosa el de la infanta
con la que se honran y medran.
«Mejor es servir, les dice,
á doña Urraca en la mesa
y el oratorio, que al rey
en la lid é ir á la guerra.

Aprended á cortesanos,
que aquí se vive y se huelga,
miéntras otros por vosotros
en la lid se descabezan.»

Y avezados los dos mozos
á entrar en la dependencia
de aquel hombre, le obedecen
y hallan sus razones buenas.
Mas la infanta tiene dias
de insufrible impertinencia,
y ataques de un histerismo,
que más cada dia arrecian.
Los médicos la propinan
sus pócimas: mas no aciertan
á atajar la enfermedad
que la roe la existencia.
Consúmese dia á dia
presa de mortal tristeza,
y los hay en que un instante
nada más el lecho deja.
Complácela solamente
la soledad más completa;
y ya tienen prevenido
al Rey los hombres de ciencia
que ha de morir sin sentirlo,
cual vidrio que el aire quiebra.
El Rey la deja á su antojo
vivir y morir: atenta
su servidumbre está, nunca
con ella, mas de ella cerca.
Nada se la niega nunca,
nadie jamás la impacienta,
ni se la da carta alguna,
para que imposible sea
que conmocion imprevista
acelere su hora extrema.
Una tarde, casi noche,
doña Urraca en una de esas
horas de melancolía
hipondriáca é histérica,

yacia en su lecho á solas,
entre la luz y tinieblas,
complacida en verse aislada
del mundo que la molesta,
cuando asaltada de pronto
de imprevisto mal, las fuerzas
que la faltaban sintiendo,
pidió auxilio con gran priesa.
Mas no llegó su voz débil
nada más que á las orejas
del de el sayal que guardaba
por los gemelos las puertas.
Llegóse éste en la penumbra
hasta el lecho de la enferma,
y ofreciéndola una copa
que tiene á la cabecera,
la dijo: «bebed, señora;»
y á su voz, la infanta trémula
sintió que se le erizaba
el cabello en la cabeza.
Tendió adelante las manos
como á quien, dormido, aqueja
una pesadilla y la halla
realidad cuando despierta.
Abrió la boca; pero ántes
de que algun nombre saliera
de entre sus labios, el monje
la mano en ellos poniéndola,
«¡Yo! ¡yo!» la dijo: y la infanta
cual vidrio que el aire quiebra,
cayó hácia atrás en la almohada
con la congoja postrera.
Quedó doña Urraca inerte,
y el monje inerte sintiéndola,
á su aposento volvióse
sin que nadie le sintiera.

Quedó la cámara á oscuras:
cerró la noche, y sus lentas
horas pasando, y la infanta
luz no pidiendo, á la puerta
del camarin, de puntillas
se acercó una camarera.
Paróse, espió, escuchó;
mas bullir no percibiéndola,
llamóla y amedrentóse
de no recibir respuesta:
dió un grito: corrieron todos
quién al Rey, quién á la Reina
á avisar; y trás los reyes
la servidumbre revuelta
de la infanta entró en la cámara:
y de pié á su cabecera
hallaron ya á los gemelos
de Carrion, que con atenta
curiosidad contemplaban
á su ayo; que hombre de ciencia
al parecer, de la infanta
pulsaba la mano yerta.
Y ántes de que la ansiedad
del Rey razon le pidiera
de su inspeccion, aquel hombre
con acentuacion siniestra
y voz que dió miedo á todos,
dijo: «La infanta está muerta
y fria ya. Su alma ahora
está á Dios dando sus cuentas.»
Postróse á orar: sacó el Rey
de la cámara á la Reina,
y trás el Rey, de ella fueron
saliéndose todos fuera.

IV

Dios es Dios, dicen los árabes
y dicen exactamente,
pues Dios siendo incomprensible,
ser definido no puede.
Dios es Dios: y Creador
infalible, omnipotente,
sabio y justo, en lo creado
el equilibrio mantiene.
Dios es Dios: él creó al hombre
para que en la tierra fuese
libre y feliz, entregándosela
con sus males y sus bienes.
El hombre, de Dios sujeto
á las inmortales leyes,
camina sobre la tierra
feliz ó infeliz haciéndose
segun la senda que elige,
segun la vida que tiene,
segun el mal ó el bien siembra,
y él se prepara su muerte.
El hombre inventó la guerra
é hizo de locas sandeces
principios que ciego sigue
y por los que ciego muere.
Quién por el honor se mata;
cosa que cada uno entiende
desde el rey hasta el ladron
de manera diferente.
Quién se mata por dinero,
quién se mata por los reyes;
quién se hace matar por fe
en cosas que no comprende;
quién es héroe, y quién es mártir;
mas pocos naturalmente,

hallan su fin en el cabo
de la carrera que emprenden;
y en la mar se hunde el marino,
y en la lid sucumbe el héroe,
y es natural que en el riesgo
muera quien en él se mete.
Mas hay hombres que al nacer
predestinados parece
que nacen para ver cómo
muere por ellos la gente.
Los reyes y los pontífices
de muy larga vida, suelen
dejar tras de sí más muertos
que el terremoto y la peste.
Don Alfonso fué uno de estos:
para que al trono subiese
murieron sus dos hermanos:
y como casó seis veces,
reinó cuarenta y tres años
y vivió setenta y nueve,
que enterrar á sus hermanos
tuvo y á sus seis mujeres.
A don García el primero,
que murió preso teniéndole
por lo que razon de estado
llaman los inteligentes.
Le enterró en Leon con grillos
como él mandó penitente;
ó despechado y rabioso,
segun á mí me parece.
Le enterró con régia pompa
y funerales solemnes:
mas régias honras y grillos,
son yerros un poco fuertes.
Ahora á doña Urraca: luégo
á doña Elvira, que tienen

sepulcro en Leon, y cuyos
epitafios aún se léen.
Vió morir por él á miles,
de cristianos y de infieles;
y de amigos y enemigos,
cerró tumbas á centenes.
Así que este rey de España,
gastó todos sus haberes,
en enterrar muchos muertos
y hacer á extraños mercedes.
Y como la muerte á ciegas
y á mal hacer tira y hiere
á los mejores, y mata
á aquellos que más merecen
vivir, del rey don Alonso
fué sino marcar los meses
de su reinado con lápidas
mortuorias; que á la presente
edad guian por la suya
sobre huellas indelebles,
para dar con nombres y hechos
en su edad grandes y célebres.

Peleaba en Aragon
el Cid, por él, con un Jeque
que se llamó rey de Denia
y allí reinó independiente.
Astuto, inquieto, ambicioso,
el Cid le venció dos veces;
mas otras dos volvió á alzarse,
tan tenaz como valiente.
La tercera, revolviendo
todo Aragon, alzó hueste,
y su mismo rey don Sancho
logró que se le adhiriese.
Salieron ambos al campo

contra el Cid: salióles éste
al encuentro y dió sobre ellos
al amanecer de un viérnes.
Siete horas duró la lid;
Sancho y sus aragoneses
sostuvieron á los moros,
como si cristianos fuesen.
¡Mal pecado y mengua grande
para don Sancho, que aleve
faltó á la fe á los cristianos,
en pró de los Bereberes!
Don Diego Diaz topándose
del rey de Aragon en frente,
adelantósele, vivo
con intencion de cogerle.
Cercóle con su batalla;
pero acorralado viéndole
llegó con su guardia negra
Alfagib á socorrerle.
El Cid á salvar á su hijo,
cargó allí toda su hueste,
y se salvó por milagro,
don Sancho del campo huyéndose.
Cayó Alfagib en la lidia,
y en vez del rey por cogerle,
don Diego se le echó encima:
mas la africana serpiente
le mordió en el corazon;
porque abrazado teniéndole,
le sumió en él la gumía
por la union del coselete.
Los brazos aflojó el mozo;
de sí el moro le echó inerte,
y aprovechando el espanto
de los del Cid, de repente
levantóse ágil, metióse

entre sus negros, y asiéndose
de las crines de un caballo,
montó á salto, y salvo fuése.

Quedó el campo por el Cid;
pero quedó infelizmente
en él de su hijo el cadáver.
¡Qué dirá su madre al verle!

V

El rey don Alfonso sexto
logró con esta victoria,
ser el primer rey de España,
y el mejor quisto en Europa:
y el darle tan alto puesto,
tal grandeza y tanta gloria,
costó de su sangre al Cid,
la más noble y pura gota,
de su prole el mejor vástago,
la fe y esperanza toda
de su casa, y de su alma
la pesadumbre más honda.

En San Pedro de Cardeña
con la más solemne pompa,
mandó el rey hacer á su hijo
régias exequias mortuorias.
Impuso á toda su corte
asistencia obligatoria,
y fué á presidir él mismo
la fúnebre ceremonia.
El camino de Cardeña
cubrió de tiendas y escoltas,
para que las nobles damas,
prez de su corte fastuosa,
hallaran en ida y vuelta
paz, refrigerios y sombra,
y ocasion los pueblos próximos
de hacer feria ventajosa.
El hueco del átrio al pórtico
cubrió con toldos de lona,
mullendo bajo él de arena
el empedrado y las losas;
y en línea recta las ramas
de los árboles con hojas
ligando, alargó del templo
hasta la selva la bóveda:
para que bajo ella viera
la multitud en la hora
de los oficios, la fúnebre
solemnidad religiosa.
Mandó al Cid su guardia régia:
de telas de rica estofa
enlutó el templo, y tendió
su pavimento de alfombras.
Mandó al obispo y al clero;
las chirimías, las trompas,
los coros y los salmistas
y mangas de las parroquias;

en fin, cuanto dar podia
al Cid y á su santa esposa
consuelo y honra en su pena,
la mundana vanagloria.
Jimena con fe cristiana
y resignacion heróica,
sobre el cadáver de su hijo
oró y lloró silenciosa;
y concentrando en su espíritu
su pesadumbre recóndita,
ni al Cid por más no afligirle,
dijo una palabra sola.
De abstinencia, insomnio y llanto
que atestiguan su congoja
trás dos dias, bajó al templo
la dignísima matrona.
En frente al rey, que seguia
del cabildo la salmodia,
sobre un cojin de velludo
negro, de plata con borlas,
se arrodilló con sus hijas,
envuelta como una sombra,
en un ancho velo negro,
prendido á su negra toca.
Doña Elvira y doña Sol,
ya gentilísimas mozas,
apagadas por el llanto
de sus mejillas las rosas,
modestas, graves, inmóviles,
del Cid esperanza ahora
única ya, y del gentío
admiracion por lo hermosas,
atrajeron hácia sí
las miradas y almas todas
de los circunstantes; presa
de esa tierna y melancólica

exaltacion que producen
las ceremonias católicas,
con que los que de la nada
vienen, á la nada tornan.
Los dos condes de Carrion
que, por el favor que logran
del rey, entre su más íntima
servidumbre se colocan,
con osada impertinencia
y terquedad enojosa,
las contemplaron de modo,
que estaban como amapolas.
Concluidos los oficios,
llegó la tremenda hora
de sepultar el cadáver
y sellar sobre él la losa.
La firmeza de Jimena
llegó hasta allí: y allí rotas
las dos fuentes de las lágrimas
y la voz, entre nerviosas
convulsiones, cayó en brazos
de sus dos hijas que, prontas
en su auxilio, la creyeron
á espirar tambien muy próxima.
Miéntras Jimena en un síncope
perdia vista, memoria
y sentimiento, cumplióse
la inhumacion piadosa:
y cuando volvia en sí,
ya Alfonso con voz monótona,
despedia el duelo y se iba
quedando la iglesia sola.
Vuelta en sí Jimena, madre
cristiana, con fe valerosa,
tornó á postrarse ante Dios
y oró así más de una hora.

Cuando volvió á presentarse
al Rey, ya de sí señora
era, como él firme y grande
del Cid Ruy Diaz la esposa.
El Cid ante la grandeza
de fe tan dominadora,
sintió entrar en su alma el miedo
y asombrado contemplóla.
Dudó si se cumpliria
su aprension supersticiosa:
recordó que les quedaban
dos hijas..... y sudó á gotas,
como Cristo al rechazar
en Gethsemaní la copa,
y por sus hijas su alma
pidió á Dios misericordia.

VI

Muerta ántes que él doña Urraca,
su misteriosa enemiga;
muerto por su gloria el áspid
de la cortesana envidia,
terror de la mora gente
y adoracion de Castilla,
todos creyeron que el Cid
á la corte volveria.
Mas nada el Rey habló de ello,
y un mes trascurriendo iba,

y el Cid moraba en Cardeña
con Jimena y con sus hijas.
Y el Rey al Cid no llamaba
y el Cid no se despedia,
y Cardeña para el Cid
debe ser mansion tristísima.
Pasó otro mes; Alfagib,
el moro que la morisma
tiene más bravo, más firme
de alma y de más dura vida,
levantando nueva hueste,
con invasion imprevista
se entró por tierras de Burgos
hasta dar sobre Medina.
A tal insulto y audacia,
montó don Alfonso en ira,
y esta carta desde Burgos
escribió al Cid con gran prisa:
«Los males del alma encuentran
en los campos medicina,
y á tí tan sólo en los mios
respeta la morería.
En campaña está otra vez
Alfagib: sobre su pista
ponte y no envaines la espada
hasta dejarle sin vida.
Toma tu hueste y mis huestes
si crees que las necesitas:
yo cuidaré de tus tierras,
agrándame tú las mias;
y por Dios que no te pares
hasta dejármelas limpias
de moros, aunque tras ellos
tengas al mar que dar vista.»
Súplica ú órden, los reyes
ordenan cuando suplican;

y al Cid toca concluir
con aquel moro la lidia.
Si es órden, no tiene réplica,
y si súplica, es justísima;
órden ó súplica, el Cid
cumplir esta determina.
Y miéntras echa su gente
á los caballos las sillas,
con el correo del rey
le mandó estas breves líneas:
«Señor, hay males del alma
que no curan medicinas,
ni el aire de ningun campo
ni de corte alguna alivian.
Pero hay hombres que, más fuertes
que el mal que les martiriza,
por curar de las del rey,
no curan las propias cuitas.
Yo soy de esos; parto al campo
por vos y vuelvo á la lidia:
yo os cuidaré vuestras tierras,
cuidad vos de mi familia.
Y si Dios no me abandona,
de mí no os daré noticia
hasta que tras de los moros
al mar tirreno dé vista.»
Partió el Cid y agradeció,
el rey su pronta partida,
aunque echó á baladronada
lo de avistar la marina.
Y á Jimena, como á esposa
de un hombre de tal valía
queriendo tratar, fué á hacerla
á Cardeña una visita.

VII

Cuando el Rey al irla á ver
la brindó en Burgos á entrar
con él, la santa mujer
no quiso á Burgos volver,
ni en él su rango cobrar.
En vano con sutileza
la arguyó el Rey; sus razones
escuchó ella con tristeza
y desechó con firmeza
del Rey las proposiciones.
En vano la dió á entender,
que tenia que casar
dos hijas; y que, á su ver,
en la corte habia de ser,
nó en Cardeña ni en Vivar.
«De eso, señor, áun no cuido:
es pronto—dijo ella—y ya
sabeis que, de Burgos ido
el Cid, su mujer no está
bien allí sin su marido.»
Discreto el Rey no insistió;
su escrúpulo mujeril,
ó respetó ó lo afectó;
y con largueza gentil
á sus hijas regaló.
La dejó servicio y oro
de su real casa, y tesoro
con que sostener su porte
de dama de alto decoro,
y dió la vuelta á su corte.
Y aquella mujer modelo
de amor y fe conyugal,
con sus hijas y su duelo,
siguió al amparo del cielo
en la soledad claustral.

I

Alfagib venció Minaya,
y de moros pié á pié
limpiando la tierra fué
de Aragon hasta la raya.
  Allí con el Cid se unió,
quien, de sus victorias fruto,
cobra allí pecho y tributo
de los reyes que venció:
  y allí, del Rey adalid,
aunque manda por el Rey,
de nadie recibe ley,
tan señor como él, el Cid.
  Agarenos y cristianos
le dan tan alto decoro,
que no hay rey cristiano ó moro
con humos más soberanos:
  y cristianos y agarenos
tan suyos por allí son,

que el mismo rey de Aragon
es por allí que el Cid ménos.
Allí Minaya, el más fiel
de los suyos, su pariente
más cercano, y de su gente
el tenido en más por él,
vueltas dando en su cabeza
á una idea que tiempo ha
que en ella bullendo está,
de Alhama en la fortaleza
con el Cid entró en consejo;
y haciéndole en él entrar,
empezó vueltas á dar
á su pensamiento viejo.
Y como grande en el mundo
no se hizo en un dia nada,
ni grande empresa ó jornada
nadie acabó en un segundo,
dando vueltas á su idea
siguieron ambos á una,
de plantearla con fortuna
para cuando tiempo sea.
Y el Cid siguió aquella tierra
sin superior y sin par
y á su Rey sin consultar
gobernando en paz y en guerra;
y alcanzó tal poderío
por toda aquella comarca,
que en ella como monarca
vivió y mandó á su albedrío.
Hizo tratos con los reyes
de los Estados contiguos;
ratificó los antiguos,
juntó milicias, dió leyes,
fundó templos, municipios
y villas: pobló lugares,

asalarió mudejares;
y estableció, en fin, principios,
costumbres, párias é impuestos
que rigieron adelante
cual por príncipe reinante
y por real derecho puestos.
Y dejando la llaneza
y sencillez castellanas,
con ínfulas soberanas
ostentó lujo y grandeza:
y aunque todo lo ordenaba
á nombre de Alfonso sexto,
su nombre estaba bien puesto
y el Cid en su puesto estaba;
y así, sin que nadie lea
en su mente claramente,
Alvar y el Cid en su mente
daban vueltas á una idea.
Y siguió dando sus vueltas
el mundo; y allende el mar
comenzáronse á juntar
cien tribus que andaban sueltas.
Y la region Mauritana
ganaron tras bravas lides
los fieros Almoravides,
raza valiente africana;
y fué en verdad maravilla
cómo desde allende el mar
vino tambien á estallar
tal tempestad en Castilla.
La historia es oscura cosa:
y es fuerza que raíz prenda
en su verdad la leyenda
galana y maravillosa.
Y hé aquí de aquella invasion,
que presa de gente extraña

por poco no hace á la España,
la histórica tradicion.
Dicen que el rey de Castilla
se enamoró en mala hora
de una hermosísima mora
hija del rey de Sevilla.
Dicen otros que el cristiano
quien se enamoró no fué,
sino ella y que le dió pié
para tomarla la mano.
Hay quién crée que el moslemita
al cristiano se la dió,
y quién que él se la robó
al hacerle una visita.
Ello es que, por él cristiana
tornada, la mora hermosa
fué, quién dice que su esposa
y quién que su barragana.
Mas, concubina ó mujer,
todos contestes están
en que, marido ó galan,
por ella á España perder
arriesgó en tal ocasion,
por ella entrando en campaña,
tras de atraer sobre España
de moros nueva invasion.
Y fué así; el rey sevillano
padre de la linda mora,
sabiendo cuán ciego adora
á su hija el rey castellano,
por valedor atraerse
al Almoravid pensó,
y de Alfonso imaginó
de la autoridad valerse.
El andaluz se mecia
en el ambicioso sueño

de ser el único dueño
de toda la Andalucía;
y dijo al rey burgalés:
«Si yo al Almoravid llamo
solo, á mi solo reclamo
que acuda difícil es;
mas si los dos á la par
pedímosle ayuda, de hecho
que cruza al punto el estrecho;
y si yo llego á reinar
en toda la Andalucía,
no habrá más que una frontera
y será la España entera
nada más que tuya y mia.»
La erró Alfonso suponiendo
que dando al rey de Sevilla
un gran reino, iba Castilla
á ganar, su suegro siendo;
y el de Sevilla, apoyado
en la autoridad cristiana,
de langosta musulmana
trajo á Sevilla un nublado.
Pero fué mal para todos;
porque Aly, el fiero adalid
que el Emir Almoravid
mandó al reino de los godos,
viendo que aquella era presa
rica y bella á maravilla,
mató en lid al de Sevilla;
tomó por suya su empresa,
y adelantó tan sin miedo,
con tan feliz osadía,
que rindió la Andalucía
y entró en tierras de Toledo.
Comprendió el rey castellano
qué error habia cometido

y campeó: mas fué vencido
dos veces por el pagano;
y de su insensato amor
único inmediato fruto,
recogió afliccion y luto,
vencimiento y deshonor.
Todos los moros que párias
de tiempo atrás le rendian,
del Almoravid se unian
con las huestes á él contrarias:
y hubo un momento en que España
estuvo para volver
toda del moro á poder
en esta infeliz campaña;
porque el rey Almoravid
Yussuf, pasando el estrecho,
mató á Aly; mas tomó á pecho
por él la tremenda lid.
¡Justicia sea hecha al Rey!
Supo el yerro de su amor
compensar con un valor
y una fe de buena ley.
En tamaña adversidad
Alfonso, con alma fiera,
llamó á sí de Europa entera
á toda la cristiandad.
Y teniendo, solo, el Cid
bien sujeta su region,
le acudió el rey de Aragon:
y acudieron á la lid
nobles del Loira y del Sena,
don Raimundo el Borgoñés,
y el luégo rey portugués
don Enrique de Lorena:
y nobles cien además
alemanes é italianos,

que á los bárbaros paganos
hicieron volver atrás:
  y con su ayuda Castilla
volvió á aquellas hordas fieras
á arrojar de sus fronteras
hasta Córdoba y Sevilla.
  ¡Pesadilla atroz fué aquella!
Al cuello se echó una soga
que por poco no le ahoga
el Rey por su Zayda bella:
  mas respiró Alfonso al fin,
al salir de aquel mal sueño
viéndose aún rey y dueño
del castellano confin.
  Y con pródiga largueza
como á Toledo al tomar,
sin tino comenzó á dar
á la extranjera nobleza.
  Dió y dió: hasta que dar no hallando,
les dió sus hijas nacidas
en ley, y hasta las habidas
por hurto y de contrabando:
  y aquellos nobles señores
tomaron con alegría
el hurto y la bastardía
de sus augustos amores.
  Y hay quien quiere á este rey mal
porque dió á un aventurero
pié para ser el primero
que hizo reino á Portugal.
  Verdad es que estuvo á pique
de perder á España entera,
si en su ayuda no acudiera
con otros mil don Enrique;
  mas si salvó la nacion,
tambien la mermó despues

por pagar al Lorenés
de España con un jiron.
Salvóse él en una tabla:
mas echó á España á perder
por una extraña mujer
y un conde de extraña fabla.
Cuando volvió á despertar
de aquella atroz pesadilla,
supo y vió con maravilla
los hechos del de Vivar.
Miéntras él se habia expuesto
á perder hasta su herencia,
el Cid llegó hasta Valencia
y habíala sitio puesto.

II

Sitiada tiene á Valencia
el Burgalés capitan:
y ésta fué su grande hazaña
y la mayor de su edad.
Sitiada tiene á Valencia;
y hasta ella para llegar
tuvo que hacer maravillas
de brio y sagacidad.
Para llegar á Valencia
y expeditos conservar
los caminos, y enemigos
no dejar de sí detrás,
tuvo que pasar tres años
de vigilias y de afan,

de reyes cristianos y árabes
haciéndose respetar.
A quién le ayudó en sus lides;
á quiénes les puso en paz;
á quiénes venció en batalla:
á quiénes dió libertad.
Tuvo á alguno que vender;
tuvo á alguno que comprar;
por muchos ayudar se hizo;
tuvo, en fin, cáuto, sagaz,
prudente, osado y constante
para dar cima á su plan,
tántos odios é intereses
que extinguir y concordar,
tántos riesgos que prever
y tanta dificultad
que vencer hasta Valencia
las vías para allanar,
y á los moros comarcanos
hasta ver prendidos ya
en la red de su estrategia
é incapaces de dañar,
hasta tenerlos por suyos
por fuerza ó por voluntad;
y ayudado de Alvar Fañez
en su idea pertinaz,
hizo en fin tales prodigios
de valor y habilidad,
que fueron trabajos de Hércules
y labores de Titan.
Mas al fin sitió á Valencia,
cuya opulenta ciudad
tienen los Almoravides,
que ayudaron á matar
al hijo de Aly Maimun;
de cuya muerte fatal

la venganza dió ocasion
al Cid para irla á sitiar.
Defendiéronse los moros
con fiera heroicidad;
mas atacóles el Cid
sin dejarlos respirar
dia ni noche sin tregua
hasta que sin poder más
tuvieron amedrentados
con él que capitular.
De moros y de cristianos
fué asombro conquista tál,
y postróse ante el Cid todo
el Aragon musulman.
Cuando se supo el buen éxito
de una empresa tan audaz,
difícil aún para un rey
poderoso por demás,
llevada á cabo por sólo
un infanzon de Vivar,
los señores de Aquitania,
del condado catalan,
de Tolosa y de Narbona,
de Beziers, Tarbes y Dax,
del Rosellon y el Pirene
oriental y occidental,
los príncipes más ilustres
de toda la cristiandad,
enviaron sus mensajeros
al Cid á felicitar;
y fueron del Cid tan altos
el poder y autoridad,
que quedó sobre la tierra
con los reyes por igual.
Mas él luégo que en Valencia
se vió, determinó enviar

por ella pleito homenaje
á su señor natural.
Y el rey don Alfonso sexto
vió un dia á Burgos llegar
á Alvar Fañez de Minaya,
con don Tello Sandoval,
don Diego Ordoñez de Lara
y otros nobles de solar
burgalés, con lujo y porte
de una embajada rëal.
Doscientos caballos árabes
al Rey conducidos van
por esclavos africanos;
traen en el arzon de atrás
de la silla un saco de oro,
y en el de adelante están
puestos doscientos alfanjes
en tahalís de Tafilat.
Los esclavos, negros, traen
como esclavos de un Sultan
ajorcas y brazaletes
y collares de coral:
y los sacos traen del Rey
el blason particular
como si fuesen dineros
de su renta personal.
Alvar Fañez de Minaya
en el salon al entrar
en donde el Rey presidiendo
córtes en Burgos está,
afinojóse; y pidiéndole
su régia mano á besar,
del Cid le entregó una carta
á guisa de credencial.
Decia: «Rey don Alfonso:
desde Burgos hasta el mar

libre el camino os he puesto;
ved si mandais algo más.
Valencia es vuestra: las párias
que vuestra por ser os da
van en doscientos saquillos
de á cien doblas cada cual.
Las tierras que hay intermedias
desde Castilla hasta acá,
tambien son vuestras; las tengo
en nombre vuestro no más:
y tengo el placer, señor,
de haberos podido dar
más tierra que vuestro padre
os dejó por heredad.
En premio, señor, enviadme
á mi mujer, que tendrá
en ver el mar que no ha visto
un grandísimo solaz:
y si os pluguiere venir
por él un paseo á dar,
decídmelo, para haceros
de aloe un barco labrar.
No extrañeis, señor, mi oferta
ni mi estilo algo oriental;
que á fuerza de andar con árabes
tengo algo de árabe ya:
mas culpaos á vos sólo
si cambié de natural,
pues vos me habeis hecho siempre
entre los moros morar.
Para que aquí no concluya
por leer en el Koran
en vez de en los Evangelios,
atrévome os á rogar
que me envieis obispo y clero
y campanas y lo al,

esta ciudad moslemita
cristiana para tornar.
Y aunque os vayan á decir
que toda el Africa va
á venir á recobrarla,
tranquilo, señor, estad:
yo la sabré defender
como la supe tomar,
y miéntras yo viva en ella,
cristiana y vuestra será.

Con esto os beso las manos;
y os ruego que me tengais
por vuestro mejor vasallo
y servidor más leal.»
El rey don Alfonso sexto
era hombre harto perspicaz
para no ver que ya el Cid
de él estaba casi á par:
y como Alvar con los suyos
con aparato triunfal

la ciudad habian cruzado
á palacio ántes de entrar,
ya por el Cid todo Burgos
entusiasta, era capaz
de alzarse contra el Rey mismo
por el héroe de Vivar.
Don Alfonso al ver el riesgo
de su popularidad,
del mismo riesgo hizo base
para hacerse popular.
Tomando, pues, una pluma,
en llano estilo cordial,
escribió al Cid en respuesta
estas palabras no más:
«Valencia y todas las tierras
que has sabido conquistar,
ántes son tuyas que mias,
puesto que tú me las das.
Ténlas, pues, por mí ó por tí
como te acomode más,
ó haz con ellas á tus hijas
un dote y feudo condal.
Con Alvar irá Jimena
á Valencia á ver el mar;
y si á mí me viene antojo
de mecerme en su cristal,
al Cid, señor de Valencia,
pediré hospitalidad;
no como á un vasallo mio
sino como á un rey mi igual:
«que vasallos como tú
»que á su rey un reino dan,
»si no son reyes como él,
»con él merecen reinar.»
Ante los ojos del pueblo,
del palacio en el umbral,

expuso Alvar esta carta
que le dió el Rey sin sellar;
y cuando del contenido
se enteró el pueblo leal,
rompió en aplausos de modo
que pareció un huracan.
Y si al Cid sirvió bien Alvar,
tampoco al Rey sirvió mal;
y si bien lo hizo el Rey, bien
le supo Alvar ayudar.

III

Y yendo á Jimena á ver
tales nuevas la fué á dar:
y aquella santa mujer
con lágrimas de placer
se las oyó relatar.
Y cuando de él llegó á oir
que el Rey la daba licencia
á Valencia para ir,
quiso al instante partir
con sus hijas á Valencia.
Siempre que el Rey la brindó
su alcázar, jamás le hirió
con negativa absoluta;
mas, cauta, jamás volvió
á su corte disoluta.
¿Fué vanidad personal?
¿Fué afan de guardar su extraña
posicion excepcional?
¿ó fué, fiel, casta y leal,
la mejor mujer de España?
Mujer del Cid Campeador
de su padre matador
y casada por el Rey,
de ser se impuso la ley
santuario de fe y honor.

Y lo fué: y en la nacion
do un rey de moral tan ancha
alardeó de corrupcion,
no echan en ella una mancha
ni historia ni tradicion.
Aquella mujer dotada
de tal fe y tan buen sentido,
de Dios se estuvo amparada
miéntras el Rey separada
la tuvo de su marido:
y en cuanto el Rey la soltó,
paloma que busca el nido
que su único amor labró,
desde el convento voló
al hogar de su marido.
Y el Rey comprendió asombrado
que miéntras él por un lado
su reino á palmos perdia,
por otro á piés se lo habia
engrandecido un soldado.
Y no sabemos decir
si con placer ó pesar
vió á aquel soldado cumplir
su palabra de seguir
á los moros hasta el mar.
Y nadie podrá saber
si el Rey en su corazon
al Cid en Valencia al ver,
llegó del Cid á tener
más miedo que admiracion.

IV

Ya en Valencia está Jimena,
y dama de altas virtudes,
como quien es de su estado
los altos deberes cumple.
No es menester que á ello nadie

la impela ni la estimule;
la basta de sus deberes
el sentimiento que nutre.
Valencia es ciudad muy rica
y de muy antiguo surten
de Ásia y África su mercado
los bajeles que á él acuden.
Sus moros son laboriosos,
cultivan, labran, construyen;
y es Valencia un paraíso
que á poca labor produce
la más exquisita seda,
la fruta y uva más dulce,
los arroces más nevados
y las más suaves legumbres.
Su gente es bella y alegre,
su clima suave y salubre;
un mar tranquilo la baña,
la alumbra un cielo sin nubes,
un aire sano la orea,
y eterno verdor la cubre,
que mil manantiales riegan
que en sus mil pensiles surgen.
Los moros que en ella moran
han vivido en servidumbre
de usurpadores alarbes
ó de piratas de Túnez:
así es que son recelosos
y taimados, por costumbre
de verse de unos ó de otros,
bajo el yugo que mal sufren.
Al dar en manos del Cid
y por conquista, presumen
que van cual nunca del yugo
á sentir la pesadumbre:
y el trato, vida y comercio

con los cristianos eluden,
y en el fondo de sus casas
torvos y tristes se sumen.
En vano el Cid, para que ellos
mal porvenir no se auguren,
les prodiga, aunque vencidos,
paternas solicitudes;
los moros, escarmentados
de halagos y mansedumbres
de sus tiranos, que empiezan
en miel y en sangre concluyen,
oyen, callan y se esquivan,
sin que en nada coadyuven
á establecer en Valencia
la amistad á todos útil.
Mas hé aquí que en la mañana
del primer dia de octubre
á la luz de aquel sol tibio
que en su cielo limpio luce,
llega á Valencia Jimena,
y los cristianos prorumpen
en vivas y aclamaciones
que á los moriscos aturden.
Los moros, cuyas mujeres
jamás la faz se descubren
en público, á ver á aquella
por curiosidad se suben
á los terrados, se asoman
á las rejas, y á sus mútfis
y kadís ven que se postran
ante el carro que conduce
á Jimena y á sus hijas,
sombreado de gasa y tules
y tirado por seis mansos
alazanes andaluces.
Aquellas públicas fiestas

entre moros no comunes,
aquellas tres hermosuras
que al sol sus semblantes lucen,
hacen al fin que abandonen
sus casas, y que se agrupen
á ver aquellas tres damas;

que el efecto les producen
de tres hurís que descienden
de las bóvedas azules
del paraíso cristiano
entre oro, luz y perfumes.
Jimena al dia siguiente
sin temor de que la insulten
ni se la atrevan los moros
á quienes respeto infunde,
comenzó á dar á sus pobres,
á aliviar á los que sufren,
á hablar á los que la esquivan,
y á hacer de ellos, en resúmen,
mansas ovejas que siguen
al pastor que las conduce,
en vez de toros que al yugo
se resisten que les unce.
Poco á poco comenzaron
á ver sin odio las cruces,
á abrir tiendas y talleres
y mercados; y sus lúgubres

semblantes tornando alegres
comenzó la muchedumbre
á asistir á sus mezquitas
sin que sus ritos perturben
los cristianos; sin que al paso
á las mujeres injurien,
ni á nadie roben ni vejen
ni en nada del triunfo abusen.
Y los moros que á Jimena
y á sus hijas atribuyen
de sus bravos vencedores
la fraternal mansedumbre,
comenzaron á mirarlas
como á tres santos querubes
del cielo cristiano enviados
por Dios á que les escuden.
Tornó, pues, Valencia á ser
el eden que era: y discurren
ya por sus calles los moros
sin miedo ni incertidumbre,
dejando libres por ellas
vagar sus doncellas núbiles,
sus esposas, sus esclavas
y sus hijos, sin que curen
de echar la llave á sus puertas
ni de cerrar sus baúles,
dando á Aláh gracias de que hoy
tal libertad les procure.
Así en Valencia Jimena,
la dama de altas virtudes,
como quien es, de su estado
los altos deberes cumple.
Y así está el Cid en Valencia;
y de esta conquista ilustre
no fué la prez el lograrla,
sino el conservarla inmune.

V

Y la conservó; y en vano
Búcar sobre ella se puso,
para cobrarla del Cid
el mar cruzando iracundo.
El Cid volver hizo al árabe
á sus desiertos incultos,
en la playa de Valencia
abriendo á seis mil sepulcro.
Otra vez volvió del Africa
tan tenaz como sañudo
Búcar, y otra le hizo el Cid
darse á la mar dando tumbos.
El Cid mantuvo á Valencia
sin favor de rey alguno
con sólo su corazon
y el aliento de los suyos:
y el mantenerse cinco años
como por él la mantuvo,
fué asombro del universo
y gloria eterna de Burgos.
Mantúvola: y pudo darse
de rey de Valencia humos,
pues fué, cuanto reino era
de Valencia mora, suyo.
De reyes moros en ella
cual rey recibió tributos,
y hasta Aragon se extendian
de ella los confines últimos.
El Cid la abasteció pródigo,
la embelleció, la repuso,
la almenó; y aspillerándola
y cerrándola con muros
flanqueados de torreones
y reforzados con cubos,

la guarneció con milicias
de hombres mozos y robustos.
La fama su nombre y hechos
llevó á tan opuestos rumbos,
que un barco del rey de Persia
á los piés del Cid condujo
una lujosa embajada
y un cargamento de frutos,
gomas, perlas, chales, pájaros
y leones melenudos,
y caballos conducidos
por siervos de pelo rufo,
piel negra y uñas doradas
camarcandanos y núbios.
Todo ello especificado
en una hoja de oro puro,
que escrita una carta al Cid
tráe en caracteres kúficos:
que le presentó de hinojos
un raján, que en un discurso
pomposísimo ofrecióle
del rey de Persia el saludo.
Nada faltó, pues, al Cid
para ser rey: de rey tuvo
tierras, poder, influencia,
rentas, ejército y lujo.
Se alojó en alcázar régio,
y tuvo en él que hacer uso
de reales atavíos,
armas, y talares túnicos;
porque aquel lujo exterior
en un cristiano profuso,
era para con los moros
necesario y oportuno.
Fué, en fin, el Cid de Valencia
tan distinto del de Burgos,

como un manto de brocado
y un gaban de paño burdo.
La noble Jimena Gomez
tuvo de reina recursos,
y dió cual reina á los pobres,
y gracias de ello al Dios sumo.
Las hijas del Cid ataron
sus cabelleras con nudos
de perlas como princesas,
siendo el amor y el orgullo
de Valencia; los dos ángeles
buenos del pueblo, que en grupos
se juntaba á bendecirlas
cuando salian en público.
Bibiana al verse entre moros
y á sus señores tan unos
con ellos, veia siempre
en vida tál algo turbio;
y allá á sus solas decia:
«Pues señor, yo me confundo:
jamás creí que todo esto
pudiera andar así junto.
¿Somos cristianos ó moros?»
Y en su entendimiento rudo,
de algun castigo de Dios
siempre andaba con barruntos.
Mas Valencia era un eden,
y el reino de España único
donde árabes y cristianos
vivian cual pueblos cultos;
los árabes con sus mútfis
en sus mezquitas seguros,
de las católicas fiestas
entre el campaneo y júbilo.
Así que el Cid una noche
en el reposo nocturno

y en el dichoso retiro
de su alcoba, decir pudo
á su Jimena en voz baja:
«Ahora, Jimena, presumo
que ya el alma no te acosan
aquellos miedos absurdos.
Por Dios, por tí y por mi patria
hice cuanto en hombre cupo:
más áspera penitencia
que yo no hizo hombre ninguno.
Treinta años lidié, y Dios creo
que dió á nuestras penas punto.»
Jimena suspiró y dijo
solamente: «Dios es justo.»

VI

Su porvenir á Dios fian:
¡bueno Dios se lo depare!
que si es grande su justicia,
su misericordia es grande.
Todo el Cid lo espera de ésta;
pues en su mente no cabe
la idea de un Dios sañudo,
vengativo é implacable.
Mas Jimena, amamantada
de Asturias en los breñales
con las leyendas fantásticas
de las creencias vulgares,
sólo en su justicia piensa;
en los ejemplos fundándose
que oyó contar desde niña
á peregrinos y frailes,
y allá con Bibiana á solas
teme siempre, aunque ambas callen,
que Dios en sus hijas vengue
al descabezado padre.

Para ellas el fin de Diego
es ya una prueba palpable,
por más que el Cid simplemente
á azar de la lid lo achaque.
Sueños, preocupaciones,
quimeras..... aunque ¿quién sabe
si justos presentimientos
é instinto de hija y de madre?
Seis meses despues, de un dia
lluvioso al caer la tarde,
del rey don Alfonso al Cid
llegó á Valencia un mensaje.
El mensajero venia
precedido de un faráute,
con las armas de Castilla
en pecheros y espaldares.
Es un rey de armas que ostenta
blason y colores reales,
trayendo escolta detrás
y pendoncillo delante:
grande honor que al Cid Ruy Diaz
el rey don Alfonso hace,
siendo el Cid vasallo suyo
como á monarca tratándole.
El mensaje era una carta,
en cuyas sencillas frases
venia á un tiempo una súplica
y una órden irrecusable:
pues una parte debia
de hacer el Rey, y otra parte
tocaba al Cid: mas la suya
habia el Rey hecho ántes.
Decia así: «Cid, Ruy Diaz,
cual tú por mí cuitas graves
pasas, yo de tí me ocupo
con solicitud constante.

Sólo para hablar contigo,
emprendo á Requena un viaje;
vente, pues, para Requena
porque contigo allí hable
de un negocio, que deseo
que ántes que lo husmée nadie,
á solas y de palabra
entre ambos á dos se trate.»
El Cid vió que no podia
hacer que el Rey le esperase,
y resolvió ir á Requena
sin más tiempo que el de armarse.
Miéntras á armarse y vestirse
doña Jimena ayudábale,
de la misiva del Rey
dió el Cid á Jimena parte.
«¿Qué te parece? la dijo,
el Rey como á sus iguales
nos trata.»—Y dijo Jimena:
«No sé por qué no me place.»

Al llegar el Rey, al Cid
halló en Requena esperándole
y díjole: «Anduve recio,
mas por los piés me ganaste.»
Y dijo el Cid: «Por las manos
ó por los piés, lidie ó ande,
siempre, señor, me está bien
que algo os sobre ó algo os gane.
Me hubiera desesperado,
señor, el que me esperaseis:
vos sois el rey y yo soy
vuestro vasallo: mandadme.»
Pagado de tal respuesta
sonrió el Rey; y, abrazándole,

díjole: «Luego hablaremos,
que traigo cansancio y hambre.»
Y sentándose á yantar

y al lado suyo sentándole,
y tras de yantar, el Rey
á solas con él quedándose,
dijo al Cid, sencillamente,
como quien somete y träe
al juicio de un buen amigo
un negocio íntimo y grave:
«Yo no sé, buen Cid Ruy Diaz,
si tú sabes ó no sabes,
que á los condes de Carrion
servicios debo importantes.
—Nunca les ví en las batallas:
observó el Cid.—Pues no obstante,
repuso el Rey, en las mias
tuvieron siempre gran parte.
Fué el viejo conde riquísimo,
y á la corte ántes de enviarme
á sus hijos, me habia enviado
cuentos largos de contarse.
Murió el viejo sin hablar
de sus cuentos; mas rogándome

que tuviera con sus hijos
más cuenta que con su padre.
Los chicos son buenos mozos,
y son nobles como infantes,
y son ricos como Cresos
y se portan como táles.
Jamás me pidieron nada
hasta hoy, que piden que trate
contigo que con tus hijas
en matrimonio se casen.
Yo nada he comprometido,
siendo cosa que te atañe
á tí sólo: mas te cuento
lo que hay, y creo que baste.»
Del Rey escuchó el discurso
sereno el Cid, y al cerrarle
el Rey de tal modo, dijo:
«Señor, para mí es bastante
que mi Rey me abra su alma,
de ella un secreto fiándome.
Tánta por vos he vertido
que os debo toda mi sangre:
pues necesitais mis hijas
para que de empeño os saquen,
yo no las caso: las doy
al Rey para que las case.
—¿Y Jimena?—dijo el Rey.
Y el Cid dijo:—Aunque es su madre,
es mi mujer y jamás
se opondrá á lo que el Rey mande.
—Entendámonos, buen Cid,
yo no mando en cosas tales.
—Mas venido hais por mis hijas:
yo os las doy: creo que baste.
—Y yo las tomo á mi amparo
como si fuera su padre.

Y dijo el Cid:—Haced cuenta
que lo sois desde este instante.
Y si mal porvenir logran
ved que vos se le labrasteis:
hacedlo, señor, con ellas
como el Cid con vos lo hace.»
Dió el Rey las gracias al Cid,
prometiéndole probarle
lo que su fe en él estima
cuando tal caso llegare.
Y llamando luégo á todos
los que en su compaña trae,
publicó los tratos hechos
con el Cid: ofreció darle
ocho mil marcos de plata
cuando sus hijas se casen:
mandó haberlas en depósito
á su buen tio Alvar Fañez,
que por pedidas las tenga
hasta que se desposaren,
cual si del Rey fueran hijas
y en guarda él se las fiase.
Llamó el Rey luégo á los condes
y les mandó que homenaje
hiciesen al Cid Ruy Diaz
y las manos le besasen.
Hiciéronlo así los condes
ante el Rey y ante sus grandes
é hizo allí el Rey infantazgo
á Carrion, y á ellos infantes:
É invitando el Cid á todos
á que en las bodas se hallasen,
partió el Rey, y á la frontera
salió el Cid acompañándole.

Cuando á Jimena en Valencia
dió el Cid de lo hecho parte,
sabido, no gustó de ello,
y dijo: «Poco me place
emparentar con los condes,
magüer sean de linaje
y ricos; mas si así cumple
á Dios, á tí y al Rey..... hágase.»

——

Y se hizo: en malhora un dia
de febrero, á trece y mártes,
los gemelos de Carrion
por el Rey hechos infantes,
llegaron acompañados
de su ayo, de los magnates
burgaleses, y gran séquito
de servidores y pajes.
Entráronse por Valencia
como adalides triunfantes,
yendo con su comitiva
al alcázar á apearse.
Presentáronse á las novias,
que al verles ruborizáronse,
ricos regalos de bodas
ofreciéndolas galanes.
El obispo don Jerónimo
con mitra, entre dos ciriales,
la bendicion de la Iglesia
les dió en un altar portátil.
Hubo aquella noche fuegos,
bírrias, pandorgas y bailes,
y cena, y hasta alta noche
los festejos prolongáronse.
Con cirios y chirimías
á sus cámaras nupciales
solemnemente á los novios

llevaron, felicitándoles,
el obispo, los testigos,
y de Castilla los grandes,
y Alvar Fañez por el Rey
padrino y representándole;
y de la cámara doble
ante el umbral, en las faces
dándoles paz uno á uno,
fueron todos abrazándoles.
Lloró el buen Cid de alegría;
lloró Jimena; y quedáronse
las novias con sus maridos.....
y sin sus hijas los padres.

———

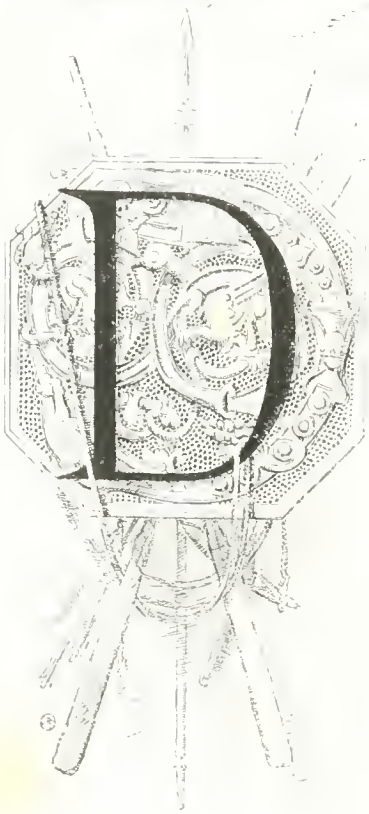
Hubo diez dias de fiestas
como en las bodas reales,
y holgáronse en ellas juntos
los cristianos y los árabes.
Los condes con sus mujeres
por Valencia paseáronse,
de sus preseas de bodas
por Valencia haciendo alarde.
El Cid les dió del rey persa
las joyas inestimables,
y á Tizona y á Colada
su par de espadas sin pares.
Les dió seis yeguas tordillas
tan ligeras como el aire,
y seis caballos ruanos
bardados para el combate;
Y á admirarles y á aplaudirles
se apiñaban por las calles,
cuando en ellos cabalgaban,
cristianos y musulmanes.
Fueron diez dias de gozo,
y á las gentes que á mirarles

se llegaban, parecieron
los dos condes muy galanes.

VII

Mas no era todo oro y rosas
en la Valencia del Cid,
ni las fiestas y la huelga
eran frutos del país.
Al cabo de mes y medio
en Valencia de vivir
los condes, como en Eden
musulman con sus hurís,
les llamó el Cid una noche
cuando se iban á dormir,
y en su aposento metiéndoles
les dijo á los dos así:
«Yernos mios: el rey Búcar,
poderosísimo Emir
marroquí, con grande armada
viene por mar contra mí.
Tenaz y no escarmentado,
aunque una vez le hice huir,
contra Valencia revuelve
y mañana estará aquí.
Mis yernos sois, y yo os quise
de su llegada advertir,
porque seais los primeros
en entrar con él en lid.
Para ello buenos caballos
y finas armas os dí:
con que mañana, apretad;
y hasta mañana, dormid.»

Cómo sentó á los dos condes
noticia tal, á decir
no se atrevieron jamás
las nobles hijas del Cid.



EL sol del siguiente dia
la luz apénas rayando,
subió el Cid á una alta torre
á explorar el mar y el campo.
La mar se via á lo léjos
toda cubierta de barcos,
y por el campo huir de ellos
á la ciudad los paisanos;
los hombres con sus aperos
y con sus armas cargados,
y las mujeres sus hijos
trayendo asidos y en brazos.
Las escuchas y vigías
al ver á los africanos,
dieron la alarma y echáronse
las campanas á rebato.
Cubriéronse en un momento
las defensas de soldados;

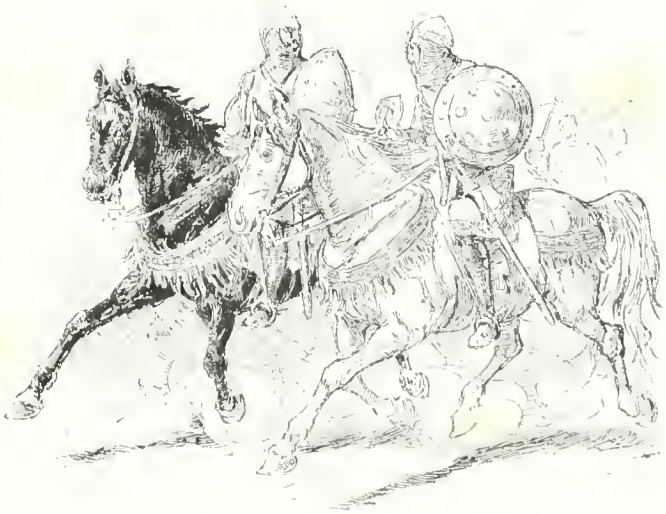
y los moros de Valencia
hechos al gobierno blando
del Cid, y más que á él temiendo
ya á sus correligionarios,
acudieron á los muros
á ayudar á los cristianos;
pues los moros mudejares
como apóstatas mirados
por los berberiscos, eran
contra los suyos más bravos.
El cuadro era animadísimo,
pintoresco el espectáculo
de las carabelas árabes
en su arribo y desembarco.
Se acercaban á la playa
cual banda de ánades blancos,
y en tierra echaban sus hombres
sus blancas lonas plegando.
Unos salian en botes,
otros sacaban á nado
sus corceles de batalla,
camellos y dromedarios.
Todo era tumulto, gritos,
caidas y encontronazos;
y en tal desórden, de moros
se iba la playa llenando.
El Cid llamó á sí á Jimena,
y tras Jimena llegaron
sus hijas sobresaltadas
y sus maridos muy pálidos.
Acudió Alvar de Minaya
y el buen escudero honrado
don Ordoño y el valiente
Pero Bermudo su hermano.
Y acudió en fin la nodriza
Bibiana, que por sus años

llegó la última, mover
no pudiendo aprisa el paso.
«¡Ah perros!—decia el Cid—
salid, salid, que aquí estamos.»
Y bajo uno á otro sus yernos
se decian: «¡Mira cuántos!»
Doña Jimena y sus hijas
veian con sobresalto
desembarcar tántos moros
é irse por la playa entrando;
y el Cid las decia: «¿Veis
todo ese fiero aparato
de guerra y todo ese tren
de camellos y caballos?
pues cuanto más traen, con más
se hallan luégo embarazados,
porque luégo entran en lid
en desórden como bárbaros.
Esa es la ventaja nuestra:
nosotros, disciplinados,
con plan combinado entrándoles,
cuantos más son, más matamos.
Jimena, á quien no alentaba
su militar entusiasmo,
viendo tal turbion de moros
escuchaba al Cid temblando;
y éste á Alvar Fañez volviéndose
y á los deudos y allegados
que tenia en torno, díjoles:
«Vamos, amigos, salgamos
á darles la bienvenida
como hombres bien educados,
y que vean estas damas
que sabemos hacer algo.»
Y el Cid, sus yernos, Minaya
y Ordoño y Bermudo echando

por su caracol torcido,
de la torre se bajaron.
A poco el Cid y sus deudos,
de un escuadron muy bizarro
de castellanos jinetes
á la cabeza, amparados
de las huertas por los árboles,
furiosos desembocaron
como una tromba en la playa
sobre los árabes dando.
Estos que andaban sin miedo
en su multitud fiados,
al verse asaltados ántes
en grande pavura entraron.
«¡Alá huakbar!» exclamaban
los árabes reculando;
y el Cid matando é hiriendo
gritaba: «¡Cristo y Santiago!»
Los moros cuán pocos eran
viendo al fin, avergonzados
se rehicieron y cercáronles
grandes alaridos dando.
Doña Jimena y sus hijas
no les vieron más; y en lo alto
de la torre, por perdidos
dándoles se arrodillaron.
Mas miéntras ellas arriba
por ellos á Dios orando
temblaban, lo hacian ellos
como demonios abajo.
El Cid echaba por tierra
con cada bote un pagano,
y Minaya una cabeza
cortaba con cada tajo.
Entre un cerco de cadáveres
y de sangre sobre un lago

quedaron los burgaleses,
de los moros con espanto.
Miéntras los que le cercaban
vacilaban, esperando
el refuerzo que pedian
á gritos desesperados,
el Cid amagó una carga
hácia adelante, aclarando
tras de sí el espeso círculo
de los moros engañados.
—¡Vuelta! vuelta!—gritó entonces
rompiendo por lo más claro,
y emprendió la retirada
abriendo á los suyos paso.
Los moros que comprendieron
del Cid ya tarde el engaño,
le vieron con rabia inútil
volver á Valencia salvo.
Los dos condes de Carrion
en el centro colocados
de la hueste, no tuvieron
que hacer más que ver callando:
mas al volver grupas, ellos
á retaguardia quedaron
por su miedo ó su torpeza,
y lo vieron con espanto.
Bermudo habiendo advertido
que eran de espíritu flacos,
á la vera se les puso
previniendo un feo caso.
Y á tiempo fué; porque un moro
de gran talla y bien montado
que tenazmente veníales
la retaguardia picando,
alcanzó audaz á don Diego;
y éste en lugar de afrontarlo

espoleó el cansado potro,
á las crines agarrado.
Bermudo con imprevisto
quiebro, y bote zurdo y rápido
tendió al moro, y á las bridas
de su montura echó mano.
Dióselas listo á don Diego
y dijo: «Tomad, cuñado;
decid que al moro matasteis
que le montaba, y honraos
con mi golpe; que pues nadie
volvió la cara á mirarlo,
callaré del Cid por honra
tomando la vuestra á cargo.»
El Cid que oyó hablar tras él,
la faz sin parar tornando
dijo: «¿Qué fué eso?» y Bermudo
respondió con desparpajo:



«Que don Diego mató un moro,
»y siendo bueno el caballo
»que traia, le recoge
»como campeador de garbo.»
Pagóse el Cid del buen hecho,
sonrió á los dos hermanos,

y entró en Valencia á sus hijas
tan buenas nuevas llevando.

Búcar asedió á Valencia
de tomarla esperanzado
siendo los del Cid tan pocos
y sus musulmanes tántos;
pero el Cid la mantenia,
y el cerco se iba alargando
y segun perdia él gente
los del Cid cobraban ánimo.
Los dos condes de Carrion,
don Diego por lo pasado
con el moro, y por andar
con tercianas don Fernando,
no habian gran papel hecho,
mas tan mal no habian quedado,
y el Cid les miraba bien
al de sus hijas mirando.
Nadie, por respeto al Cid
hubiera emitido un fallo
contra su valor, si en tierra
no diera con él el diablo.
Quiso su mala fortuna
que una siesta, reposando
el Cid, con el codo puesto
en el brazal del escaño,
y apoyada la cabeza
en la palma de la mano,
su sueño estuvieran ellos,
Ordoño y otros guardando.
Hablaban de juglerías
y reian por lo bajo,
ahogando sus carcajadas
en la boca con la mano

por no despertar al Cid,
cuando de pronto estallaron
voces de «¡guarda el leon!»
que aturdieron el palacio.
Era que el mayor de aquellos
del rey de Persia regalo,
habíase de su jaula
por un descuido escapado.
El leon, al que tal vez
en Persia habian hecho manso,
contento de verse libre,
dando rugidos y saltos,
se fué de cámara en cámara
metiendo, hasta que en el cuarto
dó estaba el Cid presentóse
la melena espolvoreando.
Bermudo, Ordoño y los otros
que allí estaban, esperaron
á ver qué hacia, los hierros
á precaucion empuñados;
mas los condes de Carrion,
sólo á su miedo escuchando,
dieron dos pruebas ridículas
de un miedo indigno de hidalgos.
Don Fernando de un sillon
se escondió tras el respaldo,
como si contra una fiera
fuese tal mueble resguardo,
y don Diego como huyera
un chisco de un espantajo,
salió de la sala huyendo
por un postigo excusado.
El Cid con calma serena
se fué al leon, y atusándolo,
la greña le asió y llevóselo:
lo que pareció milagro.

Enjauló le; al leonero
riñó por su mal cuidado,
y á su aposento volvióse:
mas á sus yernos buscando,
le dijo Ordoño riendo:
«De uno yo os daré recáudo,
que aquí se agachó por ver
si era el leon hembra ó macho.»
Y echando á tierra el sillon
mostró al conde don Fernando
trémulo aún de pavura
cual liebre cogida en lazo.
Sonrojóse el Cid por él:
mas su sonrojo dió en asco
cuando supo que don Diego,
ciego y desatalentado
de pavura, unos corrales
vecinos atravesando,
en un muladar, huyendo,
habia consigo dado.
Una situacion ridícula
es para el hombre más sabio
atolladero del cual
jamás sale bien parado;
y el Cid, aunque hombre de guerra,
hombre de instinto y de tacto,
quiso evitar que el ridículo
por él llegase hasta escándalo.
Calló, pues; llevóse á todos
tras de sí, y salió del cuarto,
dejando en él sin decirle
nada al conde don Fernando.
Pero produce el ridículo
peor herida que el dardo;
la de éste se venda y tapa
y aquel no hay cómo taparlo;

y las heridas al aire
con él se enconan, y al cabo
matan : y las del ridículo
pulverizan como el rayo.
Lo de los Condes se supo
hasta entre el vulgo villano;
y honra que el vulgo mancilla
jamás se limpia de fango.

II

Con los condes de Carrion
venido habia á Valencia
el sombrío encogullado
que con ellos se aposenta.
Desde que al Conde su padre
Dios llamó á la vida eterna,
quedó en Carrion cual si fuese
de la condal parentela.
De seglar y de eclesiástico
á un tiempo con apariencia,
puesto que el sayal se endosa
por temporal penitencia
y en él viviendo, en el mundo
que puede cumplirse prueba:
para el mundo bajo el hábito
á amparo está de la Iglesia.
Eran costumbres del tiempo;
y en todos en nuestra tierra,
haciendo á pelo y á pluma
ha habido y hay gente de ésta.
Si es disfraz es bueno y cómodo;
pues con él cubre completa
su figura y su aire oculta
si es que disfrazarse intenta.
Si de buena fe lo endosa,
tiene la ventaja inmensa

del respeto que se capta
la buena fe en todas épocas.
Ayo, intendente y maestro,
y consejero, gobierna
en Valencia como en Burgos
de los dos Condes la hacienda.
Los mozos de seso escasos,
dominados por su inercia
y su vanidad de infantes,
por él gobernar se dejan.
Y como él jamás en nada
les coarta ni escaséa
y les alivia del peso
de cuidados y de cuentas,
viven, hechos desde jóvenes
á estar en su dependencia,
como pródigos pupilos
en generosa tutela.
Observa aquel personaje,
como en Burgos, en Valencia
una intachable conducta
y una absoluta reserva.
Jamás sale de su círculo,
jamás relaciones mezcla
con las que contraen los Condes
y á su deber se concreta.
Administra, disciplina
la servidumbre; sustenta
en buen órden de la casa
oficios y dependencias;
y no hay nada que el servicio
desnivele ni entorpezca,
y siempre está á su mandato
todo á punto y todo en regla.
Como en nada se entromete
y en nada por nada entra

ni aspira á mando ni influjo
en Castilla ni en Valencia;
como de administrador
sólo el papel representa
y en el interior gobierno
de casa no más se emplea,
ni nadie de él se apercibe,
ni nadie de él se recela,
y todos dentro de casa
de los Condes le respetan.
A nadie tal vez gustando
su aire sombrío y faz tétrica
y á nadie siendo simpático
tal vez, nadie se le acerca.
Desde que á Valencia vino
tomó una costumbre nueva,
pasea de noche: acaso
por necesidad higiénica
de movimiento y de aire;
pero sólo se pasea
por las calles silenciosas
que la morería puebla.
Y al pasar ante los moros
reunidos á sus puertas
al *Salam aléika* de ellos,
aleikum Salam contesta.
Santon cristiano creyéndole,
á su virtud ó á su ciencia
remedio ó socorro pídenle
de enfermedad ó miseria:
y él al enfermo visita,
y alarga al pobre monedas
y á ningun moro el cristiano
remedio ó socorro niega.
Alguna vez en la casa
de enfermo ó pobre le espera

alguno con quien á solas
bajo y aparte conversa.

Y alguna vez uno de esos
sigue á la playa desierta
y algo de la mar aguardan
segun lo que la contemplan.
Mas siempre á la despedida
de estos, al *Salam aleika*
dice: *askut wa Allah iamek*,
silencio y Dios te proteja.
Jamás vuelve tarde: asiste
de los Condes á la cena
siempre, y á solas con ellos
entónces de sobremesa,
es cuando de sus negocios
les habla, y les aconseja,
y, alma de ellos, le obedecen
como al viento las veletas.
Y ángel bueno para ellos
ó divinidad maléfica,

él parece que ha de ser
quien les salve ó quien les pierda.
Hé aquí porqué del mal dia
en la noche á horas primeras
en su cámara á los Condes
decia de esta manera:
«Reasumamos los hechos
y saquemos consecuencias.
Los hechos son que os sacó
los primeros á pelea
y os puso en riesgo de muerte
á retaguardia á la vuelta,
dó á tí te ayudó Bermudo
sin que tú se lo pidieras.
Que hoy en el cuarto en que estabais
metió un leon; cuya fiera
con vosotros fuera brava
aunque con él sea doméstica.
Ahora oid: de estos dos hechos
saco yo estas consecuencias:
os sacó el Cid los primeros
á lid porque allí murierais.
Visto que saliais horros,
en ya fatigadas bestias
os dejó á la retaguardia
para que el moro os cogiera.
Al ver que vuestros caballos
conservaban aún sus fuerzas,
Bermudo contra un moro ébrio
por mándrias os dió defensa.
El Cid, que os dió sus dos hijas
sólo al Rey por deferencia
ó por no poder negárselas,
no quiere que sean vuestras.
Y al sacaros contra Búcar
y al echaros una fiera,

sólo quiso en ambos casos
vuestra muerte ó vuestra afrenta;
pero muertos ó afrentados
es aquí una cosa mesma:
con que de la muerte se huye
y las afrentas se vengan.
¿Quereis seguir mi consejo?
Salgámonos de Valencia
con sus hijas; yo os diré
cómo habeis de devolvérselas.»
Los condes mozos que andaban
con las mandíbulas trémulas
en casa del Cid, corridos
de pavura y de vergüenza,
aceptando el mal consejo
resolvieron con vileza
disimular hasta cuando
vengarse y huir pudieran.

Huir no necesitaron:
el Cid, que está que revienta
de cólera por sus yernos,
mas que con ellos no piensa
desfogarla, sus enojos
porque á sus hijas no hieran,
determinó aquella noche
contra los moros volverla.
Llamó á consejo á sus jefes
y adalides de más cuenta,
y una salida nocturna
les propuso. Una tormenta
amagaba; al estallar,
entre granizo y centellas,
del campo moro asaltaron
estacadas y trincheras.
Dentro ya del campo, dieron
fuego á prevenidas teas,

y empezaron como diablos
á incendiar chozas y tiendas.
Los moros supersticiosos,
desvelados de sorpresa,
al ver tántas luces móviles
cobardes se desconciertan.
Los del Cid van de concierto
en bien concertada empresa:
los moros desconcertados
á concertarse no aciertan.
Los del Cid hieren y matan,
derriban, rompen é incendian,
y al pabellon del rey Búcar
el Cid á caballo llega.
Búcar tuvo apénas tiempo
para echarse á la carrera
sobre un caballo espantado
sin arneses y sin riendas.
El Cid gritaba siguiéndole:
«¡Yo soy el Cid! ténte, espera!»
Búcar taloneaba el bruto
y cerraba las orejas.
Los moros con él huyendo
llegaron á la ribera,
y á las ondas se arrojaron
á alcanzar sus carabelas.
Empezó á rayar el alba
y con alegría inmensa
de los del Cid, alumbró
de moros libre á Valencia.
Búcar y los venturosos
que no quedaron en tierra
muertos ó esclavos, al África
tornaban á remo y vela.
Cogió el Cid botin riquísimo,
apresó huestes enteras;

el tesoro del rey Búcar,
su favorita Zuleika,
su alfanje de puño de oro,
su fez con borlon de perlas;
diez y ocho xeques aliados
que por salvar la existencia
ofrecieron en rescate
tánta plata como pesan,
y tántos caballos que hubo
que venderlos por las ferias.
Y en medio de un campaneo
triunfal y de la frenética
gritería de las turbas
que casi en vilo le llevan,
cubierto de sangre y lodo
llegó al pié de la escalera
de su alcázar, el buen Cid
y á los brazos de Jimena.

Al cerrar de aquel buen dia
la noche azul, á presencia
del Cid, pidieron los Condes
de ser admitidos vénia.
El noble Cid recibióles
como si olvidado hubiera
lo pasado, y cual debia
á los que sus yernos eran.
De partirse á Carrion ellos
le demandaron licencia
y de llevarse consigo
sus mujeres á sus tierras.
El Cid, pues son sus maridos
y poder tienen sobre ellas,
se la otorgó, pero díjoles
con voz firme y faz serena:
«Lleváoslas y tratádmelas
como á hidalgas ricas hembras,

que os las dió el Rey, y son hijas
mias y mujeres vuestras.»
Ambos se lo prometieron,
y en las nocturnas tinieblas
partieron con sus mujeres,
siervos, bagajes y acémilas.
Jimena abrazó á sus hijas
de angustia insólita presa,
cual si en vez de ir á sus casas
ambas al suplicio fueran:
y el Cid salió á acompañarlas
hasta el confin de las huertas,
de la vega á la salida
con emocion despidiéndolas.
Cuando vió el Cid alejarse
su comitiva por ella,
dijo á su sobrino Ordoño:
«Sígueles á la encubierta;
porque el corazon me acosa
no sé qué inquietud secreta;
que hombres cobardes con hombres,
no son buenos con las hembras.»
Dió á Ordoño un tabardo burdo
y una corredora yegua,
y aquel partió trás los Condes,
y el Cid se tornó á Valencia.

Y miéntras á ella volvia,
lleno de inquietud y pena
á sí mismo se decia:
«¿Si tendrá razon Jimena?
¿Si Dios á toda una grey
por culpa de uno condena?
¡Mas de *Él* no puede ser ley
ley tan de justicia ajena!
Buenos yernos me dió el Rey!
Dios nos la depare buena.»

Y en su corazon leal
sintiendo de algun mal hecho
presentimiento fatal,
se fué aquella noche al lecho;
pero se duerme muy mal
con afan al suyo igual;
y el Cid, á lo que sospecho,
no hizo sueño de provecho
con presentimiento tal.

III

Ardia en fiestas Valencia;
el placer era comun
entre el cristiano y el moro;
y entre el Koran y la Cruz
habia un lazo de union:
la justicia y la virtud
del Cid que hacia dichosos
ambos pueblos; que segun
su rito y genio, aplaudian
su brio y solicitud
en pró de la que fué corte
del hijo de Aly Maimun;
dando al moro los cristianos
seguridad y quietud
para hacer sus saltos árabes
y merendar su kuzkuz.
Al són de sus motes bárbaros
marroquís y tumbuctús
y sus agrios guitarrillos
que conservamos aún,
bailaban sus danzas godas,
y entre oro, flores y luz
é incienso, con salmos é himnos
daban gracias á Jesus.
Jimena y el Cid pasaron
dos dias de honda inquietud,

cual si resonara en su alma
la voz de algun mal augúr.
Traspuso el sol del segundo
y comenzó el cielo azul
de la noche á entenebrarse
bajo el lóbrego capuz.
De repente, descuajando
la puerta, como un alud
cayó en la cámara Ordoño,
y exclamó el Cid: «¡Aquí tú!»

—Yo, dijo Ordoño que entrando
al cansancio se rindió,
dando en el suelo sin habla
falto de respiracion.
Ayudóle el Cid á alzarse;
Jimena se le acercó
de miedo y de angustia trémula;
y dijo Ordoño: «Señor,
dejadme tomar aliento;
y perdonadme los dos
si os hago el alma pedazos
con lo que á deciros voy.
—¡Habla!—exclamó el Cid ceñudo.
—¡Habla, Ordoño, habla por Dios!
dijo Jimena sintiéndose
desfallecer. Alentó
Ordoño y con contristado
semblante y cóncava voz,
comenzó de su deshonra
la tremenda relacion.
Mas Ordoño, hombre de espada
pero no hábil narrador,
así por dar pormenores
el alma les torturó:
«Les fuí segun me mandasteis
siguiendo con precaucion,

hasta que en Tormos pararon
ya en mitad del cielo el sol.
Fuí á apostarme al otro lado
del lugar, y de Aragon
á la vista del camino;
del pueblo á poco salió
toda su gente llevándose
las acémilas en pós,
y de Aragon por la via
á buen paso continuó.
Yo esperé oculto á los Condes
en la choza de un pastor
hasta que salieron: iban
doña Elvira y doña Sol
entre sus maridos, yendo
como escucha y conductor
aquel hombre encogullado,
su guía y su perdicion.
En vez de seguir camino
derecho, aquel gran traidor
les metió en el robledal,
y eché á pié tras ellos yo.
De los troncos guareciéndome
y á rastra como un huron,
fuí sin perderles la huella
del monte hasta lo interior.
Cuando aquel vil en lo espeso
en seguro se juzgó,
léjos de toda vereda
y de toda poblacion,
echó pié á tierra; los Condes
tambien; cada cual ató
su bestia á un árbol, y entónces
oí de Elvira la voz;
mas ni entendí sus palabras
ni ví por qué voces dió,

pues me hube de echar de bruces
con gran precipitacion;
porque, á la voz de mi prima,
los tres con ojo avizor
escudriñaron en círculo
cuanto su vista abarcó.
A poco hasta mí llegaron
grandes gritos de dolor
con que espritadas pedian
vuestras dos hijas perdon.

—¡Acaba por Cristo! ¿qué era
de ellas?—el Cid exclamó.
—Y siguió Ordoño:—Azotábanlas
desnudas á ambas á dos.
Se hincó Jimena aterrada:
y un salto atrás el Cid dió,
encrespándosele de ira
las greñas como á un leon.
—¿Y no les mataste?—dijo:
y dijo Ordoño:—Señor,

si á mí me mataran ellos,
¿quién fuera de ellas en pró?
¡solas, desnudas, atadas,
con los lobos, que en monton
en husmeándolas hubieran
acudido en derredor!
Convencido y aterrado
el Cid, por tal reflexion,
calló un momento, mas rápido
así el diálogo anudó:

CID Mas ¿qué es de ellas?

ORDOÑO Salvas.

CID ¿Dónde?

ORDOÑO En la choza del pastor.
Por muertas se las dejaron,
y como Dios me inspiró
yo cubrí su desnudez
y atendí á su salvacion.
Entónces el Cid, los ojos
llameándole de furor,
de un balcon que da á la plaza
sobre el barandal se echó;
y asiendo el clarin que lleva
colgado en el cinturon,
su agudo toque de guerra
furioso al aire lanzó.
Surgieron como evocados
sus hombres bajo el balcon,
y el Cid gritó con voz tal
que la plaza estremeció:
«¡A caballo por mis hijas!
y de ellas y de mi honor
á pedir cuentas al Rey
y á los condes de Carrion!»
A este toque y á este grito
Jimena se levantó,

y abrazándose á su esposo
del miedo con el temblor
le dijo:—«¡Dios nos castiga!
humillémonos á Dios.»
Y el Cid en la frente pálida
besándola con amor,
dijo irguiéndose radiante
de fe sin supersticion:
«¡De Dios acepto el castigo;
pero de los hombres, nó!»

IV

Cundió por Valencia al punto
la nueva del hecho atroz,
y cambióse la alegría
en ira é indignacion.
Alvar Fañez de Minaya
al alcázar acudió
con todos los ricos homes
y adalides; y en monton
de cristianos y de moros
multitud tras él entró,
á dar testimonio al Cid
de su pesar y adhesion.
Alvar, dando á todos gracias
por el Cid, les despidió:
y templando sábiamente
su primera exaltacion:
«Pensemos primero en ellas,
dijo al Cid: que si el Rey nó,
para hacer justicia en ellos
bastamos nosotros dos.»

——

I

TORNÓ aquella noche Ordoñez
del buen pastor á la choza,
con tres literas cerradas
guardadas por buena escolta.
Llevaba Bibiana en una
bálsamos, lienzos y ropas
para Elvira y Sol, heridas
en la carne y en la honra.
Trajéronlas á Valencia:
en sus brazos recibiólas
Jimena deshecha en lágrimas;
y su lamentable historia
queriendo su padre y ella
saber de su misma boca,
ellas respondieron sólo
de ira y de vergüenza rojas:
«¡Venganza¡ hasta estar vengadas
»dejadnos mudas y sordas.»

Su justo horror comprendiendo
á recordar su deshonra,
respetaron su reserva
delicada y pudorosa.
Las tres damas á llorar
se encerraron su congoja,
y el buen Cid con Alvar Fañez
venganza á concertar pronta.
Hombre Arias de buen consejo,
dió al Cid el de que á la hora
al Rey ante sí mandase
una carta clara y corta.
Dictósela, pues, Minaya
y él de su puño escribióla
concisamente, encerrándola
en estas palabras pocas:
«Rey mi señor: vos tratasteis
»de mis dos hijas las bodas,
»y en sus maridos las disteis
»verdugos que las azotan.
»En el robledal de Tormos
»ayer amarradas, solas,
»azotadas y desnudas
»las dejaron. A vos toca
»hacerlas justicia, y voy
»á pedírosla en persona:
»porque para su venganza
»poder y brío me sobran.
»Mas como vos sois mi rey
»y de ellas padrino, pronta
»de vos espero la una
»ántes de tomar la otra.»
Esta carta breve, clara,
firme á par que respetuosa,
fiada á Pero Bermudo
fué con órden perentoria

de partir al Rey á dársela,
anunciandole la próxima
llegada del Cid en córtes
á hacer su demanda en forma.
Partió Bermudo, la noche
al caer: y al rayar la aurora,
novecientos caballeros
que á seguir al Cid se aprontan
le esperaban ya en el patio;
y los caballos que monta
en jornada y en combate,
piafaban sobre sus losas.
Dejando el Cid á Jimena
por él de gobernadora,
y á Alvar Fañez de Minaya
por adalid de sus tropas,
en lo alto de la escalera
armado de casco y cota,
de esquinelas y quijotes,
de brazales y manoplas,
apareció en tren de guerra,
envolviendo su persona
un manto blanco, que airoso
terciado á medias le emboza.
Saludó su aparicion
la gente, unánime toda
en mostrarle cuán á pechos
su afrenta y su causa toma.
A despedirle al umbral
salió Jimena su esposa;
y al abrazarle le dijo
puesta en su oreja la boca:
«Ruy, no entres en lid tú mismo,
que no es justo que tú expongas
una vida tan honrada
contra gente tan traidora.

—Descuida, la dijo el Cid,
y quédate sin zozobra:
que yo pondré en buenas manos
mi colada y mi tizona,
y no entrarán en la lid
más que mis espadas solas:
á no que.... un rey éntre en ella
de nuestras hijas en contra.
—¡Dios no lo quiera y ampare
nuestra cáusa!—dijo ansiosa
Jimena; y el Cid repuso:
—Dios aprieta, mas no ahoga.»
Montó á caballo: rompió
la marcha; y haciéndose ondas
se abrió paso victoreándole
la gente cristiana y mora.

Su sobrino Ordoño Ordoñez
quedándose atrás á posta,
esperó á Alvar, que platica
con el Cid y órdenes toma.
Salió Alvar hasta los muros;
y al tornarse, en una angosta
calleja al meterse, Ordoño
le abordó sin ceremonia.
—Tio, le dijo, escuchadme
dos palabras que me importa
deciros aquí que nadie
nos oye ni nos estorba.
—Dí—le respondió parándose
Minaya: y con misteriosa
precaucion entabló Ordoño
plática así:

ORDOÑO Hay una cosa
que ayer no dije yo al Cid
de sus hijas en la historia,

y sobre la cual os pido
consejo.

MINAYA Dí.

ORDOÑO Entre las hojas
de los chaparros, á rastra
avanzando como una onza
que caza, llegué al teatro
de aquella escena afrentosa.
Solas creí ya á mis primas:
pero con asombro y cólera,
ví á aquel ayo de los condes
que, rezagado, con sorna,
las decia, ya á caballo:

«Conque hasta mas ver, señoras.
Yo perdí por vuestro padre
nombre, amor, fortuna y honra:
veinte años hace que rumio
esta venganza sabrosa,
y miéntras de él cobro el resto,
me he cobrado esto en vosotras.»

MINAYA ¡Y no lo matastes!
ORDOÑO No era
cuestion de entónces.—Si tornan
los tres sobre mí, ¿quién salva
de los lobos á las otras
amarradas á dos árboles?
MINAYA Es verdad.
ORDOÑO Decidme ahora:
¿se lo digo al Cid?
MINAYA Jamás.
ORDOÑO ¿Le mato?
MINAYA En cuanto le cojas.
ORDOÑO ¿No adivinais vos quién sea?
MINAYA ¿Quién da en ello?—¡Uno á quien de honra,
nombre y bienes privó el Cid!
ORDOÑO Y de amor.
MINAYA Eso y más obra
la ciega casualidad
en la guerra. En nuestra propia
tierra y la extraña hemos hecho
tántos estragos, tan hondas
desgracias hemos causado,
tántos palacios y chozas
quemado, tántas familias
exterminado, que es cosa
natural que haya como ese
algunos.—Tocóle novia,
tierras, parientes y pruebas
perder á ése... y ¿quién sonda
de esa existencia el misterio?
ORDOÑO Mas, tio, aquella faz hosca
y aquella voz y aquel aire
y aquel ojo; á la memoria
no os trajeron el recuerdo
de alguno visto en remota
tierra ó edad?

MINAYA Yo no hice alto
en él: quizás le reconozca
si le miro atentamente.
Mas, entre los mil que ódian
al Cid y á los que de él somos,
desde el sitio de Zamora
y el juramento de Burgos,
ése que rúmia en la sombra
tal venganza contra el Cid
es víbora ponzoñosa
de que es menester librarle
cuanto ántes y á toda costa.
ORDOÑO Esa corre de mi cuenta.
MINAYA Pues no la dejes que corra.
ORDOÑO Ya sabemos dónde el nido
tiene.
MINAYA Pues en él sofócala,
ántes que como á sus hijas
toque al Cid con su ponzoña.
Mas, si puedes, hazlo, Ordoño,
sin que él ni la tierra lo oiga
que hombre que sabe secretos
del Cid que todos ignoran,
que tales infamias fragua
contra el Cid y así las logra
preparándolas veinte años
con tenacidad diabólica,
debe morir sin hablar:
de una estocada bien honda
en los pulmones ó ahogándole
con la cuerda de una horca.
Siguió Minaya, esto dicho,
su camino, y mientras trota
él por la ciudad, Ordoño
trás del Cid pica y galopa.
Mas iba así discurriendo:

«No es comision muy honrosa
para un noble, hombre de guerra;
mas bien mi tio razona.
Se ahuma al grajo: se atrapa
entrampándola á la zorra,
se aplasta al sapo y la víbora,
y á un mónstruo se le acogota.
Y á más, arriesgar debemos
los de Vivar vidas y honras
por las del Cid, aunque infames
muramos en la picota.»
Así razonaban todos
los de Vivar, gente tosca,
mas del Cid en cuerpo y alma,
de él y de su honor idólatras.

II

Los de Carrion entre tanto
no se dormian: el mónstruo
que fraguó su crímen, díjoles
de hacerlo justicia el modo.
El conde Don Suer Gonzalez,
riquísimo y poderoso
baron, viudo de la infanta
doña Elvira la de Toro,
de doña Urraca privado
y el más tenaz y más hosco
enemigo del Cid, era
tio de los condes mozos.
A él se fueron, y con él
entrando el ayo en colóquio
vuelta completa y distinta
faz dió á su hecho alevoso.
Dijo que el Cid por quitarles
sus hijas con sus tesoros
y sus regalos de bodas,

á que asintió temeroso
del Rey, les dejó en la lid
á la merced de los moros,
el valor con qué salváronse
atribuyéndose Ordoño.
Que viendo que por su brío
de la lid salian horros,
les echó un leon doméstico

para el Cid y algunos pocos
de los suyos; mas que á ellos
iba á arrojarse furioso,
y que á no huir, desarmados,
hubiérales hecho trozos;
y en fin, que el Cid, no pudiendo
matarles bién y de modo
que accidental pareciese,
puso taimado ante todos
en deshonor y en ridículo
á sus yernos, y llevólos
con arte infernal á verse
sumidos en tal oprobio.
Befados, escarnecidos,
deshonrados, encerrólos
durante el sitio en sus cámaras
para impedir que animosos

desmintieran sus calumnias
con hechos bravos y heróicos,
partido haciéndose acaso
contra el Cid, de ellos celoso.
Que corridos y afrentados
les hizo salir con dolo
de la ciudad por la noche
temiendo algun alboroto:
y entónces ellos, de la ira
y la vergüenza en el colmo,
se vengaron en sus hijas
en el robledal de Tormos.
Con esta infernal destreza
dió vuelta el ayo al negocio
tan favorable á los condes,
que el juicio contradictorio
pudiera bien sostenerse
contra el Cid, cuando á los ojos
del rey y de jueces fuera
el someterle forzoso.
Don Suero, en su enquina antigua
contra el Cid, con alborozo
viendo la causa así vuelta
contra él, se la echó á hombros.
Juntó partido, hizo bando,
armó escándalo mañoso
y alzóse en pró de los condes
y contra el Cid amparólos.
Bajo esta faz colocado
el hecho atroz de los mozos
por la malicia diabólica
de su instigador incógnito,
estando en Toledo córtes
celebrando, con asombro
la carta y queja del Cid
recibió el rey don Alfonso;

Y, padrino de sus hijas,
tomó el Rey á grande enojo,
el mal hecho de los Condes
como afrenta hecha á sí propio.
Comunicóla á las córtes;
mas ya la intriga y el oro
en ellas habian creado
parte y bando por los otros.
Don Suero con grande audácia
acusó al Cid de orgulloso,
que dándose aires de rey
habia pretendido loco
ser más que el rey en Castilla,
intentando por el cobro
de la dote asesinar
de sus hijas á los nóvios.
Que siendo él un vil labriego
de Vivar, y de los Godos
reyes descendientes ellos,
le habia sido ventajoso,
pues su villanía honraba,
tan desigual matrimonio.
Que habia obrado con sus yernos
como hombre facineroso
y felon, á ir invitándoles
á su casa, y en su propio
hogar tratándoles luégo
tan mal y tan sin decoro,
que hasta hizo que de inmundicia
les enlodasen el rostro,
para decir que se echaron
en sitio inmundo medrosos;
y que cuando ellos con brio
se salvaron de aquel ogro,
en sus hijas se vengaron
con mucha razon en Tormos.

Que él acusaba por ellos
al Cid de vil y alevoso,
y que estaba á apadrinar
á sus dos sobrinos pronto.
Al oir tales denuestos
contra el héroe más famoso
por su lealtad é hidalguía
de todo el mundo católico,
los más nobles castellanos
echaron mano á los pomos
de sus espadas, en liza
convirtiendo el consistorio.
Los de Don Suero llegaron
hasta sacar de los forros
las suyas delante al Rey;
quien de ira y vergüenza rojo
por su dignidad ajada,
puesto de pié ante su sólio
su cetro y sus reyes de armas
metió en aquel pandemonium.
Apaciguóse el tumulto:
avergonzáronse todos;
pidieron al Rey excusa,
tornó el congreso al reposo
y el Rey dijo: «El Cid me anuncia
que llegará aquí muy pronto
y hasta oirle yo, de parte
del Cid ausente me pongo,
porque no creo, ni pienso
que ninguno de vosotros
crerá, que tal caballero
dé en tan gran facineroso.
«Gracias, Señor, dijo entrando
»el Cid descubierto y solo;
»tras treinta años de ser lo uno
»no puedo en un mes ser lo otro.

»Escrita os envié mi queja
»y estoy mi demanda pronto
»á entablar contra mis yernos:
»sed vos juez entre nosotros.»
Mandó el Rey al Cid Ruy Diaz
poner al pié de su trono
un escabel, y sentarse
de infante con el decoro.
Nombró en seguida seis Próceres,
tribunal de jueces probos
que el pléito del Cid juzgasen:
presidirle hizo á propósito
á Don Ramon de Borgoña
yerno suyo, que en el código
del honor era tenido
por el profesor más docto;
y abrióse en córtes el juicio
presente el rey don Alfonso,
y ante él acusó á los condes
el Cid de palabras sóbrio.
Limitóse á repetir
lo escrito al Rey; afirmólo
con juramento y pidió
el combate y el divorcio.
Don Suero, y sirviendo á éste
de mentor el ayo torvo
de los condes, defendióles
en un discurso capcioso
tornando el hecho en pró suya.
El Borgoñon, diestro y lógico,
fué en pró del Cid deshaciendo
su inverosímil embrollo.
Discutiéronlo en secreto
los seis jueces, y en apoyo
del Cid hallando las pruebas
sentenciaron á los mozos:

á devolver á Ruy Diaz,
como él demandaba, todo
el dote de sus dos hijas,
sus dos espadas, el oro,
plata y joyas del rey Persa,
que era un haber muy valioso,
y los caballos y arneses
y por último el divorcio;
debiendo además quedar
por infames y alevosos
si al juicio de Dios no osaban
apelar y á salir horros.

Don Suero y los del partido
de los de Carrion con él
dijeron que el Cid mostraba
avaricia y mala fe.
Que demandando el divorcio
y el dote, mostraba bien
que lo que el Rey habia hecho
intentaba él deshacer;
lo que de hombre tan avaro,
que habia obrado con doblez,
y que mentia perjuro,
se podia suponer.
El Cid, sintiéndose herido
con armas de tan ruin ley,
dijo, ante el Rey y sus córtes
poniéndose altivo en pié:
«Yo ni he mentido jamás;
»ni hoy ni núnca mentiré:
»cuando yo digo ésto es esto,
»éso y no más és lo que es.
»En una contienda de honra
»entre hidalgos de mi prez

»y hombres que azotan á hembras,
»no eran jueces menester.
»Quién soy yo y quién son los condes
»saben todos y yo sé:

»si pido que mis espadas
»y mis alhajas me den,
»no las pido por miseria
»ni por sórdido interés:
»las pido porque en sus cintos
»sin honra aquéllas no estén:
»y éstas, porque yo con ellas
»sólo á mis hijas doté;
»y pues de ellas se divorcian
»derecho no han á su haber.
»Que han azotado á mis hijas
»es tan cierto, que en su piel
»de los sangrientos azotes
»las cicatrices se ven;
»por eso pido el combate,
»sangre suya para ver;
»que es justo que la justicia
»sangre por sangre me dé.

»¡Sinó!..... yo jamás al campo
»me he de echar contra mi Rey:
»mas soy el Cid y á Vivar
»sobre Carrion echaré.»
Dijo el Cid, y como un hombre
resuelto con su deber
á cumplir, volvió á sentarse
con reposo en su escabel.
El Rey dió por bueno el fallo
y á los dos condes un mes
para entrar en lid cerrada
con el Cid, siendo él el juez.
Don Suero y los de su bando
al Cid por escarnecer
de imponerle condiciones
tuvieron la avilantez.
Don Suero dijo que él iba
padrino en la lid á ser
y que no terciaba en ella
por no hacerla de uno á tres:
mas que del Cid rechazaba
la entrada en ella, porqué
los condes son dos y mozos
y el Cid uno y viejo es.
Todos los nobles de seso
se volvieron contra él
ante injuria tan excéntrica,
inútil y descortés.
Y el Cid dijo sonriendo
con soberano desden:
«Lo que vos y vuestros condes
rechazais no es mi vejez,
sino la liza conmigo
por miedo que me teneis.
Mas podeis tranquilizaros
vos y ellos; porque á mi vez

rechazo yo campeones
que no están á mi nivel.
Mis dos espadas por mí
en buenas manos pondré,
y entrad en lid los tres juntos
contra mis dos, y vereis
que mis dos campeones bastan
y sobran para los tres.
—Han de ser nobles de raza,
dijo don Suero.—¡Pardiez!
repuso el Cid,—no descienden
de los godos: mas si hacer
no pueden por su abolengo
con los de Carrion papel,
entrarán por ser sobrinos
mios y de mi mujer.
No han azotado á ninguna,
mas porque á la par estén,
yo que azoten á los vuestros
á los mios mandaré.»
Se echó á reir la asamblea,
sin poderse contener;
y despidiendo á sus próceres,
dijo al Cid riendo el Rey:
«Cosas tenedes, buen Cid,
«que harán de vos hablar bien
«por más siglos que años diz
«que vivió Matusalen.»
Y asiéndose de su brazo
con familiar sencillez,
se entró con él en su alcázar
convidándole á comer.

III

Su vénia al Rey pidió el Cid
para tornarse á Valencia,

y el Rey se encargó en su ausencia
del cuidado de la lid:
y habiendo cobrado aquel
su tizona y su colada,
nombró quien en la estacada
entrase á lidiar por él.
Per Bermudo, hombre de entero
corazon y de buen puño,
y el Burgalés Gustios Nuño,
buen mozo y buen caballero.
Los dos sus sobrinos son
hijos de primos hermanos,
y de los dos deja en manos
su cáusa y satisfaccion;
y para el conde don Suer
por si tercia, deja en fin
á Gil Gomez Antolin,
sobrino de su mujer.
Caballos y armas les dió,
y con sus buenas espadas
de sus hijas ultrajadas
la venganza les fió.
Su fe como buen vasallo
amparando de la ley,
encomendados al Rey
les dejó, y montó á caballo.
Bajó el Rey familiarmente
á despedirle hasta fuera
del porton, porque lo viera
desde la plaza la gente:
y díjole así al partir:
«Ó yo quien soy no he de ser,
»ó te han de satisfacer:
»tranquilo te puedes ir.»
Ido el Cid y Alfonso vuelto
al alcázar, á aprestar

la lid comenzó: á llevar
á cabo la lid resuelto.
Más dias don Suer pedia:
en los treinta se cerraba
el Rey: y el tiempo pasaba
y se iba el mes dia á dia.
Los dos condes á Carrion
sin vénia del Rey se fueron:
pasó el mes y no volvieron,
ni se hubo de ellos razon.
El Rey ordenó á don Suer
que ante él á Carrion se fuese
y á sus sobrinos dijese
que les iba el Rey á ver.
Don Suer á Carrion partió:
mas en són de rebeldía
defensas y bandería
á levantar comenzó.
Acudieron con bandera
á las de Carrion sus gentes,
con señales evidentes
de que miedo ó traicion era;
mas ántes que en rebelion
se alce y la traicion se apreste,
con una crecida hueste
cayó el Rey sobre Carrion.
Tuviéronsele que abrir
de las dos banderas juntas
los jefes, á sus preguntas
sin saber lo qué decir.
Dió al Rey don Suero á entender
que en ellos no habia dolo:
que todo aquello era sólo
seguro en Carrion poner.
El Rey con acento duro
dijo: que donde él estaba,

ninguno necesitaba
más que de él fe ni seguro:
y que si al dia siguiente
no se efectuaba la lid,
daria á Carrion al Cid
con condes, feudos y gente.
Osó don Suero alegar
con excusa subrepticia
que no iba el Rey con justicia
entre él y el Cid á juzgar:
y que pues ya se mostraba
por el Cid ántes del duelo,
contra su fallo ante el cielo
por los Condes protestaba.
Entónces echando el manto
atrás, y furioso irguiéndose
dijo el Rey, hácia ellos yéndose
con gesto y voz que dió espanto:
«Ni de ellos ya ni de vos
»dilaciones más prolijas
»quiero aceptar. ¡Voto á Dios!
»dad pró al Cid vosotros dos
»que azotasteis á sus hijas.
«Pues con azotes herís
»á mujeres, hombres malos,
»ó como hombres os batís,
»ó como perros morís
»en una picota á palos.»
Nadie habia visto jamás
tan airado á Alfonso sesto,
y á su voz y ante su gesto
se echaron todos atrás.
Mandó la lid prevenir:
y abriendo puente y rastrillo
la guarnicion del castillo
hizo sin armas salir:

é izando su real pendon
sobre el castillo condal,
quedó como feudo real
el condado de Carrion.

IV

El Cid en el Rey fiado
tornó á Valencia á cuidar
de su casa y de su estado,
y tranquilo el resultado
de la contienda á esperar.

Y allá con él esperaban
del éxito de la lid
noticias que no llegaban,
y esperándolas temblaban
las tristes hijas del Cid.

Pasó dia á dia un mes:
pasó de otro una quincena
y otro dia, y dos, y tres;
y andaba el Cid de través
por consolar á Jimena.

Hecho de mil dudas centro
disimulaba Rodrigo,

mas del corazon adentro
daba á mil dudas abrigo:
un mal paso..... un mal encuentro,
un ímpetu de Bermudo,
un descuido de Antolin,
un maca en un escudo,
lanza, freno ó malla pudo
dar á la lid un mal fin.
Del Rey no dudó jamás:
mas hechos á la traicion,
teme que hagan otra más
ó que se hayan vuelto atrás
los traidores de Carrion.
É insomne, febril y ayuno,
va y viene, alerta, intranquilo,
todo siéndole importuno,
sin confiarse á ninguno
y con el alma en un hilo.
Jimena andaba tras él
sin abordarle jamás:
y haciendo su mal más cruél
verter lágrimas de hiel
de él la sentia detrás:
é iban ambos á la puerta
del camarin de sus hijas,
jamás para nadie abierta,
y andaban de ellas alerta
mirando por las rendijas.
Y en su camarin cerradas
inmobles, mudas y fijas
en el suelo sus miradas,
de su venganza, azotadas,
desesperaban sus hijas.
Y en el corredor oscuro
al encontrarse los dos,
un beso el Cid casto y puro

la daba como seguro,
diciéndola: «Espera en Dios.»
Y otra semana del mes
pasó, y de la otra quincena
otro más, y dos y tres;
y andaba ya de traves
tras de su esposo Jimena.
Y estaba ya en su buen sino
desesperanzado el Cid,
pensando, perdido el tino,
en ponerse ya en camino
para el campo de la lid,
cuando una tarde á un balcon
dó suele permanecer
con profunda distraccion,
del vidrio y de su afliccion
mirando á través sin ver,
sintió Jimena á su oído
llegar de caballos ruido
y de tumulto rumor;
que, acercándose, nutrido
íbase haciendo y mayor.
Hecha asaltos á esperar
de los moros, á espiar
aplicó su vista activa,
y á poco en la plaza entrar
vió una inmensa comitiva.
Viene el primero arrogante,
sobre un alazan pujante
que arrastra rica mantilla,
un rey de armas de Castilla
con batidores delante.
Viene tras él Gustios Nuño;
y junto á Gustio Antolin
con un ojo como un puño,
y en la faz con un rasguño

y sobre un manso rocin.
Bermudo con tardo andar
trae su corcel de batalla
sin encaparazonar:
que algo ambos contra una valla
se hubieron de quebrantar.
Y en larga y cuádruple hilera
viene empolvada trás este,
del buen Cid la hueste fiera,
y en torno y tras de la hueste
gritando Valencia entera.
Dióla un vuelco el corazon,
que cási perdió el sentido
á Jimena; y el balcon
acudió á abrir su marido
de aquel alboroto al són.
Sus hijas, que en su aposento
le oyeron con sobresalto,
de agitacion sin aliento
abrian en tal momento
otro mirador más alto.
Mas ya el mensajero real
con rapidez se apeaba
en el patio principal,
y el pueblo el patio asaltaba
rompiendo el ceremonial.
Cuando al tramo alto salieron,
padres é hijas ya le vieron
subir, sin ninguno en pós
de los que con él vinieron,
las gradas de dos en dos:
que por el placer de dar
las albricias el primero
á las damas de Vivar,
por ellas el mensajero
su decoro echó á rodar.

Mas cuando á sus pies llegó,
á su dignidad atento
de real heraldo, cobró
su aire oficial y mostró
grande aplomo y buen talento.
«Por cumplir con vos mejor,
dijo al Cid, al honor real
por poco hago poco honor:
mas va aquí el vuestro, Señor,
é ir aprisa no es ir mal.»
Y con garbo cortesano
puesta en tierra una rodilla,
poniendo un pliego en su mano,
dijo: «Del rey de Castilla
para el héroe castellano.»
Y entregado el pliego real;
como era costumbre y ley
del régio ceremonial,
dió un viva al Cid y otro al Rey
con aplauso universal.
Y el pueblo que suponia
lo que el escrito encerraba,
con tremenda gritería
oir lo escrito pedia
y al Rey y al Cid victoreaba.
Dió el pliego el Cid conmovido
á Alvar Fañez de Minaya
que al palacio habia acudido;
y el gozo teniendo á raya
calló el pueblo y prestó oido.
Mas del Rey no siempre atento
y en calma el escrito oyó:
porque ébrio á cada momento
de entusiasmo y de contento
á Minaya interrumpió.

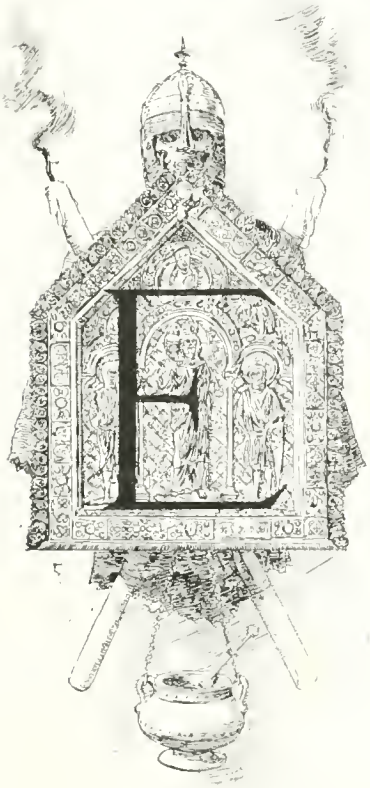
Y he aquí lo que el pergamino
del rey al Cid contenia,
todo escrito de su puño
desde la fecha á la firma.
«Cid, Ruy Diaz de Vivar,
dí de mi parte á tus hijas
que muestren al sol sus caras
pues no han sus almas mancilla.»
Yo mismo por tí encargado
de su honra que era la mia,
te doy testimonio y cuenta
de la lid en estas líneas.
Los Condes la hicieron ascos
y buscaron evasivas,
mas yo á la razon les traje
y en Carrion se abrió la lidia.
Lo hicieron más como buenos
que su maldad prometia:
pláceme de ello por todos
pues no hubo allí cosa indigna.
Bermudo pasó á don Diego
á través de la loriga
de una lanzada que en pago
le dió de una gran caida:
mas mozo es tan duro de alma
como recio de costillas,
pues trás golpe tan tremendo
dió lanzada tan magnífica.
Tendió Gustio á don Fernando
debajo de su rodilla;
y él vencido, confesándose,
confesó su alevosía.
Al conde don Suer Gonzalez
terciar hice yo en la liza
harto de su atrevimiento
y procaz altanería:

mas lo hizo tan como bueno,
que á no ser porque la ira
le cegó y le perdió al cabo,
nos empata la partida.
Gil Antolin por fortuna
tiene el alma tan tranquila
como ligeras las manos:
con rapidez nunca vista
del conde al primer descuido
le descargó con tal prisa
seis tajos en la cabeza,
que le hizo el casco ceniza.
Cayó don Suero sin habla,
mas dí á Antolin que te diga
cómo siente lo que lleva
en el ojo y la mejilla.
Vengado estás: ya no hay Condes
de Carrion: su tierra es mia:
murió el uno en el palenque,
no sé el otro donde exista.
Vengado estás: díme ahora
si te acomoda, Ruy Diaz,
que el rey que aquel tuerto hizo
le enderece y le corrija.
Para su hijo don Ramiro,
el rey don Sancho García
de Navarra, por esposa
me demanda á doña Elvira:
y al rey de Aragon le tengo
á doña Sol prometida
para el infante don Pedro:
si ellas se avienen, envíalas.
Su padrino soy; las debo
dos maridos: conque dílas
que en cambio de malos condes
buenos príncipes reciban.

Así obra tu Rey contigo:
vé si algo más necesitan
para quedar satisfechas
de mí Jimena y tus hijas:
que porque ellas me perdonen
y ella quede por mi amiga
haré cuanto en poder quepa
de Alfonso, sexto en Castilla.»
Volvió al Cid Alvar la carta:
volvió Jimena á la vida,
y á sus hijas abrazándose
dijo llorando: ¡Hijas mias!
El Cid se enjugó una lágrima,
y de tal cuadro á la vista
el pueblo rompió frenético
en aullidos de alegría.

A sus tres campeones dió
las gracias públicamente
el buen Cid, les abrazó
y retiróse: y la gente
en triunfo se les llevó.
Como un enterrado vivo
á quien la losa se quita,
dá ansioso al pulmon activo
el hálito fugitivo
del aire en que resucita,
así á solas respiraron
en su alcázar al entrar
las dos hijas, que quedaron
libres de infamia y tornaron
á ser gloria de Vivar.
Bendijéronlas contentos
sus padres: y todos faltos
de palabras y de alientos

trás de tántos sobresaltos,
ganaron sus aposentos.
En una grande afliccion
y en una alegría inmensa
jamás las palabras son
del sentimiento expresion:
quien siente, ni habla ni piensa.
Minaya en tanto perdido
tras de un hombre y una idea,
del palacio habia salido
con la turba confundido
que al Cid y al rey victorea.
Y cuando entre tal tropel
con Gustio y Bermudo dió
á su vez á éste y aquél
«¿Y Ordoño?»—les preguntó:
mas nada sabian de él.



I

L rey don Alfonso sexto
que á Ruy Diaz desterró
ó como rey ofendido
de la jura por rencor;
ó á influjo de doña Urraca
que le amó y le aborreció:
ó porque hacia al Rey sombra
hombre que, al Rey superior
mostrarse osaba, pidiéndole
descargos de un hecho atroz;
ó por envidia de ruines;
ó de Estado por razon;
al cabo de veintiun años
ó porque el tiempo aplacó
su encono: ó por comprender
que era exceso de rigor:
ó en la buena fe del Cid
por sincera conviccion:

ó atendiendo á sus hazañas,
ó porque tánto creció
en el favor de sus pueblos
que de él tuvo el Rey temor:
ó porque, por sí tomando
de sus hijas el baldon
como su padrino, hizo
uno de ambos el honor:
ó, en fin, por razon de Estado
que es razon de contra y pró,
por lo pasado dió al Cid
completa satisfaccion,
liberal recompensando
su lealtad y valor:
y el rey don Alfonso sexto
que al Cid con él igualó,
más fuerte que desterrándole
fué otorgándole perdon.
El rey don Alfonso sexto
al Cid identificó
con su raza real, en ella
dando á sus hijas padron.
Despues de la lid, llevólas
á su alcázar, y las dió
en él de infantas el trato
y la régia estimacion;
miéntras sus segundas nupcias
cual padrino de las dos
trataba con los infantes
de Navarra y Aragon.
En fin, cuando se efectuaron,
él mismo las entregó
en la frontera á los príncipes
con tan régia ostentacion,
tan cargadas de regalos,
que ir no pudieran mejor

á ser de veras sus hijas
doña Elvira y doña Sol.
Quedó satisfecho el Cid
y en Valencia se quedó
con Jimena, de su estado
como rey en posesion.

Cuarenta años han pasado
desde que el Cid Campeador
á campear contra los moros
por primera vez salió.
Su nombre dió á su centuria
y áun á tiempo posterior
de *tiempos del Cid* el título,
de fe y de gloria expresion.
Su nombre hasta hoy desde entónces
es símbolo del honor,
de la fe y la lealtad,
á los que nunca faltó.
Su vida fué ejemplo heróico
de incontrastable teson
en pró y sosten de lo que él
derecho y deber juzgó.
Opuesto á toda extranjera
inútil innovacion,
que á establecer propendiese
derecho contra el honor,
el fuero ó la independencia
de su patria, rehusó
á las prodigalidades
del rey Alfonso sancion.
Pero áunque á extraños hacérselas
desatinado le vió,
el desden y los peligros
dándole á él por galardon,
impertérrito en su fe,

sin envidia y sin rencor,
á su rey, su fe y su patria
su existencia consagró.
Desterrado de Castilla,
la calumnia, la traicion
y la envidia le mordieron
sin piedad: mas su valor,
su lëaltad, su constancia,
su honda fe y noble teson,
á la envidia amordazaron,
á la calumnia feroz
arrancaron la vil lengua;
y alma y pura como el sol,
basada en su prez, su gloria
á la fin resplandeció.
Su vida fué ejemplo heróico,
modelo sin par hasta hoy
del caballero cristiano
y del hidalgo español.
Mucha gloria dió á Castilla:
tres reyes de esta nacion
debieron á sus victorias
de su reino lo mejor.
Fiel cristiano y buen creyente,
con fe y sin supersticion,
al atraso de su siglo
su instinto se adelantó.
Creyente, pero no crédulo,
cristiano, pero español,
de África, Alemania y Roma
á Castilla emancipó.
Lidió con la cruz al pecho
por su patria y por su Dios,
la avaricia rechazando
bajo faz de religion.
Sobre arábigas mezquitas

muchos templos levantó,
de los Papas en Castilla
rechazando la intrusion;
y entre Cristo y los Pontífices,
con instinto superior
á su tiempo y á los nuestros,
hacer supo distincion.
El rey don Alfonso sexto
fué quien más contribuyó
con su esquivez á ganarle
de sus pueblos el favor.
Con los árabes veinte años

en trato ó lid le dejó,
y tuviéronle los árabes
miedo y consideracion.
Alejado de los suyos,
con los árabes trabó

relaciones que templaron
su cristiana exaltacion:
y puesto entre las dos razas,
lo bueno en él se fundió
del espíritu de una
y otra civilizacion;
y aunque en la guerra á los moros
como á lobos acosó,
en la paz les puso de hombres
en la noble condicion:
y adalid tan alentado
cual sagaz negociador,
ante sí sembró el espanto,
tras de sí la estimacion.
El leal de los leales,
de los grandes el mayor,
el mejor entre los buenos,
el sin par miéntras vivió,
tuvo huestes como rey,
de señores fué señor,
tuvo reyes por vasallos;
y al campear con su pendon
y su hueste por España,
la victoria le siguió
de cristianos y de moros
con igual admiracion.
Venció siempre: y los vencidos
le acataron sin rencor,
porque dió fin de los bárbaros
y á los vencidos perdon.
Fué buen hijo, fué buen padre;
y á la esposa que eligió
guardó siempre alto decoro,
casta fe y leal amor.
A ella el suyo de su padre
la cabeza le costó:

y él la dió por su cabeza
todo entero el corazon.

Cuarenta años han pasado
desde aquella hazaña atroz,
y cuarenta de cariño
de ella han hecho expiacion.
Mas son muchos cuarenta años,
arrostrados al rigor
de fatigas sin reposo
como el Cid los arrostró.
Son un siglo cuarenta años
de vivir ojo avizor
en lid, más que con los moros,
con la envidia y la traicion!
Cuarenta años que ha vivido
por Castilla campeador,
por las noches al sereno,
por el dia al viento y sol,
consumido han de su cuerpo
la sustancia y el vigor;
y su barba ha encanecido,
y su testa encalveció,
y sus ojos se han nublado,
y su piel curtió el sudor,
y sus miembros ya están rígidos,
y su carne enflaqueció:
y sus hombros se curvaron
bajo el peso abrumador
del arnés, con que en los campos
á caballo trasnochó.
Aun conserva su alma entera
de su espíritu el valor;
pero el Cid no es más que un hombre
y los hombres tierra son:
y la tierra es polvo que hizo

de la nada el Criador,
y el polvo debe á la nada
volver de donde salió.

Y el Cid un dia de junio
teniendo abierto el balcon,
dijo á Fañez:—«Tengo frio,»—
y apretaba ya el calor.
A la faz desencajada
Alvar Fañez le miró,
y le dijo:—«Primo, acuéstate
si estás mal.—Será mejor,
dijo el Cid febril temblando,
porque en verdad malo estoy
y por vez primera el lecho
menester hé;»—y se acostó.
Su buena esposa Jimena,
á pesar de la estacion,
con una piel de bisonte,
dón del Persa, le abrigó.
Salióse Alvar de la cámara,
y al salir al corredor,
apresurado Bermudo
al encuentro le salió;
y sin darle tiempo á que él
le preguntara,—«Señor,
le dijo, los moros vuelven;
avisad al Cid.»—Hoy nó».
—¿Por qué?—Porque fuera sólo
doblar su peligro: Dios
le envia hoy para que lidie
algo que el moro peor.
—¿Con quién lidia?—Con la fiebre,
que es la que rinde al leon.
—Pasará como la de éste.
—El que una jamás sufrió

corre riesgo en la primera:
por si acaso y miéntras voy
por los médicos para él,
en armas la hueste pon.

II

Eran los almoravides
gente brava: y estrelládose
habia contra el Cid solo
su valor do quier triunfante.
Por eso, sólo abatidos
por el Cid sus estandartes,
contra el Cid solo en Valencia
revolvian más tenaces.
Tres veces huyó ante el Cid
Búcar: mas no era cobarde,
y tomar juró á Valencia
ó en Valencia sepultarse.
Y esta vez con los de Murcia
y Algeciras coligándose,
bogaba trayendo al flanco
los murcianos Almogávares.
De noche arribó á las costas,
de noche hizo el desembarque:
y al presentarse él por tierra
bloqueó el puerto con sus naves:
y esta vez por tierra y mar
se ve bien que Búcar trae
otra táctica en sus huestes
y en su cerebro otros planes.
Esta vez se ha prevenido
con tratos secretos ántes
de hacerse á la mar, y cuenta
con secretos auxiliares.
Esta vez no se presenta
con uno de esos ataques

tumultuosos, con que traban
todas sus lides los Árabes;
los cristianos no han podido
ni desordenar sus haces
en dos salidas inútiles,
ni impedirle que acampase:
y Búcar, ó esperando algo
que ha menester, ó arrogante
á que salga provocando
al Cid, que ve que no sale,
á asegurar se limita
su campamento delante
de Valencia, escaramuzas
á provocar limitándose.
Cristianos y árabes guardan
campo y ciudad vigilantes;
y escaramuzan, los unos
á los otros observándose.
El Cid entre tanto presa
de la calentura yace,
sin saber qué es de sí mismo
y sin que de él sepa nadie.
Prudente y no sin recelo
de *algo*, en Valencia, Alvar Fañez
cuida bien de que el secreto
de su enfermedad se guarde;
porque al temer por su vida
ó de ménos al echarle,
ni se envalentone Búcar,
ni los cristianos desmayen.
Teme Alvar de los faquíes
que, como á husmear alcancen
la falta del Cid, con Búcar
se entiendan ó la plebe alcen:
y Búcar, no viendo al Cid,
ó recela que le trame

alguno de sus ardides
al asalto provocándole,
y espera que se descubra,
ó aguarda para asaltarle
algo de él sólo sabido
con que ventaja le saque.
Bermudo y Gustios las órdenes
de Alvar llevan y le traen
las noticias, manteniéndose
en vigilancia incesante;
para que si el mal del Cid
entra en crísis favorable,
y la ciencia lo domina
y quiere Dios que se salve,
la traicion no se urda dentro;
y haya cuando se levante
que pelear dentro y fuera
con moros y mudejares.
Así han pasado tres dias;
y á pesar de los calmantes
y las pócimas, el Cid
de su letargo no sale.
A veces con los delirios
de la fiebre que le abate
parece en lucha, y profiere
mil incoherentes frases.
A veces con torpe esfuerzo
los ojos y brazos abre,
como si fantasmas viese
ó visiones abrazase;
y á lo que se le comprende
delira con santos y ángeles,
con San Miguel y Santiago,
y los suyos tutelares
San Pedro y la Santa Vírgen;
á cuyas sombras ó imágenes

se recomienda ó escucha,
como si le contestasen.

Los médicos se desvelan
con inútiles afanes,
la fiebre que le devora
sin atinar cómo atajen:
y temen ya al mismo tiempo
que libre de sí al dejarle,
tan débil su cuerpo deje
que al extinguirse le mate.
¡Miserable ciencia humana,
vida humana miserable,
que cuando son más precisas
son más vanas y más frágiles!
La noche del cuarto dia
cambió el buen Cid de semblante,
y entró en un calor, un sueño
y una calma naturales.
Volvió al alma de Jimena
y á los pocos familiares
y médicos que le velan
la esperanza; y despertándose

el Cid al amanecer,
ya de fiebre sin señales,
sonrió á su buena esposa
y dijo á los circunstantes:
«Mi fin se acerca: la muerte
ha llamado á mis umbrales
y Dios me llama á su juicio:
á Alvar aprisa llamadme,
y miéntras le doy mis últimas
instrucciones terrenales,
que el Sacramento y los óleos
el obispo me prepare.»
Echóse á llorar Jimena
oyendo palabras tales,
y se alzó Alvar que velaba
del Cid muy poco distante:
y hecho á obedecer sus órdenes
sin dudar ni replicarle,
ordenó lo que mandaba
el Cid que se aderezase.
Oyendo éste los sollozos
de Jimena, en aquel trance
incapaz de sofocarlos,
la dijo hácia ella tornándose:
«No llores, Jimena mia:
cuando mi cuerpo te falte
contigo estará mi espíritu:
las almas son inmortales;
y estando unidas las nuestras
de Dios ante los altares,
Dios las mantendrá ligadas
aunque los cuerpos separe.»
Miéntras Jimena, escondiendo
la faz en los cabezales
del Cid, lloraba de hinojos
el mayor de sus pesares,

el obispo don Jerónimo
llegó con sus capellanes
y el Cid se incorporó un poco,
Alvar su primo ayudándole.
Con faz serena y voz flaca,
porque iba debilitándose
lentamente, dijo á todos
y especialmente á Alvar Fañez:
«Oid mi voluntad última
y cuidad de que se acate.
Mi alma es de Dios y á Dios vuelve:
de las villas y lugares
que conquisté de los moros
al rey entregad las llaves;
que yo por suyas las tuve
sin pensar en rebelarme.
Decídselo así: no quiero
que ni hoy ni en lo de adelante,
mi lealtad de la duda
ni con la sombra se manche.
Los bienes por mí heredados,
los que adquirí por rescates
de los vencidos, los que hube
por dádivas personales
del rey Persa y de otros reyes
y xeques cristianos y árabes,
y el tesoro que he juntado
para mantener mis haces,
son mios, y se los lego
á Jimena: si quitárseles
intenta alguno, valedla
contra quien á tal osare.
Mis hijas son hoy infantas
y ricas: por mí su madre
las bendiga, y de mis algos
parte las dé, si la place.

Mi cuerpo debe en San Pedro
de Cardeña sepultarse,
en donde están enterrados
mi hijo don Diego y mis padres. »
Aquí se interrumpió el Cid
fatigado unos instantes
para alentar, y siguió
despues de reanimarse:
«He soñado que habian vuelto
los moros; tal vez me engañe;
mas si no he soñado, de ello
Dios se ha servido avisarme.
Si Búcar sitia á Valencia,
sin mí no ha de sustentarse
por Castilla: y yo no quiero
que Búcar, muerto, me ultraje.
Después que muera y mi cuerpo
con cuidado se embalsame,
colocad en mi armadura
y á caballo mi cadáver:
y ántes de alborear el dia,
á la cabeza llevándome,
salgan de Valencia todos
los que no quieran quedarse
aquí, con cirios y antorchas
los salmos penitenciales
por mí cantando, y de Burgos
echen camino adelante.
Mi hueste partida en tres,
una á los que partan guarde,
y otras dos en las tinieblas
de Búcar el campo asalten.
Que yo amedrente á los moros,
ó que los rompa Alvar Fañez,
para sacaros á salvo
áun muerto seré bastante.»

Esto dicho, y el esfuerzo
con que habló debilitándole,
sobre el pecho la cabeza
dejó caer desmayándose;
pero la separacion
de su espíritu y su carne
se efectuó en lenta agonía,
como lid de dos titanes.
En sí volvió y confesóse
y comulgó: y á animarse
tornó y á rendirse; y próximo
viendo su fin, oleáronle.
Lloraban todos; y oíanse
los esfuerzos desiguales
y postrimeros que hacia
su estertor agonizante.
De repente, cual si toda
su vitalidad cobrase,
se reanimó, y en el lecho
por sí solo incorporándose,
dijo: «Acércate Jimena,
que te bendiga y te abrace.»
Jimena deshecha en lágrimas
fué ante su esposo á postrarse;
y al poner en su cabeza
sus dos manos vacilantes,
todos para recibir
su bendicion prosternáronse.
«Dios te bendiga conmigo»
dijo el Cid: y en inefable
exaltacion y á un influjo
celestial trasfigurándose,
cual respondiendo á un espíritu
que invisible le llamase,
dijo con su último aliento:
«¡Allá voy!» y cayó exánime.

III

Murió el Cid como cristiano:
y en el intervalo corto
de su lucidez postrera,
ejemplo maravilloso
de pericia militar,
de conocimiento sólido
de las dos razas ibéricas,
y de un valor generoso
hasta su postrer suspiro,
dió el plan y detalló el modo
de salvar á sus cristianos
y lograr un triunfo póstumo.
La estratajema del Cid
era en aquel tiempo tosco
lo que un buen plan estratégico
hoy, y de la audacia el colmo.
Los árabes, más fanáticos
que diestros, con más arrojo
que saber, sólo en sus huestes
miraban lo numeroso.
Cual fatalistas sin miedo
de la muerte, ágiles, sóbrios,
un Emir juntaba muchos
presto y le costaban poco.
Mas fiándose fanáticos
en Dios y en su sino, indómitos
al órden y disciplina,
y en los planes defectuosos
de cercos y de batallas
sin union ni mútuo apoyo,
solian á sus Emires
ser, cuantos más, más incómodos.
El asedio de una plaza
en su táctica, á su antojo

conducia cada tribu
á estilo y sistema própios.
Sus estancias muchas, débiles
sus trincheras y sus fosos,
á unas de otras separaban
los naturales estorbos
del terreno: y lomas, breñas,
tajos, barrancas, arroyos
torrenciales y áun acequias;
todo lo áspero, lo bronco
y lo difícil, cual fuerte
guardado con abandono,
jamás cerraban bloqueándola
la plaza sitiada en torno.
Donde ellos al enemigo,
no veian, de sus ojos
y de su brazo al alcance
no se creian: tan tontos
en eso cual de su Sahara
los avestruces, que, estólidos,
se creen seguros si esconden
su cabeza tras un tronco.
Por eso de los cristianos
los ataques, más metódicos
y combinados, traian
á su hacinamiento exótico
casi siempre la sorpresa,
siempre un inmenso alboroto:
y, en triunfo ó derrota, siempre
un infinito destrozo.
Alvar Fañez como el Cid
conociendo bien á fondo
el carácter de ambos pueblos,
de la ciudad los contornos
y la fe en él de sus huestes,
su pesar ahogando en lo hondo

de su corazon, activo,
diestro, vigilante y próvido,
proveyó del plan del Cid
del éxito para el logro,

á todo lo necesario
con empeño perentorio.
Cuidó del sigilo é hizo
guardar la ciudad celoso,
porque de nada pudieran
apercibirse los moros:
y al fin del segundo dia
estaban á partir prontos

los cristianos de Ruy Diaz
con su cuerpo y sus tesoros.

Era alta noche y muy lóbrega:
un vapor caliginoso
tendia entre cielo y tierra
de parda neblina un toldo.
En el campamento árabe
vigilaban perezosos
centinelas descuidados
de su ejército el reposo:
y el rey Búcar en su lecho
bregando con el insomnio
se revolvia, á la par
esperanzado y dudoso.
Fiaba en álguien que dentro
crear debia un trastorno
infernal y una traicion
que viniera en su socorro:
y cási desesperado
la esperaba, receloso
de aquella inaccion del Cid
y aquel su silencio insólitos.
Ya casi al sueño rendido,
comenzaban vagarosos
á surgir de su cerebro
los mil fantásticos mónstruos
y delirios inconexos,
disparatados, ilógicos
informes, mudos é ingrávidos,
que en giro vertiginoso
nos hacen ver al dormirnos
círculos, losanjes, rombos,
rayos, chispas y polígonos,
ya muy lejanos, muy próximos,

excéntricos y concéntricos,
ondulantes, giratorios,
trémulos, reverberantes,
chispeadores ó fosfóricos,
ántes de que los sentidos
nos embargue el misterioso
poder del sueño: gemelo
de la muerte, que al gran pozo
de la nada nos asoma
con el gran poder narcótico,
que suspende nuestra vida
por un diario periodo.
Mientras entre sus quimeras
creia él lejano, sordo
y extraño sentir un ruido
incomprensible..... entre el polvo
de la neblina los árabes
centinelas, á sus ojos
sin atreverse á dar crédito,
veian realmente absortos
como una doble serpiente
de luz salir poco á poco
de Valencia, á sus anillos
dando inmenso desarrollo.
Conforme iba aproximándose,
sentian el són monótono
de la salmodia cristiana
de los oficios mortuorios;
pareciendo á los alarbes
mudos y supersticiosos,
que iba brotando la tierra
de sus abismos recónditos,
dos interminables filas
de espíritus luminosos,
y una procesion fantástica
de salamandras y gnomos.

Nada hay para el hombre ignaro
más temible y pavoroso
que lo absurdo, lo fatídico,
lo indefinido y lo incógnito.
De aquella parte del campo
los árabes silenciosos
y agrupados, contemplaban
tál espectáculo atónitos.
Alguno creyó entre aquella
móvil claridad sin foco
distinguir al Cid: mas era
sin duda fingido, apócrifo,
en sombra, evocado acaso
para causarles asombro:
porque era un Cid mudo, rígido
é inofensivo: muy otro
del Cid que ellos conocian,
asolador, impetuoso,
ántes sentido que visto.....
y nadie vivo creyólo.
Y como á ver no alcanzaban
distintamente los rostros
de los que pasar veian
entre la neblina; y como
su masa móvil cubria
un trecho más espacioso
que las batallas del Cid
dos veces y áun cuatro y ocho:
y como iba lentamente
sumiéndose entre los bordos
de un desfiladero, abierto
entre un peñasco de abrojos
tupido, y un bosquecillo
de silvestres sicomoros,
del campamento esquivándose
en su movimiento combo;

los moros se aglomeraban
á la trinchera afanosos,
creyendo aquello un efecto
de un artificio diabólico.
Búcar despertó creyendo
sentir cual de un terremoto
ó un trueno lejano un ruido
áun inexplicable : ansioso
por lo que esperaba, echóse
fuera del lecho, su corvo
alfanje asió, y de la tienda
fuera, anhelante escuchólo.
Era cuando aquella turba
fantástica, como el lomo
de un lago que se desagua
por compuerta ó dique roto,
se iba mermando y sumia
su última luz en lo fosco
del bosque, trás sí dejando
un silencio tenebroso.
De repente estalló horrísono
del campamento en el fondo
de inesperado combate
el estruendo tumultuoso:
y entre la mar y su estancia,
rasgar sintió el aire cóncavo
el clarin del Cid: era Alvar
que aprovechando el asombro
y la atencion de los árabes
llamada á un lado á propósito,
el campamento de Búcar
asaltaba por el otro.
Al mismo tiempo Bermudo
como una tromba impetuoso
cayendo en él, sin ser visto
por los deslumbrados ojos

de los que viendo las luces
no le veian, furioso
por el lado de Valencia
entró arrollándolo todo.
Búcar cayó atropellado
en el tumulto y lo lóbrego
de la noche por los de Alvar
sin conocerle.—Los moros,
fascinados por lo que obra
suponian del demonio,
oyendo por todas partes
«¡el Cid! ¡el Cid!»—y medrosos
no viendo al rey ni á sus jeques
parecer, pensaron sólo
en salvarse, y espantados
diéronse á huir como corzos.
Bermudo y Alvar juntáronse,
segun su plan en el rojo
pabellon de Búcar, meta
puesta por su valor loco;
y viendo alegres el éxito
de su desatino heróico,
y resuelto por el Cid
de Valencia el abandono,
ántes de que con el alba
se rehicieran los moros,
saqueando su campo aprisa,
rápidos y cautelosos
volvieron riendas, saliéndose
de los valencianos cotos:
y al rayar de un dia turbio
alcanzaron, de despojos
cargados, á Antolin Gil
con el pueblo y con los pocos
que escoltaban á Jimena
y al cadáver de su esposo.

Cuando entraban ya seguros
en cristiano territorio,
en sí volviendo el rey Búcar
se halló cubierto de lodo,
desgarrado, contundido,
y teniendo de sí en torno
á los faquís de Valencia
que le lavaban el rostro.
Cuando del todo el sentido
recobró, oyó mudo y torvo
la muerte del Cid y el cuento
de su revés desastroso:
y exaltando al fin su espíritu
la cólera y el sonrojo,
dijo á los faquís: «¡Traidores!
pero ¿qué haciais vosotros
allá dentro?—Emir, le dijo
el más anciano de hinojos
postrándosele: esperábamos
vuestro enviado, que el depósito
de las armas y al Cid muerto
entregarnos prometiónos.
—¿Y qué es de él?—Partió y no ha vuelto.
—¡Traidor rumí! vendió á todos.
Mas si es muerto el Cid, y Aláh
nos da aunque á tamaño costo
á Valencia, el triunfo es mio.
¡Dios es grande y yo le adoro!»
Y postrándose con ese
fanatismo religioso
de los árabes, con él
se echaron por tierra todos.

¡Extraño caso! increible,
si no dieran testimonio
de él tradiciones y crónicas
y no fuera un hecho histórico.
Dicen que su plan al Cid
dió San Pedro su patrono,
y que se vió al lado de Alvar,
sobre su caballo tordo,
á Sant-Yago, de la España
el protector y el Apóstol;
pero el autor de este libro
los cree delirios piadosos.

IV

CONCLUSION

Jimena y Alvar mandaron
corredores por delante,
para los cristianos reyes
del duelo con el mensaje;
y en unas andas y á hombros
del Cid llevando el cadáver,
continuaron poco á poco
hácia Cardeña su viaje.

Segun iban avanzando,
salian de todas partes
á ver los mortales restos
cristianos y mudejares;
y por do quier bendecíanle,
y por do quiera llorábanle,
por do quier reconociéndole
bueno, generoso y grande.
Cuando á Cardeña llegaron,
ya estaban allí esperándoles
el Rey, la Reina, del Cid
los dos yernos, los infantes
de Aragon y de Navarra;
sus hijas, que inconsolables
en llanto amargo rompieron
al abrazar á su madre:
y de cien cristianos príncipes
los enviados y faráutes,
de aquel gran duelo partícipes
y en él sus representantes.
Alfonso habia preparado
al Cid régios funerales,
en que oficiaron el Nuncio
del Papa, obispos y abades;
al que asistieron con cirios
concurso inmenso de frailes,
arciprestes y canónigos,
la corte, los principales
dignatarios, la nobleza,
los consejos populares;
y cuyo oficio cantaron
seises, salmistas y chantres.
Cuando llegó de meterle
en su sepulcro el instante,
Jimena y Alvar instaron
por que no se le enterrase.

Su cuerpo, que embalsamado
entre aromas orientales
de los que envió el rey de Persia,
trascendia un olor suave,
mostrando bien aliñados
cabello y barba, el semblante
muy aseado, los ojos
cerrados con tan buen arte
que parecia dormido,
sin tener de repugnante
nada mortal, conservaba
su expresion serena y grave,
con qué, más que de hombre muerto,
representaba de imágen
de patriarca dormido
exposicion venerable.
El Rey y el clero acordaron
que expuesto se le dejase
junto al altar, segun pide
Alvar y á Jimena place.
Y ésta hizo voto con él
en Cardeña de encerrarse,
á velar su cuerpo inerte
hasta morir consagrándose.
Ejemplo sin par de esposa,
renunció á cortes y alcázares,
para siempre de sus hijas
y del mundo separándose.
Entónces el Rey el duelo
despidiendo, de él delante
á desfilar comenzaron
Nuncio, obispos, clero, grandes,
y emisarios y adalides,
y todos los personajes
castellanos y extranjeros,
la mano al partir besándole.

Y estando en tal ceremonia
asistiéndole Alvar Fañez,
vió á Ordoño que recostado
en un pilar esperábale.
Concluyó el duelo: partió
el Rey: y el reino al hallarse
sin el Cid, quedó como árbol
sin sombra y alma sin ángel.

Así que el Rey el camino
tomó de Burgos, los ojos
en torno echó Alvar buscando
á su buen sobrino Ordoño.
Este, que le habia seguido,
le abordó al punto; abrazólo
aquél diciendo: «¡Loado
sea Dios, que vuelves!—Y todo
dejándolo rematado
para siempre.—¿Sí?—Sí.—¿Cómo?
—Apartémonos dó á solas
podamos hablar.»—Y el pórtico
del monasterio dejando,
y entrándose entre los olmos,
del soto, á solas el diálogo
anudaron de este modo:

ALVAR. Habla.

ORDOÑO Si no ando tan listo,
nos estaba hilando un copo
con cuyo hilo hace una red
en que nos entrampa á todos.
Mas yo le así bien los cabos:
cogí conmigo tres mozos
de Vivar, que hallé en la liza
de Carrion, y á mi propósito
instruyéndoles, mostréles
al hombre y les dije sólo:

«Importa cogerle vivo,
sin sangre y sin alboroto.»
En cuanto él previó del duelo
el éxito, cauteloso
y taimado, fué del pueblo
entre el tumulto y el polvo
esquivándose del campo;
y de una zanja en el fondo
hallando camino oculto,
creyó escapar, é irse horro.
Pero mis dos Vivareños,
á abrigo de haldas y cotos
como culebras siguiéndole,
no quitaron de él el ojo.
De las ruinas de una ermita
en los paredones rotos
fué á meterse; y nos despista
si nos dormimos un poco.
La ermita tenia un silo;
pero quedó como un zorro
en cueva de dos salidas
acechado por dos osos.
Por aquel silo dejé
entrar dos espías moros:
mas les confesé al salir,
y ahogué al uno, y ahorqué al otro.
Viendo, en fin, el caso urgente
y el tiempo ya perentorio,
le sorprendí á él en su antro;
y de una peña en el cóncavo
dando con pruebas que me eran
menester...

ALVAR *(impaciente)*. Acaba pronto.
¿Quién era?

ORDOÑO. Aliado de Búcar
y compadre del demonio.

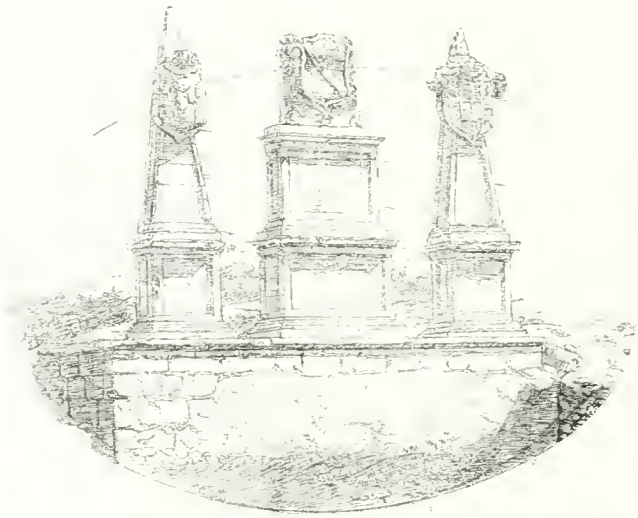
ALVAR. Pero ¿quién era? ¡Por Cristo,
que me tienes en un potro!
ORDOÑO. Juzgadlo vos por sus hechos
de los que hallé testimonios:
mató á un príncipe: engañó
y difamó á don Alfonso
perdió y robó á los tres condes,
á doña Urraca dió un tósigo,
azotó á mis nobles primas,
juntó en Valencia un manojo
de traidores en el tiempo
que estuvo allí con nosotros;
de las cuevas del alcázar
falseó las llaves mañoso;
prometió á Valencia á Búcar;
y si á tiempo no le cojo,
incendia una de estas noches
la leña de nuestros sótanos,
nos arma á los mudejares,
abre á Búcar los cerrojos
del postigo bajo, y diestro
nos ahuma como á tordos
en un sauce, en el alcázar
por él convertido en horno.
ALVAR. Pero ¿quién era?
ORDOÑO. El más vil,
y el más gran traidor del globo;
su nombre será en Castilla
de toda infamia sinónimo.
Yo le llevaba á Valencia
para que, segun los códigos
juzgado, acabase en público
y en patíbulo afrentoso;
pero viendo, del camino
guarecido tras un bordo,
venir el convoy del Cid,

por no daros más estorbos
ni pesadumbres, metíle
en el robledal de Tormos.
Le até á uno de los de marras;
y como á un perro rabioso,
le clavé con un venablo
por las espaldas al tronco.
—¡Cómo á don Sancho!—dijo Alvar
recordando melancólico
la gran traicion de Zamora.
—Ley del Talion—dijo Ordoño;
si vos le hubierais cogido,
su fin no hubiera sido otro
que el suyo.

ALVAR. ¡Torpe de mí!
¿era, pues?.....

ORDOÑO. Bellido D'Olfos.

FIN



PQ
6575
L4

Zorrilla y Moral, José
La leyenda del Cid

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 09 16 04 027 1